

An illustration of a woman and a man from behind, set against a solid red background. The woman on the left has long, wavy brown hair and is wearing a yellow short-sleeved shirt and a teal skirt. She is looking back over her shoulder. The man on the right is wearing a light blue short-sleeved shirt, dark blue trousers with tan suspenders, and dark shoes with tan stripes. The title 'EN BRAGAS Y A LO loco' is written in white, with 'loco' in a cursive script.

EN BRAGAS Y A LO *loco*

YANIRA
GARCÍA

EN
BRAGAS
Y A LO
loco

YANIRA GARCÍA

En bragas y a lo loco

Primera edición: febrero 2023

© Yanira García, 2023

© Diseño de portada: Gabriela Rey @madameardent

© Maquetación: Yanira García

© Corrección: Raquel Antúnez

© Imágenes del interior diseñadas por Freepik y Gabriela Rey

ISBN: 9798364851680

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 5](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

PRÓLOGO

Enamorarse es una de las cosas más fascinantes que existen en la vida. Sí, ya, esto de ponerme filosófico tal vez no sea habitual en mí o no me pega; soy más de esos tíos que se dejan llevar por la corriente y ya se tomarán las medidas necesarias cuando se desencadene el problema, no sé si me explico. El caso es que, permitidme que me salte a la torera todo lo que suelo hacer o cómo me suelo comportar o tomar la vida o todo, permitidme todas las licencias porque esto que tengo que contaros es jodidamente complicado. A lo que iba... Enamorarse es una de las cosas más fascinantes que existen en la vida. Es complejo y, a su vez, sencillo porque no se planea, porque no tienes una pauta, un manual de instrucciones, un prospecto con unas indicaciones... El corazón se lanza de cabeza sin medir las consecuencias que el cerebro le susurra.

—Eh, tú, joder, ¿dónde coño vas?

—¿La has visto? ¿Has visto lo que me hace sentir? Tengo palpitaciones...

—No, ni la he visto ni quiero verla, salvo que..., salvo que esté muy buena que entonces seré todo ojos y lo que no son ojos. Vamos, que mis palpitaciones estarán al sur, bastante más al sur.

—Cerdo.

—Ese soy yo, sí, tu fiel compañero, el cerebro.

—Deja de comportarte como un imbécil y mírala.

En ese momento, el cerebro dejaría de pensar, si es que eso es posible, y centraría todos sus sentidos en la figura femenina que tan obnubilado tiene a su compañero el corazón.

—No veo nada más allá de unas piernas de infarto, unos buenos pechos, una melena larga, unos labios carnosos y una sonrisa increíble.

—¡Ajá! ¿Ves? —preguntó con suficiencia, por supuesto. Ahí donde lo veis es un auténtico sabelotodo, porque el corazón también es capaz de actuar a veces de esa manera, chulito, no os vayáis a pensar—. Has sido capaz de fijarte en su sonrisa y no solo en el tamaño de su culo.

—Porque está de frente, imbécil.

—Ya, ya, claro.

La realidad es que el cerebro se había quedado fascinado con la sonrisa, sí, a pesar de ello, no pensaba reconocerlo. Al menos, no aún...

—Deja de comportarte así y vamos a centrarnos en otra cosa, por ejemplo, en lo que vamos a cenar. Tengo hambre.

—No, no vamos a centrarnos en otra cosa, vamos a quedarnos aquí, mirando a esta preciosa chica, sus mejillas sonrojadas, sus ojos cerrados, evitando mirarnos porque ella también lo ha sentido...

—Es que somos irresistibles...

—Obviaré ese comentario tan ridículo y vanidoso. —El corazón pondría los ojos en blanco si los tuviese—. Observaremos sus gestos y llevaremos nuestras manos hasta la suya, y con respeto y educación le preguntaremos si se encuentra bien.

No me preguntes el motivo, pero el cerebro hizo justo eso que el corazón le pedía. Y la tocó. Algo tan sencillo como una caricia y que contenía un mar de emociones.

—Mierda —masculló. Si fuesen los pulmones, con toda probabilidad, habría dejado de

respirar durante mucho tiempo.

—Lo has sentido, ¿verdad?

No fue capaz de darle la razón, si bien la tenía. Lo había notado hasta en lo más profundo del cerebelo. Electricidad. Chispas. Una descarga sublime.

—Es el hambre —repuso don cerebro tirando de raciocinio, por supuesto, cómo no.

—No, amigo, no es el hambre, es ella.

Y en ese momento, tras esa conversación tan ridícula entre mi cerebro y mi corazón, lo supe. Sencillamente lo supe.

Esa chica iba a tambalear todo mi mundo. Esa sonrisa lograría volverme loco más pronto que tarde, y yo iba a tener que aprender a definir muchos términos con los que un día creí estar familiarizado y no fue de esa manera.

Hasta ahora. Hasta ella.

Porque no tenía ni la menor idea de lo que significaba estar enamorado, eso sí, estaba convencido de que ella me lo enseñaría y yo..., yo estaba dispuesto a aprender, al fin y al cabo, esa era su profesión, ¿no?

Si seré un alumno de sobresaliente, o uno de aprobado raspado, lo averiguaremos de aquí en adelante.

No me voy a presentar, no os preocupéis, no tardaréis mucho en saber quién soy y... os gustará.

CAPÍTULO 1

Esto sí que no me lo esperaba

Carmen me observa perpleja desde la barra, sabe que estoy dispuesta a cualquier cosa por ganar esta partida de dardos. ¿Competitiva yo? ¡Qué va!

—Te agradecería que dejases de toser cada vez que me toca tirar, no vas a conseguir distraerme.

—No lo haría si no dieses en el blanco. Y eso ya lo veremos.

—Tosas o no, daré en el blanco.

Los dardos siempre han sido lo mío. Marcos, mi hermano, me enseñó a jugar. En realidad, él me lo ha enseñado prácticamente todo, al menos, lo que tiene relación con los deportes, los juegos de mesa y cualquier cosa que suponga competir y ganar. Ganar es lo mío. Siempre lo ha sido. Vamos, que salirme con la mía me gusta casi tanto como comer donuts de azúcar o robarle a mi abuelo el vino dulce que esconde bajo el fregadero. Se cree él que no sé su secreto, vamos.

Total, que tiro y, por supuesto, acierto.

Un par de silbidos de admiración y unos cuantos aplausos es lo que me llevo como recompensa. Eso y el billete de veinte euros que me tiende Carmen cuando tomo asiento a su lado. La ronda de cervezas correrá hoy de mi cuenta.

—No entiendo cómo puedo seguir apostando contra ti. Eres casi imbatible.

—Lo soy. —Admitirlo es el primer paso y reconocer que esto se me da bien no es pecar de enterada. O eso espero. No me lo tengáis en cuenta, estoy medio piripi.

—¡Ya ha llegado el alma de la fiesta!

Chlóa es la tercera en discordia. La que faltaba. La que completa la *chupipandi* y, por suerte o por desgracia para nosotras, la que nos mete en todos los líos posibles. Si contase con un lema en la vida sería algo así: «Si crees que es imposible meterse en un embrollo mayor que el anterior, es que no me conoces». Tal cual. Y, a pesar de todo, la queremos mucho. Aunque es posible que Carmen rebatiese esto que os explico si le preguntásemos, indicando que quererla no ha sido opcional, solo que no nos queda más remedio. Ya lo entenderéis, ya...

Mi abuelo Lázaro dice que somos como el tricornio de los guardiaciviles, que, vamos, yo siempre le digo que no tiene tres puntas, sino dos, no obstante, a él se la trae al paio y solo me sonrío como si supiese algo que yo no sé y no me lo fuese a contar. Muy típico en él.

—La que faltaba —masculla Carmen.

Lo de que siempre estén en desacuerdo es algo normal, más que nada, porque Carmen es de las que defiende el razonamiento ante cualquier problema, y Chlóa es de las que prefiere darse la hostia y luego ponerse una férula para curar la rotura. Yo, pues no sé, supongo que soy una media entre ambas, porque a veces me encanta eso de lanzarme al vacío y otras prefiero ser racional y comedida. Depende del tema en cuestión. Aun con todo, encajamos a la perfección. Han sido muchos años de práctica, porque estas chicas y yo llevamos compartiendo vida desde

que nacimos y no es coña. ¿Que no? Esperad y flipad.

Nuestras madres casi se quedan embarazadas a la vez, en ocasiones, cuando nos reunimos, bromeamos sobre la posibilidad de que marcasen en el calendario la fecha en la que iban a echar un kiki, en plan: «Conchi —mi madre—, hoy nos toca fecundar. Esta noche, nos pondremos al meollo», a lo que contestarían: «Yaya —O, lo que es lo mismo, Candelaria, la madre de Carmen —, a mí esta noche me viene fatal, yo, si eso, mañana, que estoy sin depilar». «Pues yo me apunto hoy y mañana». —Esa sería Lourdes, la madre de Chlóa, que ya podéis intuir que son clavadas la una a la otra, no me preguntéis a quién sale esta chica porque se ve a leguas. En un rato me daréis la razón.

Lo que os quería explicar, que me he dispersado un poco, es que Chlóa, Carmen y yo estamos juntas desde pequeñas. Hemos jugado en pañales, hemos crecido pasando tardes en la playa o perdiéndonos en el bosque. Hemos compartido disfraz en Halloween y también hemos llorado juntas cuando hemos estado bien jodidas por el tema que sea. Es por ello por lo que no imagino mi vida sin ellas, sean días locos o días tranquilos. Da igual, si es con ellas.

—Deja de quejarte, señorita «perfecta». —Nótese el retintín, por favor—. Que me echabas de menos, aunque pretendas demostrar lo contrario.

Se me escapa una risilla tonta cuando veo a Chlóa lanzarse a los brazos de Carmen y espachurrarla contra su pecho. Eso sí que no se lo deseo a nadie porque, joder, Chlóa está muy en forma. Es bombera, sí, lo que habéis escuchado. Podría romperlos todos los huesos del cuerpo haciendo eso que le hace a Carmen, como podéis sospechar —porque lo de comprobar está jodido ya que no me veis—, no me gustaría nada estar ahora mismo en su pellejo.

—¡Suéltame! Me haces daño —protesta Carmen. Como siempre, vamos, nada nuevo.

—Deja de quejarte, que te encanta. Te encanta tanto como Emilio, uhh, Emilio, quiero que me des besitos así. —Se lleva los brazos a la espalda y se manosea ella misma, esto parece una peli porno porque mueve la cabeza, los brazos, contonea el cuerpo y hasta saca la lengua.

Puaggg. Puto asco que me está dando.

—Gracias, se me ha quitado el hambre, la sed y hasta las ganas de vivir —me quejo.

Ellas se ríen. No es coña.

—Deja a Emilio tranquilo —acota Carmen.

—Uff, ¿la has escuchado? Defendiendo a su chico.

—No es mi chico. —No me gusta nada hacia dónde va la conversación porque esto acaba en riña fijo y, siempre que se pelean, me toca hacer de intermediaria y preparar alguna encerrona para que se encuentren. Empiezo a sospechar que ellas saben que lo hago y ceden por su propia voluntad, eso sí, primero se hacen las tontas.

—No es tu chico, sin embargo, te encantaría que lo fuese.

Emilio es el director del colegio en el que trabajamos Carmen y yo. Este es un pueblo pequeño. Hemos sido prácticamente los mismos vecinos desde siempre, lo que sucede es que estamos muy bien ubicados. Tenemos la ciudad cerca, a la misma distancia que estamos de la costa, por lo que nuestro emplazamiento facilita que haya de todo y que el pueblo esté creciendo poco a poco. Cosa que mi abuelo agradece porque dice que íbamos a quedarnos todos momificados y que desapareceríamos de la faz de la tierra. Tampoco descarta un ataque zombi o una invasión alienígena, mucho *The Walking Dead* y *Alien* ve él, me parece a mí. Esto de que tenga Amazon Prime, Netflix y HBO está siendo motivo de disputa en casa cada día. Pero esto es harina de otro costal y lo trataremos llegados el momento. Los problemas y los dramas de uno en uno, por favor.

—Por supuesto que me encantaría que lo fuese, ¿es que no lo has visto?

—No, gracias, no quisiera verlo.

Carmen pone los ojos en blanco y sé que le encantaría darle una colleja a Chlóa, todos hemos experimentado eso hacia ella en alguna ocasión, incluso es probable que lo sintáis vosotros también. No hay que padecer remordimiento por ello, es normal, diría que es uno de los efectos que provoca nuestra amiga a su paso. Nada extraño, si la conoces, te resultará adorable cuando asumas que cada uno es como es y punto. ¿A que eso de quererla tal y como es empieza a cobrar vida por momentos? Pues eso...

—Es educado, elegante, inteligente, resolutivo... —enumera.

—Un auténtico muermo —resume Chlóa.

Es el momento de interceder, sí.

—Chlóa, no te pases, Emilio es un gran hombre y es perfecto para Carmen.

—Lástima que él no se haya fijado en ti ni lo más mínimo. —Toma zasca.

A ver cómo intervengo en este momento y le doy la vuelta a la tortilla para que no suene tan..., tan como acaba de sonar, sí. Crueldad absoluta y tal.

—No le hagas caso, está dolida porque han rechazado su ascenso en la estación de bomberos.

Pues vaya, como intervención ha estado cojonuda, ahora bien..., mucho me temo que me querrá espachurrar a mí por lo desafortunado de mi comentario. Eso sí, Carmen parece contenta y conforme con lo que he soltado porque la sonrisa le llega a la raya del pelo. Literal. O casi, ya me entendéis.

—No me han dado el puesto no porque no valga para ello —dictamina ofendida—. Es que ha llegado un tipo nuevo que necesitaba esa plaza, ¿me entendéis? Porque Emilio será muy inteligente, ahora, lo que sois vosotras... —Carmen y yo intercambiamos unas miradas que lo dicen todo. Chlóa bien que podrá acabar con una, pero... ¿y con dos? Imposible. Nos incorporamos y caminamos en su dirección. Ella retrocede, ya conoce la jugada.

»Ni de coña, estamos en un sitio público y gritaré. Juro que gritaré hasta que se me descoyunte la garganta.

—Pues ya estás tardando —la provoco.

Gritona es un adjetivo que la define a la perfección. Y lianta, eso también.

—Malditas. Me vengaré.

Chlóa grita, sin embargo, esos gritos se ven opacados por nuestras carcajadas. No hay nada en el mundo que nuestra amiga odie más que las cosquillas. Y eso es lo que hacemos, jugar nuestras cartas en favor de la partida. Porque ya sabéis que me gusta ganar.

CAPÍTULO 2

La cosquillita

La cosa se nos fue un poco de madre. Las cosquillas acabaron en un par de cervezas de más, un karaoke bastante desafinado y en un burrito en la plaza contándonos chistes malos. Esa más bien fue Chlóa. La pobre, lo que tiene que aguantar en esa estación de bomberos o, más bien, lo mucho que disfruta la cabrona allí.

Cuando eres pequeña, adolescente con las hormonas revolucionadas o jovencita y resultona con las hormonas más revolucionadas aún, crees que eso de tener una estación de bomberos en el pueblo es una ventaja y ciertamente puede parecerlo, hasta que creces, maduras y te das cuenta de que no todo son cuerpos esculturales y melenas al viento, hombres de pecho fornido que van a rescatarte o a rescatar a tu gato cuando se suba a un árbol. Los hay feos, calvos y con pelo en otras zonas que prefieres no imaginar.

A todas estas, mi padre es bombero. No es que la mención a la escasez de pelo me haya hecho recordar que miembros de mi familia pertenecen a ese grupo de trabajadores, no es eso, sino que..., bueno, ya que os voy contando mi vida y que me vais a aguantar este sermón hasta que me aburra de hablar, está bien que os explique todo. Marcos, mi hermano, también era bombero.

Murió.

Murió hace unos años en un incendio en una fábrica de las afueras. A este tipo de mierdas es a las que me refería antes cuando os explicaba que Chlóa, Carmen y yo hemos llorado juntas cuando nos ha tocado hacerlo. Y la pérdida de mi hermano supuso un auténtico mazazo en la familia.

En mi opinión, hay situaciones y vivencias para las que jamás estaremos preparados. Se supone que deja de doler. Os digo ya que no. ¿Aprendes a convivir con ese dolor? Sí, esa sería una buena definición para esta postura.

Marcos era... Joder, Marcos era el hombre al que más he querido en mi vida. Era mi amigo, mi hermano, mi confidente, el que me enseñó a montar en bici, el que me mostró calas desiertas, el primero en comprarme condones y amenazarme con que, si traía un bombo a casa, me arrastraría de los pelos por la plaza sin remordimiento alguno. Y yo nada de lo que decía me lo tomaba a mal nunca, ¿por qué iba a hacerlo?

Su muerte nos jodió la vida. De forma literal. Papá dejó de ejercer porque era incapaz de poner un pie allí y no verlo. Mamá..., Mamá se limitó a convertirse en una sombra que paseaba por la casa sin ton ni son, y el abuelo..., el abuelo contaba que no había nada peor que ver morir a un nieto cuando él tenía que haber sido el que falleciese, no por nada en especial, solo porque la naturaleza, en teoría, lo dictamina de esa forma. Y digo en teoría, porque ya sabemos que nada está escrito y todo es impredecible.

Nos fragmentamos como partículas diminutas. Cada uno cogió una especie de camino, de luto particular, una vía para resguardarse y reponerse de la pérdida de mi hermano hasta que llegué a la conclusión de que no podíamos seguir de esa forma. Porque Marcos no habría querido

que estuviésemos así, porque éramos una familia en las buenas y en las malas, y tendríamos que seguir adelante, aunque nos doliese el pecho al respirar, aunque la herida siguiese ahí, porque si de algo estaba muy segura es de que ese desconsuelo jamás se iría. Jamás.

Y bueno... Hemos intentado sobrevivir a su ausencia. Ahora solo nos queda aprender a vivir.

No me apetece mucho seguir hablando de este tema, ¿vale? Así que os diré que anoche la cosa se nos fue un poco de las manos y que las consecuencias en el día de hoy están siendo catastróficas.

He llegado a clase con unas gafas de sol del tamaño Pantoja. Y antes de que me preguntéis, sí, ese tamaño existe. Son tan grandes que es probable que me cubran los pómulos y no descarto que también parte de la barbilla y hasta el cuello. Me duele la cabeza y ¿qué es lo mejor que puedes hacer cuando te has levantado con jaqueca y apenas has dormido dos horas? Pues dar clase a un grupo de veinticinco niños de cinco años con las pilas cargadas al máximo. Estoy segura de que esta pandilla, si durmiese las horas que yo, estarían igual de frescos que en este momento.

Me miran expectantes, esperando a que haga o diga algo que provoque sus gritos.

Ni siquiera el pensar en que Carmen se está enfrentando a niños de once años me consuela.

—Buenos días.

Y entonces, con dos simples palabras, se desata el infierno en la tierra. Literal.

—¿Qué te ha pasado, profe?

—Tienes cara de haberte caído por un barranco.

—Estás fea. —Uchhh, cómo ha dolido esto.

—Mi madre dice que el que pasa buena noche no puede tener buen día. —Tu madre es una listilla que me cae mal.

—¿Ya te has buscado un novio?

—Imposible que tenga novio con la cara de haberse comido un limón que tiene.

—Quiero un pato. Mi madre no me deja tener un pato, cree que cagan por todas partes. — Siempre podrás comértelo.

—¿Podemos desayunar ya? Tengo hambre. —Carlos siempre tiene hambre.

—Es verdad que se le ve mala cara. Profe, ¿estás enferma? ¿Van a repartirnos por las clases de los mayores?

—Los mayores son guapos.

—A mi hermana le gustan mayores. A mí los chicos me dan asco.

Joder, pues a mí no. Y a ella dentro de unos años tampoco, vamos.

—Ni me he caído por un barranco ni tengo novio ni me he comido un limón ni podemos desayunar ya, y lo del pato..., tu madre tiene razón, Marta.

No pienso responder a eso de que estoy fea porque no. Por ahí no paso ni de coña.

Dispuestos a volver a agasajarme a preguntas están cuando un par de golpes en la puerta hacen que se pongan todos rectos en sus pupitres y que guarden la compostura. Decidme que no son unos niños encantadores a la par que maquiavélicos.

Tras abrir la puerta, ante nosotros aparece Emilio, viene de la mano de una niña que evita nuestras miradas.

Ohhh, pobrecita. Me acerco hasta ellos de inmediato. Ya no me acuerdo de la resaca ni de las canciones de los años ochenta y tampoco de las dos tristes horas que he dormido. Mucho menos de los chistes malos.

—Abril, buenos días. —Emilio siempre tan formal—. Esta es la pequeña Iris. Es su primer día en el cole y está deseando empezar. —Por su cara de miedo, no lo tengo yo tan claro.

Me agacho colocándome a su altura y espero que en mi semblante pueda encontrar la calma que quiero transmitirle. Mierda, con las gafas puestas, tamaño XXXL, dudo que encuentre nada.

—Buenos días, Iris. ¿Qué tal? —Las gafas han pasado a mejor vida y mi cara no le agrada del todo. Vamos, porque tengo cara de culo, sincera ante todo.

—¿Estás malita? —indaga.

Al menos no me ha preguntado si me ha atropellado un camión, mirad la parte positiva, algo es algo.

—He pasado mala noche.

—Y no tiene novio —gritan por ahí.

Alzo la vista y me encuentro sonrisas perennes que muestran que son dignos angelitos del infierno. Si es que eso existe.

—Ya sabemos que no tengo novio y no pasa nada por ello.

—Por supuesto que no pasa nada. —Emilio siempre tan educado y decoroso.

Le sonrío como muestra de agradecimiento. Supongo que ese es el consuelo que se dan los solteros y tal.

—¿Te apetece contarnos qué tal tu primer día en el pueblo?

Emilio se hace a un lado, y yo me incorporo cogiendo de la mano a la pequeña. Nos sentamos ambas en la mesa, poco profesional, pero muy cercano. Me gusta esta mesa y me gusta sentarme en ella.

Iris parece sentirse cómoda porque nos cuenta, sin pelos en la lengua, que hace unos días que ha llegado al pueblo, que su madre también es profe y que ella también quiere un pato. Al final, toda la clase va a querer un pato, hasta yo lo voy a querer como sigan explicándome lo monos y achuchables que son.

El resto del día pasa sin pena ni gloria. Me siento tranquila porque Iris se ha integrado a la perfección, ahora forma parte de la pandilla esta de chiquillos con cara de ángel y mentalidad demoníaca que adoro más que a nada, y apenas cruzo un par de palabras con Carmen cuando nos vemos en la sala de profesores. Una pila de exámenes la acompaña y mi único consejo es que suspenda a los que le caen mal y apruebe a los que se portan bien.

Escucho algo sobre haberme ganado mi título en una tómbola, no obstante, no hago mucho caso de ello, seguro que ha sido un fallo de audición porque Carmen nunca me diría algo así. Chlóa puede, ella no.

Cuando llego a casa, mi abuelo está apostado por fuera, sentado en una silla de playa que es más amarilla que blanca. No hay Dios que le pueda robar esa silla o cambiársela, bajo amenaza de muerte, de veras. Mi abuelo es especial. Os lo aviso desde ya.

—Ya era hora de que llegaras. Tengo hambre, y tu padre no ha querido servir el almuerzo hasta que estuvieses en casa.

—No seas testarudo.

—No soy testarudo. ¿Sabes que matar de inanición a un anciano es denunciabile? —grita para que lo escuche mi padre mientras entramos en casa.

Dejo el bolso en el sofá y nos metemos en la cocina. Me lavo las manos y escucho la sinfonía de cada día. Las disputas entre mi padre y mi abuelo. Épicas, os lo juro. Son épicas.

—Hablar más de la cuenta también es denunciabile —pronuncia mi padre.

—¿Has escuchado algo, Abril? Porque yo no. ¿Y ese destello de luz me está rompiendo los ojos? ¡Dios! ¡Dios! —dramatiza.

Ese destello de luz no es otra cosa que el sol reflejándose en la calva de mi padre.

—Pienso darte la comida sin sal —lo amenaza a modo de defensa.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba.

Mi madre entra, y ellos dejan de protestar y de meterse el uno con el otro. Les ha advertido que los echará a la calle si siguen de esa manera. Eso y que son unos inmaduros y que ya tienen una edad.

Lo que ha llevado sus peleas a otro nivel. Solo lo hacen sin ella presente. Lo que implica que me lo gozo todo yo y no puedo comentar la jugada con nadie.

Mi abuelo Lázaro es el padre de mi madre. Hemos vivido siempre en esta casa, con él y mi abuela, hasta que falleció hace unos años. Siempre ha sido así, siempre hemos estado muy unidos y, a pesar de que ellos estén todo el día peleando, tengo la firme convicción de que se quieren más de lo que pretenden aparentar. Por eso me resulta tan divertido el asunto.

—Papá, ha llegado otro paquete de Amazon. —Esa es mi madre a mi abuelo, por supuesto.

—¿En serio? ¿Y has esperado hasta ahora para contármelo? ¿Qué es? ¿Qué es? —Aplaude.

No quieras saberlo.

—Algunos trabajamos —replica mi madre a modo de defensa.

—No lo dirás por tu marido. —Esto, obviamente, susurrado, por eso de que los larguen y tal.

Mi padre frunce el ceño, pues es consciente de que lo que quiera que haya expresado va por él, sin embargo, no suelta ni pío al respecto.

Mi madre le tiende una caja, y mi abuelo no duda en abrirla frente a todos.

Ante nosotros aparece un *troll*. Un pequeño *troll* de color rosa con el pelo más rosa aún. Una extraña combinación. La boca me llega hasta el suelo porque no entiendo a qué viene esa compra.

—Amazon Prime es el mejor invento de todos los tiempos. Edison y su bombilla no son nada.

Claro que sí, la electricidad no es necesaria.

—¿Un *troll*, papá?

—No es un *troll* cualquiera, es la princesa Poppy. Hace dos días vi la película en Netflix, ¿a que es adorable?

—Sería adorable si trabajases en el colegio con Abril —mi padre ha soltado lo que todos pensábamos.

—No pienso responder a tus provocaciones, calvo.

Mi madre alza la vista, aprieta el paño y como cabe esperar... ¡Boom! Se lía muy gorda.

CAPÍTULO 3

La venganza se sirve en plato frío

Que Chlóa entre en el aula de estudios, vestida de bombera y seguida de Emilio, no presagia nada bueno, os lo puedo garantizar.

—Esta es una visita profesional. —Alza las manos a modo de defensa, como si esa sonrisa suya que la acompaña no supiese lo que encierra. Desde que estábamos en pañales, ¿recordáis?

—¡Qué bien encontrarte aquí, Abril! —El entusiasmo de Emilio me pone los pelos como escarpas, os lo juro—. No sabía si estabas en Educación Física con los chicos.

Por suerte, esa asignatura no la doy yo y digo por suerte porque odio todo lo que tenga relación con el deporte, me gusta ganar sin sudar por el camino.

—Estoy... aquí. —Ni siquiera sé bien qué responder sin sonar ridícula.

—Estupendo. Chlóa y yo hemos tenido una idea genial. Ha tenido la amabilidad de proponer una excursión al parque de bomberos. —Ah, mira, qué divertido. Pelos de punta, os lo dije.

—Considero que los niños van a estar encantados de ver lo que es nuestro día a día, incluso podrán subir a un camión de bomberos, ¿sabes lo enriquecedor que será eso para ellos?

—No lo veo —apunto—. Molestar a los bomberos no es buena idea, Emilio. —Si pudiese, suplicaba.

—Eso son chorradas, no nos molestan, en realidad, somos un servicio público y debemos estar con el pueblo, ¿no crees?

No me deja más remedio...

—Chlóa odia a los niños.

Ella me observa perpleja y frunce el ceño.

—Eso no es verdad y, aunque lo fuese, soy una auténtica profesional. —Veo la duda reflejada en el semblante de Emilio. Algo es algo—. Además, no soy la única bombera que hay en ese parque, estarán todos los chicos y será increíble. Los niños se lo pasarán pipa siendo bomberos por un día.

No entiendo una mierda a qué viene este interés por parte de mi amiga de que esa excursión se lleve a cabo, huele a quemado desde lejos y no porque sea bombera.

—Bien, pues a mí me parece una idea encantadora. —Ya, claro que sí—. Y estoy convencido de que los niños disfrutarán de la experiencia.

—Claro que sí. —Aplaudiv Chlóa de manera figurada leyendo mis pensamientos y verbalizándolos.

—Fantástico. Prepararé la autorización para que la lleven en sus mochilas hoy mismo.

Una de las ventajas de vivir en un pequeño pueblo es esto, las cosas salen de forma mecánica y rápida. Normalmente se organizan varias excursiones al año, una con los padres para festejar el día de la familia y hemos ido en otras ocasiones al parque de bomberos, pero no con los peques, siempre con los mayores, lo que implica que yo me escabullo de ese asunto que tan poco me gusta.

Me dan escalofríos solo de pensarlo. Controlar a los niños en un espacio como aquel donde

habrá camiones, bomberos, sirenas, mangueras... No hay suficiente alcohol para mitigar el dolor de cuerpo y mente que me va a producir esa visita. Y todo lo añadido a ese tema, ya me entendéis.

—Te odio —escupo cuando Emilio nos deja a solas allí.

—No será para tanto —ironiza ella.

Chlói tiene la habilidad de parecer un angelito, en serio, es culpa de su anatomía, vamos, de su cuerpo y su carita de campanilla. Rubia, con esos profundos ojos claros que parecen dos lagos, las curvas que tiene y la piel nívea... Parece una muñeca de porcelana o una Barbie Malibú. Yo, en cambio, soy su antítesis y no hablemos de Carmen. Es bajita, morena y preciosa, con todas esas curvas que tiene. Nada de fofisana o esquelética, Carmen tiene una figura que envidia y presiento que muchas compañeras piensan como yo. Eso sin contar con lo buena persona que es y con la poca maldad que tiene en ese cuerpo. No sabe decir que no y es incapaz de imponerse cuando tiene que hacerlo. Es buena y noble por naturaleza, lo que le ha provocado algún que otro quebradero de cabeza cuando se han aprovechado de ella.

Mientras Chlói y yo nos retamos con la mirada, entra en la sala de estudio una compañera nueva.

Me incorporo para saludarla.

Cuando aprobé la oposición para trabajar como profesora de infantil, estaba histérica. Habían sido muchos los años estudiando, cubriendo bajas y ocupando trabajos temporales donde me tocaba, por suerte, siempre cerca.

El primer día en el colegio fue mágico y acojonante a partes iguales. Conocía el pueblo, conocía a la madre de la mayoría de los niños y, aun con todo eso, tenía ciertas inseguridades, de verdad, las tenía, porque..., ¿qué pasaba si lo hacía mal? ¿Si no congeniaba con los niños? ¿Si no me aceptaban en el grupo de trabajo? Para ese tipo de cosas no te preparan en unas oposiciones, muchas leyes, mucho temario, sin embargo, todo lo que debes saber lo aprenderás en el día a día. Ya sabes, cortando huevos se aprende a capar...

Fue fácil. Emilio atento, como siempre; Carmen, que, a pesar de que no estaba en mi grupo, me acompañó y no me dejó sola en ningún momento; el resto de profesores, considerados y respetuosos, complacientes y dispuestos a ayudar, así que... sé que esta chica que está observándonos entre el asombro y el acojone necesita ayuda.

—Soy Abril, Abril Martínez —me presento—. Doy clase a los niños de cinco años.

Vacila un momento, a ver, no sé si mi entusiasmo la ha desbordado y tal vez quiera mandarme a la mierda y no esté acojonada, solo que le guste que no la molesten y hubiese preferido acercarse ella cuando le saliese del toto. Todo puede ser.

—Yo soy Chlói y soy bombera. No doy clases, no he dado clases y no las daré. En realidad, ni siquiera sé si me gustan los micos. Me van los mayores. —Y le guiña un ojo con desparpajo.

Eso parece funcionar porque la chica sí que sonrío. Vaya, empezamos bien, trabaja conmigo y le cae bien mi amiga, qué guay todo.

—Yo soy Alicia Laínez. Y creo que tú eres la profe de mi hija Iris. —¡Es verdad! Cuando Iris se presentó, comentó que su madre también era profe. No caí en la cuenta de que por ese motivo podía haberse mudado—. Aprobé las oposiciones y pedí un traslado.

—Has ocupado el puesto de Juana con los niños de diez años.

—Exacto. —Asiente. Aún estoy evaluando si me cae bien o no y viceversa—. Estoy un poco... perdida —admite. Vale, lo retiro, vuelvo a sentir penilla.

—No tienes de qué preocuparte —intercede Chlói—, este es un pueblo pequeño, todos nos conocemos y nos ayudamos. No suelen haber malos rollos ni confrontaciones y, como has visto,

Emilio es un tipo que se viste por los pies. Aunque Carmen te sacará los ojos si te fijas en él.

—¿Qué? —inquire Alicia. Eso no se lo esperaba, y yo tampoco, la verdad.

—¿Qué? —grita Carmen haciendo acto de presencia. Upsss, mal momento, sí.

Chlóa, con todo su morro, ocupa una silla y planta sus piernas en otra.

—Eso no. —Señalo lo que acaba de hacer y niego con el dedo. Baja sus pies del asiento. Es como una niña pequeña, en serio.

—Carmen, estamos poniendo al día a Alicia. —Y la señala—. Es nueva y madre de una niña de la clase de Abril. —Y me señala como si tampoco supiese quién soy yo—. Solo le advierto que Emilio está cogido.

—Emilio no está cogido para nada —se defiende abochornada.

Chlóa pone los ojos en blanco, y Alicia medio sonrío. Eso es un gran paso, ¿no?

—A Carmen le gusta Emilio, y no dudaré en sacarte los ojos si te acercas a él, ¿lo pillas? —A tomar por el culo todo el buen rollo y el saber estar de mi amiga.

Carmen está roja como un pimiento, y yo estoy atónita y boquiabierta por lo que ha soltado Chlóa de carrerilla.

—No me interesa —apunta la susodicha sin más.

Respuesta correcta. Yo cierro la boca, Carmen sonrío complacida, y Chlóa asiente dándole el visto bueno.

Esto no queda así, lo presiento.

—Estupendo. Pues nada, majas, que me voy a currar porque tengo que defender el pueblo de posibles incendios. —Pasa cerca de Alicia y le guiña un ojo—. ¿Unas cervezas esta noche y nos ponemos todas al día?

¿Qué?

—Ya os avisaré —responde intentando no quedar mal.

—Me vale.

Cuando pasa cerca de Carmen, la apretuja solo para fastidiarla y se marcha como si no hubiese levantado un tornado a su paso.

—¿Qué hacía ella aquí? —Carmen prácticamente balbucea.

—Me ha preparado una encerrona. Quiere que vayamos de excusión al parque de bomberos.

—Upsss.

—¿Y qué tiene eso de malo? —indaga Alicia.

—No me gusta. —No la conozco como para confesarle que mi padre era bombero y que mi hermano también y, cosas del destino, murió en un incendio. No, desde luego, no tenemos ese nivel de confianza—. Esta me las paga.

CAPÍTULO 4

Esto es una tortura

Alicia no vino a la noche de cervezas y, llamadme mala persona, lo agradecí. Todavía no entiendo cómo Chlóa, con todo su morro, decidió invitarla sin contar con nosotras.

—¡Ya ha llegado el alma de la fiesta!

No respondemos de forma habitual, nuestros ceños están fruncidos. Carmen y yo estamos mosqueadas por su «excesivo entusiasmo», que sí, que ya sabemos que Chlóa es la tercera en discordia, es intensa a más no poder y le encanta meternos en líos, ahora bien..., de ahí a contar lo de Emilio y a prepararme esa encerrona de excursión, pues no lo veo.

El caso es que ni siquiera nos damos la vuelta, por lo que insiste en repetir su frase como si no la hubiésemos escuchado la primera vez.

—¿Hola? —pregunta Chlóa.

—¿Has escuchado algo? —inquire Carmen.

—Una imbécil, eso he escuchado —farfullo.

—¡Oye! —protesta Chlóa—. Que estoy aquí, joder —protesta.

Entonces sí que nos giramos.

—¡Anda, si ha llegado la cotilla del pueblo! —ironizo con mucho morro y poco decoro.

—Emmm, ¿qué me he perdido? —Encima.

Estas son las peores reprimendas, esas en la que la persona la caga y ni siquiera es consciente de ello.

—Le contaste a esa chica lo de Emilio —Carmen grita y provoca que varias personas se giren y nos observen con atención.

Otra cosa no, pero en este pueblo los cotilleos escasean y dan la vida a la mayoría, a veces, hasta se los inventan, ese es el nivel de aburrimiento que tenemos.

—¿Estás enfadada por eso? ¿De veras? —Y que vaya de santurrona tampoco mola.

—Chlóa —intercedo de nuevo tirando de la paciencia que he adquirido estos años en el colegio y porque soy la que intercede siempre, no nos olvidemos—, no está bien. Ni siquiera la conocemos, a saber lo que ha pensado de nosotras. No ha venido, lo cual nos da una prueba verídica de que está convencida de que estamos chaladas y nos hemos escapado de un manicomio.

—¿Y? ¿Desde cuándo nos preocupa lo que piensen los demás? —Eso es una verdad como un castillo—. Siempre hemos sido raras y ¿sabéis qué? Que nos la ha sudado. Siempre —insiste.

Suspiro, está malinterpretando mis palabras.

—No es cuestión de que nos tilden de una cosa u otra. Eso me da exactamente igual. Es que... ya sabes que Carmen es sensible con el tema de Emilio, y yo..., a mí me has jodido con la excursión. No quiero poner un pie en ese lugar, no después de lo de Marcos.

Entiendo que mi padre haya decidido pedir la jubilación anticipada tras el fallecimiento de Marcos. Y empatizo con el hecho de que poner un pie allí puede traer recuerdos, si ya los trae

para mí, imaginaos para él, que trabajaron codo con codo unos años.

Chlóa chasquea la lengua entendiendo a qué me refiero, quizá también ha sabido leer en mí la incomodidad, el dolor y los recuerdos que acarrea ese sitio.

—Abril, cielo, es hora de que sigamos adelante. A veces tenemos que enfrentarnos a nuestros fantasmas. —Su tono es dulce, calmado y sereno, nada habitual en ella, pues es puro fuego. No podría haber una profesión mejor para mi amiga que la que ha elegido, en serio.

—Ya, lo sé. Y sé que no lo hiciste con maldad. —Es imposible estar enfadada con ella, puede ponerte en mil y un aprietos, sin embargo, sé, en el fondo sé, que no lo hace con mala intención o para provocarte dolor, lo hace porque es impulsiva, ya sabéis, primero nos damos la hostia y luego vemos cómo lo solucionamos.

—Perdonad que no esté del todo de acuerdo —intercede Carmen.

Chlóa bufa, yo medio sonrío.

—A ver, alma de cántaro, ¿cómo esperas que Emilio te haga caso si ni siquiera eres capaz de admitir a bocajarro lo que sientes por él?

—A ver... Mujer... —Qué risa—. ¿Acaso pretendes que me ponga una sudadera y lo haga público? ¿Lo anuncio en el periódico? ¿Pongo una pancarta en la fachada del colegio?

—No me des ideas...

—No, no se las des. Es doña problemas. —La señalo.

—Lo decía de coña —rectifica Carmen al entender que las consecuencias de lo que acaba de pronunciar pueden ser verdaderamente catastróficas—. Lo que sí sé es que contarle todo a la nueva no va a ayudarme en nada.

—¿Quién sabe? Lo mismo puede echarte un capote, darte un empujoncito o... vete a saber.

—No, no quiero saber, la verdad. Lo que quiero es que dejes de presionarme con el tema porque cada cual toma las decisiones que quiere y si me tengo que equivocar, pues me equivoco.

Chlóa chasquea la lengua, poco convencida. No es de las que se conforman y cede tan rápido. Nunca lo ha sido, por lo que entiendo que es bastante probable que siga dando empujoncitos a Carmen para que haga algo.

—Con respecto a lo tuyo —me señala—, me la debías, por las cosquillas. Me las debíais las dos, así que... ya estamos en paz. Os prometí venganza.

Y sacude las manos como si las hubiese metido en tierra y ahora se las estuviese limpiando.

Carmen suspira, sé que tiene tantas ganas como yo de arrancarle la cabeza de cuajo. ¿Recordáis cuando os dije que las tres éramos compatibles? ¿Sí? Pues a veces tengo mis dudas.

En fin, que ya iremos capeando el temporal según vaya llegando.

—¿Creéis que es buena tía? —indaga Carmen—. Me refiero a Alicia.

Alzo los hombros, no tengo respuestas para depende qué cosas.

—¿Cómo vamos a saberlo si ni siquiera ha venido? —matiza Chlóa con su brutal sinceridad.

—Tal vez tuviese otros planes. Planes que no se comparten con desconocidas.

Si Chlóa pillla la indirecta de Carmen, no se da por aludida.

—Podría ser.

De pronto el aire cambia por completo. Las tres nos giramos y enfocamos la vista en dos tíos que están jugando a los dardos. Frunzo el ceño cuando me percató de lo buenos que son.

—¡Joder! —exclama Chlóa—. Ese es el nuevo. El tipo que me ha quitado mi flagrante ascenso.

Nos dedicamos a analizarlo en profundidad. Ha logrado captar nuestra atención y no solo por los motivos evidentes, porque juega bien, nada tiene que ver con ese pedazo de culo que se gasta, lo ancha que es su espalda, lo bien que se amolda la camiseta blanca de algodón a su figura y lo

alto que es. No, nada de nada, es solo que juega bien a los dardos. Los cojones..., sí.

—¿Ese? —Mi voz casi sale ahogada. De pronto hasta me falta el aire.

—Pues resulta que al final no todos son calvos, peludos o viejetes —matiza Carmen dándose cuenta de que es un tío bueno. Tío bueno. Que quede claro.

—Está con Aitor, vamos a saludar.

—¿Aitor también es nuevo? —pregunto.

Intento parecer cuerda, lo que pasa es que el tío bueno me ha neutralizado todas las neuronas y está de espaldas. Si el frente hace un mínimo de justicia a su imponente trasero, moriré. Y moriré feliz, por supuesto.

—¿Qué? ¿Nuevo? No. —Chlœe desvía la mirada y su voz baja unas décimas. Ella jamás baja la voz. Nunca. Por nada del mundo. Va dando la nota allá por donde pasa. Seguro que eso ya lo habéis notado.

—¿Qué sucede? —Si hubiésemos compartido cordón umbilical os prometo que no estaríamos tan conectadas.

—No pasa nada, Carmen, ¿por qué preguntas eso? —Sí, definitivamente pasa algo. Fruncimos el ceño y sonreímos malvadas—. Vale, me lo quiero follar.

Sí. El camarero nos mira. Los chicos de al lado también, y los abuelos que están jugando al dominó. A Dios doy gracias de que el mío hoy no esté entre ellos, no por nada, sino porque echaban *The Walking Dead* y hoy echan el capítulo en el que Daryl... No sé, un capítulo que le gustaba o algo así.

Dadas las circunstancias, los chicos se dan la vuelta y clavan la vista en nosotras.

—No podemos sacarla sin el bozal —farfullo mosqueada. Le doy un largo trago a mi cerveza, que de pronto parece estar caliente.

Caliente como yo.

—Vienen hacia aquí. Disimulad —susurra Carmen. No sé si ponerme a silbar o algo.

—¡Hola! ¡Aquí! ¡Aquí, chicos! —grita Chlœe—. Chicos buenos y fornidos. Musculados sin Winstrol.

—¿Qué mierda es esa? —inquiero.

—Ya os lo explicaré cuando empiece a funcionar mi cabeza, de momento, solo me funciona la vagina.

—Ya no tengo sed... —Empujo la cerveza con asco, y Carmen hace lo mismo. Además de meternos en problemas, esta chica tiene la capacidad de quitarnos hasta las ganas de beber.

Nos giramos cuando Chlœe nos toca el hombro. Me preparo para sonreír con falsedad y ser amable. Para actuar como si todo me importase una mierda. Me preparo para... No sé, me preparo para cualquier cosa menos para encontrarme con unos ojos grises, una sonrisa ladeada que reza «te voy a volver jodidamente loca» y para un cuerpo que le hace justicia a toda la parte trasera que tuve el —tremendo— placer de contemplar con descaro.

Sí, en definitiva, se me ha quitado la sed, ahora bien... Me ha entrado un hambre...

CAPÍTULO 5

Es bombero

¡Alerta roja! ¡Alerta roja! Cartel colocado en tres, dos, uno... Bombero. Es un bombero. Sinónimo de problemas, contratiempos y disgustos, así que esa hambre de la que os hablaba va a tener que ser satisfecha con unos calamares y una ración de patatas bravas.

Alzo la mano para pedir las sin contemplar la posibilidad de que tal vez me esté comportando como una maleducada. En fin. No son mis amigos. Tampoco tengo previsto que en un futuro lo seamos, así pues...

—Chicas, os presento a Aitor y a Asier. Asier acaba de llegar, y Aitor... —Sí, Aitor es al que se quiere zumban mi amiga, me ha quedado claro clarinete—. Aitor es mío —concluye.

—Ehhh, ¿hola? —tercia el susodicho.

Me cago en la puta, recordadme que no saque más a Chlœ sin el bozal.

—Hola, soy Carmen. —Mi amiga sale en su ayuda, no entiendo por qué, pero lo hace.

—Yo soy Abril.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta cuando clavo mis ojos en él. Ese nudo se convierte en una bola y la bola, en una pelota gigante. Imposible tragármela. La bola, digo. Qué cochina soy cuando quiero.

—Asier. —Me tiende la mano a mí primero y os juro que cientos de mariposas revolotean alrededor de mi barriga, baten sus alas con tanta fuerza que miedo me da salir volando de un momento a otro.

¡Alerta roja! ¡Alerta roja!

Me fijo en el chico que ha llegado con él. También es guapo y tiene pinta de ser un rompecorazones de cajón. No, lo de juzgar a una persona por la primera impresión está mal, muy mal, porque, si fuese de esa manera, tal vez nosotras tampoco saldríamos muy bien paradas, sin embargo, es imposible analizar y pensar en las consecuencias que podría tener ese chico en mi amiga. O será mejor evaluar los problemas que le traerá mi amiga a ese chico. Pobre, empiezo a sentir lástima por él, que Chlœ ponga sus ojos en Aitor solo presagia problemas.

Carmen me sonríe como si hubiese llegado a la misma conclusión que yo y supiese que lo vamos a pasar la mar de bien.

— Y qué tal todo? —pregunto.

Me he convertido en una chica de esas que intenta rellenar los silencios, pues vaya...

Ellos no parecen darle importancia a mi sandez.

—Todo bien, jugábamos una partida de dardos y le estaba dando una paliza a este chaval. — Señala a Asier y, por su culpa, vuelvo a fijarme en sus ojos grises.  Cre is que hay miradas que hipnotizan? Porque estoy peligrosamente cerca de sucumbir a cualquier cosa que me pida.

Aitor es simpático.

—No lo cre is, estaba dejándolo ganar.

 Ganar? Con esa voz a mí s  que me tiene ganada.

« *Oh, my goshhhh* », nada de *my God* ni finuras de esas, a lo pueblerino, por favor, que se entiende mejor.

Chlóa, tan oportuna como siempre, monopoliza la conversación, por lo que yo respiro tranquila. Me detengo a observarlo con calma. Su cuerpo no parece estar en tensión, a pesar de que es nuevo en el pueblo y que ser «el nuevo» es un rollazo por todo lo que os he explicado. Tiene una sombra de barba que me mola, el mentón es recto, no veo hoyuelos por ningún lado y posee unas pestañas que quisiera para mí. En definitiva, si la parte de atrás estaba para hacerle un favor, por delante te dan ganas de rendirle pleitesía. ¿Dios Asier existe?

—Ella es la reina de los dardos, deberíais jugar una partida. Eso sí, sin apostar, porque os dejará con los bolsillos vacíos y su cartera más llena.

Ehhh, ¿hola? ¿En qué momento hemos pasado de hablar de lo que quiera que estuviesen hablando mientras yo me recreaba en semejante ejemplar a que mi nombre y mis *hobbies* salgan a la palestra? Tal vez lo sabría si no me hubiese quedado embobada. *Touché*.

—Carmen, eso no es verdad. —Sí que lo es.

—Sí que lo es. —Pongo los ojos en blanco.

Niego con la cabeza.

—Bien. Juguemos. —Os juro, os prometo, os garantizo que esa forma en la que ha pronunciado ese «juguemos» ha tenido una conexión directa y electrizante con mi sexo. Mierda. No me voy a poder concentrar con un oponente tan tremendo.

—Carmen... —Lloriqueo.

La susodicha me empuja y, mientras casi tropiezo perdiendo los piños por el camino, ella se gira y pide una ronda de cervezas. Bueno, borracha mejor que sobria, ¿no?

—La odio.

—No vas a tener suficiente odio en el cuerpo para las dos —indica Chlóa—. ¿Eso quiere decir que ahora la odias a ella más que a mí?

Niego una vez más.

—Eso significa que tengo que buscar nuevas amigas y dejaros votadas en una cuneta en cualquier autopista del país.

—A exagerada no te gana nadie.

—Tú sí —le recuerdo.

—Es una chorrada, solo tienes que jugar y ganar. Lo que haces siempre.

—Pero... no voy a poder concentrarme. —Por lo evidente. Vamos, que está tremendo, cañón, fornido, sexi a rabiar y que su voz me provoca escalofríos en las partes bajas. Nada atípico.

Chlóa, que de tonta no tiene un pelo, me sujeta por el brazo y me lleva a una zona apartada. Menos mal, porque ella no es de bajar la voz y lo que menos me apetece es sacar a relucir mi estado físico y emocional. O mi estado vaginal.

—¿Te brinca la pepitilla?

Se me escapa el aire y, tras eso, contengo la respiración.

—No, joder, no, ¿por qué? —¿Acaso se me nota?

—A mí no me engañes, jovencita. Soy mayor que tú.

—Un día. Eres mayor que yo por un día.

—¿Y? La edad es una ventaja.

Por favor, vaya excusa más mala y manida.

—Está como un puto queso gruyer —concluyo sin tapujos.

Ella sonrío malvada, como lo hace mi abuelo, como si en su cabeza estuviese tramando maldades y no me fuesen a gustar una puta mierda.

—Chlóe... —Joder, que, si tengo que suplicar, lo hago.

Me empuja con sutileza y, desde fuera, lo que podría parecer eso que acaba de suceder es algo sin mayor importancia, vamos, que tal vez estábamos tramando un plan para ganar. Para ganar la partida, no una noche de sexo desenfrenado. Que ni siquiera lo conozco, que puede ser un loco desalmado secuestrador de bebés y coleccionista de *trolls*, como mi abuelo. Oye, que mi abuelo colecciona *trolls*, pero no es un loco desalmado ni nada de eso, no vayamos a pensar...

¡Alerta roja!

—Bien, las reglas sabemos cuáles son —indica mi amiga—. Nada de mordiscos ni empujones, nada de patadas y no se puede tirar del pelo.

—Sabes que vamos a jugar a los dardos, ¿verdad? —pregunta Aitor un poco perdido.

—Shhh, no me desconcentres. Lo que él no sabe es a lo que vamos a jugar nosotros luego —susurra—. Al teto, ¿sabes lo que es?

Ay, por favor...

—Calla de una vez —le ruego.

Carmen regresa con una bandeja de cervezas y comienza a repartir.

—¿Cuánto habéis apostado?

—No pienso desplumar a una chica —murmura el bombero. En realidad, son mayoría bomberos, pero ya sabéis a quién me refiero.

La has cagado, guapito de cara —y de cuerpo—.

—No te tengo miedo —sentencio clavando mis ojos en él.

Que no se note que me pone, que no se note que tiemblo, que no se note que saltaría sobre su cuerpo y me lo comería con pan y mantequilla de ajo. De ajo porque repite, ¿lo habéis pillado? A tomar viento fresco lo de la alerta roja y todo eso.

—Pues deberías.

—Presiento que tengo las bragas empapadas —murmura Chlóe.

—Joder, aunque me cueste, diría que hasta yo las tengo —susurra Carmen dándole la razón a mi amiga la chalada.

Lo peor de todo es que hasta yo creo que me he mojado. Solo espero que mis pantalones sean lo suficientemente gordos para que no se note una mierda.

—Fíjate si soy buena, que te daré ventaja.

Carmen bebe, Aitor sonríe, y Chlóe le lanza un beso al susodicho. La sutilidad no es lo de mi amiga, no.

—Bien, fíjate si soy bueno, que te la daré yo a ti.

Entrecierro los ojos, frunzo el ceño y sonrío con malicia.

—Como quieras.

Me acerco hasta donde se encuentran los dardos y elijo los de color rojo. Siempre he jugado con esos, los azules eran los de Marcos. Nunca he podido cambiar de color.

—¿Cuánto? —pregunto.

—No pienso apostar dinero. Lo haremos más interesante —apunta. Veo la malicia bailar una sardana a nuestro alrededor.

¿Interesante quiere decir que nos jugaremos un beso? ¿Un polvo? ¿Sexo oral en el baño? Los baños suelen estar limpios. Me vale casi cualquier cosa que implique tocarnos.

—El que gane podrá pedir lo que quiera, siempre y cuando no sea algo material.

Vale, hecho, sexo oral. Justo lo que necesito.

—Hecho.

Parece conforme con que no haya puesto muchas trabas. A ver, soy la mejor en los dardos, y este tío no me conoce, ¿qué puede salir mal?

CAPÍTULO 6

Todo, todo puede salir mal

ASIER

Os prometí que tardaríais poco en conocerme y que os gustaría, pues tengo el honor de confirmaros que sí, soy yo y no sé si tenéis una sonrisa en los labios desde que he aparecido o preferís pasar al siguiente capítulo. Decidáis lo que decidáis, no me lo tomaré a mal.

Volviendo a la situación que tenemos enfrente, justo enfrente... La. Puta. Hostia.

¿Lo habéis leído bien? Por si acaso, os lo repito: la puta hostia.

Cuando Aitor me propuso socializar, e ir a uno de los bares de este pueblo, no me pareció tan mal plan. Tenía la noche libre y era una idea mucho mejor que la de quedarme en casa, poner algo en la tele, no prestarle atención alguna y terminar haciendo ejercicio para despejar la mente y el cuerpo.

No dudé mucho y acepté. No conozco a nadie por aquí, y Aitor parece un buen tipo. Desde que llegué a la estación de bomberos se pegó a mí como una lapa y me lo puso todo mucho más fácil. Me enseñó el lugar, que no es que se diferencie demasiado de la estación de la que venía y me presentó a todos los compañeros. Hubo algunas bromas de mal gusto por ser el nuevo, pero, en general, el día ha sido bueno.

Aunque no tan bueno como hasta ahora.

Y el plan mejora por momentos.

Los veinte euros habrían estado bien como apuesta, claro, no me supondría nada arriesgado competir con eso, el tema es que... prefería hacer otro tipo de propuestas. Siendo honesto, por mi cabeza pasaron muchas opciones y todas deshonorosas, eso sí, ¿quién me culparía si estuviese en mi situación?

Morena, alta, delgada, pelo largo, rasgos armoniosos, labios... Putos labios. Piernas. Putas piernas. Sonrisa. Puta sonrisa.

Sin habla. Os prometo que me ha dejado sin habla. He temido balbucear en más de una ocasión o quedarme ahí, solo ahí, patidifuso, esperando una caricia como un cachorrito abandonado. También me he preocupado porque mi erección se mostrase victoriosa en este juego. Porque..., ¿quién no querría acabar la noche ganando una apuesta que implicase que esa chica hiciese conmigo lo que quisiera? Joder, que soy un tipo centrado, no obstante, a veces es imposible actuar como tal. Mis instintos primarios siguen ahí, rindiendo en su máxima potencia y esperando el momento de saltar sobre una presa, y esta chica, os prometo que esta chica es síntoma de problemas. Problemas gordos.

Bien... ¿A quién le amarga un dulce? Y con esto lo que quiero decir es que a nadie le hace daño un juego, un coqueteo y nada más. Sin pretensión alguna.

No he venido con la intención de nada, he venido... porque debía hacerlo, porque no podía quedarme atrás, porque mi hija es lo más importante en mi vida e iré allá donde ella vaya siempre que pueda.

—Entonces, ¿comenzamos o piensas seguir ahí plantado temblando como una *nenaza* ?

Abril, que así es como se llama la chica en cuestión, mueve los dardos con soltura entre sus dedos. Me temo que no se tiraba un farol con eso de que jugaba bien y de que ganaba. Me muero de curiosidad por saber si todo lo hace tan bien.

—Por supuesto. —Finjo un estremecimiento que le sonsaca una sonrisa. Puta sonrisa. Carraspeo intentando recomponerme y me acerco hasta coger los dardos azules.

Alzo una ceja. Me gustan los rojos.

Los señalo, y ella niega.

—Ni de coña —me responde como si supiese lo que iba a pedirle.

En fin, soy un caballero y voy a comportarme como tal.

Abril se coloca en posición, y yo, haciendo alarde de esa caballerosidad de la que os hablo, paso a su lado restregando..., restregando un poco la cebolleta. Joder. Ella da un respingo, ahora bien, a mí comienza a apretarme el puto pantalón.

Me. Lo. He. Buscado. Solito.

Alzo las manos, mostrando inocencia cuando ella me mira retándome a que haga o diga algo. En este momento parece que quisiese clavarme el dardo en la cara y no la culpo por ello. Problemas divertidos, eso es lo que reza Abril.

—No tenemos toda la noche. —Sonrisa angelical y mirada desafiante, eso es todo lo que recibo como recompensa.

Me tiembla hasta el último pelo de la cabeza. No hablemos de otras partes de mi anatomía, puede que estemos en horario infantil.

Abril lanza, sin apenas moverse del lugar en el que se encuentra, y da de pleno. En el puto centro.

Las chicas aplauden, y Aitor la observa con atención unos segundos. Hasta hace nada lo estaba apalizando a él, aunque contase lo contrario, y en este momento soy yo el que recibe de su propia medicina.

—Ha sido un golpe de suerte. —Seguro, seguro que ha sido solo eso, sí. ¿A quién pretendo engañar? Ya me lo habían advertido.

—Lo que tú digas. —Me sonrío con superioridad y me guiña un ojo con insolencia. Os prometo que quiero que me guiñe el ojo cada segundo del resto de mi existencia.

Me coloco en posición, y ella se sitúa al lado de la diana. Baja la mirada hacia el vaso, bate sus pestañas y luego clava sus preciosos ojos castaños en mí. Me tiene hipnotizado por completo. Es más, estoy convencido de que es consciente de que está consiguiendo lo que se propone sin mucho esfuerzo.

Observo su delicada figura. Es delgada, esbelta. No tiene grandes curvas como sus amigas y, sin embargo, me parece delicada y explosiva de una manera que no sé siquiera definir.

—¿Lanzas o qué?

Chlóa, mi compañera, a la que hoy apenas tuve tiempo de conocer, está rozando el brazo de Aitor, que parece complacido con ello. La otra chica observa todo, como si estuviese recopilando información. Y yo estoy paralizado. De veras. Me he quedado medio tonto de pronto.

Paso mi mano por el pelo y me centro o, al menos, lo intento.

«Es imposible acertar con semejante distracción». Aun así, lanzo lo mejor que puedo y, por supuesto, apenas me acerco al centro de la diana. Pa-té-ti-co.

—Mierda.

—Vaya... Parece que has fallado. —Su tono, su provocación, su voz...

—Eso parece —afirmo tragándome el orgullo.

—No se puede ser bueno en todo, bombero.

Alzo la ceja y me fijo en sus movimientos, pasa cerca de mi cuerpo y coloco mis manos en su cintura para apartarme hacia la izquierda. Obvio que podría haberlo hecho sin tocarla, ahora bien, ¿quién os ha dicho que soy un chico bueno? Porque no, no lo soy. Y las trampas me gustan como el que más, además, ella también sabe jugar, y ambos estamos llevando a cabo nuestros propios planes.

Carraspea confundida y aturdida por mi contacto.

Bien, es justo lo que pretendía. No es indiferente a mí de la misma forma en la que yo no soy inmune a ella. Si esta fuese una cita, una normal, con una chica cualquiera, estaría en este instante en ese baño de allí follándomela hasta que no pudiésemos más, sin embargo, he decidido portarme bien, porque esta chica es del pueblo, este pueblo es pequeño, y yo ya no soy de esos tíos que buscan solo un rollo de una noche. Al menos, no por el momento. Necesito información sobre este pueblo antes de cometer errores garrafales.

No tengo intención de marcharme en mucho tiempo. O tal vez no me marche nunca.

—¿Lanzas o qué? —repito sus propias palabras.

No responde, solo abre sus piernas, y yo las observo embobado. Putas piernas.

Lanza el dardo con precisión y vuelve a acertar.

Me cago en la puta.

—Pues sí, estás bien jodido —musita mi compañero.

Chlóa me guiña un ojo con desparpajo y no consigue despertar en mí nada de nada.

Las siguientes tiradas comienzan a estar reñidas. Abril falla una, yo fallo otra, y ambos acertamos dos.

—Todo o nada —la reto al final.

Alza el mentón, desafiante, y me imagino esos ojos clavados en mí y esa boca rodeando mi polla.

No, esta no es la mejor forma de concentrarse, es más, es la mejor forma de excitarse.

—Las damas primero. —Pura estrategia.

Lanza sin apenas pensar, solo lanza y...

Los aplausos de sus amigas me indican el resultado antes de verlo por mí mismo. Aitor también la felicita y chocan los cinco como hermanos.

—Aún no cantes victoria.

Dejo de observarla porque sé que eso me distrae. Ella lo hace.

Lanzo y... ¡Boom!

—La suerte del principiante —murmura.

Me pavoneo como si hubiese ganado los Juegos Olímpicos o algo mucho más importante. Ni siquiera he sido competitivo hasta este momento, nunca he sido de esos que quieren ganar. Hasta ahora, hasta ella. Y presiento que, con Abril, me gustaría ganar cada jodido día.

—Ha ganado ella —matiza Chlóa.

Niego. Aitor también lo hace.

—Técnicamente, diría que hay un empate. —Al menos, cuento con el apoyo de mi colega.

—Lo que quiere decir que no ganamos, pero tampoco perdemos. Una lástima —verbalizo. Una auténtica lástima, sí.

—Cosas que pasan.

Me guiña de nuevo un ojo y se marcha en dirección a sus amigas. La observo caminar, moverse con soltura, como si todo le importase una mierda y me embebo de su figura.

—Joder —profiero.

—Te han dado una buena, ¿ehh? —murmura Aitor propinándome un par de palmadas en el

hombro. Sin mirarlo, sé que sonrío.

—Esa chica... —No acabo la frase, ni siquiera sé cómo terminarla. Me acerco a ella—. Buena partida —la felicito.

—Lo mismo digo —murmura.

Su voz conecta con mi polla, que se alza intentando acaparar la atención. «Un baño», me grita.

—¿Me das tu número? Ya sabes, por si quiero la revancha. —Bate de nuevo sus enormes pestañas y me dedica una mirada sagaz.

—Para ello deberías haber ganado, Boombero... —Sonrío por su juego de palabras—. Y, ciertamente, no lo has hecho.

—Tú tampoco —apunto ladino.

—Cierto, lo que sucede es que yo no quiero tu teléfono, en cambio, tú sí, el mío. —Me guiña el ojo una vez más y me lanza un beso. Joder. Joder. Joder—. Nos vemos, Boombero.

Se aleja unos pasos sin siquiera mirar atrás.

—Por supuesto que nos vemos. Por supuesto.

—Has flipado, ¿ehh?

—Nunca jamás me habían dado un golpe tan fuerte. Esa chica acaba de romper mi pobre corazón.

—Ya será para menos.

—Claro, tú eres el racional de los dos. Te has limitado a jugar una partida, intentar acertar y ganar. Yo me he dedicado a observarla, analizarla y volverme loquito por ella.

—Tú te volverías loco hasta por una rueda de camión.

—Porque no tengo manos, que, si no, te daría una colleja por marisabiondo.

—Tengo que admitir que su juego de palabras ha sido magistral. Ya sabes, boom-bero, como si fuese una boooombaaa.

—Yo también lo he pillado, no tienes ningún mérito, es más, por culpa de eso me he saltado un latido. Por eso y por cada guiño que me ha dedicado, don cerebro.

—Ya decía yo que me falta oxígeno.

—Lo que te falta es cordura.

—Eso nunca, ya sabes, yo soy el racional, y tú, el emocional.

—Siento decirte que, con esta chica, los dos nos volveremos locos.

—No las tengas todas contigo.

—El tiempo lo dirá.

—El tiempo lo dirá.

CAPÍTULO 7

La victoria

No os voy a negar que sentí cierta satisfacción por el resultado. Tampoco os voy a negar que me lo comí con los ojos y que disfruté de las vistas mientras él lanzaba. Aún no entiendo cómo pudimos empatar con lo distraída que estaba. Era un fracaso asegurado.

Tampoco puedo ocultar que mi cuerpo reaccionaba a su contacto y que, cuando colocó sus manos grandes, fuertes y con firmeza en torno a mi cintura, mi cabeza las imaginó apretando en otros momentos con otra intensidad bien distinta.

—¿En qué piensas?

Desvíó la vista de un punto cualquiera al que no estaba prestando atención y observo con fijeza a mi abuelo, que está sentado frente a mí con una taza de café con leche y cinco galletas maría. Como cada día.

—En nada en particular.

—Tus mejillas coloradas como una manzana no demuestran lo mismo.

¿Sabéis eso que se dice de que sabe más el diablo por viejo que por diablo? Pues el diablo se llama Lázaro y es mi abuelo.

—Anoche empaté en una partida de dardos. Yo jamás empato.

—Tú jamás empatas.

—En efecto —le doy la razón.

—¿Y quién ha sido el afortunado?

—Un compañero de Chlóa —admito.

¿Para qué mentir? Al fin y al cabo, este es un pueblo pequeño, y mi abuelo sabrá con quién he empatado desde que ponga un pie en el local para jugar su partida al dominó.

—¿Un bombero? —Su tono sube unas décimas cuando lo pronuncia.

—No empieces.

—No he dicho nada. —Ni falta que hace, solo con ver su semblante puedo hacerme una idea de que encargará un exorcismo desde que salga de casa.

—Nos encontramos anoche en el bar, se acercaron a saludar. —Omito apostar todo lo bueno que está, exceso de información irrelevante para mi abuelo—. Y jugamos.

—Y empatasteis. Estabas distraída. —Ni siquiera pregunta el pendenciero.

—Y cansada. La noche anterior se nos fue de madres.

—Ya, Aurelio me ha explicado lo de las canciones desafinadas y poco entonadas en la plaza y el burrito de carne de madrugada. —Os advertí que lo sabría en cuestión de minutos, como la historieta esta.

—Es cosa de Chlóa.

—Y os costó poco sucumbir a su locura.

—Si no puedes con el enemigo, únete a él. —Alzo los hombros y sonrío como una niña

pequeña que acaba de robar las galletas de mantequilla a su hermano sin que se entere. La puerta de casa se abre y entra la susodicha. Como si la hubiésemos invocado.

»Tranquila, puedes pasar, como si estuvieses en tu casa, maja —ironizo.

—Pues por eso he entrado.

Mi padre y mi madre bajan por la escalera y aparecen también.

—Necesito mis gafas de sol. —Mi abuelo no sabe callarse.

—He traído tu babero.

Mi madre está a un nanosegundo de matarlos, lo veo venir. Se masca la tragedia.

—¿Preparada para afrontar el día? —me pregunta Chlóa.

Mi madre agradece la interrupción de mi amiga y le pone delante un plato y un café con leche.

—He hecho cruasanes, están ricos y esponjosos. —Le sirve otro a mi abuelo, que lo acepta de buen grado. Cinco galletas y un cruasán, eso sí que es una dieta mediterránea.

—¿Qué se supone que tengo que afrontar hoy?

—Bueno, hasta donde yo sé, no eres imbatible.

Acuchillo con la mirada a Chlóa, porque solo a ella se le ocurre sacar el tema delante de mis padres.

—¿Por qué? —Y a mi padre le cuesta poco preguntar.

—No sé por qué preguntas cuando se supone «que no tienes ni un pelo de tonto». —Mi abuelo se descojona, literalmente, de la risa.

Mi madre abre los ojos como platos, y Chlóa frunce el ceño, muerde un trozo de cruasán y entonces pillla el chiste.

—Joder. —Y se carcajea junto con mi abuelo, que levanta el puño y lo chocan.

Ver para creer.

Mi padre rueda los ojos y sonrío. Al menos le ha hecho gracia y no está pensando en formas de asesinar a mi abuelo.

—Dime que no está bien llevado, lo he llamado calvo de forma educada, eh, hija, ¿a que sí?

—Cierra el pico —le pide mi padre.

Mi abuelo no añade nada, eso es que se da por satisfecho.

—Abril anoche jugó una partida de dardos con Asier y empataron. Fue una digna rival.

Maldita sea. Esto no trae nada bueno.

—¿Quién es Asier? —Esa es mi madre.

—¿Cómo es posible que hayas empatado? Y contra un chico.

No olvidemos que para mi padre soy su hijita del alma y no hay hombre que la corrompa. Si él supiese la de cosas que he hecho sin su consentimiento, la de veces que me fugué por la ventana de casa en medio de la noche y la de polvos que he echado en el asiento trasero de su coche... Espero que nunca jamás venga el CSI con una cosa de esas de infrarrojos. En fin, siempre puedo culpar a otra, ¿no?

—Os lo explico yo. —Mi amiga se adelanta y les da una versión edulcorada, sin explicarle a mis padres que está cañón y que mojamos braga. Fruncen el ceño y clavan sus ojos en mí.

—No tenía un buen día. —Como excusa es una auténtica mierda.

Mi madre no abre la boca, se limita a masticar y a actuar como si no estuviese escuchando, ahora bien, sé que me espera una charla luego, cuando centre sus ideas. Al menos ya no me pueden castigar o eso espero, porque, conociéndola, no le temblaría el pulso para ponerme toque de queda o algo por el estilo.

Se me pasa por la cabeza la idea de contarles lo de la excursión y la encerrona que me ha

preparado mi amiga, sin embargo, en última instancia cambio de idea porque a mi padre no le hará mucha gracia que vaya.

A veces tengo la sensación de que esa herida nunca se va a cerrar del todo. Mi abuelo tenía razón cuando dijo que él debió ser el siguiente por cuestiones de edad. Debe de ser muy duro perder a un hijo o a un nieto porque no es lo normal, lo habitual o lo que suele ocurrir.

Suspiro.

—¿Nos vamos? —pregunto mirando a mi amiga.

Ella asiente.

—Si hay algún paquete de Amazon cuando llegues, estaré en mi habitación. Hoy hay un capítulo especial de *Juego de Tronos* y quiero verlo. No puedo leer los subtítulos, me cuesta.

—Eso es porque eres viejo, pregúntame si yo los leo. Venga, pregúntame. —Ese es mi padre, sí.

—¿Lees esta? —Y le hace una peineta.

Los dejamos allí peleando, para variar. Aprovechando que mi madre se va antes que nosotras para hacer lo que quiera que hagan cuando no estamos, pelea de barro o tiro con arco, lo que sea.

—Tu abuelo y tu padre molan cantidad.

—Díselo a mi madre a ver qué te responde ella.

Caminamos hasta el colegio, enzarzadas en una conversación sobre Carmen y Emilio y la — nefasta— idea de poner el cartel colgado en la fachada del colegio o en el lateral de la estación de bomberos.

—No vamos a enviarle cartas anónimas. Deja que Carmen actúe como quiera, no es de nuestra incumbencia. Nosotras tampoco nos metemos contigo.

—¡Ja!

—Bueno, nos metemos, pero poquito y con cariño —ironizo—. Y hablando de eso... ¿Aitor?

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Estoy guapa?

Pongo los ojos en blanco y me cruzo de brazos.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No pienso hablar de nada si no es en presencia de mi abogado.

En fin, que no le hago ningún comentario vulgar y poco apropiado porque estoy en la puerta del colegio y soy una profesora de infantil de lo más inocente y centrada. Puede que esté mal de la cabeza y que carezca de filtro, eso sí, mi trabajo lo respeto. Imaginaos si lo hago que iré a la excursión esa.

Y hablando de la excursión. Cuando entro a clase, Emilio tarda poco en tocar en la puerta y darme los papeles para que los padres de los enanos firmen la autorización.

Están todos más que emocionados, así que utilizo eso en mi beneficio y el día es bastante tranquilo. Nadie me pregunta si tengo novio, no hay patos ni posibles adopciones y no me he caído por un barranco, aunque sí que me preguntan por qué a veces me pongo colorada. Obvio que no les confieso que rememoro ciertas manos en mi cintura, estaría feo. Las clases de educación sexual mejor para Carmen. Vamos, me encantaría presenciar una porque siendo como es ella...

En la sala de profesores vuelvo a encontrar a Carmen revisando unas cartulinas de colores. Tiene los dedos llenos de purpurina. Alicia también está allí con una libreta abierta, parece *El libro gordo de Petete*.

—Bien, no sabía que nos íbamos de carnaval.

—Ja, ja. —Me tiende varios trabajos—. Les he pedido que hagan una ficha biográfica de un escritor y que, al final, me digan el motivo por el que lo han elegido.

—No tiene desperdicio.

Leo en voz alta algunos y me carcajeo porque son la monda.

— *Cincuenta sombras de Grey* ... No lo he leído, pero mi madre me ha pedido que, si nos encontramos con Cristian, la llame tía, nunca mamá.

Me sorprende que Alicia también se carcajee cuando lo leo.

—Ingenioso es, sin duda.

—Deberías ponerle un sobresaliente —admito.

—Si yo me encontrase con ese hombre, le pediría que me pintase la casa —bromeo.

—Ya, claro, seguro que sí —vacila Alicia. Hoy parece tener mejor humor que ayer.

—Oye...

CAPÍTULO 8

Somos todo oídos

—Ayer no fue mi mejor día, chicas, y anoche me fue imposible escaparme. Estaba con Iris en casa. Estos días están siendo un poco caóticos, tenemos que hacernos al pueblo, a la casa... Todo es un cambio.

—¿Iris cómo lo lleva? —Es mi alumna, no puedo actuar como si no me interesase, porque me importa y mucho.

Carmen aparta a un lado las cartulinas y sacude la purpurina de sus dedos. Supongo que es consciente de que eso no se le va a ir en días y con suerte.

—Pues la verdad es que muy bien. Es un cambio para todos, solo esperamos que sea para mejor.

Asiento, siempre he vivido en este pueblo, sí que he cambiado de municipio mientras esperaba conseguir una plaza fija, sin embargo, eran meses, semanas, a veces días y no tuve la oportunidad de asentarme en otro lugar como tal. Tampoco me lo planteé, aquí tengo mi vida, mis raíces, mi familia y a mis amigas. La playa, el trabajo... Soy feliz, como podéis comprobar.

—¿Puedo preguntarte el motivo por el que os vinisteis al pueblo? —intercede Carmen.

Me levanto y me acerco a la máquina del café. Si esto se va a poner serio, al menos que sea bebiendo algo.

—¿Os apetece uno?

Ambas cabecean afirmando y, como aquí somos animales de costumbres —literal—, no tenemos mucha variedad. Café solo, café con leche, capuchino y tarará que te vi.

—Estaba cansada de la vida en la ciudad. De verdad, ¿habéis vivido aquí siempre? —Le confirmo que sí sin girarme siquiera y sé que Carmen hace lo mismo, asentir, digo—. Entonces comprenderéis que vivir en la ciudad es estresante. Coches; tráfico; no hay dónde aparcar; buscar actividades para que Iris pueda participar; ir al supermercado, que te queda lejos; volver a casa; el ruido de la calle... No me gustaba. Lo odiaba.

—Y, aun así, viviste muchos años allí, ¿no? —indago. No tengo la menor idea, es solo para aclarar un poco el tema.

—No, para nada. Siempre he sido una mujer de pueblo, de campo. —Sonríe como si estuviese recordando, como si se viese en el huerto o en las calles sin asfaltar—. Viví gran parte de mi infancia y adolescencia en un pueblo de apenas quinientos habitantes. Éramos pocos, pero suficientes. Había una ventita, una plaza, un bar, un colegio y para acudir al centro de salud teníamos que conducir veinticinco minutos. Nos daba igual.

—¿Entonces? —inquire Carmen sin entender nada—. ¿Qué cambió?

—Mi padre consiguió un trabajo mejor en la ciudad, con un sueldo que nos permitía vivir más desahogados. Estaba a tres horas de carretera. Solo había dos opciones: o se iba solo y volvía los fines de semana, o nos íbamos todos. Mi madre, por aquel entonces, era ama de casa. Imaginaos la situación, no hubiese sido muy lógico quedarnos atrás. No lo veía. Somos una

familia tradicional. Nos mudamos y comenzamos de cero. Desde ese momento, eché de menos el pueblo cada día de mi vida.

—Yo tampoco podría vivir fuera de aquí. Me gusta esto. Mis chicos. Mis calles, la gente, este ambiente familiar. Todo.

Me siento identificada con las palabras de Carmen porque a mí me pasaría igual.

—Estaba deseando poder marcharme. Iris aún es pequeña. De todas formas, lo hablamos, le expliqué la situación porque, a pesar de que tiene cinco años, la comunicación debe ser la base de una familia.

—No podría estar más de acuerdo. Ellos quieren formar parte de todo. Antes se educaba de otra manera, se imponían las normas y nos limitábamos a acarrearlas.

—Los tiempos han cambiado —añade Carmen—. Por suerte para nosotros. Aunque tengo que ser sincera y, en ocasiones, me encantaría no darle opción a esos chiquillos de diez años y que me hiciesen caso al menos por una vez. Todo es un debate, una queja, una protesta... Es exasperante.

—Pero eso es bonito, ¿no? —cuestiono sonriendo.

Me los imagino en clase, el alboroto generalizado, y a mi amiga perdiendo los nervios. Con la paciencia que tiene, me cuesta pensar en ella tirándose de los pelos.

—Y agotador. Hasta para poner la fecha de un examen tenemos que hacer una asamblea. ¿Acaso pensáis que alguna vez se van a poner de acuerdo en eso? Jamás. Te lo adelanto por si se te ocurre o se da el caso en tu clase —le cuenta Carmen a Alicia sin perder la sonrisa.

Coloco frente a cada una su taza y un par de sobres de azúcar porque a Carmen sé cómo le gusta tomar el café, no obstante, Alicia es nueva.

—Lo tendré en cuenta, gracias. En cuanto al tema..., le prometí a Iris que si no nos adaptábamos, si no terminábamos de encajar, si se sentía mal o apartada, regresaríamos.

—Los niños se adaptan a la perfección a cualquier cambio. Es increíble la capacidad que tienen, cada día lo veo. Me gustaría que pudiésemos conservar, conforme crecemos, esa forma de ser —les explico—. No sé qué cambia para que llegue un punto en el que pensemos que no vamos a ser capaces, que nos costará, que no será para nosotros.

—La madurez conlleva miedos —apunta Alicia como si nada.

—Es cierto —admito rumiando lo que acaba de soltar.

—¿Y estás casada? —Esta pregunta bien podría haberla formulado Chlœe, sin embargo, ha sido Carmen la que lo ha hecho, se ve que nuestra conversación ya estaba aburriendo.

Alicia no parece sorprendida con el cambio de tema.

—No, no estoy casada, nunca lo he estado. El padre de Iris y yo... En fin, un desliz de una noche... Lo intentamos después... No funcionó. Ni él estaba enamorado ni yo tampoco lo estaba. Ahora somos amigos que tienen una hija y ya está. Él también se ha mudado con nosotras. Acaba de empezar a trabajar en el parque de bomberos.

WTF?

—¿En el parque de bomberos? —Carmen está entre asombrada y perpleja. Yo estoy desconcertada y abochornada.

¿Cuántas posibilidades existen de que no estemos hablando de la misma persona? Del chico del culo y la apuesta... Ese mismo, sí.

No me puedo creer que haya estado fantaseando con el padre de Iris y ex de Alicia. Soy la peor tía del planeta. No habrá espacio en el infierno para una tipa como yo.

—Sí. Asier es un gran padre —confirmado, soy una guarrilla—. Iris lo adora. Y la verdad es que no puedo decir nada malo de él porque lo intentó, puso todo de su parte porque funcionase,

pero yo..., yo no podía. No quería.

Me estoy escurriendo en el asiento, literal, lo juro. Muero.

—Bueno, también te digo... —explica Carmen como si fuese terapeuta familiar o experta en rupturas, cuando la pobre no es capaz de contarle a Emilio que está pillada y pedirle una cita—. Forzar una relación, y criar a una niña en un ambiente en el que no hay amor, no es bueno ni sano, porque, como estábamos hablando antes, ellos absorben todo eso, se empapan de ello y crecen con esa carencia. Habéis tomado una decisión muy madura. Os admiro por ello.

Me llevo la taza a la boca y le doy un largo sorbo. Aún sigo aquí, aunque no lo parezca. Tiene razón, lo que pasa es que me sigo sintiendo como una perra infiel que no lo es, porque lo desconocía. Y porque, técnicamente, no hay cuernos si no hay pareja, ¿lo pillas?

—Estoy de acuerdo. Por eso hablamos como familia y decidimos que nos mudaríamos todos. Era un enclave perfecto, había un colegio, un parque de bomberos, un pueblo pequeño. Nuestro destino. Yo creo mucho en esas cosas, ¿sabéis? En eso de que todo pasa por algo.

—El destino es letal cuando quiere —murmuro. Y sé de lo que hablo. Bombero, sí, exacto.

—Sí, y otras veces te da una oportunidad irrechazable. Por eso estamos aquí, dispuestos a comenzar de cero.

Terminamos de tomarnos nuestros cafés, y Alicia es la primera en salir de la sala de estudio. Tiene clase con su grupo, los míos van a Música, con lo cual, tengo una hora libre que iba a dedicar a preparar la clase de Psicomotricidad y ahora emplearé en comerle la oreja a Carmen.

—¿Asier y Alicia? —pregunto desde que pasan treinta segundos. Al menos no está Chlœe aquí, habría gritado y se hubiese enterado medio pueblo.

—Me he quedado un poco descolocada.

—¿Estuve tonteando con el padre de Iris y el ex de Alicia? —insisto entrando en drama—. ¿En qué me convierte eso? —En una desalmada, seguro.

—¿Tonteando? ¿Qué me he perdido? ¿No estabais jugando a los dardos?

Pongo los ojos en blanco, Carmen es la última en enterarse de todo siempre, es demasiado buena e ingenua.

—¿Tú viste lo cañón que estaba? —Asiente—. Pues piensa que lo imaginé haciendo ciertas cosas indecentes con mi cuerpo.

Carmen alza la mano para que deje de hablar.

—Si sigues, potaré.

—Carmen —lloriqueo—. Soy una mala persona.

—Tampoco es que te fueses a casar con él.

—Obvio que no, jamás me enamoraría de un bombero ni me casaría con él. Los bomberos están geniales para pasar el rato, solo para eso.

—No deberías ser tan drástica.

—Lo dice la que resulta que se muere por un tío, sin embargo, le da vergüenza pedirle una cita.

—Porque ese tío es literalmente mi jefe y, si me rechaza, el ambiente de trabajo se va a enrarecer. Y esto es un pueblo —argumenta.

—Pues ya está. Si a ti te vale esa mierda como excusa, a mí me vale como justificación decirte que enamorarse de un bombero es arriesgado, luego les pasa algo, ¿y qué? ¿Qué va a ser de mí? He vivido en mis propias carnes una pérdida. No lo superaría. Ya sabes lo sensible que soy con ese tema, joder, si llevo tres días con pesadillas porque tengo que poner un pie allí con mis renacuajos. Si me da un jamacuco, por favor, no se lo cuentes a mis padres. Se pondrán mal, se supone que lo tengo superado y todo eso.

Carmen suspira y clava sus impresionantes ojos castaños en mí.

—Sabes que yo a muerte contigo, Abril, pero no estoy de acuerdo en las decisiones que tomas porque no son sanas. Lo sano es seguir adelante y dejarse llevar, sin etiquetas ni nada de eso.

—Yo no etiqueto.

—Estás prejuzgando.

Vale, sí, tal vez esté actuando así un poco porque ya he decidido que lo que hice con Asier está mal y que marcaré las distancias de aquí en adelante. Lo que pasa es eso no se lo voy a contar a mis amigas, ¿entendido?

—Lo que tú digas. Y deberías seguir con eso. —Señalo su trabajo—. Tienes faena para rato.

Me observa con atención y, cuando pienso que me va a soltar alguna frase lapidaria que hará que tenga que confesar mis pensamientos, baja la vista y atrae las cartulinas. Si hubiese sido Chlóe, esto no habría quedado así, desde luego que no.

CAPÍTULO 9

Lo que me faltaba

A Chlóa sé que tendré que enfrentarme luego, pero las cosas por partes. El que me espera por fuera de casa, sentado en una silla vieja y amarillenta, es mi padre. La silla de mi abuelo, que debe de estar recluso en su habitación viendo *Juego de Tronos*.

—Hombre, a ti te esperaba yo. Ven, anda, acércate, que tenemos que hablar. —¿Notáis eso? Son mis pelillos de punta, os lo prometo.

—Tengo trabajo. Mucho trabajo. No como otros. —Tal vez soltar esto a mi padre, cuando se muere de aburrimiento y quiere hacerte un tercer grado, como que no es buena idea, no.

—El trabajo puede esperar, tu padre no. —Venga, dando en la llaga.

Arrastro otra silla, más nueva y menos desvencijada, y la sitúo a su lado. Coloco las piernas en alto, sobre un macetero del que aún no han brotado las semillas que hemos plantado.

—Tú dirás.

—¿Me puedes explicar lo que pasó anoche? Esta mañana estabas rara y, no sé, con tu abuelo es imposible hablar porque me busca las cosquillas.

Suspiro. ¿De verdad vamos a hacer un drama por algo tan estúpido como empatar en una partida de dardos?

—Papá. Fue una tontería.

—Es bombero.

—Lo dices como si estuvieses hablando del príncipe del infierno.

—Ya sabes que no me gustan los bomberos.

—Anda, mira, qué casualidad, resulta que tú eres uno. —Este sería un momento perfecto para hacer una especie de malabares y que los cogiese todos sin que se me cayese uno al suelo.

—Sabes a lo que me refiero.

—Papá, de verdad de la buena, te lo juro por Mafalda, por Winnie de Pooh y por Daenerys Targarien. —Alza una ceja inquisidora, no tiene ni la menor idea de lo que hablo. Me olvidaba de que mi abuelo es el fan de todas esas cosas de friki—. Ni siquiera lo conozco. —Aunque, para no conocerlo, nos imaginé con todo lujo de detalles en aquel baño y sí, tenía la manguera muy grande. Ea, se tenía que decir y se dijo—. Me parece, y no quiero anticiparme —añado, nótese la ironía—, que estás exagerando demasiado.

Exhala con fuerza y baja la mirada. Sé lo que está pensando sin siquiera verbalizarlo. Yo soy la que lo ha superado o la que finge haberlo hecho, ellos, por el contrario..., sé que les pesa cada día la ausencia y la pérdida, y jamás los culparía por ello.

—No me gusta actuar de esta forma.

—Papá. —Bajo las piernas del macetero y poso mi mano sobre la suya. Alza los ojos, y nuestras miradas conectan. Tiemblo. Mi hermano tenía esos ojos, justo esos—. Marcos no querría que fuésemos así. Marcos querría que siguiésemos adelante.

Me trago mis propias mentiras porque sé que eso es lo que hago. Consejos vendo y para mí

no tengo. Le estoy exponiendo algo que yo me niego a hacer porque sí, porque ya he juzgado, ya he colocado la etiqueta y el cartel de peligro y el de mantenerme alejada sin dar la oportunidad a nada. «Prejuzgar», lo llamó Carmen. Es más, lo he hecho sin saber siquiera si hubiese alguna posibilidad más allá de un juego sin mala intención en un bar. ¿En qué me diferencia eso de lo que está haciendo mi padre? Supongo que la realidad es que, cuanto más lejos estés del peligro, más difícil es sucumbir al golpe, ¿no? O lo que es lo mismo; si no me acerco a Asier, no existe posibilidad alguna de que peque... Y pecar es lo único en lo que he pensado desde que lo vi.

—Lo sé. Y, a pesar de que me cueste, juro que trabajo cada día en ello. Intento ser mejor persona por él y por ti. —Por él... Por lo que él representa. Por lo que Marcos sigue siendo en nuestra familia. Porque, aunque no está, sí que está.

Nos quedamos un rato allí, en silencio, hasta que mi madre sale con limonada casera. Mi abuelo, con su bastón y su sombrero de paja, se acerca a nosotros.

No pronuncia ni una sola palabra, sin embargo, mi padre se incorpora y le cede la silla sin más.

—Deberíamos construir uno de esos sofás que tanto se llevan, fabricados con madera reciclada.

—Ni de broma. La última vez que intentaste fabricar algo, casi prendes fuego a la casita del jardín. —Ese fue mi padre, sí, el bombero pirómano, ya veis que chachi pistachi todo.

Sí, tenemos una pequeña casa de madera donde guardamos la barbacoa y las cosas para la tierra. Nuestra intención era poner césped, lo que sucede es que una cosa es una idea y luego cómo queda. Se nos dio de pena, se nos ponía amarillo y se nos secaba. Preferimos dejar la tierra o llenarla de piedras blancas que hacen las veces de gravilla y que le dan un aire bohemio. O eso dice mi abuelo.

—Ey, hola, profe, hola, ¡hola!

Alzo la vista y casi me ahogo con la limonada.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué? —mi padre pregunta, y mi abuelo estira el cuello como si fuese una jirafa. Mi madre, por el contrario, es mucho más comedida, eso sí, interesada está, lo veo en sus ojos y en cómo mueve el culillo por fisgonear.

Iris corre hacia nuestro patio y bordea la madera.

—Hola, preciosa —murmuro cuando llega a nuestra altura.

En ese momento se avergüenza, porque cruza las piernas, baja la vista y retuerce los brazos de una forma casi imposible.

—Profe, ¿vives aquí? —pregunta con timidez.

Asiento.

—Hola, pequeñaja. Este es mi abuelo. —Lo señalo—. Se llama Lázaro, este es Pepe, mi padre, y Conchi, mi madre.

Todos le dedican una sonrisa radiante y luminosa. Es el poder de los niños. De los niños ajenos, claro está.

—Yo soy Iris, y ella es mi profe. —Me apunta con el dedo, como si tuviese que presentarme—. Tiene nombre de mes de año. —Y se sonroja cuando lo cuenta.

Es adorable.

—¿Qué haces por aquí? ¿Quieres un vaso de limonada?

Mi madre se lo sirve de buena gana, es más, dudo que tarde mucho en ir a prepararle un sándwich de lo que tenga en casa. Mañana la despensa estará llena de Nutella.

—Vivo ahí, en esa casa. Es vieja. Mamá dice que las cosas no son viejas, son cococó.

—Rococó —la corrijo. Ella asiente.

—Bueno, entonces yo soy cococó —apunta mi abuelo siguiéndole la broma.

—Mamá está colocando cajas, y yo me aburría. Papá está trabajando. Es bombero.

Mi padre refunfuña por lo bajo.

—Es el bombero, entiendo, ¿no?

—¿Qué me he perdido? —apunta mi madre.

Mi padre menea las manos como el que dice: «Conchi, deja de interrumpir, que ya te lo contaré más tarde». Mi abuelo también quiere confirmar que es el bombero en cuestión, lo veo en sus ojos.

Total, que Iris comienza a explicar todo con detalle. Dónde está su padre, lo que hace, cómo salva a la gente, lo fuerte que está —de esto puedo dar fe—, lo guapo que es —de esto también puedo dar fe— y lo mucho que lo quiere. Y todos la miramos embobados.

Sinceramente, creo que los niños cuando nacen tienen una especie de droga en el cuerpo, tipo feromonas, que desprenden y consiguen que nos idioticemos cuando estamos con ellos, porque no dejamos de sonreír, de asentir y hasta de babear por ellos. No quiero dar ideas, pero, si eso lo hiciesen perfume, como herramienta para ligar sería la puta hostia.

—¿Iris? ¿Iris? ¡Iris! —los gritos de preocupación de Alicia nos alertan a todos.

—Tranquila, mamá, estoy aquí.

Alicia saca la cabeza por la valla de madera y nos analiza uno por uno. No somos secuestradores, al menos espero que no nos tilde de eso.

—¿Te has colado en el jardín de los vecinos? —Llamar a esto jardín tiene delito.

Se acerca con paso presuroso. Lleva un moño que ha tenido mejores momentos, los pantalones están sucios y la camiseta mejor que la tire a la basura porque no sirve ni como trapo para limpiar las ventanas. Ese es el nivel.

—Tranquila —me adelanto y la defiendo—. Me ha visto y ha venido a saludar. Iris es bienvenida en el jardín. —Ahora soy yo la que vende motos.

—¿Tenéis un pato?

—¿Qué? ¿Para comer? —Iris mira a mi abuelo, horrorizada.

—Abuelo, no. —Lo freno antes de que explique cómo se despluma o algo, porque, con tanta serie extraña que ve, no me sorprendería que empezase a narrar formas de matar y de esconder un cadáver o algo de muertos vivientes...—. En clase todos quieren tener un pato.

—Es que son monos y achuchables.

—Cagan y no de forma achuchable.

—Te lo recordaré cuando tú también te cagues encima —suelta mi padre sonriendo pérfido.

—Si te cagas encima, la profe puede limpiarte. O mi madre, mi madre también es profe.

Mi padre empieza a sumar uno más uno y me aprieta la mano. Ha caído en la cuenta de que, si Iris es la hija del bombero y Alicia la madre..., soy una perra infiel.

CAPÍTULO 10

Perra infiel

Hay familias normales. Hay familias tranquilas. Y luego está la mía, que monta una escenita por cualquier cosa.

Mi padre largó, de forma literal, todo. Es más, contó tanto que dio su versión mejorada de los hechos en la que yo ya me había entregado al fornicio en los baños del bar con el bombero.

Más quisiera yo.

En otras circunstancias, claro.

Me costó Dios y Gloria que entendiesen que no había pasado nada y gracias a todos los dioses del mundo, existan o no, que llegaron Carmen y Chlóa a buscarme y dieron fe del hecho de que no había sucedido nada entre nosotros. Mi padre me dijo que estaba advertida, y mi abuelo me chantajeó con cincuenta euros si me acostaba con el bombero y sacaba una foto, cien euros por un vídeo. Algo de matar de un infarto a mi padre entendí antes de cerrar la puerta y correr como alma que lleva el diablo.

—Tu familia es la monda. Te la cambio —apostilla Chlóa—. Sería un auténtico festival del humor.

—Tu madre me volvería loca. Es como tú —añado—. O peor.

De veras, Lourdes no tiene desperdicio alguno, os partiríais la caja con ella.

Entramos en el bar y el recibimiento es el mismo de siempre, algún «Eyyy», alzamientos de cejas y «Tu abuelo me ha mandado un paquete de Amazon a casa», vamos, no quisiera saber yo lo que esconde ese paquete o lo que ha pedido esta vez.

Amazon Prime es un pecado para él. En mi cumpleaños, me regaló un champú con olor a sandía y un Funko Pop de Pokémon. Mejor no preguntar, sí, mejor correr un tupido velo.

—Voy al baño. —Carmen corre apresurada hasta la puerta y la veo suspirar aliviada cuando entra.

—¿Habrá ido a cagar? Por la prisa... Ya sabes, ¿qué hay más rápido que la luz? —bromea Chlóa.

—Prefiero comerme el vómito de alguien que escuchar cómo resuelves ese chiste.

—El vómito ha sido más asqueroso que lo que iba a añadir yo.

—Ya, claro. —No estoy demasiado convencida con el asunto.

Nos apostamos en nuestra zona de la barra que, aunque no ponga un cartel que indique que es nuestro territorio —así, tipo mafiosas del tres al cuarto—, es un hecho que es de esa forma.

Fermín, tan servicial como siempre, se acerca y ya ni pregunta. ¿Se nota que somos asiduas? No sé por qué habéis llegado a esa conclusión, la verdad.

—Mi padre ha liado una gorda por lo del empate de anoche.

Chlóa parece retroalimentarse de mis desgracias porque sonrío de una forma... Como el bicho ese del videojuego que da miedo, *Huggy Wuggy*, sí, bueno, reconocer que yo también soy un poco friki no está de más, tal vez lo llevo en los genes. Eso de ser esponjas que os contábamos

antes..., pues ya está.

—¿Y eso? —Inocente, pretende sonar inocente. Los cojones.

—Me ha esperado hoy por fuera de casa. Te prometo que pensaba que me iba a zurrar, a castigar o las dos cosas.

Carmen llega como si se hubiese quitado un peso de encima.

—Ha cagado. —Chlóa se ha dado cuenta, yo al menos he sido un poco más cuidadosa con la forma de contároslo.

—No he cagado —se defiende Carmen.

—Lo que quiero decir... —prácticamente grito para hacerme oír. No quiero saber nada de cacas ni de vómitos— es que me ha hecho un tercer grado y ahora se piensa que tengo un lío con el bombero ese por tu culpa.

Y, como si lo hubiese invocado, el macizorro entra en el bar. Seguido de Aitor. Noto las palpitaciones de la entrepierna de mi amiga. Y, para qué mentir, en la mía.

Desvío la mirada y me giro haciéndome la loca.

—La carne de burro no es transparente —profiere Chlóa.

—Cállate, hija del demonio.

—Mi madre no sé si se tomaría bien esa comparativa.

Ruedo los ojos. Si es que esta mujer tiene respuesta para todo.

Bien, he decidido actuar como una persona madura.

Se mira, pero no se toca. Se habla, pero no se babea. Se coquetea, pero las manos no van al pan.

Todo eso está estupendo, muy estupendo. La teoría es la leche, eso sí, tenerlo cerca, olerlo y... joder... Como siga mirándome de esa manera, es probable que tome un vuelo directo en un cohete espacial que me lleve hasta su galaxia.

Bizqueo. De verdad que lo hago.

Esa puta camiseta de algodón gris y esos puñeteros pantalones cortos negros deberían dejar de venderse porque... Sí, definitivamente, mis manos quieren ir al pan y, con suerte, solo querrán ir las manos y no otras partes de mi anatomía.

—Buenas noches, chicas. Buenas noches, Abril.

Si actúo como los niños, que creen que si cierran los ojos son invisibles, ¿dará resultado?

—Pues... aquí estamos. —Carmen sí que sabe dar una bienvenida. Al menos, la de ella no pasa por lanzarse a los brazos de alguien.

«Recuerda a tu padre, no quieres que te castiguen, recuerda a tu padre». Adiós al deseo sexual reprimido.

—Acabamos de llegar. —Vale, dando explicaciones innecesarias. Tal vez no actúe como una niña, tal vez haga cosas peores y me comporte como un bebé.

Chlóa me salva del apuro porque, para variar, monopoliza la conversación. Primero hablan de algo del trabajo, no sé qué de unos turnos y de que el jefe les está puteando. Pensaba que Asier era medio jefecillo. Mis sospechas se convierten en reales cuando promete que hablará con el superior.

—¿Acabas de llegar y ya quieres mandar?

Mi padre estaría orgulloso de mí en este momento. Y, digo yo, ¿qué coño hago pensando en mi padre otra vez?

—¿Por qué? ¿Te gustaría obedecerme?

Pero ¿qué cojones? De regreso todo ese deseo sexual, gracias. Una puñetera frase y ya he mojado braga. Qué diver todo.

—Tú flipas, majo.

Sus ojos se clavan en los míos y os prometo, sin ánimo de exagerar ni nada, que tengo la sensación de que está..., no sé, analizando cada maldito detalle. Es como si ya supiese cuál es mi coeficiente intelectual, mi talla de sujetador y la matrícula de mi coche.

Me sonrío con condescendencia y siguen hablando sin cesar de sus asuntos.

Me giro y le pido a la camarera otra cerveza.

—Que sean dos.

Asier se sitúa a mi lado, nuestros codos casi se rozan y me resulta imposible no llevar la vista hasta ese lugar. Su brazo es enorme en comparación con el mío y tiene la piel morena y curtida, como si estuviese muchas horas al sol.

Por un momento acuden a mi mente todas esas cosas que descubrí hoy. Ahora que tengo la oportunidad de analizarlo más a fondo —mucho menos a fondo de lo que me gustaría, sí—, tiene cierto parecido con Iris. La sonrisa es la misma, a pesar de que a mi chicuela le faltan las paletas y sisea un poco. El pelo es del mismo color y me encantaría descubrir si es tan suave como parece serlo.

Tal vez él también use el champú de sandía que me regaló mi abuelo.

—Y, bien, ¿qué te cuentas? —pregunta como quien no quiere la cosa.

Sonrío secamente. Si él supiese la cantidad de cosas que podría contarle. Y no penséis mal.

—Nada importante.

No pienso desvelar mis secretos y tampoco creo que esté bien contarle los suyos, los suyos que yo sé, ¿lo pilláis? No tengo por qué ir de cotilla y explicarle lo que he descubierto. Este es un pueblo pequeño y lo que ha pasado hoy es lo normal, de la misma manera en la que fue normal que mi abuelo se enterase de lo de la plaza de hace unos días.

—Vaya, eres todo conversación.

—Lo soy, solo que hablo con quien me interesa y cuando me interesa. Tú no me interesas —apunto. Bien, mi padre la chocaría conmigo porque acabo de ser borde y cortante. Fijo mi mirada en la suya, y lo veo alzar la comisura de sus labios poco a poco—. ¿Qué te resulta tan gracioso?

—¿La verdad? —Asiento—. Tú.

Ruedo los ojos. Asesinar a un bombero debe de suponer doble castigo o algo, por eso de que salvan vidas, sería como matar a un gatito o a un conejito.

—¿Y qué se supone que es lo que te resulta gracioso?

Observo mi atuendo de forma disimulada. No llevo nada raro o fuera de lugar. Mis pantalones siguen limpios, mis zapatos de verano rojos están estupendos y me hacen un pie elegante, mi camisa vaporosa me realza la figura. Si hasta parece que tengo más tetas. En fin, que me siento bien.

—Me parece fascinante la forma en la que pretendes hacerme creer que eres inmune a mí. Que no te atraigo nada de nada y que no te gustaría hacer una visita a ese baño de ahí.

¿Qué cojones acaba de soltar?

Fija la vista en el frente, y lo agradezco porque es bastante probable que mis mejillas estén tan rojas como mis zapatos. De veras, ¿qué acaba de pasar?

—Vaya... No sé si es una cualidad propia de los bomberos. —Mi hermano Marcos también era muy así, muy como Asier, en serio, os encantaría, era arrogante y tenía un punto chulesco que las traía a todas locas. Estoy convencida de que tenía locas a todas las chicas solteras y no solteras del pueblo, y ¿sabéis qué? Que además era todo corazón. Tiemblo de nuevo—. O es cosecha propia, Asier. —Diría que es la primera vez que pronuncio su nombre, aunque no es la primera que me estremezco por su culpa—. No obstante, me alegra ver que eres bastante

presuntuoso y soñador, Boombero.

Ante mi asombro, se carcajea, y os prometo que abro la boca, los ojos y hasta las piernas. Madre del amor hermoso.

—Dime que es mentira. Mírame a los ojos y míenteme. Hazlo, Abril.

CAPÍTULO 10

Estoy deseando saber más

ASIER

Desde el mismo momento en el que puse los pies en el local, y la vi, he sido incapaz de apartar la vista de ella. Su efecto es como el de una polilla a la luz o el de una luciérnaga cuando absorbe oxígeno.

Le he dado vueltas al asunto y a las implicaciones que conlleva todo esto, y con todo esto me refiero a la cantidad de cosas que me encantaría hacerle a esta chica. Tal vez hablar con Alicia del tema me venga bien porque ella conoce mucho mejor al sexo femenino que yo. A mí solo se me da bien comportarme como un imbécil o un canalla redomado o combinar ambas cosas, exactamente como estoy haciendo en este momento.

Aitor no es un buen consejero. Lleva todo el día diciéndome que no pasa nada si decido pecar y que, si él estuviese en mi situación, ya habría pasado a la acción.

A veces soy un perro ladrador y poco mordedor. Me divierto jugando, tentando y llevando al límite, aunque tengo dos dedos de frente y marco límites.

—No tengo por qué mentirte. No me interesas en absoluto.

Ya, claro. No. Me. Interesas. En. Absoluto.

Cuánta mentira hay tras esas palabras.

—Si todo es un embuste, y te soy indiferente, entonces no tendrás problema en darme tu teléfono, ¿verdad? O quizá un beso inocente. Puro y casto. Sin pretensiones, solo para probar.

Probarla es lo único que llevo deseando desde que la conocí. Desde que movió con gracia los dardos rojos entre sus dedos. Desde que vi cómo se contoneaba frente a mí, batía sus pestañas y me observaba como si esa noche tuviese hambre y yo fuese su cena. Justo lo que yo quería, justo lo que yo ansiaba.

—¿En serio? ¿Esta es una de esas jugadas maestras? ¿Te han funcionado en otras ocasiones?

Rozo nuestros brazos aposta y de inmediato siento una descarga recorriendo mi columna vertebral. Es imposible que ella no lo note. Disimula bien, eso sí.

—La verdad es que no lo he probado, ¿crees que funciona? —Aguardo su respuesta.

—Conmigo desde luego que no.

Otra mentira más para la colección.

—Siempre podemos jugar una partida de dardos. —Señalo la pared con la cerveza—. Y apostar. El empate no es un buen resultado, porque yo siempre gano.

El desafío refulge en sus ojos y sé de inmediato que le ha gustado mi propuesta.

—O siempre puedes callarte y actuar como si no existiese. —Me roba otra carcajada.

—¿Es eso lo que te gustaría? —Se muerde el labio inferior, y aguardo unos segundos por si quiere contestar o rebatir. No lo hace—. Lo suponía. Aparta la vista como si estuviese avergonzada de lo que acaba de confesar o, más que eso, admitir sin palabras.

»¿Sabes? Nunca se me han dado bien estas cosas —le explico. No tengo por qué ocultarle

quién soy, qué soy, mi vida. Soy sincero y pienso que, con la verdad por delante, las cosas fluyen mejor.

—¿A qué te refieres?

—Que nunca se me han dado bien las citas.

Es su turno de carcajearse, como si le hubiese contado un buen chiste. Chlóe me observa y me guiña un ojo con picardía. Me limito a devolverle el gesto por pura inercia.

—Eso sí que no me lo creo —apunta—. Además, ¿quién ha dicho que esto sea una cita?

Omito apostar su última pregunta, puede que no lo sea, que no lo sea en este momento, ahora bien, tendremos citas. Las. Tendremos.

—¿Por? No tendría por qué mentirte.

—¿Tú te has visto? —lo suelta a bocajarro, sin dudar y sin pensar. Sin medir las consecuencias.

Esa cualidad de ella me fascina. No, no soy un tipo de citas, pero sí sé lo que me gusta en una mujer y lo que no.

—Ya va saliendo a la luz la verdad. —Como si se hubiese dado cuenta de lo que hablo, se sonroja de nuevo y desvía la mirada.

—No me lo creo, de veras, Asier. —Me gusta. Mi nombre en sus labios me gusta. No bromeaba cuando le pedí el teléfono o un beso, comienza a ser una prioridad conseguir ambas cosas, solo..., solo por jugar.

—Pues deberías. Puedo ser mil cosas, lo que no soy es un mentiroso. —Frunce el ceño como si supiese algo que yo no sé. Ya sabemos que esto es un pueblo y que, con toda probabilidad, me hayan tildado de x o de y. En este momento puedo ser un violador, un asesino en serie que busca refugio o un párroco que ha dejado los votos porque se ha enamorado de una feligresa—. No como tú —la pincho.

Ella suspira, le da un largo sorbo a su cerveza hasta casi acabarla y me encara.

—Si lo que pretendes es que te adule, no creo que sea necesario. Hayas tenido citas o no las hayas tenido, estoy convencida de que eres bastante consciente de que eres guapo y sexi a rabiar. Mmmm.

—¿Y qué más? —le pregunto.

No estoy familiarizado con los halagos, tampoco me gustan en especial ese tipo de cosas, lo que sí me gusta es que sea ella la que los diga. Observar cómo se sonroja, cómo titubea y cómo me mira, esperando mi reacción. Se nota, se siente, la tensión sexual está en el ambiente.

—Paso.

Se gira con la intención de marcharse en dirección a su grupo. No le doy tregua, la sujeto por el codo y da un ligero traspié. Acaba chocando contra mi torso. Inspiro profundamente y cierro los ojos cuando su olor me sacude. Huele a limón, a cítricos, a verano, a vida. Huele a vida.

Sus ojos están clavados en mi pecho y comienza a ascender con delicadeza, tomándose su tiempo. Justo como pienso hacer con ella cuando estemos desnudos. Porque lo estaremos, nunca he estado más seguro de nada en mi vida que de eso.

—Estoy aquí, un poquito más al norte.

La diferencia de altura no supone ningún problema, encajamos a la perfección.

—Eres lo peor —me suelta.

Se separa apenas unos centímetros, y mi cuerpo, de inmediato, nota la ausencia.

—No te vayas —le pido. Casi le suplico.

Entorna los ojos y me observa como si estuviese buscando el truco en mis palabras.

No quiero que se marche, quiero que se quede, quiero que me haga sentir tan vivo como me

siento en este momento, con ella aquí, a mi lado.

Pensaba que jamás me sentiría de esta manera.

—Me quedo, pero solo porque me has dado pena con esa vocecilla de corderillo abandonado, y a mí no me gusta dejar abandonado a ningún animal indefenso.

—¿Y a las fieras? ¿Te gusta abandonar a las fieras?

La provoco, y ella sonríe, bate sus pestañas y bebe.

—A las fieras me gusta comérmelas con patatas.

—Joder, acaba de romperme en dos. Es inteligente e ingeniosa.

—Y es jodidamente preciosa.

—Ya empezamos. Por favor, estamos hablando de cualidades que me enloquecen.

—Claro, me olvidaba de que hablo con don cerebro, que es incapaz de darse cuenta de que tras una fachada hay cosas que importan, y esta chica las tiene todas. ¿No te das cuenta de cómo nos tiene? ¡Estamos comiendo de su mano!

—No exageres. Posees la capacidad de inflar las cosas y yo te puedo contar lo que me hincha a mí.

—La cabeza, eso es lo que me hinchas —apunta el corazón.

—No especialmente, porque la cabeza la ocupo yo, ya sabes. En realidad, soy el que manda en esta relación. Yo envío órdenes, y los demás las ejecutan.

—Puede —admite el corazón—, pero en cuestiones importantes, en sentimientos, no hay nada que puedas hacer para evitarlo. Te mueres por tocarla, tienes ganas de besarla y le has pedido el teléfono. ¡Y no lo niegues porque estaba presente! ¡Eso ha sido cosa tuya!

—Lo he hecho por ti —admite el cerebro.

—Si te consuela pensar de esa manera... Yo lo que creo es que te gusta, te gusta tanto como a mí, solo que dudas. Dudar no es malo, eso solo hará que valga la pena. No la cagues, compañero, no la cagues. Sabes comportarte cuando quieres, solo debes dejarte llevar y ser menos..., menos intenso de la vida.

—No hago caso a lo que un órgano como tú me dice.

El corazón late más fuerte.

—¿Lo notas? Se acerca, ahí viene.

—Solo nos va a traer problemas.

—Puede, pero... ¡y qué problemas!

CAPÍTULO 12

Una mentirijilla de nada

«Se mira, pero no se toca. Se habla, pero no se babea. Se coquetea, pero las manos no van al pan...». ¿Recordáis eso? Porque yo no. Nada de nada. Cero.

¿Recordáis también que tenía miedo a las consecuencias que podía acarrearle el tener un lío con este chico por su profesión? Pues también se me han olvidado todas.

He perdido por completo la razón desde el momento en el que me sujetó del brazo y mi cuerpo reaccionó al suyo con un contacto tan estúpido. Porque decir que ha sido estrecho es ridículo.

Igual de absurdas que han sido las ganas que he tenido de besarlo y por lo que he terminado mordéndome el labio para no sucumbir ante ello.

—¿Qué coño ha pasado ahí?

—¿Qué ha sido eso, Abril?

Mis amigas me han acorralado por fuera de casa. Esto de vivir en la misma calle, de haber sido fecundadas y casi paridas el mismo día, empieza a ser una hecatombe. Me han dado unos minutos para recomponer mi maltrecho cuerpo y para que mi corazón vuelva a latir de forma normal. Sin amenaza de infarto o de parada cardíaca. Empiezo a sospechar que las consecuencias de la aparición de Asier en mi vida serán catastróficas.

Y también estoy evaluando dichas consecuencias si cedo a la atracción física. Solo física, porque ya sabemos que yo jamás tendría nada con un bombero. Ese es como mi pilar fundamental en la vida, aprendido a base de golpes y de dolor.

A lo que íbamos... Nada de nada. Y no me hagáis enumerar dichas secuelas porque para muestra, un botón, ¿vale?

—No sé de lo que me estáis hablando, la verdad.

Nunca se me ha dado bien ocultarles información, mentir o desviar el tema, no entiendo por qué he pensado que en esta ocasión, después de treinta años, iba a ser de otra manera.

—No me jodas, Abril, que estábamos todos ahí notando las chispas. Estuve por ir al parque de bomberos y ponerme el traje. Pensaba que habría un incendio de un momento a otro.

Suspiro y observo a mis amigas.

Siempre han estado ahí, a mi lado, y yo para ellas, en las buenas y no tan buenas, no debería comportarme como una necia o una adolescente. Es más, los adolescentes hablan de follar y de cambiar de pareja sin problema, ¿por qué yo no puedo?

—Esto no puede salir de aquí, ¿vale? —Se acercan y formamos un corrillo. Solo nos falta pasarnos la botella y pimplárnosla juntas. Que eso también lo hemos hecho, no os vayáis a pensar.

—Hecho. —Muy rápido lo ha soltado Chlío.

—Ese tío me pone cardíaca. En el sentido figurado y literal de la palabra. No sé qué coño me pasa porque lo he visto dos veces. —Dos putas veces.

—Dos veces en persona, pero... ¿cuántas has fantaseado con él?
—Unas cincuenta y cinco... millones de veces.
—Vale. Una respuesta muy esclarecedora —apunta Carmen abriendo la boca.
—El caso es que me pone cerda. Guarra. Perra...
—Con un solo adjetivo nos hubiese quedado claro —matiza Carmen presa de la vergüenza.
—No, no, sigue, quiero ver hasta dónde puedes llegar y tal vez apuntarte a *Pasapalabra*.
—Ja, ja. —Me carcajeo de forma falsa e irónica. Me gano un pellizco de cada una de ellas.
—Yo no te puedo culpar de nada porque Asier está todo bueno —matiza Chlóe—. Eso sí, no supera a Aitor ni en sus sueños.

Entramos en el jardín de mi casa, ese jardín, sí, y caminamos por él intentando que la gravilla no advierta a mis padres de que hemos llegado. Pese a que estoy casi convencida de que son conscientes de ello. Nos huelen a lo lejos o bien son los gritos de Chlóe, que lo de bajar la voz y ser discreta sigue teniendo que trabajarlos.

—Esperad un momento aquí.

Me meto en casa, dejo las llaves en la entrada, el bolso en el suelo al lado del mueble y la rebeca también tirada y me cuelo en la cocina. Abro el mueble secreto de mi abuelo y saco el vino dulce.

—Esto bastará. —Me apunto un tanto por el premio.

—Eso espero que mañana esté de vuelta a su sitio y que, además, esté llena. —Mi abuelo me sonríe con falsedad. A la mierda el tanto.

—Te compraré dos si es necesario, pero ahora es de extrema urgencia usarla.

—¿Vais a hablar de chicos? —me pregunta señalando con la cabeza hacia el exterior. Tiene un radar, en serio.

—Puede. —Ni confirmo ni desmiento.

—¿Del bombero ese?

—Puede. —Sigo sin confirmar ni desmentir.

—Pues confío en que hagas algo que fastidie a tu padre o te dejaré sin herencia, maja.

Tal y como apareció, se desvanece. Es silencioso como una pantera.

Abro la puerta, que, por suerte, no es de las que crujen, y me acerco a las chicas.

—Traigo provisiones.

Aplauden bajito, y Chlóe estira la mano para que le ceda la botella. Os dije que pimplábamos juntas cuando era necesario y no hay nada más necesario que hablar de chicos. Ese es otro de esos mantras importantes en la vida de las personas. De las personas a las que les gustan las pollas y tal.

—¿Vino dulce?

—Es lo único que he encontrado y me ha costado tener que comprarle dos a mi abuelo.

—Te ha pillado —Carmen no pregunta, afirma.

—Por supuesto, ya sabes cómo es Lázaro. El mejor, por si dudáis. —Esa ya sabemos quién es. Mi abuelo estaría encantado de adoptarla como nieta. Adora a Carmen, ahora bien, con Chlóe tiene locura absoluta.

—A lo que íbamos —intercede de nuevo Carmen—. ¿Te gusta ese tío?

Abro la botella y le doy un trago a morro. No sé si es una conversación adecuada si estás sobria.

—A ver... Como para no gustarle.

—Chlóe —la reprende mi amiga.

—Si definimos «gustar» como que me pone burra, pues sí, me gusta y mucho.

—Ya ves, ha fantaseado con él, y estoy segura de que sin ropa.

— *Touché* —le doy la razón a Chlóa porque lo que es es. No le demos más vueltas—. Me hizo un comentario que me dejó un tanto descolocada —admito.

—¿Antes o después de que saltaran las chispas? Incendio, boom . —Finge una explosión con sus propias manos, esa es la bombera, sí.

—No sabría especificar. Para mí las chispas saltan desde que lo vi por primera vez.

—Ya va saliendo la verdad a la luz. —Carmen me quita la botella y le da un largo sorbo.

—Ella al menos lo reconoce.

—No empecéis. Carmen también lo reconoce, solo que no está segura de dar el paso.

Chlóa no añade nada, cosa que me extraña en demasía, porque, si la conocemos y sé que la conocemos, en este momento estaría soltando alguna perla de las suyas, en cambio, dulcifica el tono, le roba la botella y solo bebe. Y bebe como un maldito pirata del mar Caribe. Los de las películas no pueden competir contra ella.

—En fin, ¿qué hay de malo en una canita al aire? Mírame a mí, Aitor es... Debería contaros cómo tiene la manguera.

—No, gracias. No queremos saber nada de su manguera.

—Hombre, a ver, Carmen —tercio—, no está mal saber esas cosas. Lo que no quiero es que me cuente chistes de cacas y eso, pero saber cómo tiene el cimbrel... —Lo que hay. Soy cotilla por naturaleza. Vivo aquí, he absorbido esto de la comunidad, lo he mamado, ya entendéis de lo que hablo... Pues sí, que a nadie le amarga un dulce, vaya.

—¿Has visto la tubería esa que sale de ahí? —Mi amiga señala la tubería de riego de la zona. Es la que se utiliza para el regadío en los huertos. Es un rollo de pueblo, mancomunado. Asentimos. Hasta Carmen lo hace—. Pues más larga y gorda.

No sé si es el vino dulce o lo surrealista de la situación, lo que sé es que nos reímos tan fuerte las tres que mi abuelo nos lanza un *troll* desde su ventana.

—Esto... Esto es... ¿Qué coño hace tu abuelo con *trolls* ?

—No preguntes, alma de cántaro, no preguntes.

CAPÍTULO 13

¿Cómo he llegado hasta aquí?

Ha llegado el temido día y os prometo que no, no estoy para nada preparada para ello y existen varios motivos.

El primero y más importante es que hace dos años que no pongo un pie en ese parque de bomberos. Lo conozco como si me hubiese criado en él. Podría afirmar que así fue.

Fueron muchas las tardes que pasé aquí, que deambulé por los pasillos, que me dediqué a saltar entre mangueras como si de jugar al tejo se tratase y que comía sentada en la mesa, rodeada de bomberos que me miraban con ternura. Crecí y seguí viniendo porque estaba Marcos. Porque esto era una especie de familia y me encantaba. Si no hubiese sido profesora, con toda probabilidad seguiría aquí o no, porque ya sabemos cómo de hijo de la gran perra es el destino.

El segundo motivo por el que no estoy preparada es bastante más primario. Se llama Asier Sorní, su apellido lo sé porque es el de Iris, ¿qué? Sé muchas cosas, soy una chica lista, aunque a veces demuestre todo lo contrario.

El segundo motivo, insisto, se llama Asier Sorní y, si vestido de calle me trae por el camino de la calentura, no me lo quiero imaginar de bombero. Podría haberme colgado un cartel, como si fuese una alumna más, donde rece: «En caso de combustión espontánea, dirigirse al teléfono que se indica a continuación». Llamaría a Chlóe, para estos menesteres me fío de ella.

Un leve carraspeo me trae de regreso a la tierra o, lo que es lo mismo, a la puerta del colegio.

Emilio me observa sin saber bien a qué se debe mi sonrojo. No voy a explicarle nada porque... es Emilio. Es como la reencarnación de Jesús en la tierra. Me tildaría de pervertida y *cachondona*, y tengo una reputación que mantener. O que conservar, porque ya sabemos que mi reputación pende de un hilo por los karaokes, los gritos, los dardos, los polvos en el asiento trasero de un coche y Chlóe, principalmente por ella, ya que estoy convencida de que Carmen sigue siendo una santurrona. En el reparto de papeles hubo algún fallo, desde luego.

—Bien, ¿todo listo? —me pregunta evaluándome.

—Por supuesto. —Mantener la calma es importante, que no se note mi nerviosismo también lo es.

—Estupendo.

Además de Emilio, nos acompaña Gilberto, el profesor de Música, y Mariola, la profesora de Educación Física.

El trayecto es corto porque el parque de bomberos no está demasiado lejos. Nos da para cantar varias sardinas, pero tampoco vayáis a pensaros que muchas.

Soy la última en descender del autobús y compruebo que ningún niño se haya dejado ninguna bolsa de desayuno atrás y me bajo. No es que esté haciendo tiempo, no, para nada... Me tiembla hasta la raíz del pelo y el motivo es el primero que os conté.

Respiro profundamente tal y como he aprendido este tiempo. No quiero entrar en pánico, no puedo entrar en pánico. No debo hacerlo.

Mi semblante debe de ser bastante esclarecedor porque Emilio se vuelve a acercarse a mí y me escruta con esos ojos que me perturban, pero de miedo, no os vayáis a pensar.

—Oye, Abril, te has puesto blanca como un papel, ¿estás bien?

Parpadeo un par de veces porque las lágrimas presionan mis ojos y amenazan con salir sin pedir permiso. No soy débil, de verdad que no, lo que sucede es que los recuerdos parecen amontonarse frente a mí y es imposible..., imposible no sucumbir ante ellos. Es como esa lava que no puedes frenar y corre, a poca velocidad, sí, sin embargo, eso no la hace menos destructiva.

Mi hermano ahí, en la puerta, esperándome con los brazos cruzados bajo el pecho, con su media sonrisa, con esa ropa y esa actitud profesional. Con las ganas, las putas ganas de comerse el mundo y resulta que, al final, el mundo se lo tragó a él. Y una parte de mí y de mi familia se llevó también.

¿Y si no soy capaz de superarlo? Finjo que sí, cada maldito día lo hago. Cada segundo intento demostrar que he seguido adelante, incluso le dije a mi padre en el jardín que Marcos quería que lo hiciésemos. Qué buena soy dando consejos y qué mierda me siento siguiéndolos. Mintiendo.

Asier tenía razón cuando me llamó mentirosa. Tenía más razón de la que pensaba cuando lo hizo.

Me siento una timadora del tres al cuarto.

—Abril, despierta. ¡Abril!

Doy un temido paso atrás y me encuentro con cuatro ojos, los de Emilio han desaparecido y han sido sustituidos por dos que conozco muy bien y por dos que me encantaría conocer.

Me zambullo en los segundos y me dejo ir. Navego entre ellos y me doy cuenta de que ese gris en el que me he sumergido es como me siento yo, ni pura ni corrompida. Ni casta ni deshonestas.

Ni extraviada ni encaminada.

Nado en un mar sin nombre.

—Abril, ¿estás bien?

Chlóa lo empuja porque sabe lo que este lugar despierta en mí. Todos los fantasmas acuden en bandada y me dejo caer al suelo, presa del pánico. Apoyo la espalda en el autobús y los brazos se deslizan hasta quedar inertes a ambos lados de mi cuerpo. Inertes. Como mi alma. Me va a dar un ataque de pánico, sé que va a suceder y que no voy a poder evitarlo.

—Abril, cielo, eres fuerte. Eres más fuerte de lo que crees.

Alzo los ojos, y el rostro de mi amiga me inspira ternura. Es su culpa. No he pisado este sitio en dos malditos años y este es uno de los líos en los que me ha metido Chlóa, sin embargo, no me enfado con ella, me cabreo conmigo misma por dejar que todo me afecte de esta manera. Porque soy fuerte. Porque quiero ser fuerte. Porque sé que es lo que Marcos hubiese querido de mí. Él me habría empujado de un tobogán si le tuviese miedo y se habría cachondeado de mí al echar la pota por ello. Y, con toda probabilidad, yo hubiese vomitado, sí, y le hubiese dado una buena paliza tras recomponerme, no obstante, después me habría reído recordando lo sucedido y me habría sentido orgullosa por haberlo hecho, forzada o no, lo hubiese hecho.

—¿Qué pasa? —Asier se coloca a mi lado, aturdido, y me envuelve con su brazo.

Mi padre me mataría si supiese que estoy aquí y que me siento mejor con ese brazo sobre mi hombro.

—Déjala. Espacio, necesita espacio —pide Chlóa. Aunque no lo quiera admitir, es como una mamá gallina e intenta protegerme.

Le tiendo la mano, y me la sujeta. Me sonrío, a pesar de que sé que se la comen los nervios

porque sabe que si me siento así, de esta manera, es por ella.

—Profe, ¿qué pasa? —Carlos se acerca mientras se come una bolsa de galletas.

Me reiría por todo lo que come, lo que pasa es que, en este momento, no me hace gracia nada. Yo misma, tal vez.

—¿Es porque no tienes novio? —Y vuelta la burra al trigo.

Me incorporo con la ayuda de Chlóa. La mano de Asier envuelve mi cintura y os prometo que no quiero sentirme mejor, pero su mero contacto, su mera presencia, me hace sentir diferente. Posee la capacidad de alterarme y de calmarme. Tiene el talento de prenderme fuego y enfriarme. Cuenta con la aptitud de desearlo y rechazarlo. Es como una jodida contradicción constante.

—Estoy bien —les comunico. Odio ser el centro de atención y eso es lo que parece que he conseguido—. Y lo de tener novio no es importante ni trascendental.

—Claro que no —apunta Chlóa, que no se aparta de mí.

—Al contrario, me beneficia que no lo tengas —añade Asier con ese tono que promete pecado, maldades y travesuras sexuales.

Vale, tal vez esto solo sea así en mi cabeza, de la que, por cierto, no ando muy bien.

Camino con entereza, al menos con la poca que dispongo y sigo respirando como he aprendido.

—Lo estás haciendo muy bien. Muy bien, Abril.

No, nada está bien. Ni esta excursión ni lo mucho que me gusta el bombero ni nada de nada.

Intento desconectar mientras deambulamos por los diferentes espacios. Cierro los ojos más veces de la que es apropiado, voy al servicio unas quince veces a refrescarme la nuca y me bebo como tres litros de agua y, aun así, percibo mi boca seca.

Asier se acerca en algunas ocasiones y lo evito, huyo como alma que lleva el diablo porque me siento patética. Y porque no quiero responder depende de a qué preguntas.

—Y esto es lo más divertido de todo —explica el susodicho mientras se acerca al tubo. Puñetero tubo, cuánto te odio. La de leches que me di bajando por él. Lo intentaba cada día porque quería deslizarme como lo hacían ellos, y nunca jamás me salía bien. Se me enredaban las piernas y no me preguntéis cómo, pero hasta el pelo se me trabó una vez y me dejé varios mechones atrás. No sé, tal vez lo embadurnasen de aceite o lo pulían antes de tirarse y lo llenaban de pegamento cuando lo iba a hacer yo. Todo puede ser—. ¿Algún voluntario?

Contrario a lo que podáis pensar. Ninguno de los renacuajos levanta la mano porque eso está muy alto y acojona. Bien lo sé yo.

—Bien, la profe se lanzará.

Espero que se refieran a Mariola porque lo que soy yo...

—Voy al baño un momentito —pido.

—No, no, no. La profe eres tú.

WTF?

—Ni de coña. ¿Tú me has visto? —farfullo.

—Vaya que si te he visto. Y más que me gustaría verte.

Me sonrojo. Joder. Aquí empieza a hacer mucho calor. Demasiado.

—No. —Es mi última respuesta.

Pues no ha sido la última, no, porque estoy en este maldito hueco de arriba, con Chlóa a mi lado y, desde esta altura, las colchonetas parecen de papel de seda.

—Te mataré. Es más. No lo haré. Te cortaré dedo a dedo, pieza a pieza y dejaré que te desangres viva. Será lento y doloroso, y lo disfrutaré.

—Joder. Me estás dando miedo.

—Deberías cagarte encima. —La señalo con el dedo índice para asustarla más aún.

—No te pongas así, será divertido.

—Claro, esta excursión está siendo de lo más divertida. ¿No ves mi cara?

—Mmmm. No parece reírte.

—¡Porque no me hace puta gracia! —Mierda. Bajo la voz porque los niños me miran y no quiero tener que explicar por qué la profe ha dicho puta, que lo repitan, y me culpen—. De veras, me ahogo.

—Mira, Abril, esto es como una terapia de choque. Hay muchos psicólogos que recomiendan este tipo de situaciones para superar un trauma. Yo lo he hecho gratis.

—Gratis me va a salir tu entierro porque te tiraré a un barranco y te dejaré allí.

—Me parece bien. Alimentaré el terreno.

—Eres lo puto peor.

—Eso también me parece bien —admite sonriendo—. Ahora, tírate. Abajo te espera tu bombero para recogerte.

—Te odio. —Por más que lo diga, no va a suponer ningún cambio en ella. Se la sopla.

—Vale. Bien, de eso hablaremos luego.

Inspiro y exhalo. Me quedo sin aire. Pongo mis manos alrededor del tubo y me lanzo, enredando las piernas como he hecho tantas veces.

Solo rezo para que esta vez me salga bien.

CAPÍTULO 14

¿Conejitos?

ASIER

S abía que habría una excursión del colegio porque Aitor me lo contó hace días y porque Iris no paraba de aplaudir explicándome que iba a ser muy divertido ver a papi en su trabajo. Estaba tan emocionada que fui incapaz de no contagiarme con ese entusiasmo que desprendía mi pequeña.

Cada día que paso me reafirmo en que puede que Alicia y yo cometiésemos miles de errores a lo largo de nuestra vida, ahora bien, Iris ha sido nuestra obra maestra. Nuestro mejor trabajo. La persona que más me completa en esta vida. Y la adoro. En serio, la adoro por encima de todas las cosas.

No os vayáis a pensar que Alicia y yo somos esa típica expareja que se lleva a matar, que cruza la acera si se encuentra con el otro en la calle o se tira la puerta en los morros a modo de despedida. Para nada. No podemos prejuzgar una relación que no conocemos. Y no todas las separaciones tienen por qué ser traumáticas o problemáticas.

No estábamos hechos el uno para el otro, no hubo amor y tampoco pasa nada. No todo en esta vida pasa por el drama. Tenemos una relación cojonuda. La admiro muchísimo y es una madre increíble. Y una amiga mejor, porque eso es lo que somos. Amigos.

Entrando en el meollo de la situación. Iris ya me había contado cómo eran sus compañeros de clase y cómo era su profe. Me dijo que tenía nombre de mes del año y, a pesar de que al principio me costó entender la broma, cuando lo hice, sentí ese batiburrillo de emociones haciendo acto de presencia. No me puedo creer que las casualidades jueguen a mi favor y, por ende, que esté en el parque de bomberos, en lo alto del tubo, a punto de tirarse.

Cuando Chlóa me confirmó, a gritos, que había llegado el autobús, recogí la mesa, deposité las tazas en el lavavajillas y salí pitando de allí. De pronto me entró mucha prisa y las ansias por verla moverse en su ambiente me pusieron nervioso. Con lo que no contaba era con la escena que iba a encontrarme al salir.

Estaba blanca como un papel. Temblaba. El sudor frío recorría su delgado cuerpo y sus ojos brillaban presa de la emoción. Sin siquiera tocarla, sabía que su pulso estaba acelerado y que tenía miedo. Eso es lo que hace el miedo. Lo he visto en cientos de ocasiones porque, al final, nuestra profesión hace que vivas situaciones que no deseas vivir, que la vida de otras personas esté en tus manos y que no siempre todo sale como quieres. Y nunca jamás te preparas para la pérdida. Para no haber sido capaz de llegar antes o haberlo hecho mejor. Nunca.

Cuando eres bombero, los finales felices no existen. Solo los finales. Y es mejor no pensar en nada, solo actuar. Solo dejar que la adrenalina corra por tus venas y lanzarte al vacío sin cuerda.

Y eso fue lo que hice cuando la vi, tan pequeña y tan desamparada, un sentimiento de protección me sacudió por dentro y solo quise evitar que, eso que estaba viviendo y que yo no entendía para nada, la abandonase. No quería eso para Abril. Quería salvarla o, al menos, darle las herramientas para que ella misma pudiese hacerlo porque sé que es capaz de cualquier cosa

que se proponga, no me cabe duda de ello.

Intenté restarle importancia al asunto, sin embargo, la tiene. Algo le pasa y no sé el qué.

Aitor me explicó que no tenía ni puñetera idea de lo que le hablaba, y Chlói me pidió que le chupase el dedo corazón. Esclarecedor, sí.

Así que me he propuesto indagar sobre el tema, al menos, para saber en qué terrenos me muevo porque no hay nada que me apetezca más que estar con Abril, conocerla.

Las piernas. Las. Putas. Piernas. Es todo lo que veo. Intuyo que discute con Chlói, aunque empiezo a darme cuenta de que es algo normal entre ellas dos o entre las tres.

—Es para hoy —grito desde mi posición, provocador.

—Papi. —Iris tira de mi mano, y me agacho hasta ponerme a su altura—. Mis compañeros piensan que tengo al mejor papi del mundo.

—Pues ellos deberían saber que tengo a la mejor hija del mundo. —Le guiño un ojo y me vuelvo a incorporar.

Los niños alzan un poco la voz y se hace el silencio cuando las piernas de Abril se enredan en el tubo y comienza a deslizarse como una sirena.

Las risas sustituyen al silencio, y alargo los brazos para ayudarla a frenar por pura inercia.

—¿Qué coño? —mascullo.

Yo también siento unas tremendas ganas de reírme.

—Me cago en la puta —farfulla cuando llega al suelo.

—¿Conejitos? —pregunto alzando las cejas estupefacto.

—Cierra la puta boca.

—La profe dice muchas palabrotas.

—Eso es porque no tiene novio.

—O porque no tiene un pato.

—¡Un pato!

—¿Conejitos? —insisto.

La sujeto entre mis brazos, y ella se sonroja. Me fascina esa forma que tiene de observarme, de ponerse colorada y desafiarme a su vez.

—Al menos me he puesto bragas —apunta.

—Sí, darán mucho juego cuando te las quite con la boca —le susurro al oído para que nadie más nos escuche.

—Calla —me pide propinándome un empujón. Ni siquiera retrocedo unos pasos.

—Conejitos...

—Nada de esto estaba previsto, ¿vale? Me gusta la comodidad y me gustan los conejitos.

—No tengo nada en contra de esas cosas —sentencio—. Tampoco de que hayas venido al parque de bomberos con falda.

—No habría ningún problema con mi indumentaria si no hubiese sido culpa de alguien a quien no quiero señalar. —Por supuesto, alza su dedo índice apuntando en mi dirección—. No tenía que haberme tirado por el palo mortífero. Me odia.

—Hablas como si ya lo hubieses hecho en otra ocasión.

No responde, se da la vuelta con toda la dignidad que le cabe en el cuerpo y se marcha en dirección a los baños.

Pienso en ir tras ella, sin embargo, no sería lo adecuado teniendo en cuenta que la excursión no ha finalizado y que, tras la desastrosa y divertida actuación de Abril, ahora todos se quieren lanzar, y a mí me cuesta poco decir que sí a una pandilla de niños de cinco años.

Para cuando finaliza la visita, los acompaño hasta el autobús que los llevará de vuelta. Los

niños suben por parejas. Iris es la última y se lanza a mis brazos para darme un abrazo.

—Nos veremos después, renacuaja. —Ella asiente y se marcha sin más—. ¿No piensas lanzarte a mis brazos y despedirte tú también? —la provoco.

—Antes dejaría que un tiburón me besase con lengua. —Se da la vuelta y no puedo evitar mirarle la falda sabiendo lo que esconde debajo.

—Adiós, Conejita. Hasta pronto.

No replica porque sabe que está rodeada de niños, pero antes de marcharse veo el calor subirle por el cuello y llegar hasta sus ojos.

Putos. Ojos.

Termino la jornada sin haberme podido quitar de la cabeza a Abril y no solo hablo de sus braguitas de algodón, hablo también de la escena que vivimos antes de que comenzase.

Camino hasta casa de Alicia con paso firme. Ha decidido alquilar una casita vieja en una calle poco transitada. Las aceras están perfectas y todas las viviendas de ese barrio tienen una valla de madera y un jardín. Parecen salidas de una película. Ya entiendo que quisiese mudarse. Cuando vivíamos juntos, cuando lo intentamos porque supimos que íbamos a tener a Iris, siempre me explicaba que algún día podría dejar la ciudad y criar a la pequeña en un pueblo, empaparse de la naturaleza. Afirmaba que los pueblos hacen a los niños más empáticos y, después de llevar una semana aquí, comienzo a dudar sobre mis respuestas, porque pensaba que eran todo tonterías. Ya no estoy tan seguro de ello.

Toco en la puerta con suavidad y escucho al momento los pasos de Iris acercarse. Es como si fuese un elefante, corre con pasos firmes y fuertes.

Abre y se lanza a mis brazos.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Porque no viene a visitarnos otra persona que no seas tú —afirma como si fuese lo más obvio del mundo.

—Papi, mami dice que si te quedas a cenar.

—Claro, yo nunca rechazo una cena.

—Eres un glotón.

—Ven aquí, que voy a darte yo un glotón.

Corremos como si nos fuese la vida en ello y, como buen padre que soy, dejo que Iris gane.

Alicia nos llama a cenar, y compartimos un pollo al horno con patatas y verduras de diez. Aprovecho para acostar a Iris, contarle un cuento y le prometo que me quedará hasta que se duerma. Cosa que sucede en quince segundos porque es de esas niñas que posa la cabeza sobre la almohada y se acabó.

—Ten. —Alicia me espera en la cocina y me tiende una cerveza.

—Te está quedando genial.

—Aún faltan muchas cosas por hacer, no obstante, en líneas generales, me gusta el estilo. Es como si hubiese viajado treinta años atrás y estuviese en el pueblo con mis padres. Es una sensación increíble. Y tú, ¿te has adaptado bien?

—Pues sí —admito—. Pensaba que iba a ser más difícil, pero no. En el parque de bomberos todos se comportan genial.

—En el colegio es igual. Y mi vecina es una de las profesoras —me explica.

—¿De verdad? —Curioso.

—Es la profe de Iris. —Vaya, vaya, vaya, qué casualidad más increíble—. La pillé hace un par de días colándose en su jardín. Vive con sus padres y su abuelo. Son encantadores.

Le doy un largo sorbo a mi cerveza antes de lanzar la bomba.

—Yo también la he conocido.

—Normal, fueron de excursión hoy. —Se carcajea—. Salvo que hayas huido con el rabo entre las piernas, es lo lógico.

Huir es lo que menos me apetece en cuanto a Abril se trata.

—Abril... —¿Cómo lo digo?—. Despierta curiosidad en mí.

—¿Curiosidad? Pero si la has visto cinco minutos.

—No —niego.

Le cuento un poco lo fortuito de nuestros encuentros y no me guardo detalles, al menos, no de lo que me hace sentir porque Alicia y yo tenemos ese nivel de confianza y no nos ocultamos ese tipo de cosas. No funcionó, ¿y qué? Tenemos una hija en común, ¿y qué hay de malo en eso? Porque os puedo asegurar que nada. No hay nada de malo.

—Así que..., ¿quieres tirártela?

—Eso también. —Sonrío de soslayo—. No es lo único que quiero.

—Pues te diré que me parece buena tía. Es simpática, una buena profesional, e Iris está encantada con ella. No me parece mal. Ahora bien, esto es un pueblo, ten cuidado. No me gustaría tener que hacerte la maleta y largarte a patadas de aquí.

—No, a mí tampoco me gustaría.

Brindamos y damos la conversación por zanjada.

Alicia va a ser mi cómplice, lo sé.

—¿Has visto? Creo que no tienes nada que hacer.

—Las bragas, eso es lo que le hemos visto.

—Tan monas. Conejitos. Si es que esa chica es una caja de sorpresas.

—Y sus piernas, desde abajo, eran más largas aún. Tiene que ser maravilloso verlas enredadas en la cintura.

—Cerdo.

—Nadie dijo que fuese un cerebro decente.

—Tampoco me advirtieron que tuviese conversaciones con un depravado.

—Asúmelo. Me quieres tal y como soy.

—¿Y sabes a quién más vamos a querer?

—No quiero saberlo, no obstante, sé que me lo dirás de todas formas.

—Lo sentimos, sentimos su tacto y las chispas cuando la sujetamos, cuando se deslizó por el tubo y acabó en nuestros brazos.

—Mierda —masculla el cerebro dándose cuenta de todo.

—Lo sentiste.

—Es el hambre —repone don cerebro tirando del raciocinio que lo caracteriza.

—No, amigo, no es el hambre, es ella, y presiento que va a acabar conmigo y contigo.

CAPÍTULO 15

Una carta secreta

Lo de las bragas de conejitos ha recorrido medio pueblo. No ha hecho falta pancarta ni nada, solo un grupo de veinticinco niños de cinco años y a las cotillas de sus madres.

—Conejitos, hija mía... —Solo le falta zurrarme con la chancla por avergonzarla públicamente.

—Mamá... La comodidad está antes que nada. Además, ¿cómo iba a saber yo que iban a obligarme a tirarme por ahí?

Mi madre toma asiento a mi lado y sujeta la taza como si se estuviese abrazando a ella.

—Tu padre está nervioso. No contaste nada. —Ya no hablamos de mi ridículo.

—Ya sabes que me gusta tan poco como a él estar allí. Lo pasé mal, mamá. Pensaba que no podría sostenerme en pie. Me fallaba la respiración y me faltaba el aire. Lo veía por cada lugar, allí, como si Marcos estuviese esperándome por fuera como hacía siempre.

Mi madre desvía la vista y chasquea la lengua contra el paladar.

—Lo imagino.

Suspiro y me miro las uñas.

—Asier me ayudó. Y Chlôe también.

—El bombero.

—El mismo.

—A tu padre le dará algo.

—No empieces, mamá. —Me adelanto—. Solo me parece guapo. —Y sexi a rabiar.

No tengo por qué mentirle a mi madre. En casa siempre hemos tenido un ambiente familiar lleno de complicidad y respeto. Nos hemos contado las cosas, hemos hablado, discutido o debatido de todo y siempre llegamos a un pacto que nos convenza o con el que estemos todos de acuerdo.

Mi hermano traía a sus conquistas a casa, aunque cambiase de ellas cada semana, daba igual, este era su lugar y el nuestro. Tampoco nos sentíamos incómodos por ello. Yo he hecho lo mismo. No he traído a todos mis ligues porque no hay necesidad de ello, pero sí que he invitado a chicos a casa, y mis padres han sonreído y me han dado la charla muchas veces. Ya sabéis, si fornicas, corres el riesgo de contraer una ETS o traer un bombo a casa. Bla, bla, bla. Como si el bombo solo fuese cosa nuestra.

Sospecho que a Marcos también se lo decían, solo que, como él era mayor que yo y esperaban mantenerme fuera de los temas sexuales un tiempo, lo hacían en la intimidad o donde yo no me percatase de nada.

En fin, que no tengo por qué mentirle, eso sí, es cierto que preferiría que mi padre no se enterase del incidente porque le daría un jamacuco.

—¿Qué pasa? —indaga mi abuelo.

Se quita su sombrero de paja y deja el bastón a un lado. Toma asiento y se sirve un buen

tazón de leche. Como cada mañana.

—Ayer tuve una excursión al parque de bomberos. Con los niños del cole —matizo. No vaya a pensarse que he ido por voluntad propia, será por sitios para visitar.

—Le dio un ataque de pánico —apunta mi madre.

—No, a ver... —añado—. Pensaba que iba a desmayarme incluso. Al final no fue así. Chlóa estaba cerca, y Asier también.

—El bombero.

Y jode con lo del bombero.

Asiento.

—Presiento que me lo voy a pasar pipa con este tema.

—Papá... —El tono de mi madre suena a pura advertencia.

—¿Qué? Imagínate a tu marido si mi nieta linda se enamora de un bombero. Morirá. —Abre los ojos y sonrío. Le faltan dientes y, aun así, su sonrisa es embaucadora.

Me hace gracia hasta a mí.

—Tendré algo que decir al respecto, ¿no? Porque, desde luego, no pienso enamorarme de él. Es guapo y tal, sin embargo, no es mi tipo.

—Eso dijo tu madre hace cuarenta años. Y mírala, se ha casado con el calvo y, lo peor de todo es que sigue con él. Por cierto, ¿no ha llegado nada para mí? —pregunta observándonos.

—Yo no tengo ni la menor idea, ayer, cuando llegué a casa, no volví a salir. No tenía fuerzas más que para morirme. ¿Qué esperabas?

—He comprado cianuro. Por si tu madre lo necesita.

—¿Y para qué voy a necesitar eso?

—No, no, pregunta cómo ha conseguido eso. ¿Y cómo es que te lo han vendido? —intervengo.

—Hay de todo en internet, solo tienes que saber buscar. —Su sonrisa se ensancha, y mi madre se levanta, se acerca y le da una colleja. Si me da a mí con tanta fuerza, se me sale el cerebro por las fosas nasales.

»Algún día me lo agradecerás —musita mi abuelo como si no le hubiese dolido nada de nada.

Los dejo discutiendo en la cocina y me escabullo hasta la calle. Carmen me espera justo enfrente del buzón, está leyendo algo, concentrada.

—Buenos días.

Alza la vista y me observa como si hubiese visto un fantasma. Joder, ¿tendré las bragas por fuera de nuevo? No, no es el caso.

Me tiende una hoja, sin siquiera saludarme.

La sujeto entre los dedos y la leo con miedo.

Cada vez que te veo, se me acelera el pulso. Pierdo la
razón y sé que el motivo eres tú.

—¿Qué es esto?

—Una nota. ¿No sabes leer?

—No me seas sarcástica, ya sabes a lo que me refiero, Carmen.

Suspira con fuerza y tira del papel. Lo lee de nuevo en voz alta. Se me ponen los pelos de punta.

—No sé de quién es. He pensado en Emilio, no te voy a mentir. Por eso he venido a buscarte

porque no quiero que Chlóa se ría de mí.

—¿Por qué se va a reír de ti? —inquiero.

Chlóa puede ser una cabrona, eso ya lo sabemos todos, pero también tiene buen corazón y nos quiere, aunque nos meta en líos. Líos del tipo organizarte una excusión a un parque de bomberos cuando te acojona ese sitio casi tanto como si el demonio se escondiese dentro de tu armario. Tal que así.

—Porque soy ridícula.

—Carmen... —Le tiendo la mano, y ella la sujeta sin dudar. La abrazo con fuerza—. No eres ridícula, y nadie cree que lo seas. Está todo en tu cabeza y estoy segura de que Chlóa no piensa eso.

—Es muy burra —apunta mi amiga aún entre mis brazos.

—No puedo negarte eso porque lo es, sin embargo, también es de las que están ahí para lo que haga falta.

—No le cuentes nada de esto, porfa. —Se separa de mí y me mira con esos ojitos de cordero degollado que gana a cualquiera.

—Seré una tumba.

Tira de mi mano y comenzamos a caminar en dirección al colegio.

—Me he enterado de lo de tus bragas.

Cómo no.

—Ya ves. Nunca vayas a un parque de bomberos en falda. Menos aún si te vas a tirar del tubo de los cojones.

Carmen se parte de risa, fijo que de mí. A ver quién es la ridícula en este momento.

—Me lo ha contado Asier. Lo he visto esta mañana desayunando.

—Ehhh, ¿hola?

—Ha sido muy divertido. Me cae bien, es majó.

—Majó...

—Ya sabemos que te pone..., ¿cómo dijiste?

—Cerde.

—Pues, además de un físico, me parece un tío cercano. Estuvimos hablando de Iris.

He estado tan concentrada en superar el bochorno y la angustia que me produjo el lugar que me olvidé hasta de ese asunto.

—Fue muy tierno verlo con ella. No la soltaba, hasta que me rescató.

Me sacudo al recordar sus manos en mi cuerpo. La vergüenza se difuminó y dio paso a un sentimiento mucho más primitivo.

—Anda, mira, hablando del rey de Roma...

CAPÍTULO 16

Por la puerta asoma

—**H**ola, Conejita. —Asier me guiña un ojo con total descaro una vez me acerco a su altura.

Iris se pone a llamarme y a mover la mano como una loca desde que me ve aparecer.

—Hola, Boomblero.

—¿Sabes? Me he levantado pensando: «¿Qué braguitas llevará hoy Abril?». No he podido dejar de pensar en ello desde que las vi ayer. Es más, ahora en lo único que pienso es en levantarte la falda y arrancártelas con la boca, sin siquiera mirar.

Me tambaleo hacia un lado. Abro los ojos y entro en pánico. Iris está con Carmen, le está contando su experiencia en el parque de bomberos porque la escucho gritar: «Y me lancé así». «Y papá hizo así». «Y los bomberos son lo más». «Nos dieron galletas de chocolate».

—Hubieses tenido que pagar un psicólogo si tu hija te hubiese escuchado soltar semejante barbaridad.

—Lo hubiese hecho con gusto solo por ver tu cara y tu sonrojo.

Maldito.

Carraspeo, me recompongo y adopto la expresión de profesional que soy.

—Me alegra conocer por fin al padre de Iris.

La comisura de sus labios se alza de forma provocativa. Me va a costar esto de comportarme, la verdad. No me lo pone nada fácil el chico.

—Me alegra conocer por fin a la profesora de mi hija.

Su hija.

Lo de que soy una perra infiel regresa a mi cabeza, a pesar de que no debería porque ya sé parte de la teoría. Una separación de mutuo acuerdo, una decisión admirable, un padre que hace lo que sea por estar con su hija. Si es que solo veo ventajas. Lástima que su punto débil tenga tanto peso que pueda acabar con todo lo demás.

—Iris es un amor. Lo he hablado con Alicia. —Vale, sí, que lo he pronunciado aposta solo para ver su reacción. Imperturbable. No le ha afectado lo más mínimo y no parece importarle que yo sepa del tema—. Se ha adaptado a la perfección al ritmo de trabajo, y los compañeros la han acogido como una más. Es lo bueno de tener cinco años.

—Yo tuve ciertas dudas al respecto. —Alzo una ceja sondeando—. Me gusta la ciudad y el ritmo frenético de la misma. Iris se ha criado con nosotros allí y pensaba que lo iba a echar de menos. Es más, yo mismo pensaba que no iba a soportar esta vida tan relajada. No esperaba que me gustase tanto. —Me observa de arriba abajo como si no solo fuese el pueblo lo que le gusta—. Oye, Abril... —Clavo mis ojos en los suyos esperando a que continúe.

Con esa mirada que me dedica, le habría dicho que sí a cualquier cosa. ¿Mis bragas? Vale. ¿Mi primer hijo? Hecho. ¿Cambiar de religión? Lo que tú digas.

—Dime —titubeo.

—¿Entramos? Ya es la hora.

Carmen nos interrumpe justo en el mejor momento. Tal vez me haya salvado de una pregunta incómoda o quizá haya interrumpido cuando me iba a confesar que va a dejar de ser bombero porque lo nuestro tiene un futuro prometedor. En fin, qué bonito es soñar y qué poco cuesta.

—Claro, por supuesto. Que tengas un buen día —me despido.

—Igualmente.

Nuestras manos se tocan por casualidad, una casualidad que para nada lo es y siento ese pellizco que noto cada vez que me roza.

Me giro cuando estoy a punto de entrar y lo veo allí, plantado. Saluda a Iris con su mano, y sonrío embobada.

—Mi papá es el más guapo del mundo, ¿a que sí?

—Por supuesto que lo es.

Iris se va dando saltitos hasta que llega al grupo, que la espera para entrar en clase.

Me encamino hacia mi taquilla para dejar allí mi bolso, me cruzo con Emilio, que está haciendo justo lo mismo que yo.

—Buenos días —saludo.

No me hace ni caso, cosa rara en él porque Emilio es bastante atento. Es más, suele ser el primero en saludar cuando alguien entra, aunque no lo conozca.

Carraspeo. Observo que tiene un papel blanco entre los dedos y me acerco como buena curiosa que soy.

Un pasito a la derecha, luego otro y otro hasta que me sitúo a una distancia prudencial para que no parezca lo que es.

—Mierda. —Me percató de que es una de esas notas, del mismo estilo y con la misma letra que la de Carmen. Joder, que tiene el mismo texto.

Tiro al suelo un bolígrafo para disimular mi reacción.

Me hago a la idea de lo que pasa aquí. Vamos.

Termino la jornada laboral y me dirijo a casa de Chlóa. Ni siquiera sé que turno tiene. Lourdes me recibe en sujetador y bragas. Esclarecedor.

—Mmm, no sé si has barajado la opción de que pudiese haber llamado a la puerta alguien que no sea yo. No sé, tal vez el cartero, el repartidor de *pizza* o el de la luz.

—¿Y? Pues que sepan que se mira, pero no se toca. Eso sí, todos sabemos que les encantaría tocar porque soy como el último bombón de la caja de chocolate. El más deseado por todos. —Alza los hombros, se hace a un lado y me deja pasar.

Sí, es la madre de Chlóa. De tal palo, tal astilla. También os digo, no lleva bragas de conejitos, sino de esas de encaje bonitas y sexis a rabiar.

Me siento como la Cenicienta cuando no había sido visitada por el hada madrina. Ya me entendéis.

—¿Y tu hija?

—Pues no la he visto desde hace rato. Debe de estar por ahí dando el coñazo. Es su especialidad. Y la mía —apunta con cara de pilla.

Subo por las escaleras hasta la habitación de mi amiga. Un cartel enorme que pone «No molestar o me verás el potorro» es su aviso. El mismo desde que tiene catorce años.

Toco con delicadeza por si está durmiendo y aguardo. No escucho nada extraño cuando pego la oreja a la madera. De pronto se abre y casi caigo de bruces.

—¿Espiondo, Conejita?

Maldita bastarda.

—Aparta, imbécil. —Se hace a un lado sin dejar de sonreír, al menos ella tiene ropa—. Tu

madre me ha abierto en ropa interior.

—Estará intentando impresionar al bombero, ahora todo el mundo sabe que la profesora bajó en bragas, y que el bombero la agarró para que no se cayese.

Puto pueblo lleno de chismosos.

—Ese ha sido un golpe bajo. —Le doy un par de toques en el hombro con el dedo índice, y ella, dura como una piedra, apenas reacciona. A mí casi me tienen que poner una férula. Está fuerte, joder, y siempre se me olvida—. ¿Qué hacías?

— *Sexting* .

—Ah.

—Enviarle fotos guarras a Aitor.

—Joder, Chlói.

—No se ve mi cara. Has llegado justo cuando me iba a masturbar.

Qué puto asco.

—Si quieres espero fuera cinco minutos.

—Treinta segundos son suficientes. Me tiene muy mal ese chico. En serio. Muy mal.

—No me cabe la menor duda.

—En fin, nada, luego sigo con lo que me traigo entre manos. —Mueve los dedos frente a mí, y me da un escalofrío solo de pensar que esos dedos me han tocado y se han tocado y espero que se los haya lavado y tal—. ¿Qué te trae por aquí? No vendrás a cortarme en cachitos como dijiste que me harías, ¿verdad?

—¿Has sido tú? —Me pongo seria, coloco mis manos en la cintura y la encaro sin pena ni gloria.

—Puede. Si me dices a qué te refieres, te confirmaré, porque he hecho mil cosas y, siendo honesta, no sé si tu acusación hace referencia a un buen acto o a uno malo. Me pierdo, ya sabes, soy básica. Sota, caballo y rey.

Me hace perder la paciencia y trabajo con niños de cinco años, haceos a la idea de lo grande que puede llegar a ser.

—¿Has sido tú la que le ha enviado esa nota a Carmen, que, además, es la misma nota que ha recibido Emilio? ¿Casualidad? No lo creo.

Sonríe. De veras, sonríe como si fuese Maléfica, Cruella de Vil o Úrsula. Una villana en toda regla, vamos.

—Alguien tenía que darles un empujoncito, ¿no crees?

—¡Lo sabía! —grito—. Esta mañana, cuando Carmen vino a casa, no caí en la cuenta, tampoco le di muchas vueltas al tema, sin embargo, en el cole vi a Emilio con una nota igual y sé que el otro día no dijiste nada cuando sacamos el tema, y tú siempre tienes algo que decir.

—Siempre —me da la razón.

—Carmen te va a matar. No seré yo la que lo haga porque se me va a adelantar. —Os conté que no hace más que meternos en líos.

—No tiene por qué enterarse.

—Chlói...

—¿Qué? Está loca por ese hombre, cosa que no logro entender, pero ese es otro tema. No hace nada, no le confiesa nada, alguien tenía que intentar llevar a buen puerto esa no relación. Y he tenido que ser yo. Porque soy altruista y buena persona.

—Y una hija del demonio...

—¡Mamááááá! —grita. De veras que lo hace.

Lourdes aparece, en ropa interior de nuevo. Y Chlói se lo chiva todo. Perra asquerosa.

—Niñatas —profiere antes de marcharse.

—En fin, Carmen te matará.

—Y a ti, porque lo sabes y vas a guardar el secreto. Lo hacemos por ella, Abril. Si la montaña no va a Mahoma..., nosotras la movemos por nuestros santos cojones.

A ver quién es la guapa que le rebate eso.

CAPÍTULO 17

No pienso apostar contigo

Me está costando horrores no contarle a Carmen lo que sé. Tampoco le he confesado a Chlóa que Carmen me ha pedido que no hablemos del tema, así que aquí estamos, en una especie de limbo en el que todas sabemos de todo y ninguna abre la boca. Diría que es la primera vez que no somos del todo sinceras las unas con las otras y es horripilante.

—¿Qué modelito has elegido hoy? —Chlóa lanza la pulla, y a mí, de pronto, me entran unas tremendas ganas de matarla.

—Ya empezamos... —protesto.

No me da tiempo a montar una gorda porque cierto hombre sexi me quita la palabra y el sentido.

—Hola, Conejita. —El susurro me pone los pelos de punta—. ¿Qué tal todo? —Su pregunta me pillá desprevenida, es decir, esperaba algún comentario del tipo que ha hecho mi amiga, sin embargo, Asier me sorprende por la forma en la que se interesa por mí, más allá de la broma o la burla. Y del apelativo cariñoso, ejem, ejem.

—Bien. Estoy bien. —No esperaba que viniese esta noche.

Como por arte de magia, mis amigas se hacen a un lado y de pronto estamos solos de nuevo. Trago con fuerza, me pone nerviosa su proximidad.

—Oye, Abril... —Se acerca mucho más a mí, casi me roza—. ¿Qué pasó el otro día? En el parque de bomberos...

Me pongo más que tensa. Empiezo a sudar de nuevo y una sensación desagradable invade mi estómago y me sacude por dentro. Mucho me temo que esta es la pregunta que iba a hacerme antes de que Carmen nos interrumpiese. Seguro que era esta. A ver, hasta cierto punto es normal, salir y encontrarme como me encontró y no preguntar nada... Yo, sin duda, le habría hecho un tercer grado a sus amigos. Observo a las mías, están charlando con Aitor y bebiendo como si yo no estuviese aquí. O me ignoran a propósito...

—Me puse nerviosa, estoy pasando por una época de mucho estrés y, si criar a una niña es jodido, imagínate educar a veinticinco. —Me centro. Espero que haya colado.

Asier alza una ceja, escéptico.

—Ya... —No, no parece muy convencido. Soy una mentirosa de segunda—. Supongo que cada profesión tiene su complicación. Ser bombero tampoco es fácil.

A mí me lo vas a contar.

—No, imagino que no. —Fingir que no sabes nada del tema tampoco lo es.

Necesito desviar la atención de mí, no me gusta ser el centro de ningún tema y mucho menos cuando Marcos forma parte de él. No Marcos, su ausencia y las consecuencias que provoca en mí.

Como si Asier notase mi incomodidad, interviene.

—Bueno, ¿jugamos o qué? —Mira la diana y me observa esperando mi reacción.

Me he repetido en varias ocasiones que no volvería a jugar con él, que tampoco me acercaría ni me moriría por besarlo y..., en fin, aquí estamos, marcando reglas para romperlas todas.

—Hecho.

La sonrisa baila en sus ojos.

—¿Qué apostamos?

Dejo a medio camino la cerveza que me iba a beber.

—¿Perdona? El fin de un juego es la diversión, no apostar. —Y ganar, para mí ese es un fin muy importante. Hacerlo papilla.

—Claro, claro, y dime, Abril, ¿te crees tus propias mentiras o es solo una especie de impás para pensar en la siguiente excusa? Lo digo porque sé, sabemos —matiza—, que los dos estamos locos por apostar y por ganar. Quiero una cita —resuelve.

Los cojones una cita.

—Ni de coña. No salgo con chicos como tú.

—¿Guapos a rabiarse?

—Descarados y que se quieren mucho a sí mismos.

—Pues, si me quiero tanto a mí mismo, imagínate lo que podría querer a otra persona. A ti, por ejemplo.

Un temblor muy distinto al anterior me sacude las entrañas. ¿Querer? Eso son palabras mayores.

—El teléfono, si ganas, te daré mi teléfono.

Sonríe con suficiencia y, siendo honesta, tengo la ligera sensación de que me tiene justo donde quiere.

—Hecho.

Respiro con fuerza. No me jodas...

—¿Ha sido una treta? ¿Una especie de desafío de esos? En plan, apuesto a lo grande para ganar algo pequeño... Algo que querías obtener desde el principio.

Alza los hombros, despreocupado, lo que me indica que sí, que es justo eso lo que ha sucedido.

—En el juego y en el amor, todo vale. —Me guiña un ojo, y me palpita la entrepierna. Diría que el refrán no es ese, pero me vale.

Se aleja para preparar todo, y entonces Carmen y Chlœe se acercan a mí con un brillo malicioso danzando en sus rostros.

—Dime que no te gusta ni un poco —me desafía Carmen.

—Carmen... —refunfuño.

—Hablares luego del tema —apunta Chlœe—. Espero que tengas más vino dulce en casa. El del otro día estaba delicioso.

Piden un par de cervezas más y se colocan cerca de la diana.

—Las reglas son sencillas —me expone Asier cuando me acerco.

—No hace falta que me las expliques porque las conozco al dedillo.

Sonríe con suficiencia y me dan ganas de estamparle el puño en la cara.

—Esta no es una partida normal y corriente, es «la partida». Hay premio, ¿acaso lo has olvidado?

—No me hables de querer olvidar...

—No. A mí desde luego no quieres olvidarme y lo sabes, Conejita.

Pongo los ojos en blanco.

—Sigue. —Imbécil mojabragas.

—Si gano yo, me darás tu teléfono y, si ganas tú, podrás pedir lo que quieras. Incluso que te arranque las bragas con la boca —susurra.

La imagen de la boca de Asier cerca de mi entrepierna se materializa al instante. Lo visualizo a la perfección. Su boca jugosa besando mis piernas, ascendiendo, tomándose su tiempo, erizando mi vello a su paso. Mordiendo mi carne, que arde...

—Emmm, estoy aquí. Al norte. —Alzo la cabeza—. Un poco más al norte —me indica cuando me detengo en sus labios.

Joder.

—Vale. —No me pidáis que haga un comentario más decente en este momento porque mis neuronas están todas de vacaciones en Isla Asier.

—Estoy deseando saber qué vas a pedir, lástima que no se vaya a cumplir porque ganaré yo.

—Tú sueñas.

—Contigo cada día.

Me encamino en dirección a las chicas y me tambaleo. En serio. ¿No debería ser más sencillo? Se supone que ese «inconveniente» de nada que puede con todo debería ser motivo suficiente para que me repela y tengo la sensación de que no es de esa forma, de que, cuanto más intento alejarme, más cerca de mí lo siento. Más cerca de mí lo quiero.

Empiezo a pensar que soy la chica de las contradicciones.

Aceptarlo también es el primer paso.

—Bien. Si me gana, tendré que darle el teléfono —les narro a las chicas.

—Menos mal que siempre ganas. —Esa es Carmen, que apuesta por mí, pase lo que pase.

Le sonrío con cariño.

—¿Qué vas a pedir si ganas tú? —indaga Chlóa.

Un calor asciende por mi pecho, surca el valle entre mis pechos, me sube por el cuello y me quema la cara.

¿Besos? ¿Sexo desenfrenado en el baño? ¿Que me arranque las bragas con la boca? ¿Que haga todo eso a la vez? O no a la vez, pero sí en la misma hora o noche, me gustaría disfrutar del momento.

—Que me deje en paz —matizo.

Chlóa se carcajea, y Carmen se tapa la boca evitando hacerlo ella también. ¿Están borrachas ya?

—Vaya, Abril se ha vuelto una mentirosilla —me provoca Chlóa. Carmen solo asiente dándole la razón.

—Vale. No quiero que me deje en paz, es más, lo que quiero es que me haga cosas. Cosas sucias y feas.

—Ya lo sabemos. No hay más que verte. Que verte cuando estás cerca de él. Es como si te lo comieses con los ojos sin querer.

—Hombre, claro, Carmen, porque lo que quiere no es comérselo con los ojos precisamente.

—Así no me ayudáis. Me estáis poniendo nerviosa.

—Yo solo te digo, como buena amiga tuya que soy —apunta Chlóa—, que a nadie le amarga un dulce, cariño, ¿me sigues?

—Entonces...

—Hablares después de todo esto —corto a Carmen antes de que me lance una frase lapidaria y me deje en *shock*—. Ahora solo pienso pisotearlo y acabar con él —declaro llena de convicción.

La convicción de la que os hablo se va a tomar viento fresco en cuanto me acerco a él.

Las chicas tienen razón, puedo autoconvencerme de que no me gusta todas las veces que quiera, sin embargo, sí que lo hace.

Sujeto los dardos con fuerza. Rojos, por supuesto, y me coloco en posición.

—Lo echaremos a cara o cruz. Aitor será la mano inocente, no me fío de Chlói.

Mi amiga pone morritos y une las manos formando un corazón, que parte en dos.

—Tú no tienes de eso —la provoco.

Me enseña la lengua y me insulta, vamos, lo normal si de Chlói se trata.

—¡Suerte! —me grita Carmen—. Estaremos contigo.

Ya, claro.

CAPÍTULO 18

La charla

—He perdido —gimoteo—. Por primera vez en mi vida, he perdido.

Mis amigas me ignoran porque están cantando, y desafinando, *En el muelle de San Blas* o eso es lo que creo que suena, porque lo hacen tan rematadamente mal que a saber si están cantando las sardinas como el otro día los niños en el autobús escolar.

—¿Y? Piénsalo bien, Asier tiene tu teléfono, gracias a eso también podéis hacer *sexting*.

Carmen pone los ojos como platos. Le ha sonado guarro, fijo.

—Lo estaba haciendo con Aitor. —La señalo a conciencia, no pienso disculparla ni mucho menos.

—¿De veras haces esas cosas? ¿Y si reenvía las fotos? ¿Es que no tienes en cuenta las consecuencias?

—Carmen, cariño, el truco está en la posición en la que te saques dicha foto. Nunca, jamás, puede verse tu cara.

Carmen parece rumiar el consejo y asiente.

—Tiene lógica.

—Por supuesto. Y es divertido. Mirad.

Saca el teléfono y comienza a mostrarnos fotos de su culo y de lo que no es el culo.

—Quiero vomitar —apunto.

—Calla, que has perdido. Las perdedoras son las últimas en opinar.

—Auchhh. Me has roto el corazón.

—Mejor yo que otro —insiste Chlóa—. Además, mira, mis bragas no tenían conejitos.

—Porque escondían uno —me burlo.

Chlóa me empuja, y caigo al césped. Al menos había césped y no piedras como en el mío.

—Y bien, la botella —me pide.

Abro la mochila, que por suerte no se golpeó, y saco dos botellas de vino dulce que le he robado a mi abuelo. Me perdonará cuando le explique que he perdido contra el bombero.

—Mañana no hay clase, podemos beber y cantar.

—Es una mala influencia —me indica Carmen mientras señala a Chlóa.

Nuestra amiga utiliza la botella para cantar, y Carmen se acerca a mí.

—Llevo un rato esperando un segundo para poder hablar contigo. He recibido otra nota y es mucho más bonita que la primera.

Chlóa, de pronto, se calla y nos mira. Guardamos silencio de forma súbita. Sí, en cuestiones de disimulo también damos verdadera pena.

—¿Estáis cuchicheando a mis espaldas? ¿Es eso? —Nos observa, pero no del todo.

—Está muy pedo —susurro.

—Estuvo bebiendo con Aitor, eso cuando no se metían mano.

Chlóa sigue en silencio mirándonos. De pronto, sigue cantando como si estuviese sola.

—Se quedará en coma en cuestión de diez minutos —apunto.

—Quiero saber cómo es posible que pase de dar una charla a cerrar los ojos y dormir la mona.

—Mejor no saberlo. Mejor no saber nada de lo que ella hace o dice porque... Porque corremos el riesgo de transformarnos. De mutar, como los virus —indico.

—Joder, qué mal ha sonado.

—Creo que yo también estoy un poco borracha. Carmen, Chlóa —las llamo, total, lo mismo mañana ni se acuerdan de lo que he soltado—. Asier me gusta. —Ya está, ya lo he confesado. Listo. Mañana podré negarlo y achacarlo al pedo que tenemos.

Al menos no se lo he soltado a él. Ese sería el colmo de los colmos.

Aguardo sus reacciones. A Chlóa parece que no le interesa, le da un sorbo a la bebida y sigue cantando, esta vez solo tararea, como si se hubiese olvidado de la letra.

Carmen, por el contrario, me pone su mano encima del brazo y asiente.

—Ya lo habíamos comentado, en otro estado, uno más racional y eso. Lo sabemos y también sabemos que es normal que luches contra ello. Lo que pasa es que hay cosas que, por más las evites, van a terminar sucediendo.

—Solo me gusta, no me he enamorado. Puedo... No sé, puedo probar el menú y largarme sin pagar, ¿me explico?

—O puedes tirártelo y tarará que te vi.

Ruedo los ojos, Chlóa ha sido más directa. Yo he utilizado una comparación mucho más retórica. Expuesto esto, sigue como si nunca hubiese pronunciado palabra alguna.

—Hagas lo que hagas... —comienza a decir Carmen.

—Ponte bragas —la interrumpe la cantante.

—Te apoyaremos —acaba Carmen poniendo los ojos en blanco.

Se tumba a nuestro lado, posa la botella sobre su barriga y mira al cielo.

Carmen también se tumba, y yo hago lo mismo. El césped de la casa de Carmen está frío, aun así, me resulta agradable, al menos, después de la calentura que me ha hecho coger ese chico.

No os voy a contar nada que no sepáis. Ganó, me miró con suficiencia, me tendió la mano, y yo, como un monito de feria, obedecí. Le dejé mi teléfono porque estaba tan obnubilada que me habría cambiado de nombre. También estaba mosqueada porque me distrajo. No hizo nada en especial, solo estar de cuerpo presente, que no es poco, en serio, no lo es.

Chispas. Eso es lo que siento cuando estamos cerca. Las putas chispas saltan por todos lados y me queman. Como el fuego. Me quema. Él lo hace sin apenas tocarme, no quiero ni imaginar cómo será si pone sus dedos sobre mi piel y sus labios sobre los míos.

Marcó su número, sonó y me lo devolvió. Todo eso sin pronunciar palabra alguna. Y a pesar de ello, sin hablar nada, leía lo que pensaba y me daba miedo, porque sabía que a partir de ese momento nada volvería a ser igual. Estaba tentándome. Lo consiguió, y yo cedí.

Le estaba dando algo más que mi número, le estaba dando vía libre para que hiciese conmigo lo que quisiera. Y puede que haya sido así desde que lo conocí.

—No puedo pillarme por un bombero, chicas. No puedo hacerlo.

—¿Quién lo dice? ¿Quién dicta las reglas? —expone Carmen.

Ladeo la cabeza y me la encuentro ahí, mirándome.

—No lo sé. Supongo que son mis propias reglas.

Me giro y enfoco a Chlóa. Tiene la boca abierta y los ojos cerrados. Está sopa. Carmen se da cuenta y alza una ceja.

—No pienso llevarla a casa, ahí se queda.

No me lo creo, y ella tampoco.

—Mira. —Nos sentamos de nuevo, y Carmen saca un papel del bolsillo aprovechando el momento.

Observa de nuevo a nuestra amiga, «la roncadora», y me tiende el papel.

Me siento fatal por no poder confesarle lo que sé, sin embargo, Chlóa tiene razón. Si esperamos a que Carmen dé un paso por sí misma, no lo hará. No es que sea sumisa o insegura, es que no va en su personalidad, no es decidida para depende de qué temas, y con Emilio todo eso se multiplica por mil.

Llevo años queriendo contarte lo que siento, años mirándote a escondidas, esperando el momento, uno que nunca llega porque..., porque te siento inalcanzable. Solo espero que, cuando descubras quién soy, no te decepciones.

Miro de nuevo a la chica que duerme a pierna suelta en este jardín, joder, a ver si debajo de toda esa capa de «todo me importa un cojón de pato» va a resultar que hay alguien con sentimientos y con emociones.

Nunca he pensado eso, es decir, es tan intensa, es tan ella misma, tan Chlóa, que ni siquiera me he parado a pensar en cómo será su futuro romántico. El chico del que se enamore o el que se enamore de ella, porque habrá que hacerle un pedestal al pobrecito mío por aguantarla.

—¿Crees que será Emilio? —No, Carmen, es una tía y tiene tetas.

—¿Quién sabe? —Opto por mentir una vez más—. ¿Qué harás cuando lo descubras?

—¿Y si resulta que no es él?

—¿Y si resulta que sí lo es?

O que es tu amiga, que ha estado urdiendo este plan porque considera que el destino o vosotros mismos no hacéis lo suficiente por acercaros.

—No tengo muy claro que le guste a Emilio. Me mira, sí, solo que de una forma que no logro descifrar. —Carmen parece asustada. Me da pena, no me gusta verla de esa guisa—. Llevo tantos años enamorada de él que ya no sé hacer otra cosa, si no es él, si resulta que le confieso lo que siento y me rechaza..., me hundiré.

—Entiendo lo que dices, Carmen, pero tampoco puedes vivir pensando en lo que será o dejará de ser, ¿no crees? ¿Planeas estar toda la vida así? Esto es una especie de limbo extraño. Te gusta y, a su vez, eres incapaz de dar un paso por miedo al rechazo. Al final, lo pospones y vives sin saber, sin vivir. No sé... Si resulta que Emilio no siente nada por ti, si tu amor no es correspondido...

—Me hundiré en lo más profundo del abismo —matiza.

—No, Carmen, nadie muere de amor. Mi hermano murió, perdí a una de las personas más importantes de mi vida, es más, un trozo de mi alma partió con él, y me sumí en esa tristeza de la que hablas. Mis padres lo hicieron porque no hay nada más horrible que ver morir a un hijo. —Poso mis manos sobre las de ella y sus ojos brillan bajo la luz de la luna—. Y seguimos adelante, sigue doliendo, lo que pasa es que aprendes a convivir con ese dolor. A ti te pasará igual. No puedo decirte que no te va a doler, porque te mentiría si hiciese eso, lo que sí puedo contarte es

que saldremos adelante como siempre hemos hecho. Juntas.

Suspira, interiorizando mis palabras. Desvía sus ojos un momento y solo habla.

—No creo que esté preparada para preguntarle si es él.

—Nadie te pide que lo hagas. Nadie te pide que fuerces una situación que no nace de ti.

—¿Crees que Chlóa me odiará mucho cuando se entere de que no le he contado lo de las cartas?

La observo de nuevo con atención. Que luego afirme que respira fuerte, son ronquidos, como los de un cerdo.

—No, no se va a enfadar. Chlóa nunca se enfada y, si lo hace, se le pasa rápido.

Carmen me mira, mira a nuestra amiga y se lanza a mis brazos. Caigo de espaldas.

—¿Qué sería de mí sin vosotras?

—Lo mismo digo —farfulto—. Ahora, Carmen, cariño..., me estás asfixiando.

—Ay, perdona...

Le robo la botella a Chlóa y bebo. Al final le voy a coger el gustillo a esto del vino dulce.

—Ahoguem a las putas mariposas —mascullo.

Y eso es lo que hacemos hasta que casi sale el sol.

CAPÍTULO 19

Mensaje va, mensaje viene

El sonido del teléfono me despierta. Tengo la almohada sobre la cabeza y, a pesar de ello, la luz entra a raudales por la ventana y me molesta.

—Mierda.

Un enorme pinchazo en las sienes me pone de muy mal humor. Así, para empezar el día.

Cierro los ojos de nuevo y aprieto mucho más la almohada contra mi pobre cabeza. ¿Quién es el guapo que dice que el vino dulce no da resaca? O tal vez sea la combinación de vino dulce, cerveza y confesiones en el jardín de los padres de Carmen. Y Asier, joder, él debe de ser la mayor resaca que exista en este mundo.

No debería recordar nada de lo que anoche dije. En verdad, no debería recordar nada de Asier, sería mucho más fácil y menos bochornoso.

¿Alguna vez lo habéis pensado? Contar con la habilidad de levantarnos, pulsar un botón y no recordar nada de lo sucedido, sobre todo si ha sido tan vergonzoso como mi confesión de anoche, que, aunque ha sido con mis amigas y eso cuenta como..., no sé, cuenta como si lo hablase conmigo misma, no deja de parecerme una tremenda cagada el asunto.

—¡Deja de sonar de una jodida vez! —grito. Como si me fuese a hacer caso...

Sujeto el teléfono y abro los ojos despacio. Tengo varias llamadas perdidas y un sinfín de mensajes. Ni siquiera reviso los destinatarios de los mismos.

Me incorporo desubicada. A ver si resulta que ha pasado algo y yo, con mi tremenda sobada, estoy fuera de lugar.

Bajo las escaleras, horrorizada, y me encuentro a mi familia almorzando tan panchos.

—Vaya, mi nieta ha abierto los ojos. ¿Estaba bueno el vino dulce de anoche?

Fulmino a mi abuelo con la mirada. Mi madre se ríe, y mi padre abre los ojos. No, no le gusta nada que beba, aunque seguro que prefiere eso a que salga con un bombero. O que me lo tire, que me lo tire, ¿quién ha dicho nada de salir? Ejem...

—¿Ha pasado algo? —pregunto retomando el tema.

—No, ¿por qué? —responde mi padre.

—Tengo un montón de llamadas perdidas y varios mensajes, pensaba..., no sé, que tal vez hubiese sucedido algo y no me hubiese enterado. —El fin del mundo, por lo menos.

—Por el coma del que hablo —insiste mi abuelo, dirigiéndose a ellos y obviándome a conciencia.

—No eres mi persona favorita en este momento —farfullo. Se la pela, lo sé.

Mi madre me tiende un plato y lo rechazo. Si me como en este momento ese trozo de tortilla, moriré en el váter y no exagero.

—Puede que sea porque tu persona favorita es el bombero. —Mi abuelo alza las cejas en repetidas ocasiones y el ambiente se enrarece por momentos.

Mi madre desvía la mirada y trocea la tortilla con delicadeza. Vamos, que se quita el muerto

de encima, y no la culpo porque yo actuaría igual.

Mi abuelo sigue observándome solo que intercala sus miradas con mi padre, y él..., cuando lo miro tiene los brazos cruzados y el ceño fruncido de una forma que acojona, pero de verdad de la buena.

—¿Algo que contarme? —Pues, mira, resulta que el bombero me pone cerda, me vio las bragas en la excusión que no te conté y de la que te enteraste, y ahora tiene mi teléfono... Anda, lo mismo el de las llamaditas o mensajes es él.

Corro ignorando a mi padre y negaré haberlo hecho por saber si el destinatario de todo eso es Asier. Porque no, no me interesa en absoluto, aunque..., aunque me cae bien, sí, tan bien como me pone.

Sujeto el teléfono entre los dedos y se me cae sobre el colchón cuando veo su primer mensaje.



ASIER:

Conejita, te echo de menos.

Emmm, ¿echar de menos es la forma bonita de decir que quiere *follisquear* conmigo en un baño? ¿Qué me ha dado a mí con los baños?

ASIER:

*No sé si te estás haciendo la interesante,
ahora bien, si es de esa forma, lo estás
consiguiendo. 😏*

ASIER:

*Soy un hombre de recursos, y eres
la profesora de mi hija. No me hagas
sacar la artillería pesada. 😡*

ASIER:

*Con artillería pesada no estoy
haciendo mención alguna a mi miembro...
No obstante, tal vez prefieras
descubrirlo por ti misma. 🤔*

ASIER:

*Chloe es de lo más graciosa. Me ha explicado
que anoche, presa de una borrachera sucia
por vino dulce, les contaste que te gusto.
Puede que quieras decírmelo a la cara. 🤔*

ASIER:

por cierto. tú también me gustas. 😊

Como diría mi abuelo... «¡Me cago en la leche cabrona!».

—Mierda, mierda, mierda.

Grito tanto que mi madre abre la puerta y viene seguido de mi abuelo. Deja el bastón en la entrada, y escondo mi teléfono tras la espalda. Como si eso fuese a resolver algo o a hacer que se me olvide todo. Necesito que vendan un borrador de memoria...

—¿Qué pasa?

—Necesito el arsénico.

Mi abuelo sonríe.

—No pensaba que fueses tú la que se quisiese cargar a tu padre, por eso del apego y esas cosas que se dicen, pero, vamos, estaré encantado de facilitártelo. Hija, necesito que salgas, mi nieta favorita y yo tenemos un plan que trazar.

¿Qué?

—No pienso cargarme a mi padre.

—¿Entonces? No puedes hacerle coger ilusiones a un pobre anciano y luego rompérselas en pedazos, eso está penado por ley.

—Me voy a cargar a Chlóa.

—El teléfono —me pide mi madre.

—Ni de coña. Ya no tengo dieciséis años —protesto.

Sigue con la mano tendida, y yo..., pues claudico porque, joder, es mi madre y me siento de nuevo una adolescente. Y porque tampoco es que me importe que lo lea.

Mi abuelo toma asiento en una silla de mimbre blanco, que, por cierto, me flipa al máximo, y aguarda expectante.

Mi madre, cómo no, haciendo alarde de su saber estar y su decoro, lo lee en voz alta. ¿Habéis percibido mi ironía? Sí, pues eso.

—Uhhh, no hará falta arsénico, esto es mucho mejor. Y el calvo sufrirá más.

Mi madre lo mira enfurecida. Al menos a él, espero que conmigo se calme.

—Cariño... Aquí hay tomate.

—Con tomate, tu madre quiere decir que hay salseo, ¿lo pillas, nieta?

—Y lo de Conejita... Tiraré esas bragas a la basura.

—Ni de coña —protesto—, las amo. Y amo los conejitos.

—Por lo que veo, o leo —especifica—, no ha pasado nada... —Ruedo los ojos.

—No nos hemos acostado. —Eso sí, me muero de ganas, ¿qué voy a hacer? ¿Mentir? Lo que es del César, al César.

—Bien.

—¿Bien?

—Quiero decir, que hemos llegado en buen momento para aconsejarte que uses protección...

—Mamá... Tengo treinta años. —He follado en el asiento trasero del coche de papá y no os habéis enterado o eso espero—. Ya sé lo que hay que hacer y lo que no.

—Claro, Conchi, que tu hija no es virgen. Le ha dado mambo y mambo le va a dar con el bombero, que te lo digo yo, que de estas cosas entiendo.

—¿De sexo? —pregunta mi madre asustada.

—Hombre, a ver si te crees que tú naciste porque unos extraterrestres te trajeron, no te jode. Tu madre y yo... nos poníamos a tono con el vino dulce. —Mi abuelo me mira, sonrío, le faltan dientes, me acojono y me sonrojo.

—No quiero imaginarme depende de qué escenas —masculla mi madre alzando las manos frente a mi abuelo y parándole los pies, porque sí, Lázaro es de esos que, si cogen carrerilla, terminan dándote detalles que no son necesarios, salvo que quieras acabar traumada, y no es el caso.

—Insisto, necesito el arsénico. —Me voy a cargar a mi amiga y se armará una gorda, eso sí, valdrá la pena.

—No me seas dramática. Chlóa lo ha hecho para darte un empujoncito. Le gustas, ¿no lo has leído? —insiste mi madre.

«Me gustas mucho, Abril».

—Ese empujoncito que lo use solo con Carmen. —Vaya, ya lo he soltado—. Es que Chlóa me la lía mucho y a Carmen también. —Les explico lo que está haciendo, y mi abuelo aplaude emocionado.

—Carmencita necesita a Chlóa, porque se nos queda para vestir santos y es una chica muy buena y muy guapa. Tiene unas caderas impresionantes para tener churumbeles.

Ay, por favor.

—Papá —intercede mi madre. Él, por supuesto, se calla, al menos de momento—. No es que me guste del todo el plan de Chlóa, porque yo soy mucho más de enfrentar las cosas de forma directa, pero sí veo la buena intención con la que lo hace y también entiendo el fin de que le haya contado a Asier lo que hablasteis anoche.

—No me jodas —niego—. Se supone que son conversaciones privadas, a ver si voy ahora yo y le cuento a Aitor que Chlóa está loca por él.

—Como venganza lo veo cojonudo.

—Abuelo...

—Tienes derecho a enfadarte —prosigue mi madre—. Eso sí, es mucho más sencillo que hables con ella y le pidas explicaciones. Mientras, nosotros prepararemos una cena e invitaremos a Asier.

—¿Qué? Ni de coña. No saquemos las cosas de contexto. —Si ni siquiera hemos tenido contacto carnal. Vamos, lo que me faltaba, un tercer grado sin haberle visto el cimbrel.

—Si te quieres deshacer de él, tu padre hará el trabajo sucio. Fácil y sencillo —indica mi abuelo.

—Tampoco quiero eso. Mamá, nada de cenas.

—Haré lo que quiera, para eso soy tu madre. —Sonríe—. Llevo queriendo decir eso unos años. —Me devuelve el teléfono y sé que se muere por conocerlo. Sé lo que espera de todo esto

y no, no sé si me gusta del todo.

Joder con mi familia, es la más atípica que existe. O no, porque Lourdes y su recibimiento en bragas es... Eso supera todo con creces.

—Lo que tú digas.

Primero tendrán que dar con él y aceptar. Dudo que Asier esté dispuesto a ello.

CAPÍTULO 20

Dispuesto a todo

ASIER

—No esperes que te conteste, porque es una chica dura de pelar.

Aparto la vista de la pantalla del teléfono cuando Chlœe termina de pronunciar su frase.

Me he dedicado a enviarle mensajes como un acosador. Perdonadme, no puedo evitarlo. Me. Gusta. Mucho.

—¿Qué le pasó el otro día? En el parque de bomberos, le pregunté directamente, y me puso una excusa de mierda.

—¿Qué es lo que pasó el otro día? —repite Alicia antes de llevarse un bollo recién horneado a la boca.

Desvío la vista y observo cómo Iris salta, salta y salta sin parar en una cama elástica. No deja de carcajearse, me encanta verla así, disfrutando de lo lindo.

—Estaba al borde del colapso. Se puso pálida, temblaba... ¿Chlœe? —Se nota que no está cómoda con este interrogatorio porque hace como si la cosa no fuese con ella.

—No sé de qué me hablas. —Y esto lo confirma.

—Para ser su amiga, apenas la conoces —la provoco. Empiezo a entender a Chlœe y sé que es de esas que, con poco, ya van.

—A ver, majo, no voy a contar nada de determinados asuntos, puede que te haya explicado, a riesgo de que me asesine porque Abril es bastante intensa de la vida y no amenaza en vano —me explica y un escalofrío la sacude como si de pronto se acordase de alguna cosa escabrosa—, puede que te haya confesado que le gustas y todo eso, eso sí, no pienso largar nada más. Sigo sin asimilar que Alicia esté presente en esta conversación —apostilla.

La susodicha alza los hombros y sigue masticando como si le importase un pimiento.

—Asier es un amigo. Nos acostamos, como puedes intuir. —Y señala a Iris, producto de eso que ella misma relata—. Pero de ahí a que sea una ex desechada..., pues no, no soy de esas, además... —Se acerca, bollo en mano, y nos susurra—: Me gusta alguien.

Abro los ojos porque no me había dicho nada y hemos cenado juntos estos días.

—Me ofende que no me hayas contado tu secreto antes que a ellos. —Señalo a Aitor y a Chlœe. Aitor aguarda en silencio.

—De eso hablaremos luego. El caso es que me da bastante igual con quién rehaga su vida Asier, lo que me importa es que sea feliz y que haga feliz a mi hija.

Joder, se me eriza el vello de la nuca solo con escucharla.

Tengo amigos, ¿vale? Fuera del pueblo y eso, quiero decir. Y tengo amigos que se han divorciado, que las han pasado putas en esas separaciones y que han actuado de forma bastante mala solo por fastidiar a sus ex, sin embargo, el tema que tengo con Alicia, la relación tan estrecha que tenemos, el buen rollo, el poder hablar, contarnos nuestros problemas, compartir a Iris, ir juntos los tres al cine o cenar en casa... Eso no se compara con nada.

Sé que a veces es una utopía y que sabes con quién te casas, pero no de quién te divorcias, ya me entendéis, el caso es que, cuando hay pequeños de por medio, lo que nosotros pensemos o deseemos debería quedar relegado a un segundo plano porque ya no estamos solos, ya no es nuestro egoísmo el que marca un patrón, hay personas más importantes, que dependen de nosotros, que nos tienen como ejemplo... Hay muchos factores a tener en cuenta y tendríamos que actuar en consecuencia. Se supone que somos adultos y que deberíamos comportarnos como tal.

—Y a mí me da igual lo que quieras saber porque yo no soy quién para contarte cosas de su vida.

Tiene razón.

—Es esquivia. Abril lo es —sentencio.

—Y eso lo pone más interesante, ¿verdad? —Me sonrío condescendiente y asiento.

—No soy de los que se retiran con facilidad. Nunca jamás lo he sido.

—Listo, entonces.

—A riesgo de cagarla y tal —interviene Aitor—, ¿no crees que es mucho más sencillo que hagas las cosas bien? Es decir, pídele una cita.

—¿Qué? —Chlóe casi grita.

—Estoy de acuerdo con el chico cachas —apunta Alicia.

Aitor sonrío porque se refiere a él.

—Abril pasa de citas, de veras, ella es más..., más de vivir el día a día.

—¿No tiene citas?

—Mmm, bueno, supongo, con nosotras. —Se carcajea.

—Puede que sea el primero. Me gusta, corrompiendo el alma de Abril pidiéndole una cita. Uhhh, qué arriesgado.

—No ironices, que mi amiga a veces acojona. Si mañana no voy a trabajar es porque me ha dejado tirada en alguna cuneta de camino a la playa. O a la montaña.

—Hablando de la reina de Roma... —Señala Alicia en dirección a la ventana, desde donde podemos contemplar cómo se dirige hacia nosotros. Su cara no muestra diversión precisamente.

Mi hija, que parece ajena a todo, se da cuenta de que su profe se acerca porque se baja de la cama elástica y se lanza corriendo a su encuentro. Descalza y todo.

Alicia sonrío, y Chlóe..., Chlóe se levanta y se larga pitando en dirección al baño.

—No me habéis visto —grita por el camino—. Yo no he estado aquí. Me he mudado. He cambiado de continente.

Aitor la observa marcharse y sonrío como un idiota.

—A ver si al final el que se va a enamorar hasta las trancas eres tú —apunto.

—¿La veis? Es lo más atípico que he conocido en mi vida y, a pesar de ello, me tiene embobado.

Asentimos porque el amor es así; impredecible. Crees que puedes enamorarte de un prototipo de tía, una versión tuya, pero en chico o algo así, y resulta que esa mierda que has planeado queda desfasada cuando una sonrisa, puta sonrisa; unas piernas, putas piernas; unos ojos, putos ojos... te trastocan todo el mundo sin darte cuenta de ello. Impredecible, sí, y trepidante, ilógico e irracional. Como mi corazón cuando ella se acerca. Cuando la veo.

Me incorporo de un salto esperando a que me salude o que me diga algo, lo que sea, tal vez que tire de mi camiseta y me lleve hasta ese baño y me coma a besos. Que haga conmigo lo que le plazca.

Pasa de largo como si nuestra mesa no existiese y se cuelga en el baño, tras Chlóe.

—Esto va a ser lo más divertido que vea en días —masculla Alicia, que se limita a comer y comer.

Tomo asiento de nuevo y aguardamos. Chlóe es la primera en salir y corre que se las pela.

—¿Tendrá un cuchillo guardado en el bolso? —inquieta Aitor, que se marcha tras Chlóe cuando abandona el bar.

—En fin, la compañía es grata, no obstante, tengo que marcharme. He quedado con el abuelo de Abril para salir a pasear.

—¿Qué me he perdido? —intento averiguar.

—Nada, somos vecinos, nos vemos... y esas cosas.

—¿Qué hay de ese nuevo amorío? —indago.

—Ya nos pondremos al día, por lo pronto, os dejo a solas por si queréis hablar o meteros mano o lo que surja —apunta Alicia con descaro—. Vamos, Iris, tenemos cosas que hacer.

Mi hija me da un beso y se marcha con su madre sin rechistar.

Me acerco al lavabo y aguardo fuera, apoyado en la pared. Los minutos pasan y me temo que haya escapado por la ventana con tal de no enfrentarse a mí.

La puerta se abre y sale sin siquiera mirarme. Camina con paso firme y acelerado.

—¿Qué coño?

Me incorporo y, antes de que abandone el pequeño pasillo recubierto de madera que separa los servicios de la cafetería en sí, tiro de su mano.

Da un pequeño grito y abre los ojos como platos cuando me reconoce.

—Hola, Conejita.

Su mero contacto me enciende. Las chispas, otra vez las putas chispas. Incendiando todo. Ella, es ella, es como fuego. Me enciende.

—Me has asustado.

—¿Sabes? Cuando creía que no podías sorprenderme más... ¿Erizos?

No sabe a lo que me refiero, duda, baja la vista y de pronto cae en la cuenta.

—No puede ser —susurra.

—Llevas las bragas trabadas en la falda, Conejita. Te mueres porque las vea, ¿verdad? ¿Es eso, Conejita? Porque yo me muero por quitártelas.

—Primero conejitos y ahora erizos, ¿qué será lo siguiente? ¿Unicornios?

—No intentes distraerme. Solo piensa en lo que has confesado y no me digas que es el hambre.

—No sé de qué me hablas —se defiende el cerebro.

—No seas tan testarudo, estamos a lo que estamos y es ella. Ella y lo que despierta en nosotros.

—No despierta nada, es exasperante. Y horterera. Por favor, erizos...

—Y, justo por eso, te tiene tan descolocado, ¿a que sí? —pregunta el corazón.

No necesita respuesta porque sabe que a su compañero le cuesta reconocer determinadas cosas. Siempre tan recto, tan racional, tan estirado... ¿Acaso no se da cuenta de que, por más que luche, ha caído ya rendido a sus encantos?

—Puede.

—Con eso me basta. Fíjate, querido compañero, es perfecta. Es diferente, es divertida, locuaz y...

—Y es extremadamente ingeniosa.

—¡Ajá!

—Vale, puede que me guste un poquito —concede don cerebro.

—Por algo se empieza, amigo, por algo se empieza .

CAPÍTULO 21

Siempre puede ir a peor

Me deshago de su agarre porque me quema la piel. La piel que toca, la que no toca, la que suspira por ser tocada.

Asier tiene un efecto en mí devastador, es como ese cometa que deja su estela aun cuando ha pasado hace minutos. El hormigueo en mi cuerpo da fe de ello.

—Empiezo a pensar que me acosas.

—Y yo empiezo a pensar que me evitas.

—Ni confirmo ni desmiento. —No pienso mostrarle todas mis cartas.

Mi madre tiene razón, por mucho que me fastidie admitirlo, tengo que empezar a salir de casa con bragas menos cómodas y más bonitas porque, visto lo visto, el destino se empeña en mostrárselas.

—No me has respondido a los mensajes.

Comienzo a caminar en dirección a la salida, ignorándolo aposta, con toda la entereza que puedo revelar cuando mi cuerpo no coordina bien con él cerca.

—Te di mi número, pero jamás te confirmé que fuese a seguirte el juego —apunto con fingida inocencia, es más, acompaño mi frase con una sonrisa de lo más victoriosa.

«Apúntate un tanto, Abril, porque lo has bordado, chica. Con erizos y todo».

«Me gustas mucho, Abril».

Me frena de nuevo, su agarre es suave y firme, extraña combinación. Seguimos en el mismo corto espacio. Hace cada vez más calor o tal vez soy yo, no lo sé.

—Vaya, veo que seguimos con esa actitud. La de mentirte a ti misma e intentar engañarme a mí.

Se acerca, retrocedo por pura inercia y choco contra la pared. Ni siquiera ese contacto me refresca. Asier apoya su brazo sobre mi cabeza y me observa desde arriba.

—¿Sabes? Me fastidia eso, que pienses que todo gira a tu alrededor porque no es así, Asier.

Me observa y veo el fuego refulgiendo en sus ojos.

—No, no te confundas. Nada gira en torno a mí. Todo gira en torno a ti, Abril.

Sus palabras me perturban, me descolocan, no me las esperaba para nada.

—¿Quién es el mentiroso en este momento? —pregunto desafiante.

Retrocede unos pasos y me observa desde la distancia. Estoy enfadada, molesta y disgustada. Me jode mucho que Chlóe, esa rata come queso que acaba de huir sin dejarme siquiera hablar, le haya contado la verdad, y yo... Cada día me supone un problema mayor evitar esto que siento. ¿Y si de verdad dejo de escabullirme? ¿Y si me enfrento a lo que siento sin más?

—Puedo ser mil cosas, Abril, pero un mentiroso, desde luego, no.

Asiento porque tiene razón, hasta donde yo sé, no me ha mentido nunca. No ha ocultado quién es.

—Vale, lo siento —me disculpo—. Tienes razón. —Retrocede un poco más, como si no se

esperase mi respuesta y estuviese asimilando mis palabras—. Te invito a un café y solucionado —concedo.

Estoy bajando la guardia, lo sé, sin embargo..., lo necesito. Estoy cansada de luchar contra todo, contra todos, incluida yo misma.

Que hable con él, tomemos café y compartamos una charla no quiere decir que vaya a ir a más, ¿verdad? Pues eso.

Vale, vale, quizá soy un poco ingenua...

Tira de mi mano y nos lleva a la mesa que ocupaba antes. Sí, los vi cuando entré, lo que pasa es que estaba tan concentrada en otras cosas más importantes, como cometer asesinatos justificados, que apenas reparé en ellos.

Lo de Chlóa mejor lo dejo para después.

Guardamos silencio hasta que el camarero se acerca y pedimos. Aprovecho para tomar algo, ahora que el hambre hace acto de presencia y no tengo miedo a vomitar todo lo que ingiera.

—Anoche estaba borracha. —Como disculpa es una pasada.

—Ya me han puesto al día de ello. —Sonríe, y os prometo que me tiembla hasta la raya del pelo.

—Ya me he enterado de lo que ha pasado. Tengo como quince llamadas perdidas de Chlóa y varios mensajes en los que me explica que te lo ha contado todo.

—¿Y? ¿Cómo te hace sentir eso?

—¿Aparte de las ganas de cargármela que tengo? Pues confundida. —Decido sincerarme, total, de perdidos al río—. Supongo que no es nada nuevo para ti eso de que seas guapetón. —Fatal, lo hago fatal. Pretende tomar la palabra, sin embargo, no se lo permito—. Lo que quiero decir es que eres guapo y gustas, incluso a mí.

¿A que lo estoy bordando?

—Incluso a ti —repito como un autómatas. Cabeceo afirmando.

—Lo que quiero decir —repito una vez más, dándole énfasis a mis palabras— es que lo que Chlóa te ha contado no es tan descabellado. Sin embargo, no quiero que te hagas ilusiones porque no salgo con chicos como tú.

—Eso ya me lo has dicho —confirma.

—Exacto, te lo repito porque parece que no te ha quedado claro.

—Me ha quedado claro. No obstante, y perdona que peque de entrometido o racional o tal vez ambas cosas, no me has explicado los motivos y, sin motivos, no podré entenderlo todo.

Vaya, me ha salido listillo el chico.

—No me gustan los bomberos. —Sincera, absolutamente sincera.

—Pues siento ser yo el que te recuerde que soy bombero y te gusto. Algo falla —ironiza con ese descaro que tanto le caracteriza y que tan cerda me pone. ¿He dicho cerda? Quería decir tensa, tensa, sí.

Maldito, no puede no gustarme si actúa de esa forma, de verdad, ¿por qué tiene que ser tan condenadamente sexi?

Suspiro con fuerza y cierro los ojos. Lo largo.

—Mi padre era bombero. Está retirado. —Es una verdad a medias, ¿no? Omisión de información no es mentir. Aunque se rumorea por ahí que es la excusa de mierda que ponen los mentirosos para justificar su actitud... En fin, que ya debatiremos sobre eso en otro momento si se da lugar.

—¿Por eso temblabas el otro día? ¿Por eso te lanzaste y parecía que lo hubieses hecho cientos de veces? —rumia.

Por eso y porque mi hermano murió en un incendio y, desde entonces, me falta una parte de mí, una parte que jamás podrá ser reemplazada por nada ni por nadie. Porque no quiero volver a perder a alguien de esa forma y no quiero vivir con esa angustia. Me niego a ello.

—Exacto. Es una larga historia de la que no me apetece hablar, porque tengo resaca aún y porque sigo enfadada con Chlôe. Podemos dejarlo correr, hacer como si nada de esto hubiese pasado, ser amigos, jugar a los dardos y dejar las apuestas. —Bajo la vista, me tomo el café y aguardo a que acepte mis condiciones.

—O bien podemos desafiar al destino, conocernos mejor y dejar que las cosas sigan su curso, sea cual sea.

Me atraganto. Casi escupo. Menos mal que no.

—Sea cual sea.

—Eso he dicho —repite.

Nuestras miradas conectan y me autoengaño porque pienso que tiene razón, que puede ser como cualquier otro tío con el que he salido, en el que no hay mayor trascendencia ni implicaciones, que toda esta electricidad que me recorre es fruto de la atracción, del deseo, de la tensión sexual no resuelta y que una vez todo eso esté solucionado, ya me entendéis, todo irá a menos, el fuego se apagará y no quedará más que rescoldos, ceniza y listo.

Sí, en ocasiones mentirme se me da de lujo.

—¿Tienes algo que hacer hoy? —pregunto. Él niega sorprendido sin entender hacia dónde nos lleva esta conversación—. Bien.

Me incorporo y me marcho, dejándolo plantado, solo y supongo que bastante descolocado.

Me subo al coche de mi abuelo y, una vez estoy tras el volante, le escribo.

ABRIL:

Te recojo en media hora.

No tarda nada en contestar.

ASIER:

*No sabes donde vivo y...
¿te has ido sin pagar la cuenta?* 🤔

ABRIL:

*Este es un pueblo pequeño. Todos
sabemos todo. Nunca lo olvides.
Y no sé de qué cuenta me hablas.* 😊

Me imagino su cara y me parto de risa.

ASIER:

Vale. ¿Qué tengo que hacer?

ABRIL:

*Coge bañador, salvo que no
te importe que te vea desnudo. 🙄*

ASIER:

No me importa que me veas desnudo
y, ciertamente, tampoco me importa
verte desnuda. 😏

ABRIL:

Vamos, Boombero, no seas
tan descarado. 😏

ASIER:

*Vamos. Abril, no lo niegues.
me has imaginado desnudo.
aunque seguro que no tantas
veces como yo a ti. 😈*

Pensaba llevarlo a la playa. Ya no lo tengo tan claro. Poca ropa, mucho calor... Asier... Una sucesión de malas decisiones o buenas, muy buenas.

ABRIL:

Media hora.

Él no responde, y me desconecto.

Voy a casa y comienzo a preparar todo.

Sí, no me voy a mentir y tampoco os voy a mentir a vosotras. Me apetece. Me apetece y mucho.

«Me gustas mucho, Abril».

CAPÍTULO 22

Desnudándonos

No me preguntéis el motivo que me ha llevado a recoger a Asier en su casa, subirlo al coche de mi abuelo y recorrer veinte kilómetros hasta llegar a mi lugar favorito.

A mi playa, mi cala, mi arena blanca y mis «a tomar viento fresco las preocupaciones», hasta ese inconveniente, aquí, parece dejar de serlo.

—Así que... me has secuestrado y piensas dejarme tirado en una cuneta a la vuelta, ¿es ese tu maquiavélico plan?

—Eso es cosa de mi amiga, ¿verdad?

—Tal vez. —Asier me sonrío de soslayo.

Con esas gafas de sol, esa camiseta sin mangas y esos pantalones cortos está para rechuparse los dedos.

—Mis padres nos traían aquí cuando éramos pequeños. Parecíamos la típica familia que sale en los programas de la tele, cargados con toallas, con una nevera portátil, tortillas, bebidas, flotadores, sombreros, sombrillas... Parecía una acampada más que un día de playa —le cuento. Ni siquiera sé por qué lo hago. Me gusta pensar que no le molesta que le hable de mi familia, para mí es muy importante, nos enfademos o no, lo es.

—¿Siempre has vivido en el pueblo? ¿Aquí?

—Siempre. He tenido momentos en los que he estado fuera. Cuando estudiaba o cuando esperaba encontrar un puesto fijo, mientras opositaba. Volvía cada vez que podía. El pueblo es un estilo de vida. Para algunos supone un sacrificio, ya sabes, estar lejos de todo, pero para mí... —Niego—. ¿Qué más necesitas aparte de lo que ves?

Frente a nosotros se abre una cala enorme y, a su vez, pequeña. Está completamente vacía y me lleva de vuelta al pasado.

Marcos y yo haciendo castillos de arena, enterrándonos, recorriendo la costa en busca de un tesoro secreto, sin darnos cuenta de que el tesoro era tenernos. Debería haber aprendido eso antes, el tesoro de la vida son los instantes que la conforman, el valor que le dan las personas, las conversaciones y los momentos.

—Yo siempre he vivido en la ciudad. Nací allí, mis hermanos siguen allí. Cuando Alicia me contó que quería mudarse, que lo necesitaba, me puse un tanto nervioso.

—Bueno, hasta cierto punto es entendible.

Seguimos descendiendo y la arena se desliza por nuestras chanclas, enterrando nuestros pies. Joder, cómo quema.

—Iris es lo más importante que tengo en la vida —murmura—, no podía alejarme de ella y tampoco pensaba truncar los planes de Alicia, así que... aquí me tienes, expectante, esperando cuál será el siguiente salto en mi vida, lo que me depara, la siguiente sorpresa. Todo tiene que ver con la forma en la que te tomes las cosas, puedes enfrentarte a un nuevo cambio con entereza, positividad y valentía o aguardar a que todo salga mal. Está aquí. —Toca mi sien con

ligeros golpes, suaves y, a su vez, los percibo dentro de mí.

Tengo que admitir que esta faceta de Asier me descoloca porque sí, porque hasta el momento hemos sido como dos gatos y dos ratones, jugando al juego de pillarnos o escaparnos, de tentarnos, de repelernos, a un juego que desconozco, sin embargo, estamos conectando de otra forma, conociéndonos como se pueden conocer dos amigos, a pesar de que esa chispa que os he mencionado sigue ahí, latente, advirtiéndome que no puedo bajar la guardia o caeré rendida. Rendida ante él.

—¿Puedo...? Es decir. —Ni siquiera sé cómo plantearlo...

—Puedes preguntar lo que quieras, Abril. —Me observa, sé que lo hace, aunque las gafas de sol me impiden ver sus ojos, el reflejo de los míos en ellos—. Eso hacen los amigos, ¿verdad?

La comisura de sus labios se alza en una media sonrisa arrogante. Amigos, ya, claro que sí. A mis amigos no quiero hacerles cochinas varias como quiero hacerle a él. En fin...

Guardamos silencio mientras tendemos nuestras toallas. Me pongo nerviosa porque va a quedarse con poca ropa, porque voy a verlo con poca ropa y porque él va a poder contemplarme a mí casi sin nada. Ahora bien, a ver, digamos que se ha dado alguna situación en la que he llevado ciertas prendas que... Bueno, pues eso, que dudo que se vaya a sorprender o a asustar o a lo que sea que pueda reaccionar.

Dejamos nuestras cosas a un lado y nos sentamos al borde de la toalla, enterrando nuestros pies en ella, disfrutando del olor a mar, del calor de la arena, del momento.

—¿Por qué os separasteis? —Lanzo la pregunta como el que tira una pelota de baloncesto con la intención de encestar.

Asier suspira con fuerza.

—Técnicamente, no nos separamos porque nunca estuvimos del todo juntos. —Giro la cabeza con rapidez. ¿Qué me he perdido?—. Iris fue fruto de una noche. Nada más que eso. Alicia es una buena chica, pero el amor no surgió. Lo intentamos, por Iris, porque queríamos darle un hogar lleno de amor, de felicidad. No funcionó. Nos dimos cuenta más pronto que tarde de que, en realidad, todo eso que fingíamos ser iba a jugar en nuestra contra porque no era real. Había un cariño especial, nos convertimos en amigos, en confidentes, nunca en amantes ni en una pareja que se demuestra amor y devoción. Que se mira y se anhela, que se desea. —Sus ojos de nuevo se clavaban en los míos y mataría por ver ese tono gris que tanto me fascina, por saber lo que piensa a través de ellos, por intentar bucear en su mirada como si lo hiciese con ese mar que se abre ante nosotros—. Decidimos ser amigos, eso es lo que seguimos siendo y funciona bien. Iris es feliz, allá donde ellas vayan, iré yo.

—Y yo que pensaba que todos los matrimonios que hacen aguas acaban tirándose de los pelos —bromeo.

Asier se levanta, se coloca frente a mí, sujeta la camisa por la parte baja y comienza a desprenderse de ella. Conforme la prenda deja su piel al aire, mi cuerpo se queda sin respiración. Mi boca se seca. Solo mi boca, que conste.

Me cago en la puta.

—Los hay. Sin embargo, ni estábamos casados ni había motivo para que eso sucediese porque tuvimos claro siempre que no había sentimientos, por lo tanto, tampoco hay despecho. Y porque supimos que lo que nos unía era Iris y que, para ambos, era lo más importante. —Me tiende la mano y la sujeto sin dudar. Se me eriza el vello y la electricidad recorre mi columna vertebral.

»Mucha ropa —me indica despreocupado.

Me sonrojo, aunque espero que no se percate de ello. Siempre podré achacárselo al calor y al

sol. Nada de a su pecho fornido y musculado, a la escasez de vello y a las malditas ganas que tengo de verlo en bañador.

—Es una buena forma de verlo. En realidad, me parece una forma cojonuda. —Me sonrío y me deshago.

Sujeto mi vestido veraniego y me lo quito con cautela. Está frente a mí, como ese niño que se sitúa en el puesto de helados y no sabe con cuál empezar, si pedirlos todos o saborear uno a uno.

Y mucho me temo que soy su helado favorito y quiere degustarme a mí.

—¿Y tú? ¿Qué hay de ti? ¿Cuántos chicos tienes haciendo cola? Esperando su turno.

Me sale algo entre un suspiro y una risilla ridícula.

Niego.

—Ninguno. No hay matrimonios funestos ni hijos ni divorcios multimillonarios, tampoco hay chicos a los que les haya roto el corazón, al menos que yo sepa.

—Al menos que tú sepas.

Se agacha y coge el bote de protector solar. Me pide que me gire y me quedo frente al mar, con Asier a mi espalda. Revoloteando, como las mariposas que me sacuden el estómago. Igual.

—Bueno, supongo que he dedicado gran parte de mi vida a labrar una carrera profesional, conseguir mi puesto de trabajo, a mis niños.

—¡Anda ya! No me vengas con esas. —Se carcajea—. No puede ser. No irás a contarme uno de esos rollos en plan... «No estoy hecha para el amor, soy un alma libre...».

—No, joder, no. —Me giro y le doy un golpe en el pecho con el puño. Mierda, está más duro que Chlío y eso ya es decir—. Supongo que no ha llegado la persona indicada. Es un pueblo, nos tenemos todos muy vistos —recalco.

Y no había nadie del pueblo que me gustase a ese nivel, hasta ahora, a pesar de que lo niegue o de que mi padre me matase si se entera de lo que estoy pensando en este momento. Sí, puede que sea el calor, el sol, la arena, el olor de Asier, sus manos en mi espalda tomándose su tiempo para ponerme crema, mucho tiempo, demasiado o muy poco, según se mire.

Intento romper el hechizo porque..., porque, joder, esto es mucho para mí. Empieza a ser demasiado y a tambalearse todo.

Corro hacia el agua dejándolo descolocado por un instante. Se recupera de inmediato, tira el bote sobre la arena y va a mi encuentro.

No dudo, me meto en el agua y me zambullo por completo. Cuando salgo, noto su presencia bajo el agua y sus manos en mis piernas.

Me lanza hacia atrás y no pongo impedimento. Siempre me ha gustado el mar, todo esto forma parte de lo que soy.

—Al menos hoy no te has puesto conejitos, tampoco erizos —bromea.

Lo salpico con el agua y en este momento sí que veo sus ojos. No hay hielo, hay fuego. Puro fuego y..., Dios, no os hacéis una jodida idea de lo que me gustaría quemarme.

El ambiente cambia por completo, dejo de escuchar el rumor del mar cuando Asier da un paso hacia mí. El sol ya no me quema la piel, lo hacen sus manos cuando se posan en mis mejillas. La brisa deja de mecer cualquier punto del mundo cuando sus labios se acercan y mi corazón se salta un latido cuando me besa.

Puto Asier.

Cómo me besa.

Cómo me quema.

CAPÍTULO 23

No ha sido una cita

No nos hemos arriesgado a ir al bar esta noche, ha sido cosa mía porque... Joder, rememorar esa tarde, ese beso, esas caricias... es demasiado para mí.

Me encuentro sentada por fuera, en eso que llamamos jardín, esperando a que Carmen llegue para acudir a casa de Chlóa. Ni siquiera sé si está en casa o no, porque ha decidido dejar de contestarme a los mensajes y devolverme las llamadas.

Es la conciencia, que no la deja vivir.

—¿Qué haces aquí fuera? El vino está dentro —me pregunta mi abuelo con su tono más inocente.

Me incorporo y le cedo su trono. Tomo asiento en la silla que hay al lado, la que suele ocupar mi padre cuando viene aquí fuera.

—Estoy esperando a que llegue Carmen. Chlóa me la ha liado muy gorda —le explico.

—¿Qué ha hecho esta vez? Esa chica no sale de una y ya se ha metido en otra. —No puedo llevarle la contraria a mi abuelo porque tiene más razón que un santo.

—Es por lo del mensaje.

—Ah, lo del bombero. Lo de que te gusta y todo eso.

Me llevo las manos a la cara, abochornada.

—Me gusta. Y se lo ha contado todo.

—¿Y? ¿Qué más da, Abril? Si es cierto, no debería avergonzarte. No hay nada malo en que te guste. A tu padre no le sentará bien, ya sabes los motivos y todo eso, pero ¿y qué? ¿De quién es la vida? ¿Suya o tuya?

—Abuelo...

—¿Qué me vas a soltar ahora? ¿Qué excusa? —Me mira con esos ojos, que parecen traspasarme, y sé que tiene razón en todo lo que me dice. Aun así, me cuesta ceder tan fácilmente.

—No es ninguna excusa, es solo que... no quiero sufrir. No quiero, de verdad que no —me sincero.

—O puede que sea una fase y que luego todo se acabe, como el juguete nuevo —me indica.

Muevo la cabeza hacia ambos lados, tal vez sea así.

—Nos hemos besado —le cuento—. Nos hemos besado esta tarde en la playa y ha sido... maravilloso.

—¿El beso? Uhhh —bromea—. En mi época un beso era como llegar a la tercera base, ahora un beso es como cogerse de la mano —ironiza. Le sienta bien el sarcasmo, solo que me jode por el camino.

—No, no solo el beso, es la tarde en sí. Hemos compartido unas horas increíbles, hemos hablado de muchas cosas, nos hemos conocido...

—¿Y te ha metido algo más que la lengua?

—Joder, abuelo...

—¿Qué? Como si te sorprendiese lo que te pregunto. Que ya tengo una edad y sé cómo funcionan estas cosas.

—Ya, pues no, no ha pasado nada. —Y no porque no tuviésemos ganas, porque sí, notaba su erección en mi abdomen. Vaya que si la notaba.

Carmen se acerca por el camino de piedras, lo bueno de ese jardín tan poco bonito es que percibes que se acerca alguien.

—Hola, Carmen, ¿qué tal va todo? —cuestiona mi abuelo con cortesía.

—Lázaro, estupendamente, ¿y por aquí?

—Mi nieta me contaba que se ha morreado con el bombero, ¿qué te parece a ti?

Joder, si es que nadie sabe guardar un secreto.

—Gracias por contárselo, ha sido un alivio porque no pensaba hacerlo yo —ironizo.

—De nada, para eso estamos —responde él como si le diese igual todo. En realidad, creo que le importa un pimiento cualquier cosa que no sea Amazon Prime, sus series y sus películas.

—¿De verdad? —pregunta Carmen.

—Sí. —Me quedo cortada porque está mi abuelo delante y por mucha confianza que tengamos me da cosa contarle todo así. Que, joder, es mi abuelo—. ¿Nos vamos?

Mi amiga parece pillar la indirecta porque asiente.

—Hasta luego, Lázaro —se despide ella.

—Buenas noches, abuelo.

—Hasta más ver, mis chicas. Dadle saludos a Chlóa.

Caminamos las dos al mismo paso y nos adentramos en la calle. La casa de Chlóa está cerca, por lo que en unos minutos estaremos allí.

—¿Sabes algo de las cartas?

Carmen niega.

—No he recibido ninguna nueva. No sé qué pensar al respecto. Sigo devanándome los sesos por saber quién es. Si hasta he pensado en hablar con Emilio y preguntarle. He estado espíandole, como una ladrona de poca monta. No he visto nada sospechoso.

—No es mala idea esa.

—He pasado por fuera de su casa, simulando que estoy dando un paseo.

—¿Y por qué?

—Porque, si es él, tendrá que escribir las cartas en algún sitio, ¿no crees?

—¿Y en el instituto?

—Eso dejaría muchas pistas. No es tan tonto.

—Carmen, a ver, maja, es imposible que lo veas escribir las cartas desde la calle. ¿Ahora tienes infrarrojos en los ojos o qué?

—No, pero yo qué sé... Mejor eso que nada. Voy a esperar un poco más. Seguiré investigando antes de preguntarle, no quiero meter la pata, tampoco hacerme ilusiones, por eso que te dije. Porque me hundiré si no es él.

—Si no lo es, tampoco pasa nada. —Lo bueno de que lo hable con Emilio es que le confesaré lo que siente y ahí ya no podrá huir más del asunto.

Solo espero que Chlóa lo resuelva de alguna manera y que no nos la líe más gorda porque este no es un tema con el que se pueda jugar así como así, estamos hablando de sentimientos.

Tocamos el timbre en casa de nuestra amiga y aguardamos a que nos abran.

Lourdes, vestida —a Dios doy gracias—, nos recibe y, cuando nos ve, le grita a su hija para contarle que hemos llegado.

—Voy a salir con vuestras madres —nos explica—. Algo de cine y copa propusieron. Fermín hace los mejores cócteles del pueblo.

—Ah, muy bien. —¿Qué puedo decir ante eso?

—Pasadlo bien. —Carmen al menos es más protocolaria que yo.

—Está arriba, en la habitación, lleva toda la tarde encerrada. No quiero saber lo que estará haciendo porque siempre es algo malo.

Nos reímos porque sabemos que tiene razón. Chlóa siempre ha sido la traviesa de las tres, la que se metía en todos los problemas habidos y por haber y la más divertida también.

—Si está haciendo *sexting* de ese, me largo —farfullo—. Aunque tengo la intención de matarla y largarme también.

—¿Qué ha pasado? —inquiére.

La puerta de Chlóa se abre y cierra de golpe cuando me ve.

—¡No hay nadie! —grita desde dentro—. Este es el servicio de aviso personalizado, Chlóa ha salido y no sabemos cuándo volverá.

Pongo los ojos en blanco y abro la puerta como si me fuese la vida en ello.

—¡Tú! —La señalo con el dedo índice. Espero intimidarla muy mucho—. La has cagado. La has cagado a tope de *power* y te voy a dar una paliza por ello.

Me lanzo con esa intención hasta que me acuerdo de lo fuerte que está mi amiga y entonces retrocedo. No tengo nada que hacer contra ella, mecachis.

A lo más que llego es a empujarla, que es bastante, ojo.

—Te llamé para contártelo —se disculpa.

—¿Hola? Estoy aquí y nadie me ha dicho nada de este tema, ¿me lo podéis explicar? —interviene Carmen.

Coloco mis manos en la cintura y aguardo a que Chlóa se digne a soltar lo que ha hecho.

—Esta mañana le he contado a Asier lo que confesó Abril anoche.

Carmen me mira perpleja. Sé lo que le ronda por la cabeza. ¿Hasta qué punto estaba Chlóa escuchando?

—¿Qué?

—Ya sabes. —Chlóa toma asiento en su cama—. Que Abril está loquita por sus huesos.

No lo saben ellas bien.

—Sí y he tenido que verlo hoy, ¿sabes lo bochornoso que ha sido?

—Te llamé para advertírtelo, pero estabas sopa, ¿qué culpa tengo yo de eso?

—No me jodas, a ver si ahora te vas a hacer la víctima, porque no, eres el verdugo, que te quede claro.

—Vale, vale... Es que, joder, no sé. Hacéis una pareja tan mona, se os ve tan bien cuando estáis juntos que pensé: ¿y por qué no darles un empujoncito? —Justo lo que soltó mi madre esta mañana.

Al final, mi madre tiene razón y sé que no lo hace con mala intención, tampoco lo de Carmen y Emilio, solo que ella no debe estar metiéndose en los asuntos ajenos ni tomando decisiones por los demás, por muy buena fe que ponga o con muy buen fin que lo haga.

—Chlóa. —Tomo asiento a su lado, y Carmen se tira en el suelo, como cuando éramos pequeñas y hablábamos en esta habitación o nos intercambiábamos revistas, es como si hubiésemos retrocedido diez o quince años—. Primero, pensaba que estabas borracha y durmiendo, cosa que, por lo que veo, no era así. —Comparo una fugaz mirada con Carmen que lo dice todo—. Y, segundo, no puedo forzar las cosas, por más que quieras ayudar, a veces no ayudas.

—Entonces..., ¿qué ha pasado esta mañana cuando me fui y os dejé solos?
Suspiro, miro al techo y sé que tengo que soltarlo.
—Pasó que nos besamos.

CAPÍTULO 24

¡Ajá!

—E spera, espera, espera... —Sí, contaba con este tipo de reacciones, vaya—. ¿No me jodas?

—Ha sido el puto mejor beso que me han dado en mi vida, en serio.

—A ver, que yo me entere bien —interviene Chlóa, está en *shock* fijo—. ¿Has esperado todo este tiempo para contarlo?

—Básicamente.

—Me cago en toda tu estirpe —gruñe.

—Esclarecedor —apunta Carmen, que se carcajea por la reacción de Chlóa.

—Vaya, esa boca, Chlóa —la provoco. Como si no hubiese dicho cosas peores, nah, qué va...

—Boca la que te han comido a ti hoy, maja —insiste Chlóa en su dinámica de siempre.

Lo de contarle a Chlóa que se lo confesé a mi abuelo antes que a ella y que él se lo confesó a Carmen casi que mejor me lo guardo para mí.

Le explico lo que ha sucedido, es decir, no entro en detalles del beso ni nada de eso, solo nuestra conversación, la tarde que pasamos, los juegos en la playa, la conexión y las chispas. Las putas chispas.

—Joder, nena, de veras. *Muérome*.

—Ha surgido, sin más. Es... —Saco el teléfono y les muestro los mensajes que me envió.

—Chivato —apunta Chlóa cuando lee su nombre—. Y tiernecillo —musita cuando lee los últimos mensajes, esos en los que confiesa que le gusto y mucho.

Carmen los vuelve a leer y me observa sonriente.

—Te gusta y lo sabes.

—Me gusta y lo sabemos —matizo como si hiciese falta esa aclaración.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntan ambas a la vez.

—Nada. No pienso hacer nada... ¿Qué voy a hacer al respecto? Es bombero. —Esa aclaración también es innecesaria.

—¿Y qué? Ni que fuese la parca —insiste Carmen.

—Se supone que tú eres la más cuerda de todas, la que debería darme razones para que me aleje y salga huyendo de ahí. De lo que quiera que sea eso —insisto.

—Te las puedo dar si quieres.

—Quiero.

Chlóa permanece expectante.

—Razón número uno: está muy bueno.

—Vaya...

—Razón número dos: le gustas —me corta sin dejarme acabar mi frase—. Razón número tres: a ti también te gusta. Razón número cuatro: te gusta pasar tiempo con él, aunque insistas en

que no es así. —Asiento porque es verdad, es más, estoy aquí con ellas y he pensado que tal vez podríamos haber ido al bar, a pesar de que me muriese de vergüenza porque me viese después de habernos besado como dos adolescentes que experimentaban juntos por primera vez.

Y es que es eso también, cada persona es distinta y cada beso también lo es, por lo tanto, es como si con Asier experimentase mi primer beso porque de algún modo así ha sido.

—Razón número cinco: a tomar por el culo todas esas mierdas que tienes en la cabeza —intercede Chlóa rematando la jugada.

—Yo no lo hubiese dicho de esa forma, sin embargo, sí, en resumidas cuentas es una buena razón y de mucho peso.

Suspiro de forma exagerada.

—Mi padre me matará si se entera. Y se va a enterar porque mi madre quiere invitarlo a cenar.

—Yo quiero ir a esa cena, no me la perdería por nada del mundo.

—Tú te callas, que aún no te he perdonado por ser una chismosa del tres al cuarto.

Chlóa se deja caer en la cama y mira el techo.

—Yo también tengo un problema serio. Muy serio. —Me tiro en la cama yo también y siento el peso de Carmen en el colchón a mi lado. Cuando las tres estamos mirando el techo como si en él estuviesen las soluciones a todos nuestros quebraderos de cabeza, Chlóa habla—: Creo que Aitor espera algo más de mí. Algo más que sexo —especifica.

Rodamos la cabeza, Carmen me verá la nuca, y yo observo el perfil del rostro de Chlóa, está hablando en serio. No hay ni un solo rastro de broma en su gesto.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Fácil. Me propuso esta mañana una cita.

—Ohhh, una cita, la tortura del siglo XXI, es eso o la guillotina —ironizo.

—La ironía se te da como el culo. —Se sienta, sujeta el cojín entre sus dedos y se apoya en el cabecero de la cama. Carmen y yo también nos incorporamos y la observamos con fijeza.

—Lo siento —me disculpo.

—Me propuso salir esta noche, ya sabes, cena, cine...

—¿Sexo? —pregunta Carmen como quien no quiere la cosa.

—El sexo está guay, mola. Y Aitor es bueno en esos temas. —Alza las cejas dándonos a entender que es mucho más que bueno, sí—. Sin embargo, yo no quiero nada más que eso que tenemos, así que... le he dicho que no puedo, que ya me he cansado de él y que se busque a otra. Me toca encontrar a otro tío con el que darle al tema —nos cuenta.

Os garantizo que, si se me pudiesen salir los ojos de las cuencas, lo haría, de veras.

—A ver, que yo lo entienda, porque seguro que soy cortita de mente y tal.

—O es que más que un beso te chupó el cerebro.

Le doy un puñetazo a Chlóa por su desafortunado comentario y me llevo la mano al pecho porque me ha dolido tanto como si hubiese golpeado la madera de nogal de su cabecero.

—¿Has mandado a paseo a Aitor porque quería una cita? —inquiero.

—Ya ves, aquí cada una tiene lo suyo. Y lo bien que se nos da juzgarnos las unas a las otras —matiza Carmen. Joder, puta lección que nos está dando en este momento—. Os metéis conmigo porque no le cuento nada a Emilio, pero, claro, vosotras podéis hacerlo mejor, ¿no? Tú —dice y me señala— alzas una barrera con un tío que te gusta porque es bombero, ¡bombero! —grita como si no la hubiese escuchado. Ciertamente, suena fatal, la verdad, si lo lees así, pues parezco una niñata de mierda—. Y tú —añade y ahora carga contra Chlóa— has mandado a paseo a un tío que te gusta y que te pone porque quiere una cita. —Ambas asentimos, ¿qué más

podemos hacer si no?

»Pues sí, muy bien todo. Somos lo más de lo más. Tal vez estaríamos mejor en un museo, el museo de las gilipollas, o en un programa de extraterrestres porque somos patéticas.

—No se me dan bien las relaciones.

—Y yo no quiero sufrir.

—Ya, y yo no quiero hundirme si me rechazan, pero bien que me decís que no pasa nada por intentarlo, ¿a que sí?

Asentimos.

—Pues no tengo nada más que argumentar —suelta.

Carmen se incorpora y se marcha, dejándonos a solas con nuestras mierdas.

—Joder con Carmen, qué lista es la muy cabrona.

—Y que lección nos está dando —anoto—. Te va a matar cuando se entere de que eres tú la de las notas.

—Confío en que eso no suceda nunca.

—Cree que es Emilio o reza porque sea él.

—Pagaría por saber qué piensa el director cuando las lee —bromea Chlóa—. Oye, ¿y si vamos a su casa y, no sé, le pedimos azúcar e investigamos?

—Ni de coña. —Alzo las manos, me incorporo y comienzo a caminar hacia la salida—. No cuentas conmigo, chavala. Ya me has metido en suficientes líos por ahora.

—Gallina... o debería llamarte conejita. —Sonríe páfida y me dan ganas de acabar con ella. Lástima que esté tan fuerte.

La ignoro.

—Mi abuelo te manda saludos.

—Debería empezar a salir con él, es más divertido que tú —me suelta.

—Siempre podemos pedirle que se una a la chupipandi —bromeo sujetando el pomo de la puerta entre los dedos.

—O bien podemos pedirle a Asier que lo haga. —Alza las cejas, y le lanzo lo primero que pillo, un par de bragas que tenía colgadas de la esquina de la estantería.

—Qué asco.

Escucho las carcajadas de mi amiga mientras salgo de su casa. Lo que ella no sabe es que yo también me voy riendo.

No hay nada mejor que tenerlas, en serio, nada mejor.

CAPÍTULO 25

Alicia en el País de las Maravillas

ASIER

Una cita. Así que eso es lo que sucede cuando tienes una cita.

Pensaba que besar a Abril haría que las ganas de ella disminuyesen, que ese anhelo constante, esas ganas apremiantes, se esfumasen, sin embargo, ha ocurrido lo contrario, ahora la necesito con más intensidad y con más ganas. Es como si hubiese probado un trozo de tarta y solo pensase en comérmela entera.

Ha sido el puto mejor beso que me han dado nunca. El. Puto. Mejor. Beso. ¿Os queda claro?

Joder, es como si esas cosas que se cuentan en las películas románticas existiesen de verdad. Cuando posé mis dedos sobre sus mejillas, y me acerqué a sus labios, prometo que todo a nuestro alrededor dejó de existir.

Me moría por seguir, por tocarla, por desnudarla, por follármela en esa cala que era nuestra, porque hicimos de ese lugar nuestro espacio, le dimos vida y nos dio color.

Me comporté como se esperaba, como creí que debía hacerlo porque con Abril quiero hacerlo bien, pasos pequeños, pero firmes. Me dijo que no saldría con chicos como yo, que no lo hacía por mi profesión y sigo sin entender bien los motivos de ello, aun así, sé que llegará el momento en el que le encuentre lógica y será ella la que me lo explique. Le daré su tiempo y su espacio porque lo necesita.

A pesar de que me muera de ganas de tocar en la puerta de al lado, colarme y llegar a su habitación y rematar la faena, sigo los pasos hasta la vivienda contigua.

—Pensaba que no vendrías esta noche —murmura Alicia cuando me abre la puerta.

Echo un último vistazo a la casa de al lado y la imagino dentro, tal vez cenando con su familia, con ese abuelo al que Alicia parece haberle cogido cariño.

—No está, ha salido —me cuenta—. Ha venido Carmen, y se han marchado.

¿Estarán en el bar?

—¡Papiiiii! —Mi hija se tira a mis brazos desde que me ve, y yo la cojo y la lanzo al aire como sé que le gusta—. ¿Me contarás un cuento? Porfa, papi, un cuento.

—Por supuesto, ¿para qué crees que he venido si no?

—¡Bien!

—Y porque quiero que me lo expliques todo —le suelto a Alicia mientras me abro paso en su casa y camino en dirección a la habitación de Iris a contarle el cuento tal y como le he prometido.

—Iré preparando el vino.

Iris se duerme sin haber acabado de leerle la primera página de *Diario de un unicornio*. A pesar de ello, termino el capítulo y dejo el libro sobre su mesa de noche. Me acerco, la beso, la arropo e inspiro su olor. Sigue oliendo a inocencia y me pregunto cuánto tiempo será así.

Tiene cinco años y han pasado tan tan rápido que tengo la sensación de que no los he disfrutado lo suficiente.

Bajo las escaleras y escucho el sonido del televisor. Alicia está en la cocina, recogiendo.

—¿Necesitas ayuda con eso? —pregunto.

Ella niega y sigue con la faena.

—¿Sabes? Algunas veces pienso que es una mierda que no nos hayamos enamorado. Eres un buen partido. —Me sonrío.

—Lo nuestro fue bonito mientras duró —bromeo.

—No duró nada. Ya sabes, no podía durar porque no había nada de nada. Ninguna base. No como te pasa con Abril. ¿Crees que no me he dado cuenta? Te gusta de verdad.

—Me gusta de verdad —confirmo—. Y quiero ir despacio con ella, que me conozca, conocerla. Le hice caso a Aitor.

—¿Le pediste una cita? —inquiérase asombrada.

—Ojalá. Fue mucho más surrealista. Me dejó tirado en el bar, me envió un mensaje, me avisó de que me recogería en mi casa sin siquiera haberle dado la dirección y me llevó a una playa desierta. Técnicamente, la cita me la pidió ella.

—La historia mejora por momentos. Si fuese una novela, la compraría.

—Siempre te han gustado los libros románticos.

—Porque todos soñamos con nuestro final feliz, incluso tú, Asier. Vas de chulo, de no me importa nada una mierda y, al final, eres un trozo de pan.

—Esto mejor que no salga de aquí.

Alicia me empuja y luego coloca frente a mí una copa de vino blanco.

—¿Sabes? Me alegro mucho por ti. Porque has sacrificado muchas cosas por venirte con nosotras. Sé que dejaste atrás tu vida, tu apartamento, tu ciudad, tu parque de bomberos, ese en el que trabajaste durante mucho tiempo por estar aquí con Iris.

—Y contigo, Alicia. Somos amigos. Eres la madre de mi hija y también eres mi amiga, eso que no se te olvide.

—Créeme, no lo hago. Y de verdad. —Posa su mano sobre la mía, pero sé que no hay nada romántico en ello, solo hay cariño, el de dos personas que un día intentaron que hubiese algo más, el de dos padres que quieren a su hija y buscan lo mejor para ella, el de dos personas que quieren seguir en la vida del otro y, a su vez, verlos encontrar la felicidad y compartirla—. Me encantaría que las cosas con Abril saliesen bien. Si sientes algo por ella, no lo dejes pasar.

—Hoy... —Bajo la vista, sujeto la copa y no lo hago por crear expectación, es que recordar sus labios, su lengua, cómo se estremecía ante mi contacto, cómo me devolvía el beso con ansia viva, me seca la boca—. Nos besamos, hoy nos besamos —le cuento.

Alicia sonrío condescendiente y se lleva la copa a los labios.

—No vamos a tener suficiente con una botella. Tal vez Lázaro me preste una si se me acaba. Esta me la ha dado él esta tarde.

—El abuelo de Abril.

—Iris lo adora, de veras, le ha pedido un pato. Y, joder, como se lo compre me dará algo.

Me carcajeo al imaginarme la escena.

—Iris siempre consigue lo que quiere.

—Lo estamos haciendo bien —apunta Alicia. Asiento—. ¿Y bien? Entonces, ha habido beso. ¡Aleluya! ¡Aleluya! —canturrea—. Por lo que tengo entendido, cuando estáis juntos, todo explota a vuestro alrededor.

—Chlóa, ¿verdad?

—Esa chica no se calla nada —me suelta Alicia bromeando—. Es intensa.

Sonrío al recordar la forma en la que me narraba cómo Abril confesó la noche anterior que

le gusto y, joder, estaba conteniéndome por no correr y acercarme, envolverla entre mis brazos y confesarle que es recíproco, que me gusta desde que la vi en aquel bar, con esas ganas de comerse el mundo, deseando que algún día, tal vez, con suerte, su mundo fuese yo y me devorase a mí.

—No pensaba que todo esto me fuese a gustar tanto. No te hablo de Abril —matizo—, te hablo de este cambio de aires, del pueblo, de todo en general. Es como si aquí se viviese a otro ritmo —confieso.

Ella asiente.

—La gente que no lo vive no lo entiende. Me daba miedo que no te adaptases y que..., no sé, arrastrarte hasta aquí te hiciese infeliz. Me importas, Asier, y tampoco quería condenarte.

—Y yo no quería vivir lejos de Iris. Es mi prioridad, y lo sabes. —Alicia asiente entendiendo lo que quiero decirle—. Y la ciudad tampoco está lejos.

Ambos bebemos en silencio, observando la noche por la ventana. La ausencia de ruidos, coches, bullicio de personas de fiesta... Nada de eso.

—¿Vas a soltarlo ya? —La observo tensarse frente a mí—. ¿Qué pasa? ¿No deberías estar feliz y radiante?

—Es... complicado.

—¿Has tenido que recurrir al Tinder de mierda ese o qué? —la provocho. Al menos le saco una carcajada.

—No, no. —Bate sus manos frente a mí—. Es que...

—Te prometo que no me voy a poner celoso —insisto.

Alicia desvía la vista. Esta mañana no estaba tan acojonada.

—Me gusta una chica.

Me río, me río fuerte y con ganas, y ella me observa estupefacta. Desde luego, no se esperaba esa respuesta por mi parte.

—¿Eso es lo que te preocupa? —pregunto cuando me calmo. Todavía sigue haciéndome gracia.

—Joder, Asier, que es una chica. Que tiene pechos y vagina, como yo.

—¿Y? ¿Es una extraterrestre o qué? ¿Acaso no somos libres de pillarnos de quien nos dé la puta gana? ¿Quién cojones marca las reglas del amor? Porque, hasta donde yo sé, nadie tiene derecho a ello. El amor es libre —zanjo—. Y no quiero que me vengas con mierdas porque no me apetece escucharlas.

Alicia me sonríe como si no hubiese esperado esa reacción por mi parte. Joder. El. Amor. Es. Libre.

—Asier...

—No, Alicia... No me jodas, porque por ahí no paso.

—¿Qué van a decir cuando se enteren? Mi familia, la tuya...

—Me suda los cojones. —Yo también sé ser intenso cuando quiero o cuando algo me importa mucho. Alicia me importa mucho, que quede claro—. Solo me preocupa que Iris sea feliz, que tú también lo seas. Los demás no deberían condicionar nuestra forma de ser o de actuar. Bajo ningún concepto. Nunca. Jamás.

—Es que... no pensaba que me fuese a gustar una chica. Siempre... he salido con chicos. Contigo.

—¿Y?

—Que tenía la sensación de que me faltaba algo, de que no encajaba del todo.

—Iris va a flipar cuando sepa que tiene dos madres. —No pienso ponerme a buscar cosas

negativas al asunto porque no las tiene—. Entiendo que estés nerviosa porque...

—Es enfrentarme a todo.

—¿Y ella? ¿Quién es? ¿Lo sabe? Es decir..., ¿se lo has contado?

—Es Mariola, la profesora de Educación Física del colegio. Y sí, bueno, hemos hablado un poco del tema. Nos atraemos. —Alicia se sonroja, y me parece tan tierna.

—Te va a poner en forma. —Alzo las cejas con descaro—. Yo me quedo con Iris encantado para que vosotras hagáis guarradas. A cambio, tendrás que quedártela tú cuando quiera hacerlas con Abril, porque voy a ir despacio, pero deprisa, ¿me explico? Seguro que sí.

Me entiende, sabe a qué me refiero.

—Sabía que hablar contigo iba a ser sencillo, sabía que no me lo ibas a poner complicado.

—Es que nadie debe ponerte nada complicado, Alicia. Solo debes tener en cuenta la opinión de la gente que te importa y lo demás...

—Ya, ya. Lo que sucede es que no es tan fácil. Tengo casi cuarenta años, una hija.

—¿Sabes lo que escucho cuando hablas así?

—¿Qué?

—Bla, bla, bla. Un discurso sin sentido. Inútil y de mierda. No me importa, de verdad, solo quiero que te haga feliz y que haga feliz a Iris. Ya está. —Alicia hace la copa a un lado, se levanta y me abraza. La acojo entre mis brazos y le doy un beso en la cabeza. Parece tan frágil—. Todo va a salir bien —le cuento.

—Iris va a tener tres madres. —Se carcajea cayendo en la cuenta de lo que le he soltado antes.

—Me muero por ver la fiesta que monta por ello.

- No voy a ser capaz de recuperarme de este beso, amigo.
- La verdad es que me ha parecido la hostia —indica el cerebro.
- Todo fluye entre ellos. Qué bonitos son los dos.
- Y qué buena está en bañador.
- No seas cerdo. Hay más cosas aparte del físico. Lo que nos hace sentir, por ejemplo.
- Hambre, eso es lo que siento.
- Y amor. El amor está en el aire, amigo mío.

CAPÍTULO 26

Un encuentro fortuito

Regreso sola a casa. Pensaba que Carmen me iba a esperar por fuera, en la calle, y resulta que no ha sido así, parece que, tras su discurso, se ha largado sin más.

Cuando estoy a punto de llegar a mi jardín, veo a Asier salir de casa de Alicia, mis pies se frenan como por arte de magia y me quedo parada justo ahí, sonriendo como una auténtica lela. Parece percatarse de mi presencia porque alza la vista y me ve. A pesar de la distancia, sé que me devuelve la sonrisa.

Recorremos el camino que nos separa y nos quedamos parados uno frente al otro. Me pongo nerviosa de inmediato y sé que él lo percibe.

—¿Qué tal? —me pregunta.

Si está tenso, no se le nota. Puede que ese sea otro de sus superpoderes, además de ser sexi a rabiar y simpático a más no poder.

—Bien, ¿y tú? ¿Qué tal Iris?

—¿Te apetece dar un paseo? —me pregunta de sopetón.

Observo la calle y sé que no tiene salida, es decir, si seguimos en esa dirección llegaremos a un par de piedras que impiden que los coches terminen por hacerse papilla en el acantilado. Asiento y empezamos a caminar.

—Vengo casi todas las noches, al menos, cuando no tengo turno en el parque de bomberos. A Iris le encanta que le lea antes de dormir, colecciona libros y a veces los releemos. Hemos hecho un trato, ahora le leo yo y, cuando sea viejo, me leerá ella a mí —bromea.

Me carcajeo por la espontaneidad de su comentario. ¿Sabéis? Me gusta esta faceta tierna, este Asier, el canalla me puede, es cierto, sin embargo, este chico que se muestra tal cual es y sin reparos, que no tiene trampa ni cartón, me fascina mucho más.

—A mí siempre me ha encantado leer, es una de las cosas que más trabajamos en el cole con los peques. Porque la lectura es mágica, se puede viajar sin salir de casa y eso solo lo consigue un buen libro.

Asier asiente dándome la razón.

Un ligero escalofrío me recorre cuando nuestras manos se rozan, parece algo fortuito, no obstante, sé que no es así, porque nos buscamos, a pesar de que no lo pretendamos.

—¿Por qué decidiste ser profesora? —investiga.

—Lo tuve claro desde que era una renacuaja. Sentaba a mis muñecas en círculo —rememoro—, cogía un libro de la estantería, me ponía las gafas de mi abuela, que, por cierto, eran horribles, y les daba la lección. También lo hacía con mi abuelo, el pobre, no sabes la cantidad de tardes que tuvo que pasar aguantando cómo le enseñaba las tablas de multiplicar o lo que quiera que estuviese dando en clase en ese momento.

—Anda, mira, te servía como repaso.

—Era una alumna de diez —presumo.

—No me cabe la menor duda.

Ahora que he empezado, soy incapaz de parar de hablar.

—Chlóe y Carmen tampoco se escapaban, lo que pasa es que eran más avisgadas que mi abuelo y huían siempre que podían.

—O que tu abuelo te quería más —me interrumpe Asier.

Finalmente, nos damos la mano como si fuésemos una pareja más que pasea por la noche, con las estrellas de testigo. Guardo silencio un segundo asimilando que es eso lo que quiero, justo eso lo que me gustaría, que fuésemos una pareja, que no me importase nada más que no sea él y lo que despierta en mí, dejando a un lado el pánico que me provoca su profesión.

«No, Abril, esta noche no».

—Mi abuelo siempre ha sido un pilar fundamental en casa. Hemos vivido juntos porque la familia es lo más importante para nosotros.

—Te entiendo. Te entiendo a la perfección —apunta—. Me he mudado aquí por Iris, porque soy incapaz de estar lejos de ella, porque no quiero perderme nada y sé que la ciudad está cerca, pero no es lo mismo. No podría venir a leerle por las noches, no podría llevarla de excursión, acompañarla al colegio por las mañanas o recogerla por las tardes. La familia siempre debe ser importante y debemos valorarla cuando la tenemos.

Suspiro. Tiene razón. No sé hasta qué punto es consciente de lo que me afectan sus palabras, de lo que echo de menos a Marcos, de que ha dado en la diana con este tema.

—Cuando mi abuela falleció, mi abuelo empezó a marchitarse. Odiaba verlo así. No sabía lo que suponía una pérdida, y él me lo contó sin andarse con rodeos. Siempre ha sido esa clase de hombres que agarran el toro por los cuernos. Ah, y se mete con mi padre, están todo el día enfadados o eso fingen, porque, aunque ellos pretendan demostrar lo contrario, sé que se adoran.

—Alicia me ha contado que han establecido una buena conexión.

—¿Quién?

—Tu abuelo y ella.

—Ah —me carcajeo—, él es así. Te encantará cuando lo conozcas.

Me tenso al darme cuenta de que lo he incluido en ese plan, que de verdad quiero que lo conozca y que esa cena que ha propuesto mi madre hasta ha dejado de parecerme una mala idea. Puede que sea el paseo, el fruto del beso, la noche, nuestros dedos entrelazados o todo, que se agolpa en mi pecho y me hace olvidar de cualquier cosa, de lo que pueda suceder mañana.

—Me encantará conocerlo. Al fin y al cabo, tú conoces a mi familia o a parte de ella —matiza.

—No quería decir...

—No lo estropees, Conejita. Ambos sabemos lo que querías decir y no es necesario que añadas nada más. ¿No te das cuenta? —Claro que me doy cuenta, joder—. Esto es perfecto.

Sorteamos las piedras que separan el camino del acantilado y, por suerte, no hay nadie.

—Este es el lugar al que las parejas vienen, ya sabes...

—¿Me has traído a un picadero? —me pregunta fingiendo estar ofendido—. No esperaba eso de ti, señorita. Una profesora con una reputación que mantener y trae a uno de los bomberos del pueblo a un lugar oscuro y apartado con intenciones deshonestas.

—Más quisieras tú. —Me carcajeo empujándolo con la cadera.

Sé que se deja hacer porque, si no fuese así, no sería capaz de moverlo.

Nuestras manos siguen unidas y ha avanzado un par de pasos lo que hace que nuestros brazos estén estirados. Tiene razón, esto es perfecto. Él lo es.

—No puedo negarlo, es justo lo que deseo —afirma él.

Clavo mis ojos en los suyos y tira de mi brazo. Choco contra su pecho y el corazón se me acelera de inmediato.

¿Esto es lo que se siente? ¿Es esto lo que pasa cuando te enamoras de alguien?

Bajo la vista, y él lleva sus dedos hasta mi barbilla, la alza y nos miramos, como si esta fuese la primera vez que nos vemos.

No deja de rozar mi piel cuando acerca sus labios a los míos. El primer contacto es dulce, delicado, es como si estuviese en casa, como si mi boca reconociese la suya. Nos amoldamos a la perfección.

Gime cuando abro la boca y nuestras lenguas colisionan y, de pronto, todo cambia. La dulzura da paso al deseo, al arrebato de pasión. Mis manos se enredan en su camisa como si no quisiese que se alejase nunca, como si el espacio que hay entre los dos me resultase un abismo cuando apenas son unos milímetros.

Me besa con pasión y le devuelvo el beso con ganas.

—Joder —masculla cuando nos apartamos para coger aire.

Sus ojos brillan y mi cuerpo arde.

Lo atraigo de nuevo y volvemos a besarnos, como si de una de esas partidas de dardos a las que jugamos se tratase, intentando vencer, y ya sabemos que a competitiva no me gana nadie.

Las manos de Asier descienden por mis costados y se posan sobre mis nalgas. Agradezco la hora en la que decidí ponerme una falda, agradezco que sea mi prenda favorita y maldigo cuando recuerdo la prenda interior que me puse.

A pesar de ello, salto y me enredo en su cintura sin dudar. Percibo la dureza de su polla en mi centro y la ropa me sobra. La suya y la mía.

—Aquí no —me suelta apartando mi cuerpo del suyo—. Quiero hacerlo bien, Abril. Solo quiero hacerlo bien contigo. En cualquier sentido.

Sé que tiene razón y, aun así, soy incapaz de apartarme. Es como..., como si necesitase más, como si tuviese un subidón de azúcar y necesitase más y más.

Me dejo caer al suelo porque entiendo lo que dice. No es el lugar apropiado para hacer depende de qué cosas. A pesar de ello, todo mi cuerpo se revela por lo que mi parte racional pretende hacer.

—Sin embargo...

Su mano se cuela entre mis piernas, aparta las bragas y me toca el sexo con sus dedos. Ha sido rápido y eficaz.

Estoy empapada. Estoy muy excitada y no me avergüenza reconocerlo.

Dejo caer la cabeza hacia atrás cuando dos dedos entran dentro de mí. Los mueve con parsimonia, disfrutando de lo que provoca, de lo cachonda que estoy y de la respuesta de mi cuerpo. Me mueve yendo al encuentro de sus dedos y añade uno más. Comienzo a sentirme llena, sí, pero necesito..., lo necesito a él al completo.

Intento acercar mi mano a su polla, al fin y al cabo, a nadie le amarga un dulce, y él puede masturbarme en un camino abandonado y yo también puedo hacerlo. Cuando se percata de mis intenciones, chasquea la lengua y lo observo.

—No, no, no. —Se aparta, y finjo un mohín. Estoy decepcionada y excitada. Muy excitada porque me niegue lo que quiero.

Mientras me folla con sus dedos, el pulgar se desliza hacia mi clítoris, y grito fuerte cuando lo presiona y lo mueve. Es una puta pasada.

Jadeo. Gimo. Grito y muerdo mi labio.

—Me voy a correr —susurro—. Joder, me voy a correr. —Me besa con fuerza, es su turno de

morder mi labio, y yo le muerdo a él cuando me corro. El sabor de la sangre me trae de vuelta a la tierra.

»Mierda —me disculpo aún con sus dedos dentro de mí—. No pretendía...

—Vaya, Conejita, eres puro fuego. Puro fuego, y da la casualidad de que yo me encargo de apagarlos.

CAPÍTULO 27

Encerrada

No he sido capaz de darle vueltas a otra cosa que no sea a lo que sucedió anoche en esa calle sin salida. Llegué a casa con la certeza de que hice lo correcto al dejarme llevar y que, si me arrepiento, al menos habré disfrutado un poco. Y algo me dice que no voy a arrepentirme, es más, lo único en lo que pienso es en volver a repetir, acabar lo que empezamos y llegar hasta el final.

Sí, estoy mimetizándome con Chlóa, en serio, se ha apoderado de mi cabeza y actúa como una auténtica descarada.

Así que... para aliviar el calor, y no solo hablo del clima, las chicas y yo hemos aprovechado la tarde para ir a la playa. No a esa playa, no os vayáis a pensar, hemos ido a nuestra playa, esa a la que acudimos siempre que podemos.

Conduce Carmen de vuelta a casa. Vamos a darnos una ducha y a salir a tomar algo.

Lo hacemos por turnos en casa de Carmen y, cuando bajamos ya vestidas, Yaya nos ha preparado un festín.

—Tu madre mola más que la mía —apunta Chlóa.

—Y tanto, al menos ella se viste y no me recibe en ropa interior.

—Lourdes siempre ha sido un desastre —nos cuenta Yaya, la madre de Carmen, que no deja de añadir más fideuá al plato—. A pesar de ello, la queremos igual.

—En eso nos parecemos bastante —indica Chlóa.

Nadie puede negar lo evidente.

Terminamos de cenar, y estoy esperando a llegar al bar para soltar el bombazo. Pedimos varias copas y observo que estamos solas y que, si Chlóa grita, tengo margen de maniobra.

—Asier y yo nos enrollamos anoche. —Como definición no es muy buena, no.

Carmen bebe observándome a través de la copa, y Chlóa se queda a medio camino. Ahí viene la inquisición.

—Define enrollarse porque suena tierno, lo mires por donde lo mires. Es como si hubiésemos vuelto a la adolescencia. —No va muy desencaminada porque lo que siento es bastante cercano a esa etapa.

—Me hizo un dedo al final de la calle. —Me tapo la cara, avergonzada, cuando lo largo así de sopetón.

Carmen se atraganta con la cerveza y tose. Chlóa, en cambio, grita. Lo que había predicho.

—¿No me jodas?

—Abril, ¿al final de la calle? Os podía haber visto alguien.

—La adrenalina del momento le impidió comportarse como una persona cabal. Bien por ti, por vosotros. Estoy creando un monstruo. —Aplaude mi amiga, no hace ni falta que os aclare quién porque seguro que os hacéis a la idea.

—Después de que me dejases colgada, volví a casa. Sola. —Intento que suene reprobatorio.

Me gano un pellizco por parte de Carmen, que no se lo toma a mal—. Y él salía de casa de Alicia.

—Alicia, tu vecina y su ex.

—Supéralo —bromeo mirando a Carmen. Está de buen humor, tal vez sea la tarde de chicas o que ha recibido otra carta de Chlœe que ella piensa que no es ella—. Me propuso dar un paseo...

—Y no supiste negarte —insiste Carmen.

—¿Y por qué iba a tener que negarme a eso? Explícamelo.

—Veo que las razones que te hemos dado han valido la pena.

—Sobre todo la mía —acota Chlœe.

—¿Sabéis? Me gusta mucho y pienso disfrutar de esto, sea lo que sea y dure lo que dure. ¿De qué vale pensar en el mañana? Os respondo yo. —Me adelanto antes de que tome alguna de ellas la palabra—: No vale de nada.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —inquiere Carmen estupefacta.

—No lo sé, de verdad. Ya sabéis que jamás he planeado que las cosas fuesen de esta manera, quiero decir... no entraba en mis planes nada del amor, nada de un bombero, nada de Asier.

—Cariño —interviene Carmen de nuevo impidiéndome continuar—, las cosas que no se planifican suelen ser las mejores.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amiga? —pregunta Chlœe dirigiéndose a Carmen en esta ocasión.

—Ay, no sé. Hoy estoy de buen humor —apunta. Y yo sé el motivo de ello.

—Voy al baño, esperadme y no os bebáis todo.

Entro en el lavabo y seguro que está feo admitirlo, pero voy releendo los mensajes que Asier me ha enviado, sobre todo, esos en los que me confiesa que le gusto mucho y que me echa de menos.

No nos hemos vuelto a escribir porque..., no sé, porque nos vemos cada dos por tres, si el destino pusiese de su parte, seguro que no saldría tan bien.

Vacíó la vejiga, sí, a veces me da por hablar bien y esas cosas, me lavo las manos porque la higiene es importante y abro la puerta. O lo intento.

—No me lo puedo creer.

Tiro con fuerza, con toda la fuerza que puedo tirar y, de verdad, esto no se mueve ni un puñetero centímetro. Ya está, todo eso de que hablo bien se ha esfumado en un periquete.

—Me cago en la leche cabrona. —Citando a don Lázaro, por supuesto.

Al menos me he traído el teléfono.

Llamo a Chlœe y me sale comunicando. Mi primera opción es ella porque es la bombera y la fuerte.

De inmediato, marco el número de Carmen, da tono, sin embargo, no contesta. Cuando estoy a punto de colgar, lo coge.

—¿Qué pasa? ¿Te has dormido dentro o qué?

—¿Dónde está Chlœe?

—Ha salido a hablar por teléfono. Me da que tiene alguna movida con Aitor porque no ha querido hacerlo delante de mí, pero, oye, que yo también le guardo un secreto, así que no soy nadie para juzgarla.

—La necesito. Carmen, la necesito.

Empiezo a entrar en pánico porque esto parece cada vez más pequeño, el espacio disminuye por momentos y siento que me falta el aire.

No me gusta estar encerrada en ningún sitio. Creo que es la peor forma de morir, asfixiada,

encerrada y no debería estar pensando en las maneras de cascarla cuando estoy atrancada en un lavabo. Encima sin haber catado al bombero. Si es que...

—¿Por qué? ¿No sabes usar el papel higiénico sola?

—Me he quedado encerrada en el baño, imbécil.

Sí, la he insultado, pero es un daño colateral que me perdonará porque, si ella estuviese en mi lugar, haría lo mismo o peor. En situaciones extremas, las personas reaccionamos como podemos o sabemos.

Carmen ahoga un grito y la escucho correr. Literal, corre. Eso es que me perdona y que me quiere mucho.

—Mierda, no está, no la veo. Se habrá echado a caminar calle abajo o yo qué sé, se habrá ido con Aitor a hacer *sexting* de ese.

Le diría que para eso no hace falta verse, no obstante, la angustia me puede un montón.

—Avisa a Fermín —le suplico—. Y no me cuelgues, por favor, empiezo a ponerme nerviosa. Tengo calor y voy a morir asfixiada.

Me resbalo por la madera de la puerta y permanezco escuchando cada detalle.

—Vale, Fermín va a intentar abrirla con una tarjeta.

—El truco de la tarjeta no sirve de nada. Está atascada, que la desmonte.

Carmen le traslada mi idea y escucho a Fermín farfullar algo sobre si me creo que lleva material para desmontar puertas, que esto es un bar y no una ferretería.

No me hace ni puta gracia, así mismo os lo digo.

—Tranquila, Abril, que la vamos a abrir.

Claro, abrirla la abrirán, el caso es que lo hagan mientras siga viva y respirando. En el peor de los casos, al menos estaré muerta, pero guapa. Quien no se consuela es porque no quiere, claro está.

—No hay forma —masculla Fermín.

—Carmen...

—Tengo una idea. Ahora vuelvo a llamarte, no me cuelgues.

—No, no, ¡no me cuelgues tú! —grito.

—Te he escuchado —musita al otro lado. No por el teléfono. Ha cortado la comunicación—. ¿Para qué me pide que no le cuelgue si me va a colgar igual?

—Abril, espera, voy a intentar darle una patada.

—Fermín —grito—, no es por ser exagerada, pero es una puerta, y tú estás viejo.

—Gracias a ese comentario estoy por dejarte dentro.

—¡Abril!

—Tu abuelo ha llegado —musita Fermín.

Buen día para venir a jugar al dominó, sí, ya veis. El mejor de los días. No he bebido lo suficiente para enfrentarme a esta situación.

Me pongo en pie y camino por... los dos metros cuadrados que tiene este baño. Metro si quitamos el espacio que ocupa este lavabo.

—Una vez me quedé encerrado en un baño. Estaba con tu abuela. Nos lo pasamos bien.

—¿Crees que es el mejor momento para contarme esas cosas? —Gruño—. Porque yo, desde luego, no lo tengo tan claro —protesto enfurruñada—. Voy a morir aquí dentro —grito.

—Ahora mismo te pareces a tu padre. Los dos igual de exagerados.

—Eso tampoco me consuela —le indico.

—Normal, yo tampoco querría parecerme al calvo.

No entiendo el porqué o sí lo entiendo, porque esto es un maldito pueblo del que pienso

mudarme en cuanto pueda. ¿Os acordáis de todo lo que os conté sobre vivir en un pueblo? Pues se me ha olvidado por completo.

—Hija, ¿estás bien?

Encima con preguntitas de este tipo.

—¿Mamá? ¿Qué coño?

—Esa boca, Abril —me interrumpe ella.

Ruedo los ojos, ¿de veras me van a dar una charla estando como estoy? No me jodas. No me jodas.

Mientras ellos empiezan una diatriba sobre posibles formas de abrir la puerta. Yo solo pienso en que ya me da igual lo viejo que sea Fermín y que se rompa algo, que le dé un golpe con toda su alma y me saque de aquí.

—Abril, ¿estás detrás de la puerta?

¿Qué?

—¿Qué? ¿Asier? —Reconocería esa voz hasta en el fin del mundo.

—Así es. Necesito que te quites de detrás de la puerta. Voy a desmontar las bisagras, ya me han contado que han intentado abrir con una tarjeta y no se puede.

—¿Este es el bombero? —grita mi abuelo para que yo lo oiga. Como si no se hubiese enterado medio pueblo.

—Papá, calla, que es él y te escucha. —Y esa es mi madre, que lo arregla, claro que lo arregla.

Me apoyo en el lavamanos y los segundos aquí dentro pasan como si fuesen siglos. Cuando abran, estaré momificada y no es coña.

—Es guapo, Abril.

Y jode con el tema.

—¡Abuelo! —protesto—. ¿No deberías irte a jugar?

—No, la verdad, esto es mucho más interesante. Y lo será más aún cuando se lo largue a tu padre.

Ahm, mira qué divertido.

—Ya casi está. Solo queda una.

La puerta, en efecto, se tambalea un poco y me muero por darle una patada y tirarla. Después de esto, pienso salir a la calle y quedarme fuera hasta el fin de los días. Así llueva o nieve.

Lo primero que veo es la cara de Asier, vestido de bombero.

Joder, vestido de bombero.

Tal vez he muerto y he subido al cielo. Seguro, seguro que es eso, estoy en el cielo de los bomberos.

CAPÍTULO 28

El cielo y el infierno

ASIER

El rostro de Abril es una serie de secuencias de lo más variopintas.

Por una parte, veo el miedo reflejado en sus ojos. Joder, ¿a quién coño le gustaría estar encerrado en un baño de dos metros cuadrados?

Por otra parte, está el bochorno porque sí, el abuelo de Abril es tal y como lo había descrito o mejor, mucho mejor, porque lleva un rato susurrándome cosas, cosas que me han hecho mucha gracia. Desde el plato favorito de su nieta, que resulto ser yo; hasta lo que acaba de comprar en Amazon Prime, que no es otra cosa que un ordenador portátil porque necesita poder ver sus series favoritas en cualquier lugar de la casa y no solo en la habitación.

También me ha comentado, de manera somera, que me dará cien euros si acompaño a Abril a su casa vestido de bombero, pero tengo que esperar a que me vea Pepe, que es el padre de Abril.

Se ha ganado una colleja por parte de su hija, y nos hemos reído por ello. Yo más, claro, porque no he recibido el golpe.

El caso es que la cosa no es para tomársela del todo a risa porque Abril tiene cara de circunstancias. Cuando retiro la puerta y, por fin le dejo vía libre, se lanza a mis brazos sin dudar y me aprieta contra su cuerpo. Os prometo que este es el mejor momento desde hace mucho, que se pare el tiempo, por favor, porque solo quiero sentirla aquí, entre mis brazos.

—Ey, Conejita, veo que me has echado mucho de menos. Me da la sensación de que quieres echarte a mis brazos y ya no sabes qué excusa utilizar. Te diré un secreto —susurro—, no te hace falta excusa alguna.

—No pienso responder a tus provocaciones —me explica con su cabeza aún apoyada en mi pecho—. Mucho menos con ellos delante.

Apunta en dirección a su madre y a su abuelo. Giro la cabeza y los veo observándonos y sonriendo.

Nos separamos, a regañadientes, y la repaso con descaro.

Su madre se acerca y le pasa las manos por las mejillas, como si estuviese comprobando que todo está como debe.

Ya os puedo garantizar yo que todo está como debe, sí.

—Yo soy Lázaro, ahora que has salvado a mi nieta, podemos presentarnos de forma oficial. —Me tiende la mano, y se la sujeto con firmeza—. Vaya, veo que estás fuerte.

Sonrío.

—Yo soy Asier, Asier Sorní —declaro.

—El bombero.

—El mismo.

Carmen me empuja y llega hasta Abril. La abraza.

—Amiga, pensaba que te perdía.

Abril se carcajea y le devuelve el apretujón. No tanto como a mí, claro. Qué imbécil soy cuando quiero.

—¿Y Chlói? —pregunta.

Formamos una especie de círculo, mi compañero se despide y se marcha. Hemos venido los dos por si necesitábamos algo más estratégico que una simple bisagra.

—No sé. Sigue comunicando, la he llamado varias veces.

No pienso contarles que es por Aitor, ya me ha puesto al día de los avances o de los no avances, porque, cuando le pidió una cita a la chica en cuestión, le soltó que ya no está interesada, que se ha buscado a otro y que se ha cansado de comer siempre lo mismo.

Me atrevo a decir que Aitor lo ha contado de forma literal porque sí, me pega mucho Chlói con ese tipo de comentarios.

—Gracias por venir tan rápido. —Carmen se acerca y me estrecha la mano de manera informal.

—De nada, al fin y al cabo, este es mi trabajo. —Le guiño un ojo, y ella se ruboriza.

—Yo soy Conchi, la madre de Abril. Y, ya que el destino nos ha unido de forma un tanto dramática, me gustaría invitarte a cenar, cuando puedas, claro. —Señala mi traje de bombero dando a entender que sabe que tengo turnos.

—Mamááá —protesta Abril, lo que provoca que tenga aún más ganas de ir a esa cena.

—Por supuesto, no rechazaría una cena jamás. —Menos aún si es en casa de mi chica—. Bueno, os dejo, tengo que volver al trabajo. Ha sido un placer —les digo a Lázaro y a Conchi—. A ti te veo pronto —murmuro en dirección a Abril.

Ella asiente y me sonrío, se está conteniendo, y yo también. Me muero por besarla.

Cuando salgo a la calle, dispuesto a subirme al camión, me cruzo con Chlói.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Abril se quedó encerrada en el baño.

Abre los ojos, presa de la sorpresa, y luego comienza a reírse.

—¿Y has venido tú a salvarla? Has perdido el culo para venir, ¿a que sí?

—Yo que tú no me reiría, por lo que tengo entendido, han estado llamándote. Y sí, he de admitir que cuando Carmen me llamó y me contó lo que sucedía, vine raudo y veloz como buen bombero que soy. Ya sabes, al servicio del pueblo.

—Al servicio de mi amiga. —Alza las cejas y sonrío malvada.

—¿Y Aitor?

—No quiero hablar de ese tema —zanja.

No soy quién para presionarla porque a mí, desde luego, tampoco me gustaría que lo hiciesen conmigo.

Regresamos a la estación de bomberos y sé dónde encontrar a mi amigo. Paso por la pequeña cocina y enciendo la cafetera. Con dos enormes tazas de café, voy en su busca. Está fuera, en la pequeña terraza. Tiene una revista en las manos, una que no lee.

—Se lee así. —Le doy la vuelta a la misma, y él fija sus ojos en mí, como si hubiese estado sumido en sus pensamientos mucho tiempo y le sorprendiese tener compañía.

Le tiendo una taza de café y dejo que hable cuando quiera. Si no le apetece, tampoco forzaré una conversación que ninguno de los dos necesita.

—Chlói quiere que la deje en paz —confiesa.

Seguimos mirando hacia la pequeña montaña que hay detrás. Me recuesto en la silla.

—Algo de eso he escuchado.

—No entiendo cómo puede ser tan terca. Sé que le gusto, tenemos buen rollo, hay conexión y

nuestra vida sexual es la hostia.

No sé hasta qué punto me gusta saber determinados detalles.

—Por lo que entiendo, has hablado con ella.

—Dos veces. —Le doy un sorbo al café y cierro los ojos. Me gusta el café y me gusta poder tomarlo a cualquier hora del día—. No hay forma. Me ha mandado a paseo las dos veces.

—Al menos te ha cogido el teléfono, piensa que, si de verdad pasase de ti, te habría bloqueado.

—La lleva clara si piensa que voy a dejar pasar esto.

Sonrío, porque está convencido de ello.

—Aitor, ¿y si de verdad no quiere saber nada? Tal vez esté siendo cordial por eso de que sois compañeros.

—Ayer me dijo que no quería nada conmigo, que se había buscado a otro. Esta mañana me folló en esos baños como si fuese el último hombre de la tierra.

Miro hacia atrás. Seré incapaz de volver a ver esos baños con los mismos ojos.

—Pues sí, es una forma de despedirse cojonuda.

—No me jodas, Asier, lo que le pasa es que no quiere admitir que le gusto. No sé el motivo, aunque me interesa saberlo, claro, pero es obvio lo que sucede.

—O puede que todo esté en tu cabeza y quieras ver algo que no existe. No sé, Aitor, yo soy de esa clase de tíos que, si una chica dice que no, es que no, no insisto —declaro.

—No me malinterpretes. —Se coloca frente a mí y se lleva la taza a la boca—. Si entendiese que Chlóa de verdad pasa de mí, no la perseguiría, porque esas cosas suceden, hay relaciones de aquí te pillo aquí te cepillo y no pasa nada. Es más, nuestra relación comenzó con esas bases, lo que sucede es que..., pues que es fantástica. Y me gusta mucho.

¿A qué me suena eso? Sí, ya sabéis a qué.

—Chlóa es mi... ¿amiga? ¿Colega? ¿Un *mix* de las dos cosas? —convengo—. No quiero malos rollos entre vosotros, ahora bien, entiendo que, si te gusta, quieras intentarlo.

—Sé que le gusto y sé que está todo en su cabeza. Está marcando límites porque se acojona.

—¿Y qué piensas hacer?

—Abril. —Me tenso al instante, porque sé que le mola Chlóa, que si no...—. Le voy a pedir ayuda, hablaré con ella, la conoce mejor que yo y sabe lo que podría hacer.

—Me parece una gran idea. Ahora bien, Abril es mi chica —le recalco.

—Uhhh, me ha salido gallito el bombero.

Me carcajeo. Tiene razón, ha sonado rematadamente mal.

Y es que, cuando de Abril se trata, las cosas siempre se me van de las manos.

—¿No me dirás que eso de quedarse encerrada no ha sido una estratagema para que acudamos? Es una de esas técnicas arcaicas. Empezamos con «perdona, ¿podrías decirme la hora?» y hemos evolucionado hasta esto. Los tiempos cambian, por lo que veo.

—El que no cambia eres tú, que sigues igual de cabezota —razona el corazón.

—Ahora llamamos cabezonería a pensar y ser racional.

—Obtuso también me vale. Cabezota, obtuso, tozudo, obstinado... Puedes pararme cuando quieras, tranquilo.

—Me gusta analizar tu riqueza léxica —apostilla el cerebro con su más que habitual ironía.

—Tú riéte, que ya sabes lo que se cuenta... El que ríe el último...

—Es porque no ha pillado el chiste.

CAPÍTULO 29

Atípicos

Llevo un rato preparando las actividades de la próxima semana. El aula de estudio está vacía desde hace horas y disfruto de ese ratito solo para mí. En casa es imposible trabajar como aquí, no sé si es por el alboroto o porque me contagio del ambiente escolar, o que mi abuelo no deja de volverme loca sobre lo que esté viendo o su último pedido en Amazon.

He perdido la cuenta del tiempo que llevo sola hasta que Carmen y Alicia se plantan frente a mí y ante mis ojos posan una taza de café.

—Debes de estar muy concentrada porque llevamos un rato charlando y ni siquiera te has percatado de nuestra presencia.

Me quito unos pequeños auriculares y se los muestro.

—He estado entretenida.

Carmen coloca frente a sí varios portafolios y desperdiga los papeles. Alicia es algo más meticulosa porque se limita a abrir la carpeta y sacar hoja a hoja, colocándola con sumo cuidado.

—Ya me han puesto al día del incidente de hace dos noches —suelta Alicia. En su tono percibo la burla y de inmediato caigo ante ella.

Pongo los ojos en blanco.

—Preferiría no recordar ese momento, gracias —bromeo.

—Y también sé que Asier fue el encargado de salvarte —insiste Alicia.

Le sonrío. Sé que lo menciona para buscarme las cosquillas y no porque sienta algo por él. Nada de celos innecesarios. Todo paz y amor.

—Fue bochornoso. Quedarme encerrada en unos lavabos de un bar, quién me ha visto y quién me ve.

—Y divertido —apunta Carmen—, sobre todo después de verte la cara. Eso sí, debo contar que, cuando Asier desmontó la puerta —le narra a Alicia como si yo no estuviese presente—, se lanzó a sus brazos de una forma tan tierna y romántica...

Le tiro el lápiz, Carmen lo evita, y nos carcajamos. He perdido mi toque mágico.

Ayer no vi a Asier. Tras salir del turno de noche me escribió un mensaje para contarme que se iba directo a casa a descansar, ya que tendría turno esa tarde otra vez, así que, prácticamente, lleva dos días viviendo en ese parque de bomberos.

Mariola entra en el aula de estudio, y Alicia sonrío de inmediato. Ambas toman asiento juntas y se enzarzan en algún tipo de conversación, lo que me permite hablar con Carmen.

—¿Alguna novedad? —Y, con novedad, quiero decir si hay alguna nota nueva de la que yo no sepa nada.

Mi amiga saca un papel doblado del bolsillo de su mochila y me lo pasa como si estuviésemos haciendo contrabando de alguna sustancia ilegal.

Carmen, si supieses las ganas que tengo de pasar tiempo a solas contigo, de tocarte, de observarte de cerca, de dejar de esconderme, ¿qué opinas? ¿Te gustaría que dejásemos de ser solo letras y papel?

Me sorprende que Chlôe esté tan segura de esto, de que va a funcionar, de prepararles una cita o un encuentro fortuito o lo que sea todo esto que tiene en mente porque no deja de parecerme una auténtica locura.

Observo a Carmen, que está emocionada, de veras, lo está. Sus mejillas sonrojadas; sus ojos brillantes; sus manos, que no dejan de moverse, y espera a que le diga algo, a que suelte algo que confirme esa felicidad. Sé que piensa que es Emilio, está cada vez más segura porque, al final, nuestra cabeza nos juega malas pasadas y vemos lo que queremos ver o lo imaginamos.

—¿Qué? ¿A que es precioso? ¿Crees que es él? —Mira en todas las direcciones, comprobando que Alicia y Mariola estén a lo suyo—. ¿Crees que es Emilio?

La verdad es que lo que creo es que tiene tetas y una cara que se la pisa. Esto se le está yendo de las manos y va a ser un marrón de los gordos como Emilio no sienta nada por ella. ¿Una cita? ¿En qué está pensando Chlôe? Tengo que hablar con ella.

—No sé nada, pero, Carmen... —Me freno—. Pase lo que pase, tienes que estar tranquila y positiva.

Mis palabras parecen entrarle por una oreja y salirle por la otra.

—Es él. Cada día estoy más convencida. Lo he estado observando. —¿Qué? ¿Cuándo?—. Llevo todo el día observándole y... no deja de hacerlo él también. Cruzamos nuestras miradas cada dos por tres y... siento que es él. Tengo una corazonada, algo aquí dentro me lo confirma. —Se toca el pecho para darle más énfasis—. Sí que quiero una cita, lo que no sé es cómo decírselo.

Ay, madre.

Esta locura de Chlôe va a traernos consecuencias, lo veo venir.

—Deberías esperar a la siguiente carta. —Y a que yo hable con Chlôe—. Tal vez en ella aparezca un lugar o no sé... —Creo que yo tampoco lo estoy arreglando demasiado.

—Es una buena idea. —Aplaude.

Damos por zanjada la conversación, y me marchó en dirección a mi clase. Carmen, Alicia y Mariola se quedan allí, y yo me sumerjo en el trabajo del día.

Cuando suena la campana que indica que ha terminado la jornada, recojo todas mis pertenencias, las guardo en mi bolsa de tela y me dispongo a regresar a casa. Estoy famélica. Y preocupada.

Nada más poner un pie por fuera del recinto me encuentro con unos ojos grises, una camisa blanca de algodón que le sienta de infarto y unos pantalones cortos negros que me muerdo por arrancarle a bocados.

—Hola, Conejita, ¿me has echado de menos? —Sonríó como una auténtica tontorróna y asiento. Ya ni me molesto en ocultarlo porque no vale la pena.

—No tanto como tú a mí —lo provoco.

Asier se acerca con las manos en los bolsillos y me derrito. Esa masa espesa del suelo soy yo, para que lo sepáis.

—He venido a invitarte a almorzar, tal vez quieras pasar por tu casa y coger el bañador. Hay

una playa muy chula a la que quiero llevarte. —Me guiña un ojo y sé al momento a qué playa se refiere—. Tu madre me ha mandado un mensaje con Chlóe, me ha invitado a cenar este viernes.

Tierra, trágame.

—Qué divertido —ironizo.

Mi padre me va a matar y, después de matarme, matará a Asier y a mi madre. Tal vez altere el orden de muertes, pero que serán, serán.

Espero a que Asier salude a Iris y hable con Alicia, y siento los ojos de la pequeña sobre mí. Creemos que no se dan cuenta de las cosas, no obstante, sí que lo hacen, sí que perciben todo y que nos haya visto acercarnos juntos y que sea consciente de que nos vamos de la misma forma... Uno más uno es igual a dos. Blanco y en botella.

Me subo al coche de Asier, y nos dirigimos hacia mi casa.

—¿Qué vamos a almorzar? —pregunto—. Me muero de hambre.

—He preparado algo que te va a gustar.

Giro la cabeza y lo observo con atención.

—¿Preparado? ¿Con preparado te refieres a cocinado? ¿Tú? —No las tengo yo todas conmigo.

—Por supuesto, ¿qué creías?

—Pues no sé, que no tienes ni pajolera idea de nada. De nada que no sea salvar vidas, abrir puertas y esas cosas. —Hacerme un dedo de forma silenciosa en una calle sin salida también es una habilidad.

Asier solo me sonrío de medio lado, y nos dirigimos a casa hablando de nuestro día, me cuenta cosas sobre la guardia y me imagino así, de esta manera, cada jornada, como una pareja normal que se comunica, que charla, que es capaz de compartir su día a día.

Aparca frente a casa y se baja del coche. Me observa, esperando a que le diga lo que debe hacer, si lo voy a invitar a entrar o será mejor que me espere fuera.

No contaba con nada de esto, por lo que ni siquiera sé cómo actuar.

—Bueno, hemos llegado. —Me pongo nerviosa al instante—. ¿Quieres...?

—Ay, que ha llegado el bombero —grita mi abuelo—. Conchi, el bombero —insiste.

—Creo que te han reconocido.

—Y que, desde este momento, mi nombre será «el bombero» —bromea.

Me sonrojo.

—Ya te dije que mi familia es atípica.

—Y eso me gusta. —Me derrito, en serio, porque esas personas, para mí, son lo más importante que tengo—. En realidad, me gusta todo lo que tenga que ver contigo, Abril. —Asier me tiende la mano, y la sujeto sin dudar.

Nuestros dedos se entrelazan y los observo emocionada e ilusionada. Y pensar que quería perderme todo esto. Que alzaba barreras antes de tiempo.

No había sentido algo así por nadie desde... No había sentido algo así por nadie nunca y me parece mentira que haya sucedido. Que sea capaz de dejar de pensar en los inconvenientes, que solo quiera pasar tiempo con él, conocerlo, que me conozca, enamorarnos... Entregarnos sin reparo alguno.

—¿Has venido a hacernos una visita?

Intento soltar nuestras manos cuando mi abuelo se planta frente a nosotros. Asier no me lo permite. Mi abuelo se percata, pero actúa como si la cosa no fuese con él y, joder, se lo agradezco.

—He venido a traer a Abril para que coja un par de cosas, vamos a ir a almorzar.

—Ha cocinado para mí —le suelto a mi abuelo.

—Ohhh, qué tierno —ironiza—. ¿Te acuerdas de los cien euros que te dije? —Observo a Asier sin entender nada de lo que ha soltado, debe de ser algo entre ellos dos—. Pues lo subo a doscientos si lo haces este viernes.

Asier se carcajea y le da un par de palmadas en la espalda a mi abuelo. Lo arrastra hacia su silla, y toman asiento allí mientras yo sigo el camino de grava.

Al menos no he tenido que decidir porque mi abuelo se ha encargado de todo.

—Ahora vuelvo.

Asier me guiña un ojo con descaro, y mi abuelo pasa de mi culo porque sigue hablándole de lo que quiera que se traen entre manos.

CAPÍTULO 30

Almuerzo con amantes

Asier no me ha querido contar nada de lo que le dijo mi abuelo, me ha soltado una excusa barata sobre secretos entre hombres, y... me ha podido la curiosidad por lo que tendré que interrogar a mi abuelo llegado el momento, no vaya a ser que haya hecho un trueque por algo que haya visto en Amazon o en la página del cianuro. Con Lázaro todo es posible.

—Vaya, así que esta es tu casa. —Ojeo todo el espacio con calma.

Asier aparcó el coche por fuera, en la calle, en el mismo sitio en el que lo recogí yo para ir a la playa hace unos días y entramos por el jardín. Lo de él sí que se puede llamar jardín porque tiene césped y, por lo que parece, bastante bien cuidado.

—No necesito mucho más. Está cerca del parque de bomberos, cerca de Iris y de Alicia... y también cerca de la chica que me gusta —musita con descaro.

Me sonrojo de nuevo porque..., joder, porque es imposible no hacerlo cuando me suelta este tipo de cosas y más si la acompaña de una caricia tierna como la que me dedica.

—Oye, Asier... —Entorna los ojos y aguarda hasta que hable, sabe que hay algo a lo que le estoy dando vueltas—. ¿Qué pasará si al final tú y yo...? —Hago una pausa.

—¿Tú y yo...? —pregunta al percatarse de que no sigo.

—No me lo pongas tan difícil —lloriqueo abochornada.

—Es que te pones verdaderamente adorable cuando te avergüenzas, Abril.

Me he acostumbrado tanto a que me llame Conejita que, cuando usa mi nombre, me cuesta asociarlo.

Asier tira de mí y llegamos a la cocina. Se lava las manos de forma meticulosa y me pregunto si no se habrá equivocado de profesión e iba para médico.

Saca varios platos y comienza a colocar la mesa con parsimonia. Copas, servilletas, cubiertos, hasta el último detalle cuidado. Esto..., esto parece una cita. Una de verdad.

—Quiero decir —añado y hago una pausa— que no sé qué va a pasar si tú y yo empezamos a salir —casi suelto de carrerilla.

—¿Acaso no lo estamos haciendo ya? Aunque cierta persona me confesó hace tiempo que no salía con chicos como yo.

—Y cierta persona me respondió que si el motivo era su sexapil y su saber estar.

Me sonrío condescendiente. Me palpita la entrepierna.

—Al menos lo recuerdas —musita.

Me observa con atención, esperando mi respuesta.

—Recuerdo todo —apunto—. Todo.

La comisura de sus labios se alza.

—Supongo que te refieres a Iris, ¿verdad? —retoma el tema—. Alicia ya lo sabe, es mi amiga, no nos escondemos nada. Tenemos la suficiente confianza como para hablar de esas cosas.

Por eso en la sala de estudio me miraba de esa manera cuando me contó que sabía lo que había pasado. O no, no lo sé, ¿sabrá también lo que hicimos en esa calle sin salida? ¿Lo que quiero seguir haciendo con él? ¿Le habrá dado ideas para este almuerzo?

Siendo completamente honesta, me resulta extraño esa relación que mantienen, es... atípico, como mi familia, sí. Como mis amigas, también. Me gusta y me fascina a partes iguales que dos personas que han tenido un hijo, que han intentado formar una familia juntos y que se han dado cuenta, de forma sencilla y natural, que no era factible, tengan ese tipo de relación, una estrecha, una tan simple y cercana, que sean padres y amigos, confidentes y cómplices.

—¿Estás celosa? —me pregunta alzando una ceja. No hay diversión en su semblante, más bien hay dudas e inseguridad por mi respuesta.

—¿Qué? ¡No, joder! ¡No! No me malinterpretes. —Muevo mis manos para acentuar mi negativa y parece que le he quitado un peso de encima—. No es eso, es que... me he quedado pensando en la relación que Alicia y tú mantenéis y lo bonito que suena todo.

Asier asiente. Abre el horno y saca de dentro una cazuela de barro llena de lo que parecen canelones. Me flipan los canelones.

—Espero que te guste la verdura. —Dispone todo en la mesa y de la nevera saca una botella de limonada casera y agua. Un bol de ensalada y otro de fruta fresca.

—Esto es como un festín para mí. Me gusta todo. —Y cada vez tengo más hambre.

Asier rodea la mesa y se coloca tras de mí, me separa la silla y me invita a sentarme.

—Además de mi sexapil, como tú lo llamas, mi saber estar, mi arrogancia y chulería, también se me da bien ser un caballero.

Me muero. De veras, me muero y he subido al cielo de los bomberos cachas, fornidos y buenos tíos. ¿Qué más se puede pedir?

—Me preocupa que Iris se lo tome a mal. No sería el primer caso que me encuentro que se desarrolla de esa manera.

Asier coloca sus manos sobre la mía para que no tome carrerilla porque sí, me estoy adelantando a los acontecimientos.

—¿Acaso no conoces a Iris? —Chasquea la lengua—. Se morirá cuando lo sepa, porque ella es así, no tiene trampa ni cartón, es como Alicia y como yo, lo que ves. Además, la hemos educado bien. Lo hemos hecho bien —afirma convencido.

—De eso no me cabe duda.

Me pide el plato en el que me sirve varios canelones y ensalada.

—Ahora es cuando me preguntas eso de: «¿Sabes?, pensaba que los bomberos no comían hidratos. Solo lechuga y tomate» —bromea.

—¿Qué? Ni de coña. He vivido entre bomberos, sé que se cuidan, pero eso es un mito.

Asier clava sus ojos en mí y de inmediato sé que lo he soltado y que ya no hay vuelta atrás.

—Pensaba que solo lo era tu padre. ¿Quién más? ¿Tu abuelo?

Trago y de pronto se me ha quitado el apetito.

Asier percibe mi cambio de actitud porque deja su tenedor a un lado y me observa con atención. De nuevo, tengo esa sensación, la de estar desnuda frente a él.

—No me gusta mucho hablar de este tema.

—Abril... Soy yo —me indica—. Asier.

Sí, lo es, no obstante..., ¿hasta qué punto quiero abrir heridas? Eso sería como..., no sé, como romperme en dos frente a él. Mostrar mis heridas, mis marcas, mis fracturas.

¿Y por qué no hacerlo? ¿No confío lo suficiente en él?

—Mi hermano Marcos también era bombero. Murió en un incendio. —Picoteo la comida,

más bien comienzo a jugar con ella.

Asier se incorpora y se sitúa a mi lado. Prácticamente pegado a mi cuerpo.

—Todo encaja —balbucea. Me da la ligera sensación de que es algo más para sí mismo que para compartir conmigo—. Yo... Nunca jamás te obligaría a hablar de ello. Solo quiero que sepas que, cuando estés dispuesta, cuando quieras contármelo, sea la hora que sea o el día que sea, estaré aquí, contigo, a tu lado. No pienso irme a ninguna parte, Abril, ¿me entiendes? No pienso irme a ninguna parte.

Asiento e intento que esas lágrimas que se agolpan en mis ojos no salgan porque..., porque eso que me dice es tan bonito, es justo lo que quería escuchar, lo que necesitaba escuchar. Saber que puedo contar con él, que esto no es una tontería, que vamos en serio, que me estoy enamorando de él. Que quiero más. Necesito más.

—Quiero todo lo que estés dispuesta a entregarme. Sea una migaja, sea un todo. Me quedaré con lo que me des, Abril. Con lo que sea.

Mis manos y las suyas se encuentran, se tocan, se anhelan. Se arrodilla frente a mí y sus labios se acercan en busca de los míos.

Empujo la silla hacia atrás con las piernas y me coloco de rodillas frente a él. Imito su gesto. Nos tomamos nuestro tiempo para mirarnos. Nos damos pequeños y suaves besos. Y esa hambre voraz que sentía se transforma en algo más primitivo.

Poso mis dedos sobre su camisa blanca y la recorro con los dedos, disfrutando de cada músculo, de su pecho duro y bien formado. De lo que despierta ante mi contacto.

Me sonrío entendiendo lo que quiero, y Asier toma la iniciativa. Se levanta, me tiende la mano una vez más, y me incorporo yo también. Él camina hacia atrás, dirigiéndome hacia su habitación. Sin apartar sus ojos de los míos. Buceando en mi mirada.

Entramos en un espacio pequeño, blanco, pulcro y luminoso, con un enorme ventanal que está cubierto por un visillo blanco que se arrastra por el suelo. Sonrío de inmediato.

—Quiero hacerlo bien, Abril. Contigo quiero hacer todo bien —repito las palabras del otro día, y me siento estremecer cuando la parte trasera de mis rodillas choca contra el colchón.

Mis dedos vuelan por inercia hasta la parte baja de su camisa y se la quito sin dudar. La lanzo a un lado. Asier hace lo mismo con mi blusa y acaba hecha una maraña al lado de la suya. El resto de las prendas siguen su mismo camino hasta que solo tengo unas braguitas puestas. Unas braguitas de búhos.

—¿Búhos? —me pregunta con ese tono tan sexi que tiene.

—Soy una caja de sorpresas —murmuro. No me avergüenzo de ello. Para nada.

Bajo su pantalón de deporte no encuentro prenda alguna. No hay nada más que su polla dura, erguida, saludándome. Me siento en la cama y la sujeto por la base. Asier se deja hacer y yo me la meto en la boca. Llevo queriendo hacer esto mucho tiempo.

Un gemido gutural escapa de su garganta y me anima a seguir devorándolo. Me lo trago entero. Coloca ambas manos a los lados de mi cabeza y comienza a moverse en mi boca. Me la folla con intensidad, con presteza, con decisión. Como sé que hará con el resto de mi cuerpo.

Percibo el vacío en mi boca antes de notar que el colchón choca contra mi espalda.

—Joder, Abril, no te haces una puta idea de todo el tiempo que llevo esperando este momento. De la cantidad de veces que he soñado con arrancarte las bragas con la boca y follarte. Me mojo aún más.

Sus manos van directas a mis bragas y las baja sin dudar. Al instante, estoy desnuda frente a él. Me mira con deseo, con pasión, con ansia.

Se coloca de rodillas frente a mí, abre mis piernas y tira de mis caderas hasta colocarme al

borde. Sin tiempo para protestar, su boca se sitúa en mi centro y comienza a devorarme como si tuviese hambre. Mucha mucha hambre. Abre mis pliegues y la intensidad de su lengua me provoca tal placer que lo siento recorriéndome la espina dorsal.

Acaba de empezar a chuparme, y yo ya estoy al borde del orgasmo.

El sonido de su lengua y de mis fluidos en su boca me excita mucho, me pone mucho. Aprieto los dedos con fuerza en torno a las sábanas. Una de sus manos se coloca en mi abdomen para evitar que me mueva, yendo a su encuentro. Jadeo y protesto. Me recompensa con una lamida intensa, de arriba abajo. Su lengua se cuela en mi coño y me folla con ella también.

—Me cago en la puta —farfallo.

No responde, no dice nada, solo chupa y chupa hasta que mis dedos hormiguean, mis piernas, mis brazos, mi pecho y mi abdomen también lo hacen.

Alzo la cabeza y lo encuentro observando mis reacciones. Abro la boca y, sin tiempo a añadir nada, me corro. Me corro en su boca. Me corro con su lengua. Me corro como si fuese la primera y la última vez en mi vida.

CAPÍTULO 31

Desayuno con diamantes

Ni siquiera me he recuperado del orgasmo cuando mi pecho está tocando el colchón. Estoy boca abajo, con su piel morena pegada a mi espalda. Sus manos se colocan en torno a mi cintura y me sube las caderas, dejándome abierta y expuesta.

—Quiero que grites mi nombre. Quiero que te corras otra vez y grites mi nombre cuando lo hagas —me exige con presunción y una seguridad aplastante.

Ladeo la cabeza en el momento en el que abre un preservativo. Se lo coloca con rapidez y sus manos vuelven a mi cintura.

Sitúa su polla en mi entrada y me penetra con fuerza, sin dudar, sin tomarse su tiempo, y me siento llena de inmediato.

—Asier... —balbuceo.

—Eso, Conejita, justo eso, pero más fuerte. —Me recompensa con una embestida más profunda.

Ni siquiera estoy escuchando lo que me dice, solo me siento colmada, completa, de una forma que me cuesta asimilar y mucho menos describir.

Bombea sin pensar, dándome todo lo que necesito en cada momento, con fuerza, como me gusta. Intenso y voraz.

Percibo la piel de su pecho sobre mi espalda y su dedo en mi boca.

—Chúpalo —me pide, casi me reclama—. Chúpalo bien —requiere.

Hago lo que me pide, y un resuello sale de su boca cuando mi lengua paladea a conciencia su dedo. Me mojo mucho más. Estoy empapada.

Lo saca de mi boca con delicadeza y parsimonia y lo lleva hasta mi clítoris hinchado.

Acompasa los movimientos de su polla con los de su dedo sobre mi coño. Dejo escapar un lamento, porque no quiero que pare nunca, quiero que esté dentro de mí siempre, tocándome, follándome, masturbándome.

Esto es lo que necesitábamos. Justo esto.

—Abril... No quiero, de verdad que no quiero, pero me va a ser imposible aguantar mucho más.

Mis caderas van a su encuentro para acelerar las embestidas.

—Quiero que te corras. —Ahora la que exige y reclama soy yo—. Quiero que me lo des todo —le pido.

—Abril... —grita mi nombre cuando se derrama dentro, cuando se deja ir, y me siento satisfecha por ello.

Dispuesta a darme la vuelta para abrazarlo estoy cuando percibo de nuevo el colchón bajo mi espalda. Se quita el preservativo, lo lanza al suelo sin contemplaciones y su lengua está sobre mi clítoris de nuevo, chupándome otra vez. Levanto la espalda porque no es delicado ni suave, al contrario, es brusco y rudo. Su lengua se aprieta mucho más, ejerciendo más presión y en esta

ocasión sí me permite mover las caderas yendo a su encuentro.

—Asier —grito—. Joder, Asier.

La explosión llega antes de lo que esperaba. Ni siquiera sé si jadeo, gimo, si contengo la respiración o si me he olvidado de existir, solo sé que me corro en su boca por segunda vez y que es una auténtica maravilla.

—Eso es, Conejita, eso es. —Me coloco de lado, y Asier se sitúa tras de mí, abrazándome—. Esto es a lo que yo llamo un buen almuerzo —bromea.

Percibo su risa en mi espalda, y él debe de sentir la mía en su pecho. Nos quedamos ahí, desnudos, abrazados, satisfechos, intentando recuperar la respiración.

—Mucho me temo que el almuerzo debe de estar frío, frío y caliente porque la ensalada y la fruta han quedado por fuera.

—Bien ha valido la pena —rumio.

Me giro quedando frente a él y poso mis manos en su torso. Comienzo a moverlos por su pecho y su vello se eriza bajo mi contacto.

—Estoy metida en un problema muy gordo —confieso.

Asier me separa y analiza mi semblante.

—¿De qué clase de problema hablamos? —Ha salido el padre que lleva dentro.

—Soy cómplice de una cosa fea. Una que no me gusta nada. Y que creo que tendrá consecuencias.

—Si has asesinado a alguien...

—No. —Le doy un golpe en el pecho con la mano cerrada, y Asier aprovecha para sujetarla, darme la vuelta y colocarse encima de mí. Mis manos están a ambos lados de mi cabeza y sus labios por todas partes.

—Chlóa se está haciendo pasar por Emilio, el director del cole, y le envía cartas a Carmen.

La boca de Asier abandona mi clavícula cuando lo suelto de carrerilla.

—Por lo que entiendo, Carmen está pillada por ese chico porque, si no, no veo lógica alguna a esas cartitas.

Intento sentarme, no obstante, Asier me lo impide. Aprovecha que ya ha expresado lo que tenía en mente para seguir besando la piel de debajo de mi cuello. Y yo me siento en paz aquí, entre sus brazos.

—Carmen lleva loca por Emilio desde hace años. Muchos años, tantos que ya se nos han olvidado. Siempre ha sido de esa manera, imagínate si está loca por él que ha rechazado todas y cada una de las citas que le han propuesto otros chicos porque lo espera a él. Es su amor de infancia, juventud y madurez. Es el hombre de su vida. Y no exagero —puntualizo cuando veo que Asier me mira de forma escéptica. Lo entiendo, yo tampoco me lo creería si no lo hubiese vivido con ella—. El caso es que Chlóa está harta de que no hagan nada.

—¿Y a Emilio... le gusta Carmen? ¿Es correspondido?

—No tenemos ni la menor idea. Nunca ha dado muestra de nada. Es un hombre muy seco. Carmen me mataría si me escuchase hablar de él de esta manera. El caso es que... no me gusta mentirle a Carmen y entiendo que Chlóa lo ha hecho con buena intención. Y, ya ves, estoy metida en medio de una disputa que no me huele nada bien.

—Si yo fuese Carmen, me enfadaría mucho cuando me enterase.

—Chlóa cree que no se va a enterar.

—¡Ja! —suelta—. Se va a enterar.

—Lo sé. Por eso estoy metida en un buen lío, porque, si se lo cuento a Carmen, le confesará a Chlóa que he sido yo la que lo ha hecho y, si no lo hago, Carmen, cuando se entere, se sentirá

traicionada.

—Pues sí, lo mires por donde lo mires, estás jodida.

Regresa a su labor de seguir besando mi cuerpo.

—¿Tú qué harías?

—¿Yo? —Alza de nuevo la vista, y solo asiento—. Tal vez las reuniría a las dos y lo contaría delante de ambas, para que sepan que no hay trampa ni cartón. O bien... espera a ver qué pasa con eso de organizarles una cita y luego decides. Puede que el destino esté de vuestra parte, que juegue a vuestro favor y que la cita salga bien y, no sé..., nunca jamás se entere de lo que ha pasado.

—¿Lo ves probable? —No puedo evitar sentir cierta calma, porque lo mismo todo sale bien, sí.

—Como que un mandril tenga el culo de color violeta.

—Idiota.

—¿Qué? Estás jodida, en sentido literal y figurado. —Me guiña un ojo el muy canalla. Apuesto a que con ese gesto se las traía a todas de calle.

—No digas tonterías.

Me sonrío justo antes de meterse un pezón en su boca y desde ya sé que no, no son tonterías. Estoy jodida y feliz de estarlo.

CAPÍTULO 32

Abril, la salvadora

ASIER

—Los canelones recalentados están aún más buenos. En serio, no es por consolarte, pero mi madre siempre dice que la comida de un día para otro es la mejor.

Abril, sentada sobre la encimera de la cocina, devora un plato de canelones. No la he dejado almorzar, ya me entendéis. La cosa se nos ha ido un poco de las manos y hemos terminado una sesión de sexo y empezado la siguiente. Es como si con Abril nunca tuviese suficiente, como si siempre tuviese hambre, como si no me saciara de ella jamás.

—Me alegra porque la siguiente opción es hacerte un sándwich de pavo y queso.

—Me hubiese valido también —me consuela.

Sin habernos acabado la comida, suena la puerta de casa.

Abril lleva mi camiseta y sus famosas bragas de búhos. Lo de la ropa interior de esta chica no es normal, la verdad, pero que sepáis que me fascina, me vuelve loco y me pone cachondísimo. A ver si estoy empezando a desarrollar un fetiche con los animales.

—Voy a ver quién es.

—¿Esperabas visita? —me pregunta.

—No, la verdad es que no.

Me acerco a la entrada y, cuando abro, me encuentro a Aitor tras ella. Trae algo en una bolsa y prácticamente empuja la puerta. Coloco mi mano en su pecho y frena sus pasos.

—No estoy solo.

—Lo sé, por eso estoy aquí. He venido a verla a ella. No te pongas celoso, pero en este momento me interesa bastante más que tú.

Me mira sin camiseta y finge una arcada. La carcajada sale de forma espontánea.

Pasamos al salón y veo que Abril no está por allí.

—Espera aquí.

—Dile que se vista, no quisiera que se enamorase de mí y te dejase a la primera de cambio.

—Eso no va a pasar. —Otra carcajada y esta vez por lo que ha dicho mi chica.

Sí, tras esto, después de todo no pienso dejarla escapar.

Tengo que confesar que, cuando hizo mención a su hermano en la cocina, entendí todo. Es como si hubiese encajado a la perfección y lo que le expuse es completamente cierto. No pienso forzarla a que hable conmigo de nada que no quiera. Es su pasado, su hermano murió y hay heridas que tardan mucho en sanar.

—Menos mal, no quería ser yo el motivo de que rompáis.

Tomamos asiento en el sofá, y Aitor ocupa uno a nuestro lado. Abril coloca sus piernas sobre las mías en una posición de lo más natural, como si fuese lo normal entre nosotros, como si no fuese la primera vez. Como si hubiese estado aquí, justo aquí, toda la vida.

—Tú dirás —suelta Abril.

Observa la bolsa que Aitor ha dejado sobre la mesa y me encargo de ella.

—Necesito ayuda con Chlóa.

Mientras coloco unas rosquillas en un plato, y unos profiteroles en otro, observo el panorama en cuestión.

Abril, desde luego, no se esperaba esa propuesta.

Dejo todo sobre la mesa y, en esta ocasión, la arrastro hasta que la coloco entre mis brazos. No pienso desperdiciar ni un solo momento con ella, os lo digo ya.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Abril, sabes cómo es Chlóa, la conoces mejor que yo, mejor que cualquiera de los aquí presentes y eres consciente de que está huyendo de mí.

No le veo la cara, sin embargo, se tensa entre mis brazos.

—¿Y qué te hace pensar eso?

Aitor cruza una mirada conmigo y sé de inmediato que le va a soltar lo mismo que a mí hace dos noches ante una taza enorme de café. Y eso es justo lo que hace.

—¿Sabes que estoy metida en un jaleo muy gordo por conspirar en torno a Carmen? Si ahora también actúo de esa manera con Chlóa..., acabaré sin amigas —farfulla.

—¿Qué? Yo de Carmen no sé nada. —Yo sí. ¡Ja!

—O puedes devolverle su propia medicina —apunto en tono conspiratorio—. Piénsalo, no podrá reprocharte nada porque es justo lo que ella hace con Carmen. Estaría muy mal que te recrimine algo por tu forma de actuar cuando ella ha sido la primera en hacerlo.

Abril me observa con atención, siento cómo los engranajes de su cabeza se mueven y se mueven. Está valorando todas y cada una de las opciones.

—En eso tienes razón.

—Por supuesto que la tengo.

—Sea lo que sea que sucede con Carmen, la tiene —secunda Aitor, obvio, porque le interesa, mi amigo tonto no es—. Necesito que entienda que para mí es importante, que no tengo miedo a aventurarme en una relación con ella y que no debe tener miedo ella tampoco.

—En eso no estoy de acuerdo, no creo que lo que tenga es miedo, es solo que está fuera de lo que hace habitualmente y la hace sentir insegura. Y Chlóa jamás se siente insegura. Es la tía más segura del mundo, solo que con lo que ella controla.

—Sabes que en este mundo nada se puede controlar del todo, ¿verdad? —pregunta Aitor.

—Yo sí, ¿y ella?

—No pienso desistir porque sé que le gusto, si no fuese de esa forma, sé que me lo haría saber, porque Chlóa no es de las que se andan con chiquitas y conmigo es un sí, pero no. Y me gusta, Abril, me gusta mucho —le cuenta.

Mi chica se incorpora y se acerca a él.

—Vale, te ayudaré, ahora bien, si pasa algo, le diré que he actuado bajo coacción porque Chlóa es una tipa dura y no quiero que me mate y tire mi cadáver por ahí.

Lo que pensaba que iba a ser una visita corta, se ha alargado de tal manera que los canelones que sobraron acaban en la barriga de mi amigo, que da buena cuenta de ellos, fríos y todo.

Trazan varios planes por si van fallando todos y algunos son tan ridículos que siento vergüenza ajena.

Para cuando Aitor se marcha, yo tengo que irme a casa de Alicia también. Como cada noche, siempre que puedo, me acerco a contrale un cuento a mi hija y es algo que no quiero perder.

Me despido de Abril en la puerta de su casa, nos besamos con ternura y entro en la parcela de Alicia. Iris me recibe con los brazos abiertos, lanzándose a los míos, y me siento tan afortunado

de tenerla que no os hacéis una jodida idea.

—Papá, has venido, pensaba que ibas a entretenerte con mi profe y que esta noche no habría cuento.

—Vendré siempre que pueda —le explico mientras me arrodillo frente a ella. Le coloco el pelo tras la oreja y sonrío.

—¿Es tu novia, papi? ¿Mi profe es tu novia?

Alicia está apoyada en el marco de la puerta de la cocina y, a pesar de que le dije a Abril que no me preocupaba mucho cómo le sentase a Iris la noticia, tengo un batiburrillo de nervios en mi estómago.

—Ven, vamos a hablar —le pido.

Nos encaminamos hacia el salón y nos sentamos en familia, los tres, porque eso es justo lo que somos, una familia, para lo bueno y para lo malo.

Iris me mira expectante, y Alicia me sonrío para infundirme calma.

—A papi le gusta mucho tu profe, Iris. Pero no porque sea tu profe, sino porque es una chica genial.

—¿Y mami no es genial? Porque mami no te gusta.

—Mami también lo es, Iris, lo que sucede es que ni mami ni yo nos queremos de esa forma en la que se quiere una pareja.

—Lo que papi quiere decir, Iris, es que siempre nos vamos a querer mucho porque somos una familia, sin embargo, no hay amor romántico entre nosotros, no como se tienen que querer los novios.

—Mami, ¿y tú no vas a enamorarte de alguien? Papi quiere a mi profe, ¿y tú?

—Papi está loco por tu profe —matizo—. Y espero que tu profe también esté loca por papi. —Me río.

Iris me mira, asiente y aguarda la respuesta de Alicia.

—Iris, cariño, mami tiene que explicarte algo. —Veo a Alicia tragar con fuerza porque sé que está nerviosa, tensa y que no sabe cómo va a reaccionar Iris.

—Lo hemos hecho bien —le repito para que entienda a lo que me refiero.

—A mami le gusta alguien, alguien que pronto te presentaré y me hace feliz, por ahora me hace muy feliz.

No le da nombre, no le explica quién es, solo sé que, con esto que le hemos contado hoy, ya es más que suficiente.

Mi hija nos observa, su cabeza viaja de uno a otro. Por un momento me temo lo peor y que su reacción no sea la esperada, porque, joder, me mataría que no se alegrase, porque necesito que Iris sea feliz con cada decisión que Alicia y yo tomemos, y mucho más con una como esta.

—Entonces..., ¿voy a tener hermanitos?

Oh. Joder.

—Iris, cariño —intercede Alicia.

—¡Y un pato! Porque a Abril le encantan los patos, que su abuelo me lo ha contado, por fin voy a tener un pato —grita, aplaude y corretea en círculos alrededor de nosotros—. Mis compañeros de clase se van a morir de envidia cuando sepan que Abril también va a ser mi mamá. —Alicia palidece por momentos, me huele a desmayo—. Y papi también es feliz y mami también lo es. ¿Podré llamarla mamá?

Abril. Se. Desmaya.

—Cariño —interviene Alicia intentando apaciguar su excitación—. Es mejor que no digas nada en el cole hasta que papi y Abril lo hagan oficial.

—Pero yo quiero decirlo ya, me muero de ganas de verlos morir de envidia.
—Iris —contrataco—. Tiene que ser nuestro secreto.
La palabra secreto siempre surte el efecto deseado.
—Porque Abril quiere que aún no se sepa.
—Shhhh. Soy la mejor guardando secretos. No he contado nada de lo que Lázaro me dijo.
La observo perplejo.
—¿Y qué es?
—Nada. Es un secreto. Los secretos no se cuentan, papi.
—¿Tú sabes algo? —le pregunto a Alicia.
—No tengo ni la más remota idea.
Miedo me da, de verdad. Miedo me da.

—Por fin has admitido que te gusta, que te gusta mucho. ¿Qué te costaba? ¿Acaso no te das cuenta de que te estremeces ante su presencia desde que la tocaste por primera vez? Desde que se tiró por la barra y la ayudaste.

—Recuerdo a la perfección ese día y recuerdo sus bragas. Esclarecedor. Jamás lo olvidaré.

—Sabes que te haces el duro, pero, en el fondo, te gusta tanto como a mí.

—Me gusta lo ingeniosa que es. Y no hablemos de otras cosas porque te sonrojarías y no es mi intención.

—Se complementan a la perfección. Nos complementa, te cueste admitirlo o no, lo hace y lo sabes.

—Lo que tú digas.

—Así me gusta, don racional, que cedas, porque, al final, siempre caes. Vas de tipo duro y siempre caes.

—Es tu culpa, no has parado de contarme cosas buenas de ella.

—No, amigo, te equivocas, solo te he hecho ver la realidad, esa que siempre te empeñas en esquivar.

—¿Y la realidad es...?

—La realidad es que estás tan loco por ella como lo estoy yo. Solo que a ti te ha costado más admitirlo. Sin embargo, ha valido la pena, amigo, siempre vale la pena. El amor la vale.

—El amor... Qué palabra tan corta para todo lo que encierra, ¿podemos charlar sobre ella?

—Por supuesto, estoy encantado de darte lecciones de amor, amigo mío. Prepárate, porque no pienso callarme durante horas.

CAPÍTULO 33

Conspirando

He quedado con Chlôe sin avisar a Carmen. Ahora mismo soy como un capo, pero con falda y bragas de leopardo. Inquietante, lo admito.

Mi abuelo y yo hemos decidido compartir una botella de vino dulce en el jardín, aprovechando el buen tiempo y que mamá y papá han ido al supermercado. Mucho me temo que van a traer comida para parar un regimiento, como si Asier no fuese bombero, sino..., no sé, un tipo que solo piensa en comer y que no se sacia jamás.

Qué sucio me ha sonado esto, por favor.

—Tu madre no le ha contado nada a tu padre de la cena. He estado a esto —dice, me muestra el dedo pulgar e índice y me señala un espacio minúsculo entre ellos— de soltárselo. Voy a disfrutar como un enano de esa cena. Y luego se la contaré toda a Alicia, que está deseando saber los detalles.

Observo la casa de al lado por si están deambulando por el jardín como otras tantas veces. En esta ocasión, no hay nadie, al menos por fuera.

—A papá no le va a sentar bien nada de esto.

—¿Y?

—Ya, a ti te da igual porque te cae mal. —O finges que te cae mal, claro.

—Te equivocas, mi respuesta no va enfocada a lo que pueda sentir por tu padre, nada de eso. Mi intención es la de que entiendas que él ha hecho su vida y a ti te toca hacer la tuya. Sin tener en cuenta nada de lo que ellos piensen.

—No es tan sencillo. —Suspiro—. Es mi padre, no quiero decepcionarlo. Hemos sufrido y nos hemos unido. Y Asier es bombero.

—¿Y qué más da la profesión? —Parece exasperado.

—Abuelo... ¿Y si le pasa algo? ¿Y si lo pierdo como a Marcos? —Recuerdo las palabras de Carmen cuando me confesaba que, si al final no era Emilio, se hundiría. Es justo mi miedo, hundirme en un profundo abismo por culpa de otra pérdida.

—¿Y si me muero mañana? ¿Y si me atropella un coche? ¿Y si me tropiezo y me parto el cuello? ¿Y si me caigo en la bañera y me quedo tonto para siempre?

Joder con mi abuelo y su forma de contratacar.

—Tonto eres ya —bromeo.

Suspira y me tiende la mano con la botella sujeta entre ella. A morro, bebemos a morro, como con las chicas. Como colegas que se pillan cogorzas sucias.

—Quiero que entiendas lo que te estoy explicando.

—Me ha quedado claro. No hay nada escrito —sentencio llena de vehemencia. Aunque del dicho al hecho..., ya sabéis.

—En efecto. Pueden pasar miles de cosas y ninguna vas a poder controlarla porque no depende de ti. Es más, incluso las cosas que dependen de ti puede que no las tengas bajo control

porque hay mil factores que afectan a ello, ¿me explico?

—Claro como el agua.

—Pues eso.

Sí, vale, que la teoría está genial, que entenderlo lo entiendo y lo razono, que sé lo que hay que hacer, pero, luego, la realidad es que siento un bicho ahí dentro, en mi cabeza, que conspira contra mí y me dice que no todo es así, que es mejor mantener las distancias, que, si no te enamoras, no pierdes; si no te encariñas, no duele, y si vas sin expectativas, pues las cosas resultan más sencillas o, bien, podemos tener claro que, si pensamos que todo va a salir mal y no es así, será cojonudo, porque nos sorprenderá si todo es maravilloso y divino. La cabeza, joder, que la cabeza nos mata lo mires por donde lo mires.

—Oye, abuelo. —Bebo a morro y le tiendo la botella a él para que haga lo mismo—. ¿Qué hablabas con Asier ayer aquí?

—¿Yo? No sé de qué me hablas. —Vaya mentira cochina.

—No me jodas.

—Esa boca, niña —me reprende.

—En serio —lloriqueo.

—Me cae bien, es eso. Solo quiero que sepas que me cae bien, que tienes mi beneplácito y que, pase lo que pase, yo te apoyaré.

¿La verdad? ¿Os confieso la verdad? Me vale, aunque no sé si asentís por eso de que no os veo. Sé que mi abuelo hará lo que haga falta para hacerme sentir mejor porque esto ha sido así siempre. Con Marcos, conmigo, con toda la familia, incluso con mi padre. Ha estado y estará para nosotros, y nosotros para él, porque eso es lo que hace la familia, estar, sin más.

—¡Ya ha llegado el alma de la fiesta! —Cómo no.

—Me parece que tu amiga ya está aquí —ironiza mi abuelo—. Y que no se ha enterado media calle —sigue con la broma.

Mi abuelo se incorpora, y Chlóa se acerca, le da dos besos y un abrazo y se tira en su silla.

—Eyyyyy —grita de nuevo mi amiga.

—El día que se repartió la cordura, ¿tú dónde estabas?

—Se la dejé toda a Carmen —bromea.

—Yo mejor me marchó. Pasadlo bien y recuerda lo que hemos hablado, Abril.

Mi abuelo se va casi sin hacer ruido y se lleva la botella con él. Faltaría más.

—¿Qué habéis hablado?

—Es secreto.

—Me gustan los secretos. —Y tanto que le gustan, menos cuando está ella de por medio.

—Hemos estado hablando de Asier y bueno, ya sabes, de nosotros, del miedo que me da que sea bombero...

—¿Necesitas que te recuerde los motivos por los que dejarse llevar? Los de Carmen molaban, pero el mío era la monda redonda.

—Chlóa... Primero, no, no necesito que me los recuerdes porque los tengo grabados aquí. —Me señalo la frente de lado a lado, joder, ¿tengo la frente tan larga? Parece una pista de aterrizaje—. Segundo, de Carmen tenemos que hablar.

—Uy, ¿esto ha sido una encerrona para que tengamos una conversación seria y trascendental?

—Sí. —¿Para qué esconderme? Lo que es es—. He leído la nota. Todas. Con esta última te has pasado veinte pueblos.

—No digas chorradas, es la mejor de todas. He visto a Carmen, está diferente.

—Lo está porque cree que es Emilio y no baraja ninguna posibilidad de que seas tú. ¿Lo

pillas?

—No va a enterarse.

—Permíteme que sea escéptica con este tema. —De nuevo, apoyo mis piernas en la misma maceta que cuando hablé con mi padre hace ya semanas. Joder, si es que parece que ha llovido mucho y no fue hace tanto.

—Vamos a prepararles esa cita y listo.

—Vale. En el hipotético caso de que acudan los dos, y que no haya ningún rollo raro, ¿cómo vas a hacer para que no hablen del tema?

—A mí me la suda que hablen del tema —concluye. Los cojones.

—No es tan fácil.

—Joder, Abril, a todo le pones pegas. Pensaba que cuando follases con el bombero la cosa se iba a calmar.

—¿Quién te ha dicho que he follado con él?

—Tu cara, tu cuerpo, lo reluciente que tienes el cutis. No me jodas, no me vayas a mentir.

Me exaspera, de veras, a veces siento ganas de matarla de verdad, sin exagerar ni nada.

Aitor la tiene que querer mucho porque a cansina no la gana nadie. Que sí, que todos tenemos lo nuestro y no somos perfectos y válgame Dios que quiera serlo porque no es así, sin embargo..., ¿de ahí a ser tan intensa como lo es ella? Me muero.

—Dejemos ese tema a un lado y retomemos lo de Carmen.

—Yo no quiero dejar ese tema a un lado.

—Quieres —refunfuño.

—Porque tú lo digas.

Suspiro, me incorporo y camino sobre los guijarros.

—Chlóa, se van a enterar y va a haber un conflicto porque, en cierto modo, hemos traicionado a Carmen.

—No la hemos traicionado, no hay que ser tan radical, le hemos dado un empujoncito.

—Cuando hablen en esa cena y ambos sepan que han estado recibiendo cartas del otro y ese otro... —Sí, ya sé que parece un trabalenguas—. Cuando le explique que no ha escrito dicha carta, tú me dirás.

—Aunque eso pase de esa forma que cuentas, no tienen por qué saber que he sido yo, joder, que se cae de maduro. Nos haremos las locas.

—Mentiremos.

—Es una mentira piadosa.

No estaba del todo segura con lo de Aitor, pero esta forma de actuar de Chlóa hace que me entren más ganas de fastidiarla porque se pone intransigente y pierdo la paciencia, esa que tengo a raudales por eso de trabajar con niños de cinco años. Pues tal que así.

—Vale. Me desvinculo del tema, no quiero saber nada.

—Eso dices tú, no obstante, Carmen te va a seguir contando las cosas. Indirectamente estás jodida y pringada.

Maldita. La odio con todas mis fuerzas. Que son pocas porque en el fondo la quiero. Y quiero que se fastidie con lo de Aitor, eso también.

Vamos, que va a tomar de su propia medicina la chiquita.

—¿Cuál es el siguiente paso? —Total, de perdidos al río.

—La cena. Vamos a organizarle la cena.

Pues parece que de cenas va la cosa, sí.

CAPÍTULO 34

La primera cena

V iernes por la noche. Cena. Asier. Mi casa. Mi madre. Mi padre. Mi abuelo. ¿Algo más que añadir? Porque me tiembla hasta la raya del pelo. Ese es el nivel.

Asier me ha enviado algunos mensajes para infundirme calma y eso que no sabe de la misa la mitad. Ni siquiera sé si mi madre le ha contado a mi padre algo del tema porque he intentado evitar cualquier tipo de conversación que implicase que saliese su nombre a la palestra. Como veis, soy tope de valiente.

Desciendo las escaleras con el temor recorriendo cada centímetro de mi cuerpo.

Mi padre me va a matar y con razón porque, bueno, por todo eso que ya sabéis y que os he contado.

Cuando entro en la cocina, me sorprende ver la mesa puesta para cinco. Porque, antes de que todo explotase, era así. Cinco, eso es lo que hemos sido durante mucho tiempo.

Mi madre está colocando varias bandejas sobre la mesa y veo las copas y una botella de vino blanco con ese hielo alrededor que mi abuelo compró en Amazon, seguro que el día del prime, conociéndolo...

—¿Necesitas ayuda?

Mi madre alza la vista y me sonrío cuando me mira de arriba abajo. Me he puesto un sencillo vestido blanco, vaporoso, sin grandes pretensiones ni nada y me he asegurado de ponerme unas bragas que no sean horteras.

—Está todo controlado y debo añadir que estás guapísima. Y nerviosa, cuando te pones nerviosa, se te nota.

—Lo estoy, no te voy a mentir.

Sujeto las servilletas que estaban sobre la encimera y me dedico a colocarlas mientras mi madre saca un pescado enorme del horno.

—Espero que no se retrase, no me gustaría que se quedase la comida fría y tener que recalentar. El pescado pierde mucho si no está recién hecho. Y también confío en que le guste el pescado.

—Ahora mismo, la que parece nerviosa eres tú —confirmo.

Le doy un fugaz abrazo a mi madre y nos separamos rápido porque la puerta suena en ese momento.

—Nos hará falta vino dulce. —Mi abuelo irrumpe en la cocina y se acerca al mueble, lo abre y saca una botella que me enseña antes de guiñarme un ojo.

—Ya voy yo —me adelanto.

De mi padre no sé nada, lo mismo ha pillado un avión y se ha largado a algún sitio paradisiaco.

Cuando abro la puerta y me encuentro a Asier plantado frente a mí, con sus manos en los bolsillos, un vaquero desgastado y roto y una camisa gris de algodón —qué le gusta el algodón a

este hombre. Y a mí, joder, a mí también—, bueno, cuando lo observo tan guapo, tan él, tan... todo lo que me hace sentir cuando estamos juntos, se me olvida hasta mi nombre y dónde vivo.

—Hola, Conejita. ¿Ves algo que te guste? —Maldito canalla. Sonríe por inercia, aunque es probable que estuviese sonriendo mientras le estaba dando el repaso del siglo. Me acerco y lo abrazo—. Veo que me echabas de menos, aunque sé que no tanto como yo a ti.

Coloca sus manos alrededor de mi cintura y me aprieta contra su pecho. Me pongo de puntillas para llegar al hueco entre su cuello y su hombro y me quedo ahí, en el mejor sitio del mundo.

—Te he echado de menos y no me avergüenza admitirlo —suelto sin más.

Un leve carraspeo hace que nos separemos. A pesar de ello, Asier se encarga de que nuestros dedos sigan unidos.

—Papá —musito.

De inmediato, todos esos nervios regresan en tropel. Como una estampida en mitad de la selva.

—Buenas noches —saluda. Al menos no ha perdido la educación.

Asier se adelanta y le tiende la mano, que no duda en apretar.

—Veo que sigue fuerte —bromea mi chico.

—Y gordo, ¿has visto lo hermoso que está? He pensado en alimentarlo de más y comérmolo en Navidad. —Sí, mi abuelo ha hecho su entrada triunfal.

—Abuelo... —le advierto. Eso sí, escondo la sonrisilla porque el chiste ha sido bueno.

—¿Qué? Encima calvo, es todo un partido —insiste.

Mi padre murmura algo sobre que los viejos son los primeros en casarla y que lo mismo no llega ni a Navidad y entonces sí me río porque esto es lo que somos y veo que, pase lo que pase, nada cambia. Y me alegro, de verdad, me alegro.

—¿Me has traído lo que te pedí? —inquieta mi abuelo acercándose.

Asier señala a un lado y ahí hay una caja de una paquetería que desconozco.

—¿Qué coño pasa aquí?

—Tu novio y yo hemos estado haciendo un trato de nada. No puedo comprar armas, no las venden en Amazon y me gustaba una espada, una de edición limitada.

—¿Has comprado una espada para mi abuelo?

—He nacido para complacer. —Directo a mi entrepierna; sí, señor.

—A mí, desde luego, me has complacido y estoy seguro de que a mi nieta también. Ven aquí y deja que te vea.

Mi abuelo, ese que voy a eliminar de la familia, comienza a tocar los músculos de Asier, que no pone reparo alguno, es más, no solo se deja, sino que los contrae para parecer más fuerte. Debería parecerme inquietante este momento, sin embargo, me excita porque está todo fortachón y todo *buenorro* y es una combinación explosiva. A ver quién sería la guapa que evita estos pensamientos estando aquí frente a él. Os digo ya que ninguna. Todas como yo.

—¿Una espada? —insisto.

—Qué le vamos a hacer, tu abuelo es obstinado cuando quiere. —A mí me lo vas a contar.

—A Carmen le he encargado otra cosita de nada, pero esa la dejamos para otro día, cuando la tengamos. —Nos guiña un ojo y se marcha con su caja tan pancho. Como si en ella no llevase una espada.

—¿Dónde coño has conseguido una espada?

—Una espada centenaria —me corrige—. Tengo contactos, ya sabes, coleccionistas y esas cosas. Tu abuelo el otro día me explicó que estaba buscando una y dio la casualidad que yo sabía

dónde la podía encontrar.

—Sabes que te lo has ganado para toda la vida, ¿verdad?

—Joder, eso espero, porque no ha sido fácil. He hecho muchas llamadas y esas llamadas, a su vez, han hecho llamadas. Eso le ha costado un ojo de la cara.

—Mi abuelo es muy raro.

—Raro, pero mola, en serio, es la caña —apunta Asier.

Lo es.

—¿Preparado para cenar? —O para la inquisición, lo que sea.

—Yo nací preparado, Conejita. —Me guiña un ojo, me derrito y nada, nos encaminamos a la cocina como si esa escena surrealista no se hubiese dado.

Mucho me temo que mi madre ya ha puesto al día a mi padre, que me observa desde que pongo un pie en la habitación. Está apoyado en la encimera, tiene los brazos cruzados, el ceño fruncido y la mirada perdida.

Eso es lo peor de todo, cómo mira, cómo me mira cuando lo hace.

—Papá, este es Asier, mi...

—Su novio. —Asier se me adelanta y cuando nos define de esa forma tengo sentimientos encontrados. Por una parte, la felicidad y la tranquilidad de que estemos en el mismo punto y, por otro lado, la decepción que siente mi padre.

Esto es una mezcla explosiva.

—Y yo sin enterarme de nada —apunta sarcástico.

Básicamente, porque lo he estado escondiendo y tal.

—Ha sido todo... —No le voy a mentir, me niego a hacerlo porque jamás hemos actuado de esta manera—. No sabía cómo contártelo sin que te sintieses mal, papá.

Eso parece enternecerlo o es que quiere acercarse para sacudirme como un pollo en Navidad.

—Cariño, no tenemos secretos, pero... ¿un bombero?

—Ese soy yo.

Le dedico una sonrisa forzada a Asier porque este no es el mejor momento para ponerse chulo ni canalla, que a mí me pirra, sin embargo, preferiría que no se lo tomase a la ligera. No sé, que dejase al canalla esta noche aparcado fuera con el coche o algo.

—Ya me he dado cuenta.

—¡A cenar! —grita mi madre.

Tal vez lo haya hecho para que mi padre no suelte alguna de las suyas porque aquí todos tenemos lo nuestro.

Asier es un canalla, pero mi padre es irónico y sarcástico hasta decir basta. En fin, peculiares y todo eso que ya sabéis.

Tomamos asiento y me entra la risa porque... la situación es rara de cojones. Asier, que no deja de sonreír como si estuviese en su salsa; mi abuelo igual, es más, parece disfrutar mucho con todo. Mi madre, que está tensa como la cuerda de un violín; yo, expectante porque no sé cómo va a acabar todo, y mi padre sigue con el ceño fruncido y la mirada clavada en Asier.

Sí, todo muy guay.

CAPÍTULO 35

No pensaba que nada de esto fuese así

—Y, dime, ¿por qué decidiste ser bombero? —Mi padre lanza la pregunta, y yo me atraganto con el pescado.

Me llevo la copa a los labios y bebo. Tal vez ese sea el truco, beber y beber y a tomar viento fresco todo lo demás. Borracha, pero buena muchacha, sí, ese es un buen lema, como el que os conté sobre Chlóa.

«Empezamos fuerte, papá».

—Vaya, esa es una pregunta complicada. ¿Por qué lo decidí? ¿Cuándo? Pues no sabría decirle, lo supe, siempre lo supe. ¿Por qué decidió usted serlo?

—Tutéame —le pide mi padre. Nunca le ha gustado que lo traten de esa forma, es como..., como impersonal—. Siempre lo supe. Mi padre era bombero, mi abuelo lo fue... Supongo que es algo que vas viendo desde pequeño y termina convirtiéndose en un sueño, con seguir la costumbre familiar, con convertirte en lo que ellos son. También fantaseaba con ser tan importante como lo eran ellos, los veía enfrentarse a mil y un problemas y pensaba: «Yo también quiero poder hacer eso, poder ser un tipo duro», ya ves, cosas de niños. Cuando creces, te das cuenta de que no es todo tan bonito ni fantástico.

—Desde luego, porque lo que es el físico no pudiste tenerlo —anota mi abuelo. Mi padre le lanza un trozo de pan y le da en la mejilla.

Agilidad cero.

—Me gustaba ver cómo se enfrentaban a cualquier adversidad, fuese la que fuese. Eran invencibles. O eso pensaba. —Mi padre clava su vista en mí y tiemblo porque sé a lo que se refiere y también sé que no querría por nada del mundo que me enamorase de un bombero—. Nuestro trabajo hace que seamos efímeros. Puede que hoy estés y que mañana no.

Asier me aprieta la mano bajo la mesa. A pesar de que no sabe nada de Marcos, nada más allá de su nombre y su profesión, sé que a su cabeza acude él porque lo mencioné el otro día. O quizá son cosas mías y está recordando a otras personas que haya perdido, todo podría ser.

—Solo las personas que trabajamos en esto sabemos de lo que hablas. —Mi padre asiente—. Yo no seguí el camino de mis padres. Mi madre es ama de casa, y mi padre trabaja en una multinacional, nada que ver. No les sorprendió que eligiese esta profesión, en realidad, ellos solo querían que fuese lo que me hiciese feliz. Es lo que quieres para tus hijos.

—Ya me han contado que tienes una niña, con la vecina de al lado. —«Contado» es el eufemismo del año porque, vaya, estaba presente cuando Iris se coló y se presentó.

—Sí. ¿Y? ¿Qué tiene eso de malo? Porque yo no veo nada negativo en ello —masculla. Me da la sensación de que esa pregunta formulada de esa manera no le ha gustado.

—No me malinterpretes, no es que me parezca mal. Iris es una buena niña, y Alicia es una buena mujer. Aún estoy debatiendo sobre lo que eres tú.

—Me vale con lo que piensas de ellas porque ambas son importantes para mí.

Mi abuelo se remueve en su silla, y a mí me ha encantado su respuesta.

—Eso te honra.

—Me he mudado a este pueblo por ellas, sobre todo por Iris, no quiero perderme nada. No quiero dejar de verla crecer, madurar, encontrar amigos nuevos, salir, que me pida consejo y que encuentre pareja, tal vez al amor de su vida.

Mi padre asiente, presiento que también le ha gustado la respuesta y que, aunque quiera parecer lo contrario, Asier le está sorprendiendo, tal y como me pasó a mí en su día. Las apariencias engañan, pero eso ya lo sabemos, ¿no?

—¿Y piensas quedarte? Es decir... —interviene mi madre.

—¿Sabéis lo que me ha pasado? —Asier toma carrerilla—. Que me ha sorprendido, no esperaba para nada todo esto y tampoco esperaba encontrar a Abril. —Sí, esa soy yo. Me sonrojo ante su sinceridad y por soltarlo así, sin dudar, frente a mi familia. Me siento muy afortunada—. Por lo pronto, no pienso irme a ningún lado siempre que ellas estén aquí, siempre que Abril quiera estar conmigo. —Me derrito, de veras, ese charco de babas en el suelo soy yo.

—Pues estupendo. —Aplaudiva mi abuelo justo antes de rellenar su copa de vino y tragar.

—Papá, deberías dejar de beber.

—¿Por qué? Esto cada vez se pone más interesante.

—No me gustan los bomberos —suelta mi padre. Es como si llevase un rato queriendo soltarlo y se haya estado conteniendo.

No veo que se ponga interesante como indica mi abuelo, no, la verdad.

—Pues, para no gustarte, has sido uno de los nuestros —replica Asier. Que le plante cara me satisface.

—Mi hijo murió en un incendio. —Mierda. Ahogo un grito. Mi madre no lo hace.

—Consecuencias de nuestro trabajo y lo sabes.

Me tensa, no me gusta nada este camino. Mi abuelo sigue bebiendo. Yo debería hacer lo mismo.

—Nos rompió. Nos rompió por completo.

Bajo la vista porque todo eso es real, porque su pérdida lo fue, porque mi madre se convirtió en una sombra, porque todos nos fracturamos y, en ocasiones, fingimos que ya eso no sucede, pero sí que lo hace.

—Pepe, no —le advierte mi madre ahora más recompuesta.

—Si te pasa algo, mi hija va a sufrir. A sufrir de nuevo. —Alza la voz, suena a recriminación. Odio esto. Lo odio.

—No tenemos el control de lo que pasará mañana. Luchamos por regresar sanos y salvos. Bien sabes que no somos de los que anteponemos nuestro bienestar por el de los demás. En teoría, tenemos que dejarnos la vida ahí si es necesario, salvando a las personas.

Mi padre chasquea la lengua, y yo solo tengo ganas de vomitar, una vez más, siento esa incomodidad, ese malestar, esa angustia que sentí por fuera del parque de bomberos porque todo eso, todo lo que cuenta, es real. Porque esa parte de mí que tiene miedo sigue ahí, apoderándose de todo, susurrándome que puede pasar algo malo, olvidándose de los motivos por los que debería estar con Asier.

—Esa es la primera norma, sí, pero... ¿quién enseña a las familias lo que supone una pérdida?

—¿Y quién nos prepara para morir? —Aguarda por si mi padre quiere responder. No lo hace—. Nadie —sentencia Asier llevándole la contraria a mi padre—. No nos enseña nadie.

Dejo caer el cubierto sobre el plato y hace un ruido estrepitoso. Echo la silla hacia atrás,

arrastrando las patas y me levanto. Se acabó.

—Hacía falta más vino, os lo he dicho —rezonga mi abuelo, que también se pone en pie cuando se percata de mis intenciones.

Mamá sigue estupefacta, como si fuese una marioneta y no tuviese alma, como si de pronto estuviese vacía.

Abandono la cocina y los dejo allí sentados. Solo me provocan náuseas. No es mi padre ni tampoco Asier, es el ataque que se lanzan y las consecuencias que tiene sobre mí. Porque sí, porque nunca se supera una muerte, aunque les intente demostrar que es de esa forma, solo aprendes a vivir con la ausencia y con el dolor y a fingir, a eso también aprendes. Marcos sigue ahí, sigue doliendo, sigo echándolo de menos cada puto día, y eso es inquebrantable.

Salgo a la calle y me siento en la acera, al lado del coche de Asier. Escondo mi cabeza entre las manos y respiro, intentando llenar mis pulmones de aire, de todo el que he perdido en esa cocina, en esa cena. Actuando de la misma forma en la que lo hice cuando puse un pie en el parque de bomberos dos años después.

Siento la presencia de Asier antes de que abra la boca.

—Sabía que este era un plan de mierda —le suelto sin dudar—. Mi padre nunca ha sido muy protector conmigo, es decir —rectifico—, siempre lo ha sido, pero nunca se había comportado de esa forma, con nadie.

—Abril... —Toma asiento a mi lado y me coloca la mano en la cintura, atrayéndome contra su pecho. Me los imagino dentro, discutiendo. Mi abuelo increpando a mi padre, y mi madre intentando apaciguar los ánimos, y sé que, pase lo que pase, este no es un buen momento para hablar con él y tampoco para que hable conmigo porque nos parecemos más de lo que queremos admitir y estamos enfadados. Los dos—. Apenas sé nada de vuestra historia, desconozco lo que sucedió, ahora bien, si tu hermano falleció trabajando, sí que puedo llegar a comprender lo que siente tu padre, tu familia y lo que sientes tú. Es normal y yo no se lo tengo en cuenta.

Elevo la mirada y clavo mis ojos en él.

Me he enamorado. Me he enamorado del chico de las camisetas de algodón, del bombero canalla y del chico transparente. Del amigo, del padre, de la pareja.

—Te quiero —declaro sin más—. Asier, creo que te quiero —puntualizo.

Aguardo a que el miedo, el susto, la sorpresa o el asombro se reflejen en su semblante. Tal vez este no sea el mejor momento para confesarlo, no tras una disputa familiar como la que hemos vivido hace minutos. Puede que fuese mejor haberlo hecho mientras estábamos tumbados en la cama, tras hacer el amor o en la sala, en cualquier lugar, el que sea, sin embargo, he sentido la necesidad de confesárselo porque quiero que lo sepa. Necesito que lo sepa. Porque eso es lo único que importa, hay que saber verbalizar las cosas cuando empujan para salir. Nunca jamás hay que callarse un sentimiento tan bonito y profundo como este.

Tal vez haya tenido que darse esta situación para darme cuenta o para admitirlo, para saltarme a la torera todas mis normas de mierda. Marcos estaría orgulloso de mí. Lo sé.

La comisura de su labio se alza, al principio fugaz y, posteriormente, con fuerza e intensidad. Mi corazón late acelerado con ese sencillo gesto y siento ganas de llorar.

—No pienso joderla soltando algún comentario absurdo de esos que tanto me gusta soltar. Solo te diré que yo también te quiero, Abril, te quiero mucho antes que tú a mí y es probable que te quiera mucho más tarde, porque esto que siento será para siempre.

Nos besamos por fuera de la puerta de mi casa, como en las películas, como en esos cuentos de hadas con los que sueñas cuando eres niña y yo solo os puedo decir que esto es mejor que uno de esos cuentos porque es real.

Lo que sentimos es real y eso es lo único que me importa.

CAPÍTULO 36

Su historia

ASIER

Me descalzo desde que entramos en mi casa, necesito que ese frío suelo me calme tras todo lo que hemos vivido hoy. Sentir cada paso que doy en dirección al futuro que queremos compartir, el futuro que planeo con Abril.

Prácticamente no nos hemos soltado desde que nos confesamos nuestros sentimientos sentados por fuera de la puerta de su casa. Perdí la noción del tiempo con el segundo beso. Con el tercero, desapareció la poca cordura que tenía. Con el cuarto, sabía que estaba haciendo lo correcto. Con el quinto, tuve claro que ella era mi casa. Mi hogar. Con el sexto, sabía que no me iría nunca de su lado.

Y, desde siempre, he sabido que quiero hacerlo bien con ella, todo lo bien que pueda. Por eso me he limitado a darle tiempo para que sea ella la que tome las riendas, para que me entregue lo que quiera, y eso es lo que aceptaré, como si de migajas se tratase.

—Marcos murió en un incendio hace dos años. Estaba en una fábrica en las afueras del pueblo. Y, desde entonces, una parte de mí murió con él. O tal vez morimos todos un poco, aunque no lo sepamos. He llegado a la conclusión de que, cuando alguien a quien amas muere, tú también lo haces en cierta manera.

»Nos llamaron de madrugada, mi padre había cambiado su turno esa noche porque habían inaugurado el bar de Fermín. Lo habían reformado y prepararon una fiesta de reapertura. El pueblo se volcó, y ellos no podían faltar. Tal vez, si mi padre hubiese ido esa noche, los habríamos perdido a los dos. No lo sé, nunca se sabe —pronuncia con la voz desgarrada.

—Mejor no pensar en eso —la consuelo apretándola contra mi cuerpo. Quiero que me sienta, que sepa que estoy aquí, que entienda que no me voy a ir jamás—. Porque el destino es caprichoso como él solo, ya lo sabemos.

—Estábamos con Fermín, y mi padre salió porque no se escuchaba nada con el alboroto. Lourdes, la madre de Chlôe, estaba sobre la barra imitando a las chicas de la película esa. —Sonríe al recordarlo, pero esa sonrisa no brilla ni una cuarta parte de lo que suele hacerlo por norma general—. Mamá y yo salimos al rato porque no regresaba y pensamos que había aprovechado para largarse porque a mi padre no le va mucho la marcha, ya lo has visto, es serio. Obviamente, no fue así.

»Supe que algo malo había sucedido incluso antes de que abriese la boca para contárnoslo —sigue explicándome—. Tuve un mal presentimiento, no sé, una corazonada. «Marcos...». Ni siquiera terminó la frase y sabíamos las palabras que seguían.

»Mi madre se derrumbó. Mi padre cayó con ella, y yo..., yo no recuerdo mucho de los dos días siguientes a esa llamada. Es como si los hubiese visto desde fuera, ¿sabes? Como si hubiese encendido el televisor, hubiese puesto una película y fuese una mera espectadora. No quería estar allí, solo quería apagar la tele y volver a ver a mi hermano. Y no estaba. Ni siquiera me pude

despedir de él, Asier, no pude hacerlo porque cuando entró en su turno ese día yo no había llegado del trabajo. No pude despedirme de él, Asier —repite como una autómatas.

La estrecho con más fuerza y percibo los temblores de su cuerpo, son los mismos que aquel día que se torna tan lejano en la estación de bomberos cuando fue de excursión con los niños, cuando se plantó frente a la puerta y se hizo pequeñita por momentos. Es la misma Abril, indefensa y rota, y yo solo quiero que se recomponga, unir sus pedazos y que deje de dolerle. Porque la quiero, porque la quiero con sus heridas y con sus sonrisas infinitas. Con sus cicatrices y sus fantasmas. Con sus luces y sus sombras. En eso consiste el amor, ¿verdad? En entregarse de manera infinita, en aceptar lo bueno, pero adorar lo malo. En aceptar los besos y coser heridas. En anhelar los abrazos y acariciar cicatrices.

—Mi padre se retiró tras eso porque no soportaba volver allí y que Marcos no estuviese. ¿Sabes? Creo que tienes razón.

—¿Sobre qué?

—Lo que dijiste antes, por fuera de casa. Entiendo que mi padre no quiera que sufra y por ese mismo motivo cuando te conocí te dije que yo no salía con chicos como tú porque si te pasa algo, si te pierdo... No estoy preparada para nada de eso, Asier, de verdad que no lo estoy porque Marcos..., Marcos lo era todo para mí, era mi hermano, mi amigo, mi confidente, y yo te quiero y no estoy dispuesta a perderte a ti también.

Me encantaría decirle que eso no va a suceder, sin embargo, no me tengo por un mentiroso y está claro que no podemos afirmar categóricamente nada porque, como bien dijo su padre, somos efímeros en este mundo, ya no solo por nuestra profesión, sino por el simple hecho de existir, de respirar.

Nuestra cuenta atrás se activa desde el mismo momento en el que nacemos. Suena irónico, no obstante, es la pura realidad.

—No vale la pena pensar en el mañana, es mejor vivir el hoy y disfrutar de lo que tenemos y de lo que sentimos. Tan sencillo como eso.

—Me asusta, Asier, me asusta de verdad no ser capaz de controlar lo que va a suceder.

—Tal vez si hubiese sido así, si hubieses tenido el control de todo, no estaríamos aquí. Puede que hubieses huido, que no me hubieses dejado acercarme, conocerte, enamorarme. Así que doy gracias porque haya sido así, porque no exista control alguno sobre lo que nos rodea y mucho menos sobre nuestros sentimientos.

—Tienes razón, pero el miedo sigue ahí, agazapado, esperando la oportunidad para colarse y abrasarme con sus llamas.

Ya me encargaré yo de apagar ese fuego, lo prometo.

—Abril... —Llevo mis dedos a sus mejillas, encierro su cara entre mis manos y me acerco hasta sus labios, deseoso por besarla, por mostrarle todo lo bonito que tiene esto que vivimos, porque no hay fantasmas que valgan, porque esto que sentimos y que vivimos puede más que todos esos «y si».

Y si sale bien.

Y si tenemos toda una vida para disfrutarla.

Y si nos caemos, pero nos tendemos la mano para levantarnos.

Y si hemos esperado toda una vida para encontrarnos.

—Lo intento, de verdad, lo intento cada día. Igual que lo intenté cuando fui a esa maldita excursión. Llevaba dos años sin poner un pie allí y, cuando me bajé del autobús, lo primero que vi fue a mi hermano por fuera, con sus brazos cruzados, con esa actitud arrogante que las volvía a todas locas y con su media sonrisa, la que amenazaba con borrarle de un puñetazo. Peleábamos

un montón y nos queríamos mucho más. Casi casi como nosotros, que empezamos siendo contrincantes y acabamos siendo aliados, iguales, amantes.

Sus labios de nuevo buscan los míos y nos damos suaves besos. Nos abrazamos en el sofá, en silencio, rumiando nuestras palabras, permitiendo que floten a nuestro alrededor y solo sé que me siento tremendamente afortunado porque ella me haya elegido, porque haya confiado en mí, porque haya comprendido que, pase lo que pase, voy a estar aquí, a su lado.

Con eso me basta.

—Vaya.

—¿Qué tienes que decir ahora, don cerebro?

—No me esperaba nada de esto, desde luego. Nadie debería sufrir de esa forma.

—Por eso soy así, por eso me entrego con el alma y corazón, por eso no le pongo barreras al amor, porque, cuando ese sentimiento llega, lo mejor es entregarse sin límites y sin reservas. Sin buscar motivos, porqués. Solo dejarse llevar.

—Ya lo entiendo todo.

—¿Podemos confirmar que estamos de acuerdo por segunda vez en nuestra vida?

—¿Cuál fue la primera?

—El nacimiento de Iris, ¿lo recuerdas? Eras escéptico, como con Abril, siempre tirando de ser el racional, buscando excusas, alzando barreras, y la viste y lo supiste, supiste que sería lo más importante en tu vida y no te has arrepentido.

—Jamás lo haré. Tengo esa certeza —explica el cerebro.

—Pues eso es lo que te está sucediendo también con Abril, ¿no te das cuenta? Ya no me sueltas cochinas de las tuyas ni utilizas el hambre como justificación cuando te deja sin palabras. Empiezas a asimilar que estás enamorado. Aunque, claro, he sido yo el que ha hablado en esa acera porque si espero por ti... mi pobre corazón hubiese dejado de latir.

—Exagerado.

—No pasa nada, querido amigo, he sido paciente y ahora estamos casi sincronizados, solo te queda un pequeño empujón y serás todo suyo. Como lo soy yo desde el principio.

CAPÍTULO 37

Primer round

—**A** ver, que yo me entere, ¿lo de enviarle notas a Chlóe iba en serio?

—Pues claro, ¿por qué no? —Es justo lo que ella hace con Carmen.

Asier, Aitor y yo hemos quedado en el bar de Fermín para preparar la primera trampa para Chlóe, aprovechando que mi amiga tiene turno esta noche y que no va a pasarse por aquí.

Carmen, tirando de ironía, en una de esas conversaciones en las que le decía a Chlóe que la dejase en paz y que ella actuaría con Emilio como le saliera del toto —cosa que nunca sucedió porque a los hechos me remito—, mencionó algo de empapelar el pueblo con carteles, hacer camisetas con mensajes subliminales y colgar una pancarta en la fachada del parque de bomberos o del colegio y luego está el tema de las notas, y todo eso es justo lo que vamos a hacer. Sí, literal, sin saltarnos ni una sola de las ideas que Carmen largó en el bar hace semanas.

—Porque va a darse cuenta de que es cosa tuya.

—¿Y? Yo lo negaré y se acabó. Una mentirijilla de nada.

Sonríó recordando sus palabras en nuestra última conversación y sí, puede que le enfade o que se moleste, ahora bien, ella se lo ha buscado, además, ¿no estaría muy feo que se enfade por eso que ella mismo hace? Jugar a su juego, vamos, el karma y esas cosas.

—Vale, entonces, le escribo una nota y se la dejo en su casillero en el parque de bomberos.

—O en su casa, en el bolso, en el coche... En cualquier lado que no implique entregársela en mano, Aitor —le aconsejo.

—Porque me matará —indica como si nada.

—Y porque, por ende, me matará a mí también.

—Y no queremos que eso suceda —apunta Asier apretando mi cuerpo contra el suyo.

Aitor finge cara de asco ante nuestro arrumaco y sigue a lo suyo.

—Vale, bien, solo tengo que saber qué escribir.

—Eso es fácil: «Cada vez que te veo, se me acelera el pulso. Pierdo la razón y sé que el motivo eres tú».

Donde las dan, las toman.

—¿No es demasiado cursi?

—Tú escribe eso.

Asier me mira estupefacto.

—¿De dónde ha salido esa frase tan tierna?

—De Carmen, es lo que Chlóe le escribió a Carmen en la primera nota haciéndose pasar por Emilio. —Me carcajeo solo de imaginar su *jepeto* cuando lea la nota. Mierda, en serio, me lo voy a perder y no es para nada justo.

—¿Es una especie de venganza? —Aitor espera a que le responda, ha dejado hasta de escribir el pobrecito.

—No es eso, es solo que... me parece bonito y romántico. —Y vengativo, claro, solo que

esto prefiero no manifestarlo abiertamente.

—Vale, sea lo que sea, no importa. Vale la pena por Chlóe.

Pues sí que le ha dado fuerte al chico.

Me tiende la nota y la caligrafía es pulcra.

—Perfecto. —Le doy el visto bueno.

—Mañana intentaré colarla en el bolso para que no sea tan descarado. Si la meto en su taquilla, sabrá que he sido yo.

Pongo los ojos en blanco.

—A ver, no quiero romper tus ilusiones ni nada de eso, Aitor, pero va a saber que has sido tú. No es que Chlóe reciba muchas cartitas de amor.

—Mejor, no tengo ganas de tener que ir cargándome tíos. Que estoy muy loco, ¿ehh? Muy loco por ella —sentencia luego con ese tono tan romántico que me gana, de veras, me gana.

—Vendrá a buscarte —me suelta Asier.

—Cuento con ello y me haré la loca.

Nos bebemos un par de cervezas más, y Aitor se marcha antes que nosotros.

—¿Una partida? —me pregunta Asier con suficiencia.

—No pienso dejarte ganar, que lo sepas.

—¿Qué apostamos?

—¿De qué hablas? No pienso dejarte ganar.

Asier se descojona en mi puñetera cara.

—Hablabas de hacerlo interesante con una apuesta. Ya tengo tu teléfono y he conseguido un beso. —Recorta la distancia y, cuando creo que me va a comer toda la boca, se acerca a mi oreja —. Y debo decirte que también algo más que un beso. —Me pellizca, y doy un brinco por ello.

—No seas así, eres un tramposo, intentas ponerme nerviosa como cuando jugamos la primera partida. —Nos situamos frente a los dardos y, por supuesto, yo voy directa a los rojos—. ¿Crees que no me di cuenta de que estabas restregando cebolleta?

—¿Tanto se notó? Me moría de ganas de llevarte a ese baño... —Lo señala y abre los ojos—. Se me ha ocurrido algo... —Me guiña un ojo y a mi cabeza regresa la frase que pensé cuando lo conocí: «Te voy a volver jodidamente loca», y es imposible que lo haga más de lo que ya lo ha hecho porque sí, es justo lo que ha sucedido, me he vuelto loca por él.

—Ni de coña —sentencio cuando recorta la distancia y me sonrío malvado.

—El baño, quiero que me acompañes un momento. Tengo una cosa que quiero que veas.

—No seas cerdo. Es el bar de Fermín, mi abuelo juega al dominó en esa mesa de ahí. —La señalo. Asier ni siquiera se gira para mirar.

—Gallina. —Y hace algo impensable, siento vergüenza ajena cuando comienza a moverse como una gallina a mi alrededor, que hace el sonido y todo. Esto es para grabarlo—. Me muero por verte las bragas, Conejita. —Y vuelta la burra al trigo—. Y por quitártelas, por eso también. —Otro guiño de ojo que funciona como un hipnotizante, en serio, siempre supe que conseguiría lo que quisiese con esos ojos grises y, de veras, estoy a nada de claudicar y caer rendida ante él.

—Vale, pero si gano yo... nos vamos y no hay nada de baños.

¡Qué mentirosa soy! Si los primeros pensamientos indecentes que tuve fueron todos en ese baño.

—Hecho. —Me tiende la mano, y sellamos el trato—. Quiero los rojos. —Aguarda con su brazo extendido esperando a que ceda.

Bajo la vista un instante y... se los doy.

—Marcos siempre jugaba con los azules, y yo, con los rojos. Fue él quien me enseñó a jugar,

a competir, porque, no sé si te has dado cuenta —bromeo—, soy una competitiva nata y me encanta ganar.

Asier me sonrío ladino, y me quedo embobada mirándolo.

—Me has ganado a mí —sentencia.

—Ya empezamos. No hay espacio suficiente para tanta chulería.

—Oh, sí que lo hay, donde no tengo espacio suficiente es en mis pantalones.

Fijo la vista en ese lugar, justo ese, porque basta que te lo mencionen para que los ojos vuelen solos.

—¿Estás intentando distraerme de nuevo?

—Ay, no sé por qué piensas eso, Conejita.

—Eres un *boombero* muy malo.

—De los malos, el peor.

Tira el primer dardo sin siquiera esperar a que reaccione. El muy bastarlo da en el centro.

—¡Diana! —grita. Atrae la atención de varios abuelos, el mío no tardará en llegar—. A ver cómo mejoras eso.

Me empuja con su cadera, y me coloco justo enfrente. Recuerdo la primera vez que jugué a los dardos con Marcos, justo aquí, él tenía los azules, y yo, los rojos, como ya sabéis y fallé todas y cada una de las tiradas. Fue patético y se estuvo riendo de mí durante semanas. Mi padre también, sin embargo, eso no hizo más que incentivar mis ganas de patearle el culo. Sonrío al pensar que hoy juego con su color, ese que no me permitía elegir porque era de ideas fijas. Y a mí no me importaba, la verdad.

Asiento como si me estuviese viendo y doy de lleno. Justo en el centro.

—Chúpate esa —le grito a Asier.

—¡Esa es mi nieta! —grita mi abuelo, que ha llegado y ya se ha sentado en su mesa.

No escucho lo que le dice a Aurelio, pero me señala. Tal vez le esté contando que estoy saliendo con el bombero o la que se armó en casa hace dos noches y de lo que ninguno ha hablado. O es mejor que le explique que nos hemos estado evitando como si quemásemos o tuviésemos la peste.

—La suerte del principiante —ironiza como otras tantas veces lo he hecho yo con él.

—Claro, por supuesto.

Total, que no os voy a volver locas, ¿sabéis lo que ha pasado? ¿Sí? ¿No? Pues que lo he apalizado. Y no, no ha sido la suerte del principiante, tampoco me he restregado cual culebrilla salida, he ganado porque... Bueno, pues porque soy mejor.

—¿Qué? ¿Te ha gustado? ¿A qué sabe la derrota?

—Amarga, sabe muy amarga. —Está fingiendo estar molesto, que lo sé yo, que esa cara de santo no hay quien se la quite nadie—. Me he quedado sin baño, sin mostrarte lo que tenía que enseñarte, era muy emocionante.

Sonrío con suficiencia.

—Voy al baño —explico.

—Encima con bromitas. —Se cruza de brazos y se centra en la partida de mi abuelo, ignorándome.

Entro en el lavabo y me quito las bragas, así, sin pensar en nada.

ABRIL:

Creo que me he vuelto a quedar encerrada, esto es una maldición. 🙄

Aguardo a que se conecte y me sale el mensaje leído, sin embargo, no me responde.

La puerta se abre cuando estaba dispuesta a volver a escribirle.

—¿Abril?

Tiro de su camiseta y en menos de un segundo estamos besándonos. Mi espalda choca contra la puerta del baño y tal vez mañana tenga una marca por ello, ahora bien, habrá valido la pena, os lo garantizo.

Enredo mis dedos en su cuello y me aprieto contra él. Mis piernas en sus caderas y siento su polla dura dentro del pantalón. Bien, bienvenida a la fiesta, cariño.

—¿Era una trampa?

—Una mentirijilla de nada. —Sonrío porque me empiezan a molar las mentiras, de veras.

—Eres una conejita mala.

Me carcajeo, y Asier aprovecha para besarme el cuello. Me deja caer cuando la cosa se pone interesante y cierra con llave por dentro. Saca un preservativo de la cartera y lo deja sobre el lavabo. Se baja los pantalones, los calzoncillos y mirad que he pensado cientos de veces lo ridículo que es echar un polvo con esas cosas enredadas en los tobillos. Os confieso así, a bote pronto, que ya no me disgusta tanto, no, no, la verdad es que hasta tiene su punto sexi.

—Me gusta que lleves falda.

Asier cuela mi mano bajo la misma y solo se encuentra mi excitación. Estoy empapada.

—Joder —masculla.

Me coge al vuelo y me alza. Su polla queda justo en la entrada de mi coño y me penetra con extrema delicadeza. Cuando entra toda, me siento llena, completa.

—Por fin —gimo descontrolada.

Se mueve suave al principio. Me deja caer sobre el lavabo y el frío de la losa me alivia por momentos. Se mira en el espejo y le golpeo sin delicadeza alguna.

—Esto es como una puta fantasía hecha realidad —balbuceo.

Suelta mi pelo y lo agarra con su mano.

—No tenemos mucho tiempo —jadeo.

Niega y tira de mi pelo, dejando mi cuello de nuevo al descubierto, que no duda en besar y lamer. Madre del amor hermoso.

Su polla se mueve con frenesí dentro de mí y solo se escucha el ruido de nuestros gemidos y de su pelvis chocando contra la mía, es el mejor sonido del mundo, os garantizo que lo es.

Con la falda arremangada veo cómo entra y sale a la perfección. Asier tira de mi pelo y me priva de esa vista que tan cachonda me ponía.

—Más rápido, más duro —le exijo.

Lo aprieto con mis piernas para que llegue más adentro y eso es justo lo que hace.

Tira fuerte de mi pelo y, joder, jamás pensé que eso pudiese gustarme tanto como me gusta.

—Todo, te lo doy todo —susurra en mi oído.

Y, con esa declaración de intenciones, me corro. Apenas un par de embestidas más y grita mi nombre, muerde el hueco entre mi cuello y mi hombro, y me siento satisfecha.

—Este baño —musito con la respiración acelerada.

—¡Este baño es la hostia puta! —exclama.

Me ayuda a bajarme del lavabo y a colocarme la falda.

—¿Y tu ropa interior? —me pregunta. Se la muestro. Unos papagayos de lo más monos—. Eres... —Se carcajea.

—Soy.

No hace falta que ninguno añada nada más porque sabemos que, pase lo que pase, sea lo que sea que complete esa frase, es maravilloso.

Como lo somos cuando estamos juntos.

CAPÍTULO 38

Temas pendientes

—¡Mira! —Carmen bate frente a mis ojos otro trozo de papel. A mí me entran los siete males—. ¡Mira! —insiste.

—Ya estoy mirando. —Como si no fuese obvio, solo hay que seguir el recorrido de mis ojos y listo.

—Ya, lo sé, es una forma de hablar. —Y está nerviosa a tope, que lo sé yo.

—Déjame ver —le pido.

Me tiende el papel y en él solo hay un mensaje claro y conciso. Fecha, hora y lugar.

—Tenías razón, no ha hecho falta saber cómo me voy a comunicar con él porque me ha escrito. Estoy nerviosa. —Ah, ¿sí? No lo había notado y tal—. No sé qué voy a ponerme ni qué le voy a decir, de qué hablaremos, ¿crees que me dirá que me quiere? Porque, joder, yo lo quiero. Estoy loca por él.

Me siento mal, muy muy mal, porque la veo muy ilusionada y, a pesar de que sé que Chlœe le habrá mandado otra notita de esas a Emilio, no lo he visto estos días y no sé qué puede pensar al respecto. Que, a ver, no es que me fuese a poner a espiarle como esta panda de chaladas ha propuesto ni mucho menos, eso no, pero, no sé, tal vez analizar si observa a mi amiga, si está más ilusionado de lo normal, aunque es cierto que Emilio es como un robot, nunca sabes lo que piensa porque no lo muestra. En eso no nos parecemos, porque a mí todo se me ve en la cara. El espejo del alma y eso.

—Pase lo que pase...

—Ya sé lo que me vas a soltar... Pase lo que pase, no debes hundirte, Carmen.

—Suenan muy raro hablar de ti misma en tercera persona, ¿no crees?

Carmen me ignora, tiene cosas mejores de las que preocuparse, en resumen, porque la cena es el viernes y hoy es miércoles. Que no le queda tiempo es un hecho.

—Voy a ir.

—Contaba con ello.

Acerca la silla de mi abuelo a la mía, dispuesta a tomar asiento a mi lado.

—¡Ya ha llegado el alma de la fiesta!

Carmen guarda rápido el papel en su bolsillo para que Chlœe no lo vea y se deja caer en la silla de forma despreocupada.

—La que faltaba —murmuro.

Arrastra otra de las sillas y se tira de mala manera en ella.

—¿Qué tal todo? Llevo días sin pasarme por aquí.

Mi abuelo se asoma a la ventana y grita:

—Carmencita, ¿has conseguido eso que te dije?

Como sea otra espada, me muero.

—Enseguida vuelvo —se disculpa la susodicha.

Se marcha en dirección a mi casa, y nos quedamos Chlói y yo a solas.

—Oye, Abril...

—Dígamelo.

—Por casualidad, ¿tú no habrás tenido nada que ver con esto?

Frente a mí bate un papel, uno que conozco bien y espero que eso que os acabo de soltar sobre que se me notan las emociones sea una trola de las buenas porque, si no es así, esta chica me va a apretujar de una forma que no me va a gustar nada.

—¿Qué es eso? —Disimula, disimula.

Chlói suspira, como si de verdad se lo estuviese creyendo.

—Aitor me ha mandado una nota, que, casualmente, es la misma que le escribí yo a Carmen la primera vez. —De veras, si no estuviese acojonada por sus músculos, me partiría la caja.

—Vaya... ¿Y qué has sentido?

Mi amiga observa con fijeza el trozo de papel antes de responder. Me da que no, que ahí no va a encontrar la respuesta.

—Le dije que no quería saber nada de él, que me había aburrido y, tras eso, me lo follé en el baño del parque de bomberos. Me lo merezco por no ser capaz de apartar las manos del pan.

De baños parece ir la cosa, sí.

—Abrumador.

—Voy a tener que dejárselo más claro porque no me interesa.

—Chlói... —Dejando a un lado todo el tema del papel...—. ¿Estás segura de que no te interesa?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Hombre, pues por lo lógico, porque, si no te interesase ni una pizca, no te habrías vuelto a enrollar con él.

—¿Sabes? Eso es lo mismo que dice tu amorcito.

Me estremezco solo de escuchar cómo se dirige a él.

—¿Habláis de Asier? —Carmen se une a la conversación de nuevo.

—¿Qué estás tramando con mi abuelo?

—Nada de nada. Y no sigas porque no quiero hablar del tema, son asuntos privados. —Otra espada, me lo veo venir, y mi padre va a empezar a acojonarse de verdad porque, si le da a mi abuelo un cruce de cables, tal vez deje de ser calvo porque acaba sin cabeza y eso—. ¿De qué hablabais? —insiste.

—Aitor no me deja en paz. —Ya sabemos que lo de la nota no se lo va a contar por los motivos obvios—. Y esta chica —añade. Es decir, yo— está enamorada hasta las trancas.

—Aquí tu amiga —intervengo. Es decir, Chlói— le ha soltado a Aitor que pasa de su culo y luego se lo ha tirado en el baño del curro.

—Uhhh, esto mejora por momentos. Siento pecar de sincera porque no, no parece que pases de él. No actuando de esa forma.

—Es que lo hace muy bien. —Al menos sin detalles—. La tubería, ¿os acordáis? —Y la señala. No tenía que haber sacado conclusiones precipitadas. Quiero vomitar otra vez, en serio, con qué facilidad me produce náuseas esta mujer—. Ahora bien, se acabó, nada de pasear mis manos por su cuerpo y regocijarme en lo bien que lo hace. Tampoco habrá polvo de despedida, porque lo tenía planeado y eso.

—Chlói, y digo yo..., ¿no crees que es mucho más sencillo que te lées con él y ya se verá lo que pasa mañana?

—Lo larga la que buscaba mil y una excusas para no salir con un bombero —me recrimina.

—Eso ya no te vale como justificación porque estamos juntos. Le he confesado que lo quiero... hace unas cuantas noches, ahí. —Y señalo el bordillo de la acera como ella hizo con la tubería. Salvando distancias, lo mío es más romántico—. Después de una cena desastrosa.

—¿Qué? —inquire Carmen—. ¿Y no nos has contado nada?

Estaba ocupada entregándome al fornicio, contándole lo de Marcos, queriéndonos mucho y planeando cómo romper los esquemas de Chlóa. Son muchas cosas en poco tiempo y no puedo estar a todo. Que soy una y eso.

Suspiro porque, en el fondo, tiene razón.

—Mi madre lo invitó a cenar y fue un auténtico desastre. Mi padre y yo llevamos días sin hablarnos y..., bueno..., entiendo lo que pasa, pero fue una guerra. Mi padre se puso hecho un basilisco y soltó cosas que..., que me dolieron.

—¿Cosas de Asier? —cuestiona Chlóa.

—Cosas de Marcos —sentencio. Un ligero escalofrío me sacude—. Fue una idea pésima. Aunque de todo eso salió algo bonito, no sé si me explico.

—Y tanto. Todos enfadados, y tú confesándole tus sentimientos. Como declaración es épica. Está la de Leonardo Di Caprio en *Titanic* y la de Abril Martínez, a la par.

Empujo la silla de Chlóa con una pierna, sin embargo, la maldita no cae al suelo como me hubiese gustado.

Pienso vengarme yo también. Marchando una de camisetas.

—Pues a mí me parece perfecto, considero que cualquier momento lo es, siempre y cuando se sienta. Y me alegro mucho por ti, Abril, porque mereces un amor bonito, a pesar de que sea bombero.

—Abril...

Giro la cabeza y veo a mi padre ahí plantado, con las manos en la espalda, observando nuestra escena y posiblemente escuchándonos a hurtadillas. ¿Por qué tiene que aparecer siempre que estamos hablando de los bomberos?

—Pues yo me piro, vampiro, porque tengo que hacer cosas, cosas feas y sucias con un chico al que voy a matar. —Chlóa me guiña un ojo y camina en dirección a la calle.

—Yo también me voy porque..., pues por eso que tú y yo sabemos. —Con toda probabilidad, porque se va a probar modelitos para la cena del viernes.

Corre hasta situarse al lado de Chlóa, y mi padre se acerca cauto.

—¿Podemos hablar?

CAPÍTULO 39

Somos una familia

ASIER

—He venido desde que he visto tu mensaje.

Alicia me escribió hace un par de horas. Estaba de guardia y, por norma general, no suelo estar pendiente del teléfono en ese horario. Salí pitando desde que pude.

—Estoy histérica, de veras, Asier, me muero de los nervios. No sé qué coño estoy haciendo, no sé si es lo correcto o no lo es...

—Shhh. —La chisto para que no se precipite y coja carrerilla—. Alicia, ¿tú te sientes bien? ¿Te hace feliz? —Ella asiente, eso sí, sigo viendo las dudas bailar en sus ojos—. Pues entonces es lo correcto.

Cierro la puerta para entrar en casa, aún es temprano y sé que Mariola no llegará hasta dentro de, mínimo, treinta minutos, tiempo más que suficiente para que Alicia se calme y para apoyarla en todo lo que necesite.

—¿Sabes? —me pregunta parándose frente al sofá y apoyando sus manos en el respaldo—. Esta mañana lo hablé con Lázaro, con el abuelo de Abril —puntualiza—. Lo hice porque me pilló en el jardín, venía de recoger un paquete. Ese hombre está todo el día recibiendo paquetes —explica y se ríe—. En fin, que lo invité a tomar un café y... hablamos. Me contó lo de la cena, me dijo que su nieto Marcos era bombero y que había muerto en un incendio. Te prometo, Asier, que me quedé pálida. No tenía ni la más remota idea del asunto.

—Abril lo mencionó hace semanas. No quiso entrar en detalles, y yo tampoco quise forzarla a ello, ya sabes, cada situación tiene su momento y prefiero que fluya.

—Siempre he admirado eso de ti. —Tomamos asiento, y escucho a Iris arriba, debe de haberse dado cuenta de que he llegado—. Pareces un tipo duro, de esos a los que todo le importa una soberana mierda y luego resulta que no es así para nada, que, cuando te conocemos, es imposible alejarnos de ti.

—Ohh, qué romántica. Estoy enamorado de otra, Alicia, conmigo no tienes nada que hacer.

Me da un golpe con el cojín y se carcajea, al menos sé que ya no está tan tensa como antes.

—Y luego sueltas comentarios de este tipo y vuelve el imbécil de siempre.

—Ese soy yo, el *gilimemoamoroso* —lo suelto así, de carrerilla, y ella se carcajea mucho más.

—¡Papi! —En efecto, Iris se ha dado cuenta de que he llegado.

—Pequeñaja. —La abrazo con fuerza, y ella se deja hacer entre mis brazos.

—Esta noche viene una amiga de mami a cenar —me explica como si yo no lo supiera—. Mami me ha pedido que me porte bien, ¿te quedarás para contarme un cuento?

Alzo la mirada, y Alicia asiente.

—Es más, me gustaría que te quedases, porque somos una familia —me indica la susodicha.

—Deberías pedirle a Abril que venga, mi profe estará encantada, seguro, porque mami cocina bien.

Alicia pone la tele y de inmediato es como si el botón de apagado automático se activase. Aparece la cerdita esa rosa que a Iris tanto le gusta y se esfumó, ya no hay niña ni hay nada.

—Sé que es precipitado, pero, si te quedases, me sentiría mejor.

—¿Prefieres que me lleve a Iris esta noche a casa? Para dejaros intimidad.

—No me digas esas cosas, que me pongo más nerviosa —farfulla. Miramos la pantalla nosotros también, cada uno pensando en sus cosas, yo, por supuesto, en Abril y en lo feliz que me siento de haber venido a este pueblo, de que, por fin, la haya encontrado—. ¿Cómo te sientes con todo el tema de su familia?

Exhalo todo el aire que tengo en los pulmones y me dedico a jugar con el pelo suave de uno de los cojines, el que tenía más cerca.

—Cuando decidí ser bombero no lo hice pensando en los riesgos que acarreaba la profesión, solo sabía que era lo que quería y me lancé a ello, sin pensar. La otra noche, cuando escuchaba al padre de Abril explicarme que somos efímeros, cuando Abril me reveló cómo la hizo sentir la pérdida de su hermano, como afectó eso a su familia..., por primera vez me puse nervioso. Y no solo por ella —puntualizo—, también por Iris, por ti, porque si me pasase algo os dejaría solas.

Un enorme nudo se instala en mi garganta solo de pensar en que algo de eso sucediese. En no poder ver a Iris, cómo crecerá, cómo se hará una preciosa mujer y cómo tendré que matar a tíos por fijarse en mi pequeña.

—Asier, no hables de esa manera, no podemos pensar en ese tipo de cosas. Tarde o temprano, nos vamos a morir, lo sabes, ¿no? No somos eternos, nada en esta vida lo es. Nacemos con una fecha de caducidad estampada en nuestro pecho.

—Ya —suspiro—, nunca lo había visto así, ya sabes, me lanzo al vacío y ya pensaremos en lo que sucede después. Pero... ¿y si Abril tiene razón?

Alicia me observa y me sonrío.

—Lázaro me hizo veinte preguntas de ese estilo el otro día, cuando le conté que me había pillado por una chica. Se rio de mí, y ahora yo tengo que reírme de ti porque pensar en el golpe antes de que suceda es inútil. Piensas ponerte la tiritita en el brazo sin darte cuenta de que tal vez lo que te hayas roto sea la pierna, ¿entiendes a lo que me refiero?

—Lo entiendo. No podemos prever nada.

—Nunca. Nadie puede hacerlo.

—¿Cuál fue el discurso que te dio el abuelo de Abril?

Alicia sonrío y mira a Iris de soslayo.

—Solo me pidió que no deje de exprimir al máximo todo aquello que me haga feliz. Todo. Y ella me hace feliz. Igual que a ti te hace feliz Abril.

—Exprimir la vida —acoto en voz alta.

—Exprimirla al máximo sin pensar en las consecuencias, como siempre has hecho, como siempre me has enseñado.

No quiero cambiar eso, ¿sabéis? No quiero hacerlo porque cuando actúas de esa manera, con miedo, con temor, con recelo, dejas de experimentar miles de cosas por el camino, ¿acaso vale la pena conformarnos con las migajas de algo que puede ser enorme? Que nos puede dar mucho más. Te lo diré yo: no, no la vale. Vivir a medias no es vivir. Sobrevivir no es vivir.

El timbre suena, y Alicia y yo nos miramos.

—¿Preparada? —tanteo.

—Preparada.

Mariola resulta ser una mujer encantadora. Deportista, filántropa, participativa y muy sociable, con una sonrisa que deslumbra. Ya entiendo a Alicia, entiendo lo que vio en ella.

—Entonces, ¿cuando yo sea grande tú me vas a dar clases de gimnasia? —pregunta Iris, que se ha adaptado a la perfección a la conversación.

—Si sigo trabajando en el cole, sí.

—Claro, ¿y por qué no vas a seguir trabajando en el cole? No eres vieja, como el abuelo de Abril. ¿Sabes que Abril es la novia de mi papi? Espera, papi, ¿podía contárselo? Es la amiga de mami, con ella no tenemos secretos, ¿verdad? A Carlos no se lo he dicho, tampoco a Marta, y me han ofrecido chuches de esas de ositos que tanto me gustan, pero he guardado el secreto.

—Espera..., ¿Abril y tú?

—Upsss —finaliza Iris—. Es nuestro secreto —le susurra a Mariola.

—Por supuesto —le contesta ella.

—Sí, Abril y yo —sentencio.

Siempre Abril y yo... Siempre.

Alicia y Mariola se cogen de la mano como un acto reflejo, algo muy natural, sin embargo, Iris se queda perpleja. Busca mi mirada, y yo sujeto la suya y le sonrío.

—Voy a por el postre —musita Alicia.

—Te acompaño —se ofrece Mariola.

Iris y yo nos quedamos en la mesa. Mi hija sigue el rastro de Alicia y de Mariola con sus ojos.

—Papá —cuchichea cuando nos quedamos a solas—. ¿Mamá y Mariola se quieren como Abril y tú?

Esto de que los niños se quedan con todo es un hecho constatado.

—Verás, Iris. El amor es libre, es decir, nos enamoramos de las personas, no de lo que son. No nos enamoramos de una cara, de unas manos o de unos músculos. Nos enamoramos de lo que nos hacen sentir cuando estamos a su lado. De lo que somos cuando estamos juntos.

Iris permanece en silencio, rumiando mis palabras y tal vez me haya equivocado al explicarle esto, puesto que Alicia es la que debería decidir cómo y cuándo.

—Vale. Sí —dictamina.

Alicia y Mariola entran en ese momento, y cruzo una mirada con ellas. Deben de percibir algo en mi semblante porque Alicia palidece.

—Mami, ¿es tu novia?

Iris lo suelta de sopetón y juro que por un momento temo que Alicia vaya a caerse redonda al suelo. Y me quedaré sin postre...

—Le he explicado que el amor es libre porque..., bueno, porque me ha preguntado.

—¿Es tu novia? —insiste mi hija. Espera una respuesta, no una evasiva.

Empiezo a ponerme nervioso porque sé que Iris es buena niña, que la hemos educado en valores, aun así, me da miedo su reacción porque no deja de ser una niña de cinco años.

—Mariola y yo somos novias —afirma Alicia.

Vale. Iris me mira, luego mira a su madre, a Mariola y vuelta a empezar. Abre la boca, la cierra, la vuelve a abrir, y se levanta y corretea alrededor de la mesa.

—¡Tengo tres mamás! ¡Tengo tres mamás! —sigue.

Respiro de nuevo y me atrevo a afirmar que Alicia y Mariola también lo hacen. Se cogen de la mano y se miran con complicidad.

—Espera... ¿Esto también es un secreto? ¿Tampoco se lo voy a poder contar a nadie? —insiste.

—Por mi parte —intervengo—, puedes decírselo a quien quieras, pero, antes, debes consultarlo con Abril y saber su opinión.

—Vale —asiente convencida.

—Por nosotras —intercede ahora Alicia—, eres libre de contarlo porque no nos vamos a esconder.

Me limpio la boca, me acerco a Alicia y le doy dos besos.

—Gracias —susurra en mi oído.

—No, gracias a ti por estar siempre ahí.

—Papi, ¿me lees un cuento? Quiero saber qué le pasa a Ardilla y a Pájaro en su siguiente aventura.

Cargo a Iris en brazos, y subimos las escaleras.

—Tal vez Ardilla vuele. —Como Alicia y Mariola, tal vez ellas vuelen libres tal y como se merecen.

—Claro que sí, papi.

—*Empieza a triunfar el amor.*

—*Eso parece.*

—*¿Te unes al club?*

—*Todavía no.*

—*Seguiré insistiendo.*

—*Claro que sí, papi.*

CAPÍTULO 40

Esto es lo que somos

—La cena fue un completo desastre.

No ha hecho falta que le responda a mi padre que sí, que necesitamos hablar, que tenemos que limar asperezas y que odio que estemos enfadados. Ha tomado asiento a mi lado y una paz se ha instalado de inmediato a nuestro alrededor. Sabemos que esto es lo que necesitamos.

—Lo fue —admito dándole la razón.

—No me gusta que estemos enfadados, Abril. No me gusta nada que lo estemos.

Me giro y me coloco frente a él. Establecemos contacto visual y me da pena verlo tan cabizbajo.

—A mí tampoco, papá. Lo del otro día...

—Soy un imbécil redomado. Ya me lo ha dicho tu madre y, bueno..., tu abuelo también, solo que él, con otras palabras un tanto más ofensivas.

—Papá... No me he enamorado de un bombero por fastidiarte, no lo he hecho porque quiera hacerte daño o porque me esté comportando como una niña pequeña. —Aunque a veces lo haga, lo sé, a veces pierdo los papeles, me trastorno y se acabó, explota todo—. Me he enamorado de Asier por lo que es él y por lo que me hace sentir cuando estoy con él, mucho más cuando estamos lejos. Nada más que eso.

—¿Enamorado? —inquire.

Bajo la cabeza y desvío la mirada. No tengo por qué esconder mis sentimientos, no pienso esconderme nunca, mucho menos con ellos. Alzo la barbilla y lo suelto sin más.

—Estoy enamorada de Asier, papá. Y no me importa si estás de acuerdo o no lo estás, solo sé que le quiero y que no voy a perderme nada de esto. Bastante tengo con ese maldito miedo que me constriñe por dentro, que a veces me ahoga y me susurra que lo puedo perder de la misma forma en la que perdí a Marcos, de esa forma en la que lo perdimos todos.

»¿Sabes? El abuelo tiene razón. Tú has tomado tus decisiones, y yo debo tomar las mías. Y solo espero que, pase lo que pase, estéis ahí, poder contar con vosotros y que le deis una oportunidad porque Asier es un gamberro, pero se merece una oportunidad. Todos nos la merecemos. No etiquetes antes de tiempo.

A mi mente acude la conversación que mantuve con las chicas hace semanas, esa en la que les soltaba que no iba a salir con un bombero por el simple hecho de serlo y sí, le coloqué una etiqueta, un neón grande e injusto, inmerecido. No quiero que mi padre haga eso también porque Asier no se lo merece.

Mi padre suspira y coloca su mano sobre mi pierna, como siempre suele hacer cuando hablamos.

—La culpa de todo esto es mía, Abril. —Su respuesta me deja fuera de juego.

—¿Cómo dices?

—Con la muerte de tu hermano, se nos vino el alma al suelo. No sabíamos qué hacer, cómo

actuar, solo esperábamos que nos dijese que era una broma de mal gusto y verlo entrar por casa con esa pose gamberra que tan bien interpretaba, como si todo le importase una mierda cuando la realidad es que, para tu hermano, éramos su vida.

—Y él, la nuestra.

—Cierto —afirma dándome la razón—. Dejé el trabajo porque no iba a poder estar allí cada día sin él. Decidí esconderme en vez de enfrentarme a la situación, y ese miedo te lo contagié a ti sin darme cuenta de ello. No es eso lo que pretendía. Te he obligado, en cierto modo, a huir o eso creía porque el otro día, la otra noche, cuando te vi con él, supe que eras la más valiente de todos, porque has combatido ese miedo, has luchado contra todos esos pensamientos negativos y el amor ha podido con ello. Estás con él y entendí que eso es lo que te hace feliz, Abril, y, por supuesto, lo único que quiero para mi hija es su felicidad. Asier tenía razón, y yo me equivocaba —resuelve.

—No es un mal chico, de veras, no lo es. Deberías darle la oportunidad.

—Y disculparme, eso también debería hacerlo, porque no se merecía que pagase mi dolor, mi sufrimiento ni mi pena con él. Tu hermano no habría querido esto. Habría querido que apostase por tu felicidad y que no juzgase a nadie por su profesión. Eso fue lo que me dijiste hace semanas aquí sentada, Marcos no habría querido nada de esto.

Me siento orgullosa de mi familia, de mi padre, me siento orgullosa de poder contar con ellos, de poder seguir adelante. De que sigamos siendo una piña, pase lo que pase.

—Papá, gané a Asier en la última partida de dardos a la que jugamos. Lo aplasté como una cucaracha.

Y así se rompe un momento de tensión.

Mi padre se carcajea.

—Esa es mi chica —musita chocándome los cinco—. Aunque debo decir que tu abuelo me explicó algo de un encierro en un baño, con un chico...

Ay, madre, que mato a mi abuelo. En la lista interminable de asesinatos que tengo... Cadena perpetua, en serio, cadena perpetua.

—Mi abuelo no sabe estarse callado.

—Parece mentira que no lo sepas.

Por encima de nuestras cabezas vuela un *troll*, el mismo *troll* de color rosa que compró hace semanas y que también nos ha lazado a las chicas y a mí en alguna que otra ocasión. Al menos no fue la espada del otro día, eso hubiese sido mucho peor, sobre todo si acierta en el lanzamiento.

—No escucho nada desde aquí, calvo. Tienes que gritar más.

—Al menos no hay sol, por eso de que se quede ciego.

Es mi turno de reír.

—Me encanta cómo fingís que os odiáis.

—¿Fingir? ¿Cómo que fingir? Nadie finge, nos odiamos.

—¡Nos odiamos! —grita mi abuelo, que parece haber pillado eso desde su ventana.

Recojo el *troll* con la intención de dárselo a mi abuelo mañana en el desayuno.

—Se lo entregaré yo —me cuenta mi padre.

Se lo tiendo.

—No le pidas un rescate por él —bromeo.

—¿Yo? Por favor, ¿por quién me tomas? —Lo analiza—. Debería ser como una de esas muñecas que puedes enviar despiezadas.

Sabía yo que no tramaba nada bueno.

El sonido de las piedras bajo unos zapatos nos hace mirar hacia el jardín.

—Puedes invitarlo a cenar otro día. Es un buen tipo y me gusta para ti.

Abro los ojos, sorprendida, y veo a mi padre marcharse con el *troll* guardado en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¡No vas a recuperar este muñeco en lo que te queda de vida! —grita mi padre—. Que espero que sea poco —susurra.

—¡Te he oído! Maldito calvorota.

—Y esta es mi familia —le cuento a Asier cuando se sitúa a mi lado. Me tiende la mano, y me incorporo.

—Baila conmigo, Conejita. —Ni siquiera me ha saludado.

—¿En la calle? ¿Con estas piedras? —Porque llamar a esto jardín...

—Hagamos una cosa, cierra los ojos. —Su cuerpo y el mío se amoldan a la perfección, siempre ha sido así, desde que posó sus manos en mis caderas hace ya semanas—. ¿Lo notas? —Mi mano sobre su pecho—. Estamos volando. El amor nos da alas. —Abro los ojos y sí, mis pies están en la tierra, pero mi cuerpo flota. Y entonces lo entiendo todo. Asier me da alas. Asier me da aire. Asier me da vida—. Te quiero, Abril.

CAPÍTULO 41

La última cena

—Tú y yo tenemos que hablar. —Chlóe me increpa por fuera del restaurante en el que estoy montando guardia porque Carmen me ha pedido que estuviese ahí por si necesitaba huir y yo... no me iba a negar, la verdad.

—¿Qué haces aquí? Carmen no puede verte, se supone que tú no sabes nada de esto y si te ve aquí me va a tildar de traidora o de desleal, y no quiero ser ninguna de esas cosas.

—Que me digas tú eso y no te pongas ni colorada... —me regaña.

Chlóe me enseña una foto, una foto de Aitor, en la que lleva estampado un eslogan que bien conozco. Vamos, y tanto que lo conozco, que lo diseñé yo.

No huyas de lo que sentimos, sabes que te mueres por mis huesos, y yo me muero por los tuyos.

—¿Qué? —pregunto.

Intentaba parecer sorprendida o estupefacta, lamentablemente, no he sonado así, mucho me temo que va a sospechar.

—No me jodas, Abril, que sé que esto es cosa tuya. O de Carmen, porque ella fue la que dijo lo de la sudadera o la pancarta en el colegio o en el parque de bomberos, como hagas algo así, te rajo. La que acaba en una cuneta vas a ser tú, prometido.

—Uhhh, mira cómo tiemblo. —Ni me muevo.

Chlóe exhala.

—Dile que pare.

—¿A quién? —Prefiero hacerme la tonta del bote.

—A Aitor, ¿a quién va a ser? No quiero nada de esto. No quiero nada con él.

—Mentirosa.

—Aquí todas mentimos, ¿te lo recuerdo?

Suspiro y echo una nueva ojeada al restaurante en cuestión, Carmen aún no ha llegado, y Emilio tampoco. Yo decidí adelantarme por lo que pudiese pasar e informar de todo.

—Yo miento por tu culpa —la acuso.

—Pero mientes —zanja—. No quiero que Aitor siga con esto.

—Joder, Chlóe —grito mosqueada—. ¿A ti qué coño te pasa? ¿Por qué no te enfrentas a lo que sientes? No, claro, es mucho más sencillo esconderlo. Le pides a Carmen que le confiese a Emilio lo que siente, como decide no hacerlo, te dedicas a enviarles notitas a los dos haciéndote pasar por el otro. Ahora bien, cuando es tu turno de solucionar las cosas, de enfrentarte a ellas, decides huir. Muy valiente por tu parte. Muchos cojones que te gastas y luego eres una falsa. ¡Falsa! —grito de nuevo para darle mucho más énfasis a mis palabras.

Chlóa da un par de pasos hacia atrás como si la hubiese abofeteado.

—Mira quién habla —se recompone—. Oh, me gusta Asier. Oh, no me gusta porque es bombero. Yo no salgo con bomberos. Luego resulta que sí salgo con él y que me he enamorado. Oh, vaya, pero sigue siendo bombero. —Todo esto usando un tono que para nada me representa—. ¿Quién es la falsa de las dos?

—No me vengas con esas, Chlóa, porque resulta que eso no es así. Mi hermano murió en un puto incendio, pero, claro, aquí doña perfecta no sabe lo que es perder porque no lo ha vivido.

—Estás siendo injusta conmigo. Estuve ahí para ti cuando murió y lo viví a tu lado. Marcos era mi compañero de trabajo y era mi amigo. Y, joder, estaba loca por él, ¿me entiendes? Yo también lo perdí porque estaba loca por él. —En este preciso instante, la que retrocede un par de pasos soy yo. Sí, sin duda alguna me han dado una tremenda cachetada. ¿Chloe, enamorada de mi hermano?—. Y es por eso por lo que no me quiero enamorar —prosigue.

—No obstante, quieres que yo lo haga y ella también.

Señalo el restaurante. Sé que me dijo que le parecíamos muy monos juntos y todo eso. Y también sé que este discurso ya nos lo dio Carmen la noche en la que me encontré con Asier y me fui con él a dar un paseo, ya sabéis a lo que me refiero.

—Pues ya ves, sí, soy una falsa. Perdona por querer que mis amigas sean felices, que al menos ellas sientan algo bonito. Que tú lo sientas porque perdiste a Marcos y no es que Asier vaya a sustituir el amor de tu hermano, no, no hablo de eso, sin embargo, hacía mucho tiempo que no te veía tan feliz. Cuando conociste a Asier cambiaste, ¿sabes? Empezaste a sonreír de una forma distinta, lo buscabas de forma inconsciente, ¡si hasta logró tranquilizarte en el parque de bomberos! Estaba ahí. Lo viste y supe que algo había cambiado y me limité a darte un empujoncito a ti también. ¿Conspiré? Puede, pero ¿sabes qué? Que ha valido la pena, porque te veo feliz con él.

—Chlóa... Tú también puedes ser feliz. Ni siquiera sabía que sentías algo por Marcos.

—¿Qué te iba a decir? Eras su hermana.

—Y tú, mi amiga. Nos lo contamos todo.

—¡Pues ya ves, parece que no, que no nos lo contamos todo! —exclama. Chlóa comienza a caminar, sigue mirándome mientras camina de espaldas, huyendo—. ¿Sabes qué? Se acabó. Lo de Carmen se acabó y esto —añade y nos señala— también.

Se gira y huye de mí. Literalmente, comienza a correr hasta que la veo internarse en las pequeñas calles y los edificios hacen que la pierda de vista.

Quiero ir tras ella, quiero explicarle que nada se ha acabado y pedirle disculpas por haber perdido los papeles. Se supone que Chlóa nunca se enfada, le dije a Carmen que no se mosquearía cuando se enterase de lo de las notas. Y también se supone que yo soy la que media entre ellas cuando hay alguna disputa y resulta que, en este caso, no voy a poder hacer de mediadora porque soy la culpable.

Exhalo y el aire que escapa de mis pulmones me quema por dentro. Me vuelvo y entonces veo a Carmen, que está en la puerta del local, me busca con su mirada. Saco el teléfono y le escribo.

ABRIL:

*Estoy detrás del árbol. El que hay
justo enfrente, en la casa que tiene
la puerta naranja y las ventanas azules.*

De inmediato, me sale el doble *check* que indica que lo ha leído.

CARMEN:

*Vale, pensaba que estaba sola.
Ya sabes lo que hemos hablado.*

Sí, lo que hemos hablado es que, si no es Emilio el que entra por la puerta, la llamaré. Seré su

«llamada salvavidas» y la ayudaré a salir por patas de ahí.

Pase lo que pase, después de esto, tengo que contarle la verdad y explicarle lo que acaba de suceder con Chlóe.

Intento no llorar. Intento no hacerlo porque me ha dolido y mucho todo lo que acabamos de decirnos.

ABRIL:

Ok.

Mi amiga entra en el restaurante y veo cómo el camarero la acompaña hasta una mesa en la que la pierdo de vista.

—Mierda. Todo me sale mal.

De Emilio no sé nada. A ver si le va a dar plantón a mi amiga.

Mi teléfono vibra en mi mano y pienso de inmediato en Chlóe, tal vez se le haya pasado el enfado y quiere que bebamos en el jardín como cualquier noche más.

ASIER:

*Conejita, ¿qué haces?
Te echo de menos. ❤️*



Las palabras de Chlóa regresan a mi mente de inmediato. «Sonreías de una forma diferente», «lo buscabas de forma inconsciente»...

Me enamoré de él sin darme cuenta de ello, a pesar de haber huido, de haberlo intentado. Fue Asier desde el principio.

Tecleo de forma rápida una respuesta y no le doy a enviar porque en ese momento aparece Emilio. Lleva una rosa roja en la mano. Le saco una foto para enviársela a Chlóa... Joder, a Chlóa le habría encantado que le contase esto.

¿Chlóa y mi hermano?

Tengo mucho en lo que pensar.



ABRIL:
Ha llegado.

Es lo que le escribo a Carmen.

Entro de nuevo en el chat de Asier y le envío la foto de Emilio. Me responde con un par de emoticonos de esos que tienen corazones en los ojos y le prometo que luego pasaré por su casa.

Me quedo allí plantada un rato y a los quince minutos sale Emilio del restaurante. Imposible que hayan cenado en ese corto lapso de tiempo.

Carmen sale con el bolso bajo uno de sus hombros y desde la distancia sé que su semblante no es el mejor.

Me llevo la mano a la cara. Vaya puta mierda de noche, de veras.

En un santiamén cruza y se sitúa frente a mí. Está conteniendo las lágrimas, y yo también lo hago.

—No era él quien me enviaba las notas. —Me cago en la puta. Mira que se lo dije a Chlóa, que este tema podría salir a la luz—. Y tampoco sabía que él recibía las mismas notas que yo. El mismo día, ¿casualidad? No lo creo. ¿Hay algo que quieras contarme?

Me taladra con la mirada y me desarmo por momentos. Soy como uno de esos globos que van perdiendo la presión con el paso de los días.

—¿Damos un paseo?

Carmen alza sus preciosos ojos y de inmediato nos veo, de pequeñas, en el jardín, correteando con pistolas de agua cuando no éramos más que unas niñas pequeñas. O en el cine, con unos cubos de palomitas más grandes que nosotras, intentando que nos dejaran colarnos en

una peli para mayores. O en la playa, mojándonos, tomando el sol o comiendo arena cuando se levantaba aire.

En todos mis recuerdos están ellas. Estamos las tres.

—Lo siento mucho, Carmen. Tenía que habértelo contado antes.

—¿Fuiste tú? —Parece asombrada. Niego.

—Fue Chlóa. Ella... Bueno, ella fue la artífice, pero yo estuve de acuerdo en parte porque no dabas el paso y queríamos pegarte un pequeño empujoncito.

—Sin valorar las consecuencias de ello.

—Se suponía que todo iba a salir bien y que no tendrías que enterarte.

—¿Cómo no me iba a enterar?! ¿Acaso piensas que soy una imbécil? ¿Es eso? Pobre Carmen, que no se decide, que mira los toros desde la barrera. Te dije que si me rechazaba me hundiría, pero ¿sabes qué? Ha sido mucho peor el saber que tus amigas han estado conspirando a tus espaldas y que no han sido capaces de valorar las consecuencias de sus actos sobre la otra amiga, esa que tiene sentimientos. Se supone que somos una, lo hemos sido siempre, y ambas habéis estado jugando a mis espaldas. Si hasta te pedí que no le contases nada a Chlóa y resulta que ella ya lo sabía. ¿Os lo habéis pasado bien? ¿Os habéis reído lo suficiente de la tonta de Carmen? Claro que sí, ¿verdad? Ha sido desternillante —ironiza.

—No, Carmen, no ha sido de esa manera.

—No, claro, no me habéis mentido las dos. ¿Pretendes seguir mintiéndome? —Chasquea la lengua y ladea la cabeza. Y esas lágrimas que pugnaban por brotar solo salen, en torrente.

—Carmen, no te enfades. Lo hicimos con buena intención.

Una risa falsa emerge de su boca.

—Pues vuestras buenas intenciones han sido una auténtica mierda. Con amigas así, no sé para qué quieres enemigos. —Retrocede tal y como hizo Chlóa antes, alejándose de mí, alzando un muro invisible—. Emilio no quiere saber nada de mí, y yo no quiero saber nada de vosotras.

CAPÍTULO 42

Y todo ha explotado

ASIER

Abril se lanza a mis brazos desde que abro la puerta de casa.

—Vaya, este sí que es un gran recibimiento. Veo que te alegras mucho de verme —bromeo.

Cuando percibo los hipidos de Abril en mi regazo sé que nada va bien y que la maldita broma ha estado fuera de lugar. Fuera. De. Lugar.

—Asier —susurra.

—Ey, Conejita, ¿qué sucede?

La separo de mi cuerpo solo para mirarla detenidamente, no sé si le ha sucedido algo, hasta hace nada me escribió para contarme que vendría a casa, solo que no esperaba que fuese de esta manera, tan vulnerable, tan rota, tan frágil.

La sujeto por la mano, como otras tantas veces, y ella se deja hacer. En cierto modo, me siento tremendamente afortunado de que esté aquí, que haya decidido compartir conmigo estos momentos, que me deje consolarla, que se apoye en mí, que sepa que sí, que todo lo bonito está genial, pero querer a alguien cuando está roto es subir otro escalón, uno enorme. Y por ella no subiría uno, subiría mil.

—La cena de Carmen ha salido mal. Emilio la ha rechazado o eso es lo que creo.

—¿Crees?

—Carmen ha descubierto todo. Sabe que Chlœe y yo estamos detrás de esas notas y que se lo hemos ocultado. No se lo ha tomado bien.

Me mira y tiene sus mejillas sonrosadas, sus labios hinchados y los ojos rojos y llorosos.

—Era una probabilidad. Ya lo sabíamos y teníamos que contar con ello. Estoy seguro de que se le pasará. En unos días —apunto.

—No. —Se separa de mí—. Está muy enfadada porque la hemos traicionado. Y tiene razón en estarlo porque no hemos medido las consecuencias. Yo no lo hice. —Me explica que Carmen le dijo que si Emilio la rechazaba se hundiría y eso es justo lo que ha pasado—. No somos quiénes para meternos en las vidas ajenas, para tomar decisiones por los demás porque desde fuera todo es muy fácil y sencillo y dar consejos se nos da de puta madre, sin embargo, llevarlos a cabo no tanto. Eso es ser hipócrita. Yo lo soy.

—Abril... No, de verdad que no es así. Estás disgustada por lo de Carmen y te duele porque la quieres y es normal. Lo es, pero no te fustigues porque no vale la pena. No vas a conseguir nada que no sea infringirte dolor innecesario.

—Chlœe también se ha enfadado conmigo.

—¿Por Aitor?

—En parte —confirma—. Le he gritado. Le he gritado mucho y le he reprochado cosas que no se merecía. Yo... soy una mala persona, Asier, lo soy y me merezco que estén enfadadas conmigo. Porque me he comportado mal con las dos. Le he dicho a Chlœe que es una falsa porque ha actuado con Carmen como yo he hecho con ella y... luego me ha contado cosas, cosas

bonitas... Que me dio un empujón contigo porque, desde que te conocí, sonreía de una forma diferente y... —Abril se lleva las manos a la cara y llora más fuerte—. Son mis amigas, las quiero, las quiero, aunque a veces me gustaría matarlas, y ahora todo se ha ido a la mierda y no nos hablamos. Y odio esto.

La acuno entre mis brazos y me muevo con ella entre ellos, como cuando quería que Iris se tranquilizase en medio de una rabieta. No funciona de la misma forma.

—Escúchame bien, Abril. No eres una mala persona. No lo eres. Todos discutimos y nos enfadamos, todos cometemos errores, yo el primero. Es humano hacerlo. No somos robots, tenemos sentimientos, pensamos y existimos. ¿La cagamos? Sí, ¿y qué? No importa. Estoy convencido de que, en unos días, esto será una anécdota más que contar y de la que reírse.

—Carmen está sola, sola con lo de Emilio.

—Carmen no está sola. Sabe que nos tiene.

—No quiere saber nada de mí. —Abril llora con más fuerza.

—Shhh —la chisto—. Todo va a salir bien —le susurro con los labios sobre su pelo mientras le acaricio la espalda—. Todo va a salir bien —repito.

Le preparo una infusión y la llevo a mi cama, la arropo y aguardo a su lado a que se la beba. Ella no habla, se dedica a observar una esquina y a llorar de vez en cuando.

Al rato, se duerme y me quedo allí, cerca, por si se despierta. Cuando entiendo que se ha dormido más profundamente, salgo de la habitación y cojo el teléfono.

—¿Qué tal? —Aitor me responde con un tono divertido.

—Creo que es un buen momento para dejar a Chlœe en paz, si ella quiere algo contigo, si de verdad lo quiere, vendrá a ti.

—¿Qué? No me jodas, ¿me has llamado para darme una charla de mierda? La quiero, ¿vale? Estoy loco por ella y no pienso dejarla.

Le resumo lo que ha sucedido, el enfado de ellas y el estado anímico de Abril. Aitor guarda silencio mientras hablo.

—Joder, Asier. Joder. Que ya he pagado la pancarta, que la colocan en dos días en el lateral del parque de bomberos. Me he dejado un pastizal en eso.

Me. Cago. En. La. Puta.

—Cáncélalo.

—Imposible, no se puede. Ya está todo preparado.

—Se va a liar muy gorda. Muy gorda.

—Si eso no funciona, me retiraré del juego. Lo prometo.

Suspiro.

—Vale. Buenas noches —susurro.

Me encamino hacia la habitación de nuevo y veo que Abril sigue en la misma posición en la que la dejé.

Tomo la decisión sobre la marcha, y Alicia me ayuda facilitándome información.

Cuando toco a la puerta, la determinación ha abandonado mi cuerpo, aunque sé que hago lo correcto.

Una señora igual a Carmen me abre la puerta. Tiene la cabeza llena de rulos. Me observa de arriba abajo, estupefacta.

—Soy Asier, Asier Sorní y venía a buscar a Carmen.

La mujer abre la boca, la cierra, me mira y la vuelve a abrir.

—¡Carmeeeeennnn! —Alarga la última sílaba—. Tienes visita —grita—. ¿Eres el bombero novio de Abril? Conchi me ha hablado de ti. Eres más guapo en persona de lo que esperaba.

Me limito a sonreír porque no sé qué responder ante eso.

Carmen baja las escaleras y abre los ojos cuando me ve. Se sitúa al lado de su madre, es todo un paso porque bien podría haberse dado media vuelta y haberme dejado allí plantado.

—Hola —susurro.

—Hola —me responde.

Yaya, que así es como se llama la madre de Carmen, sigue allí plantada, con el albornoz puesto y los rulos. Si esto no es típico de un pueblo, que baje Dios y lo vea.

—¿Podemos hablar un momento?

—Depende —suelta ella.

—Eso, depende —responde la madre.

Ambos la miramos, y se percata de que la cosa no va con ella porque se retira, reticente, pero lo hace.

—¿Damos un paseo? —le pregunto.

Carmen mira hacia dentro de su casa, y su madre está allí, agazapada tras una de las puertas.

—Vale.

Sale y cierra. De inmediato, la cortina se abre, y la madre nos observa de refilón.

—No te preocupes, esto es de esa forma siempre. Los cotilleos en el pueblo están a la orden del día. Mañana todo el mundo creará que le he levantado el novio a mi amiga... —Parece caer en la cuenta de lo que ha dicho porque rectifica de inmediato—. A Abril —puntualiza—. ¿A qué has venido? —me pregunta yendo directa al meollo.

—He venido para saber cómo estás.

Alza la vista y me mira estupefacta, esto no se lo esperaba.

—¿Te ha mandado ella? —Niego—. Pues no lo entiendo.

—Abril me ha contado lo que ha pasado. Quizá quieras enfadarte también conmigo porque yo ya lo sabía, es más, me pidió consejo porque no estaba segura de estar haciéndolo bien, y yo mismo le dije que estaba jodida. No fue su intención hacerte daño y tampoco fue intención de Chlóa. ¿Lo hicieron sin mediar las consecuencias? Puede. El que no la ha cagado alguna vez que lance la primera piedra.

Carmen sigue en silencio, asimilando mis palabras. Hemos comenzado a caminar por la calle y las luces de la casa de Abril siguen encendidas.

—Me han mentido —sentencia.

—Chlóa también se ha enfadado con ella —le cuento—. Han discutido porque, eso que hizo Chlóa contigo, lo ha hecho Abril con ella. Aitor le ha mandado notas, esta mañana se puso una sudadera con un mensaje arrollador y mucho me temo que en dos días habrá una pancarta en la fachada del parque de bomberos.

Carmen abre los ojos y se carcajea, lo hace. Se ríe.

—Eso... Eso lo dije yo.

—Lo sé. Es más, Abril pensó que no pasaría nada si le daba de su propia medicina y ya ves. Ahora no se hablan. No sé los detalles, de la misma forma en la que desconozco los tuyos, solo sé que Abril se siente fatal y que os quiere mucho. No quiere perderos.

Aguardo a que responda algo, que me diga lo que piensa o siente.

—Estoy dolida.

—Y tienes derecho a estarlo. Solo prométeme que pensarás en todo. Que valorarás los pros y los contras de estar enfadadas.

Carmen me sonrío y asiente.

—Lo haré.

—Bien. Conforme. Ahora ponme al día y cuéntame cómo te sientes. Soy tu hombro en el que llorar.

—Quería decirte...

El corazón interrumpe al cerebro antes de que este empiece a soltar alguna de sus frases negativas que lo hundan más en la miseria.

—Hoy no es el día, don «frío como un témpano».

—Ni siquiera me has dejado hablar.

—Porque ya sabemos que tu mayor hobbie es dedicar las veinticuatro horas del día, porque ninguno de los dos duerme, a buscar excusas, causas y motivos por los que no lanzarte al vacío.

En realidad, el corazón tiene razón en lo que expone.

—Solo quería decir que no me gusta verla así. A Abril —apunta, por si se malinterpreta y, no sé, piensa que habla de Carmen o de Aitor...

—¿Estás hablando en serio? ¿Estás cediendo? ¿Te has enamorado? O, mejor aún, ¿empiezas a admitir que lo estás?

—Eh, eh, eh... No he dicho nada de eso. —El corazón aletea, acelerado—. No empieces —añade el cebero al percibirlo—. Solo he dicho...

—Sé lo que has dicho y me vale. Al final, tenemos razón. Todo va a salir bien, y tú empiezas a percatarte de ello.

El cerebro guarda silencio, porque, tal vez —un pequeño y muy remoto tal vez—, su amigo tenga razón.

CAPÍTULO 43

¿Por quién me tomas?

Me desperté en casa de Asier, con mi cuerpo abrazado al suyo. Por un momento pensé que todo había sido un mal sueño, uno de esos que te dejan mal cuerpo, pero, conforme pasan las horas, se esfuma.

Lamentablemente, no es así.

Reviso el teléfono por si Chlói me ha escrito. No hay nada. Carmen tampoco ha dado señales de vida. Todo se ha desmoronado en menos de una hora.

Asier abre los ojos cuando percibe el movimiento de mi cuerpo en la cama y me aprieta más contra él.

—Buenos días, Conejita.

Ni siquiera respondo. Aparto las sábanas, me dirijo al baño y vomito. Eso es lo que hago. Vomitar mis penas, mis miedos, mis dudas, mis acusaciones, mis problemas.

Asier se sitúa a mi lado de inmediato y me sujeta el pelo. ¿Hay algo más romántico que eso? Sí, por supuesto, porque que te sujeten el pelo mientras echas hasta la primera papilla no es nada romántico, es asqueroso. ¿Encantador? Puede. ¿Romántico? Desde luego que no.

—Déjame morir en paz —susurro.

—Vale. Entiendo. Hoy nos hemos levantado dramáticos.

—Habla por ti. —Tiro de la cisterna, me limpio la boca con el antebrazo, todo muy higiénico y tal, y me quedo sentada allí, a un lado—. Yo solo soy realista.

Asier se aparta y abre el grifo de la ducha. El agua comienza a caer en cascada y se desnuda poco a poco. Lo siento, pero no estoy de humor ni para contaros lo bueno que está y lo mucho que me gusta. En este momento, casi que prefiero pensar en que es bonito que esté aquí a mi lado cuando soy una piltrafa andante y me he comportado como una mala persona.

—¿Sabes? Cuando te conocí, cuando supe que tenías una hija y que Alicia era tu ex, pensaba que me había convertido en una perra infiel.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿De verdad?

—Y tan en serio. No sé. Prométeme que no te vas a poner chulo ni bravucón como sé que tanto te gusta.

—No puedo prometerte algo que corre por mis venas.

Pongo los ojos en blanco, y Asier sonríe condescendiente. Toca el agua y mueve de nuevo el grifo para enfriarla un poco más.

Me lanzo a la piscina de inmediato. Hipotéticamente, vaya.

—Me gustaste desde que te vi en el bar de Fermín. Lo típico, vi a dos chicos guapos jugando a los dardos y tu culo —añado y señalo la parte baja de su cuerpo— llamó mi atención. Chlói me contó que erais compañeros de trabajo, y en mi cabeza apareció un enorme cartel que me indicaba que debía alejarme de ti y marcar distancia. Luego me enteré de todo y me sentí fatal por fijarme en ti.

Asier me tiende la mano para que me incorpore, y hago caso sin protestar.

Me quita la ropa con sumo cuidado. No hay nada sexual en ello y solo me dejo hacer. Es como si hubiese puesto el piloto automático.

Entra en la ducha y me arrastra con él. Me coloca bajo el grifo y el agua parece atemperar mi estado de ánimo. Se gira y abre el pequeño mueble que tiene a un lado y saca un cepillo de dientes nuevo en su envoltorio.

—Lo tenía aquí por si algún día lo necesitabas. Ha llegado el día —bromea.

Sonríó sin sentirme como si fuese la peor persona del mundo. Asier es capaz de calmarme con un par de palabras.

Me cepillo los dientes bajo su atenta mirada.

—Ese es uno de los mayores problemas que tienen las personas, ¿sabes? La de juzgar sin conocer. No sabías nada de mí y ya me habías colgado dicho cartel —apunta. No puedo más que darle la razón.

—Sí —admito—, y Chlói y Carmen me lo dijeron. Incluso yo a mi padre el otro día cuando hablamos. Por cierto, me ha pedido que te lleve a cenar a casa. Creo que quiere disculparse.

—No hace falta, aunque yo nunca rechazo una cena. —Me guiña un ojo, y me siento pequeñita a su lado. Lo juzgué, cierto, sí, tengo que admitirlo, lo hice sin rechistar, por el simple hecho de ser bombero. Sin conocerlo y sin darle la oportunidad—. Rectificar es de sabios y sé que ahora estás loca por mis huesos, me basta con eso.

—Te pedí que no te pusieses bravucón.

—Y yo te confirmé que no podría hacerlo porque es lo que soy. —Me sonrío petulante, y me dan ganas de darle un puñetazo y borrarle esa sonrisa.

Me lanzo a sus brazos y me envuelve entre ellos.

—Tal vez te vaya a confesar algo muy ridículo, pero... cuando nos abrazamos siento como si todo estuviese en armonía, como si este fuese mi verdadero lugar, como si hubiese nacido para ello.

Alzo la vista, y nos observamos. Asier acerca sus labios a los míos, y nos besamos con ternura, con cariño, con amor, con adoración y paciencia.

—Todo va a salir bien —me repite, y yo solo asiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer si no?

Pasamos el resto del día juntos hasta que tiene que marcharse a trabajar. Me deja por fuera de casa, y me quedo allí, en el jardín, sentada en la silla que tantas veces ha ocupado mi padre, dándole vueltas a todo lo que ha cambiado mi vida en cuestión de un mes. Ya no es solo la llegada de Asier y que haya puesto mi mundo patas arriba, son los cambios que hemos tenido todas. Carmen, Chlói... Las tres hemos evolucionado juntas y por separado y sé que, después de todo esto, no seremos las mismas de antes ni mucho menos, aun así, espero que, pase lo que pase, seamos felices.

—Llevo todo el día sin verte. —Mi abuelo hace acto de presencia con una botella de vino dulce bajo el brazo. Eso sí es amor del bueno—. Tu novio me ha pedido que no te deje sola. ¿Qué ha pasado?

—¿Te ha llamado?

—Desde que has puesto un pie en este jardín lo hizo.

Observo la calle por la que se marchó con su coche y sonrío.

—Carmen, Chlói y yo hemos discutido.

—Bah, nada nuevo. De pequeñas estabais todo el día igual. Erais un auténtico peñazo. Lo que quería una lo quería la otra. Hubo un momento en el que tu abuela temió por vuestra vida amorosa. —Me carcajeo al pensar en eso, no, la verdad es que Emilio no es mi tipo para nada.

Aitor tampoco, no os vayáis a pensar. Pobre Carmen, tiene que sentirse fatal con todo este tema y me rompe por dentro no poder estar con ella para consolarla—. Imagínate, las tres enamoradas del mismo tío. Eso habría sido una batalla a campo abierto. Yo la habría disfrutado y os habría rebautizado. Como en *Juego de Tronos*. Te habría pedido un dragón por Amazon Prime para que fueses Daenerys Targaryen.

—Soy morena.

—Te tiñes y ya. Vaya problema.

—Abuelo, ¿nunca te has dado cuenta de que eres de lo más rarito? —No es solo que vea *Juego de Tronos*, que colecciono Funkos con ochenta años o que pida *trolls*, y podría seguir enumerando cosas de ese estilo, es el conjunto. Es el *pack*, es todo él.

—¿Y? No me gusta lo normal, es aburrido. Y yo no soy para nada aburrido. Creo que eso es lo que conquistó a tu abuela, lo excéntrico que soy.

Mi abuela lo adoraba, y él, a ella. Ese es el tipo de amor que busca cualquier persona. Uno que sea de envidiar, en el que no falte la entrega ni el sacrificio, pero que siempre haga que valga la pena.

—¿La echas mucho de menos? —le pregunto.

Normalmente no hablamos de ella, no nos gusta recordar depende de qué cosas porque sabemos que duele.

—Cada día de mi vida. Sin embargo, estoy tranquilo porque sé que tarde o temprano nos volveremos a encontrar y entonces sí que será eterno.

Me quedo sin palabras. Puede que mi abuelo sea la persona más rara que exista, que compre arsénico, espadas legendarias y *trolls* o Funkos, que le gusten los ponis o que desayune siempre leche y galletas María, da igual, todo eso da igual porque es una de las mejores personas que conozco y con el corazón más grande que existe.

—Y espero que haya servicios para poder encerrarnos dentro. —Se carcajea—. Como hiciste tú con el bombero el otro día.

Me sonrojo al pensar que mi abuelo se percató de todo y que se lo ha contado a mi padre. No sé qué es peor, la verdad.

Le tiendo la mano para que me pase la botella, si vamos a hablar depende de qué cosas, mejor piripi que sobria.

—Dales unos días a esas chicas. Son tan cabezotas como lo eres tú y me consta que lo eres y mucho, de eso doy fe.

—Abuelo, no soy tan cabezota como dices. —Y puede que tenga razón con eso de darle unos días a Carmen y a Chlóe, tal vez de esa forma todo estará un poco más tranquilo y el enfado haya disminuido. Aunque las echo de menos a morir.

—Sales al calvo en eso. —Señala hacia dentro, hacia donde está mi padre—. Y no me ha devuelto a Poppy, por tu culpa. Vi que se lo dabas. —Me carcajeo por su tono reprobatorio.

—Va a pedir rescate.

—Le daré arsénico, lo juro.

—Abuelo...

—Ni abuelo ni leches. Me lo cargaré, total, ¿qué más da? No me van a meter en la cárcel y si lo hacen será como estar en un hotel con pensión completa y durante poco tiempo.

—No quiero que hablemos de esas cosas, no me gusta —le advierto.

—¿Por qué? La muerte forma parte de la vida. Nacemos con un único fin, el de morir, es lo único que hay seguro en esta vida, el resto va y viene, pero el final es inamovible.

—Ya, sin embargo, no es algo agradable de tratar. Está ahí, sí, y ya. Cuanto más lejos, mejor.

—Bebe —es todo lo que añade a mi última frase—. No quiero que entremos en debates sobre ese tema. Por cierto, Iris y yo teníamos un plan por si lo tuyo con Asier no cuadraba. Os íbamos a encerrar en la casita del jardín.

—¿Qué? ¿Has metido a Iris de por medio?

—Claro, ¿y? Esa niña es un amor. Me alegra las tardes. ¿Sabes que viene a verme todos los días? Y Alicia también lo es. Se ha echado una novia.

—¿Qué? ¿Novia?

Pues sí que me he perdido cosas, sí.

—Una profesora. Está muy ilusionada. Iris dice que ahora tiene tres madres. Solo le falta el pato. Aunque eso lo voy a solucionar. Pronto.

¿Una profesora? No me entero de nada, Asier no ha soltado prenda. También es verdad que, con el caos que tengo en mi vida, como para estar pendiente de otras cosas. Vaya, que me alegro infinito por ellas, en serio.

—No irás a comprarle un pato, ¿no?

—¿Yo? Claro que no, ¿por quién me tomas?

—Por mi abuelo. ¿Te parece poco? —Me pide la botella y le da un buen sorbo, tras eso, me la tiende—. Por más noches así, como esta, porque siempre seamos una familia unida y porque esta familia crezca. Porque sigamos siendo tan atípicos como siempre y porque nos encante serlo.

Alzo la botella y brindo por los que me faltan. Mi abuela y mi hermano, que no están aquí, pero nosotros los sentimos cerca.

CAPÍTULO 44

Otra vez no

Mi abuelo y yo pasamos horas en ese jardín, mi padre se suma al rato, y mi madre una hora después y trae consigo limonada. ¡Limonada! Si nos hemos puesto finos a vino dulce... En fin, que se nos acabó el chollo.

Alicia se acerca y se lleva un vaso de limonada fresca, no se queda allí porque Iris está durmiendo en el piso de arriba y debe regresar.

—Ya hablaremos tú y yo —le grito de camino a su casa.

Ella alza la copa y brinda por mí, por ella o por todos nosotros, a saber. Eso sí, sonrío.

He puesto al día a mis padres con mis recientes problemillas, y todos coinciden en que lo mejor es esperar a que las aguas se calmen y que estemos más tranquilas. Las cosas, con el paso del tiempo, se ven de otra forma. Comenzamos a recoger todo para entrar en casa y entonces Alicia se cuele de nuevo.

—Viene a por más limonada —indica mi madre, que saca la jarra con diligencia.

—¡Abril! —grita.

—Shhh —la chista mi madre—. Son casi las dos de la mañana, alma de cántaro—. Y estamos en la calle.

—No parece querer nada de beber —susurra mi abuelo, que se acerca a mi altura y apoya su brazo en mi hombro, con su bastón al otro lado. El sombrero de paja lo ha dejado por ahí.

Corre hasta donde nos encontramos con el teléfono entre los dedos. Cuando está frente a nosotros, apoya las manos en sus rodillas y deja caer la cabeza. Le falta el aire.

—¿Qué pasa? ¿Iris está bien? —Miro hacia su casa buscando respuestas.

—Me acaban de llamar del hospital. Ha habido un incendio en una de las naves del Polígono Industrial. No saben el motivo por el que se originó el fuego, solo me han explicado que han trasladado a Asier allí y que está grave.

Mi padre se deja caer en la silla, a mi madre se le resbala la jarra de las manos, el cristal se hace añicos y la limonada le empapa los zapatos. Mi abuelo me aprieta con más fuerza contra su cuerpo, y yo me siento completamente vacía por dentro.

Un sudor frío recorre mi espina dorsal. He estado aquí, por fuera, compartiendo la noche con mi abuelo y mis padres mientras Asier se estaba enfrentando a un incendio. Mientras se jugaba la vida.

—¿Está vivo? —pregunta mi madre. Intenta parecer calmada, sin embargo, sé que la invade una fuerte desesperanza. A todos. La sentimos todos.

Alicia llora desconsolada, y yo me dejo caer sobre las piedras blancas que recubren el suelo. Ni siquiera las siento cuando impactan contra mis rodillas. No siento nada que no sea ese puto miedo cubriéndolo todo. Es como si, de pronto, una nube negra nos envolviese y me impidiese ver, escuchar o hablar. Como si esa nube me hubiese tragado, llevado lejos y me encontrase en un universo paralelo, a distancia de aquí, del pueblo, de esta casa. Lejos de Asier.

Sé que hablan entre ellos, pero a mi cabeza regresa aquella fatídica noche. Dos días que viví como una autómatas. Pestañeaba porque mi cerebro ordenaba a mi cuerpo que lo hiciese, respiraba por el mismo motivo, caminaba porque algo me empujaba a hacerlo.

Mi hermano, tumbado en una cama de hospital, con una bata azul rodeando su cuerpo y una sábana que ocultaba las quemaduras que cubrían su piel. El olor, el olor a carne chamuscada, olía a muerte. Ese era el olor de la muerte.

Y sucedió.

No pude despedirme de él porque nunca abrió los ojos para brindarme esa posibilidad. Nunca pude decirle que le quería más que a nada, que lo iba a echar de menos, que intentaría seguir adelante, aunque costase, y que sería feliz, por mí y por él. Tampoco le conté que a partir de ese momento decidiría no enamorarme de un bombero, y él no me podría regañar por la estupidez tan grande que estaba soltando por esa boca, como otras tantas veces hacía. Porque de Marcos aprendí muchas cosas y todas buenas.

—Abril —murmura mi padre colocándose frente a mí. Me sacude por los brazos y entonces reparo en que mi madre llora y yo también lo hago—. Abril, cariño, vamos, estamos aquí —insiste mi padre intentando traerme de vuelta.

—Abril, tenías que saberlo. Necesito...

—Yo me quedaré con Iris —se ofrece mi abuelo—, yo me quedaré con ella. Id vosotras con él.

Alzo la vista y, una vez más, no veo más que ese humo negro del que os hablaba, me impide reaccionar. Me impide levantarme. Me impide actuar como una persona racional y cabal.

Marcos. Está pasando lo mismo. La historia se repite.

Dije que no estaba preparada para perderlo a él también y es justo lo que está sucediendo.

No sé cómo llego al hospital ni cómo me encuentro sentada en esta silla negra. Negra como el humo. Como la piel quemada. Como el olor de la muerte.

Alicia camina de un lado al otro, y mi padre está a mi lado, sentado también. Su mano sobre mi rodilla como tantas y tantas noches en el jardín, solo que ahora estamos en un hospital. Solo que duele.

—Abril, todo va a salir bien —musita.

Su voz me suena a autoconvencimiento, a mentira, a patraña. A humo negro que envuelve y no te deja ver la realidad.

—Asier me dijo eso, justo eso, ayer. Es como si hubiese pasado mucho tiempo. Como si hubiesen pasado décadas de esas palabras.

Muevo la cabeza y solo veo un largo pasillo de color verde. En otras butacas también hay familias. Madres, padres, hijos, mujeres y hombres, esposas y maridos que están aquí por lo mismo que nosotros, sin poder controlar lo que va a suceder y si en unas horas, cuando salga el sol, todo dejará de ser oscuro y tomará otro color, el de la esperanza. O no. O la negrura nos llevará a todos con ella.

Una chica de mi edad me observa desde la distancia. Sus ojos están rojos como los míos, su cuerpo transmite tristeza y angustia, y asiento, como si eso fuese a ayudarla en algo. No lo hace. No lo hará, no obstante, tal vez de esa forma, con ese sencillito gesto, ella se sienta menos sola, y yo, más acompañada.

—¡Doctor! —Alicia grita cuando ve salir a un señor, con una ropa propia de este lugar, camina hacia él, y esa chica a la que le he asentido se levanta y acude rauda y veloz. Tiene un pañuelo en sus manos, lo estruja con fuerza.

Es la esperanza.

—No puedo facilitar mucha información a ninguna de las dos. Ambos están graves. Solo puedo decirle que, si su marido sobrevive, será gracias a ese bombero.

Alicia intenta sonsacarle algo más, algún dato, lo que sea. Camina tras el médico, que parece querer ser suave, sin embargo, ambas sabemos que no podremos obtener nada porque, en realidad, no lo hay.

La chica toma asiento en el mismo sitio, y Alicia vuelve tras sus pasos hasta sentarse a mi lado.

—No me ha contado nada más, Abril. —Sigo estando sin apenas estar.

Mi teléfono suena en un par de ocasiones y ni me molesto en mirar quién llama. Se lo tiendo a mi padre, que se incorpora y se hace cargo de todo, habla por teléfono sin cesar mientras permanezco ahí, sentada, sin más. Lejos de aquí. Lejos de este pasillo, de estas sillas, de todos.

—Abril, tu abuelo y Asier me han contado lo que sucedió con tu hermano hace dos años. —Se me desencaja la cara cuando la miro. Las lágrimas brotan con más fuerza, quieren llevarse todo a su paso, incluida a mí, si pudiesen—. Entiendo que en este momento pienses de esa manera, que estés sumida en esa vorágine de recuerdos, sin embargo, tienes que ser fuerte y aferrarte a la idea de que todo va a salir bien.

—¿Por qué todo va a salir bien en esta ocasión? Con mi hermano eso no pasó. —Y ahí está esa pregunta. La cuestión que trae la bruma. La que no deja de golpearme el pecho con insistencia.

—Es cierto. Pero también tenemos que tener en cuenta los detalles. No sabemos qué provocó el incendio, dónde estaba Asier, cuánto humo pudo inhalar... Sabemos lo que nos han explicado. Su cabeza se llevó la peor parte. —Guarda silencio un par de segundos, como si ella misma intentase autoconvencerse—. Y también sabemos que es un hombre fuerte y no va a dejarte sola. No nos va a dejar solas a ninguna de las tres. Nunca. Vayamos donde vayamos, él estará ahí, ¿recuerdas? Eso es lo que siempre dice.

Sí, lo recuerdo porque me lo ha repetido en varias ocasiones, porque también se lo confesó a mi padre en la catastrófica cena.

—Y porque ese chico va a venir a cenar a casa y pienso ponerle los puntos sobre las íes —sentencia mi padre, que se suma a la conversación tras apagar mi teléfono y dejarlo dentro de mi bolsillo.

Las horas pasan por nosotros sin ton ni son. Me tomo varios cafés y los vomito en silencio. Todos y cada uno de ellos.

Mis padres se marchan a casa para ducharse y cambiarse de ropa. Yo permanezco ahí, inamovible. Alicia también sale porque necesita hablar con Iris.

—No sé qué voy a contarle —me explica.

—Nada, no hagas ni digas nada. Es una niña.

—Es su hija.

—Sí, y tiene cinco años. Es mejor esperar a tener algo más de información, a contar con ella, antes de disgustarla de esa manera. Si le cuentas lo que ha pasado sin tener más datos, se sentirá perdida, lo verá oscuro. —Como yo.

Alicia asiente, se pone en pie y abandona el pasillo.

Vuelvo a clavar la vista en la chica. También está sola, sentada, un poco más allá, con la mirada perdida en el verde frío y vacío de las paredes. Como si se diese cuenta de que la observo, me mira y asiente, devolviéndome el gesto que compartimos hace apenas unas horas. Giro la cabeza y veo mi reflejo en el aluminio que parte la pared, que separa los distintos tonos verdosos de la misma.

No reconozco a la chica que hay frente a mí. Me miro y esa no parezco yo. Esas ojeras no son mías, esos pómulos tampoco lo son, los labios secos y desprovistos de color pertenecen a otra persona.

—¿Abril?

Cuando ya pensaba que no me quedaban lágrimas, un torrente de ellas me nubla la vista al ver a mis amigas, a Chlœe y Carmen, aparecer frente a mí, ambas arrodilladas, con la mirada triste. Y no hay rastro de rencor, odio o resentimiento, solo hay... Solo somos tres de nuevo.

CAPÍTULO 45

Todo va a salir bien

—¿Habéis...? Habéis venido.

—¿Cómo no vamos a venir, imbécil?

—Chlói, no creo que este sea un buen momento para insultar a nadie, ¿qué hemos hablado?
—la reprende Carmen.

—Pues no sé, porque tú solo largabas y largabas, y yo me limitaba a asentir, pero sin escuchar nada de lo que estuvieses soltando. Lo siento, es que es... mucho texto, ¿me entiendes?

Carmen la empuja, y Chlói cae de culo al suelo. Esa no se la vio venir.

Echaba tanto de menos esto. De veras, es como si hubiesen pasado siglos y solo hace dos días, dos putos y tristes días.

—Te llamamos, y tu padre nos explicó todo.

—Me avisó Aitor de lo que había pasado. —No quiero hablar de ese tema.

—Deberías ver esto. —Carmen saca el teléfono y busca algo en él, cuando da con lo que quería, me lo enseña.

Sujeto el móvil entre los dedos y observo a Chlói, que se ha cruzado de brazos y frunce el ceño.

—Sí, es eso. Justo eso. No haces puto caso de nada de lo que se pide.

El lateral de la fachada del parque de bomberos tiene un enorme cartel lleno —y cuando digo lleno es lleno— de corazones y con un sencillo mensaje en el que nada he tenido que ver.

Te quiero, Chlói.

—Esto no es cosa mía. Al menos, no de forma directa. Lo demás sí —admito.

—Como declaración de amor es buena —susurra Carmen—. Ahora, Chlói lo ha llamado por teléfono y le ha gritado tanto que mucho me temo que ese chico ya ha hecho las maletas y va camino de alguna aldea perdida en el Amazonas.

—Se lo ha buscado solo —zanja mi amiga—. ¿A quién se le ocurre? Por favor.

—Oye, Abril... Con respecto a lo de la otra noche...

—Lo siento —murmuro. Bajo la vista y vuelvo a llorar.

Esto es una auténtica mierda porque parece que, cuanto más lloras, más ganas tienes y entras en un bucle de llantina que no es ni medianamente normal.

—Yo tampoco lo hice bien —claudica Chlói—. Me equivoqué. Creí que daros un empujón a ambas era lo que necesitabais y cuando tú lo hiciste conmigo entendí que los toros desde la barrera, como dijo Carmen, se ven muy guais, sin embargo, la cosa cambia cuando estás en la plaza.

—Puede que ninguna lo haya hecho del todo bien, aunque entiendo que el fin ha sido bonito, queremos la felicidad de las otras, a pesar de que Chlói pase de Aitor, y Emilio no quiera nada

conmigo. Esta es la vida, ¿no? No siempre los finales son felices, eso es lo que me dijo Asier la otra noche cuando vino a casa.

—¿Qué? —inquiero—. ¿A tu casa? ¿A verte? —Esto sí que no me lo esperaba. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿En qué momento?

—Sí, diría que soy oficialmente una «perra infiel». —Me carcajeo por primera vez en mucho tiempo y es gracias a ellas. Siempre todo es gracias a ellas—. Todo el pueblo piensa que le he levantado el novio a mi amiga. —Carmen alza los hombros restándole importancia.

Alzo la vista y de nuevo observo el aluminio, las tres caras que se reflejan allí, y ellas encuentran mis ojos en ese gris plata que nos devuelve la mirada.

—Tengo miedo. No quiero volver a pasar por esto, no estoy preparada para perderlo. No lo estoy —sentencio.

—Abril... —La mano de Carmen se entrelaza con la mía y la de Chlóa también. Una a cada lado. Una mano para cada una, como ha sido siempre. Mano a mano ante las adversidades, ante los miedos, los problemas, las angustias, las risas y las lágrimas.

—Por esto no quería enamorarme de un bombero, ¿qué voy a hacer si lo pierdo? Si se muere...

Chlóa chasquea la lengua contra el paladar.

—Saldremos adelante juntas como hicimos con la pérdida de Marcos... Yo siento eso también, no haberte contado que estaba enamorada de tu hermano. Y mentirte con lo de Aitor, porque sí que siento algo por él, pero ¿y si de verdad no estoy preparada? Con Marcos fue todo fácil, fluía. Con Aitor también, y eso me acojona. Es como si la historia se repitiese.

—Al final, todas vivimos con miedo. Miedo a lanzarnos al vacío, miedo a seguir adelante, miedo a enamorarnos, miedo a las decepciones, miedo... Y no creo que esa sea una forma lógica de vivir. No lo es.

—Además —apunta Chlóa—, Asier va a despertarse, lo sé, ese hombre es un cabezota y no va a dejarte sola.

Sonrío porque eso es lo mismo que piensa Alicia.

—Deberías darle una oportunidad a Aitor —señalo—. ¡Si ha colgado una pancarta en el lateral del parque de bomberos!

—Y ella le ha gritado mucho por ello —recuerda Carmen.

—Y seré el hazmerreír de la estación por los siglos de los siglos.

Aitor llega en ese momento, con las manos en los bolsillos, junto a Alicia y a mis padres. Guarda las distancias, eso sí, me mira y sonrío de forma cándida, intentando transmitirme lo que yo a la chica que está sentada un poco más allá con un asentimiento.

—Ve —la apremia Carmen, esta vez sin empujón.

Chlóa se acerca, y Carmen la imita, como si esto estuviese ensayado. Me envuelven entre sus brazos y me espachurran, tal y como hicimos la noche antes de conocer a Asier en el bar de Fermín. La noche en la que Chlóa nos prometió venganza. La noche en la que cambió todo para todas.

—Que de esto salga algo bonito —le susurro dándole un golpe con mis pies.

Chlóa se cruza de brazos y se deja caer en el asiento. Niega. Es más burra que todas las cosas.

—Oye, Carmen, de veras que lo siento. Tenía que habértelo contado y me sentí fatal después.

—Ya está —me corta—. No pudo ser, Emilio no es para mí y se acabó. No sé cómo me voy a enfrentar mañana a las clases, si lo veré por allí o no. Espero que no, porque va a ser bochornoso. Me rechazó, me preguntó si me había vuelto loca y se marchó de allí sin dejarme siquiera explicarme —rememora—, y, a pesar de ello, yo lo sigo queriendo. Y le esperaré si tuviese una

oportunidad, una pequeña, un resquicio. Le esperaría toda la vida si hiciese falta.

—Bueno, ya está, me aburro. Emilio es un muermo y deseo con todo mi ser que se arrepienta.

Chlói se incorpora y comienza a caminar en dirección a Aitor sin añadir nada más. ¿Para qué? Nos lo ha dejado todo bien claro. A su estilo.

—Suerte —le deseo.

—Suerte a Aitor, más bien —me corrige Carmen sonriendo.

Chlói se gira y nos guiña un ojo. Se sitúa a su lado en la pared y hablan. Al menos no se tiran de los pelos o se ponen a luchar en el suelo como jugadores de sumo.

—Todo va a salir bien —musita Carmen.

Y casi me lo creo. Casi.

CAPÍTULO 46

Abre tus ojos

Me han permitido ver a Asier un rato cada día. Por momentos ha sido desolador y, en otras ocasiones, ha resultado tranquilizador verlo ahí, respirando, a mi lado. Luchando.

Sus padres y su hermano llegaron hace tres días al pueblo. Alicia se encargó de hacer las presentaciones y, siendo honesta, me hubiese gustado que fuese de otra forma. No sé, tal vez una cena, un vinito y rodeados de otro color que no sea el verde inerte y sin vida que me acompaña desde hace una semana.

¿Me siento más tranquila? Pues sí. Un poco más tranquila porque..., porque sigue aquí conmigo. Con todos nosotros. Es más terco que yo, de eso no cabe duda.

Cuando Marcos murió, fue rápido, no hubo tiempo, se fue en silencio, sin molestar a nadie, como hizo mientras vivía. Asier sigue aquí y tal vez suene esperanzador, sin embargo, me vale.

Los médicos hablan con nosotros cada día, nos explican que, pese a que el golpe en la cabeza fue colosal, las pruebas indican que está bien, pero no garantizan nada porque, en estos casos, hay que ser prudentes y esperar a que despierte. Es algo delicado. Además de la cabeza, cuenta con varias fracturas. La parte derecha de su cuerpo se llevó la peor parte. Tiene esa pierna rota por varias zonas y el hombro tampoco está como debería. Soportó la caída, su peso y el del chico al que salvó. El marido de Sole.

Julio sí cuenta con muchas quemaduras en su cuerpo. Ni siquiera quiero imaginar lo que habrá sufrido, el dolor de ver cómo la carne prende y no poder hacer nada, esa angustia, el no poder huir ni moverte y el daño lacerante que habrá soportado. Imagino que los segundos se convertirían en años, en situaciones de esa índole, debe de ser así.

Yo he acudido al cole cada día. No puedo dejar a mis niños, no puedo hacerlo porque todos me necesitan y, en cierto modo, yo también los necesito a ellos. Me dan vida, me calman, me sacan alguna que otra sonrisa. Se han convertido en mi refugio, de una forma u otra lo han hecho.

La puerta de la habitación suena en ese momento y una pequeña cabeza asoma por allí.

—¿Puedes...? ¿Podemos...?

Suelto la mano de Asier, la deposito con suma delicadeza en el colchón, me incorporo y le acaricio las mejillas con cuidado. No responde. No lo ha hecho en esta última semana. No obstante, como bien os he dicho, al menos sigue aquí.

Cierro la puerta con suavidad, y Sole, que así es como se llama la chica con la que compartía asientos, me espera con un café en la mano.

Lo tomo entre mis dedos cuando me lo tiende.

—Gracias.

—¿Qué tal va? —me pregunta llevando su mirada hasta la puerta de su habitación.

—Sigue inconsciente. Pero sigue aquí.

Esta última semana hemos hablado, hemos compartido alguna que otra conversación, eso es

lo que consiguen los hospitales, que todos los que estén ahí, por un motivo u otro, empaticen porque viven lo mismo en ese momento, porque el estado anímico es similar.

—¿Y Julio?

—Hoy le han hecho varias curas. Su piel... —Baja la vista, no es necesario que siga.

—Tranquila.

—La piel es solo un envoltorio, eso le digo cada día. Desde que despertó. Le duele, le duele mucho y, cuánto más le duele, más lo quiero. —Sonrío, porque esto es lo que hemos hablado varias veces, que el amor de verdad funciona de esa manera. No es solo quedarse con lo bonito, con el exterior. Es adorar mucho más las taras, la oscuridad y los secretos velados.

»Quiero que sepas que tu novio ha sido muy valiente, si no hubiese saltado esa zona, si no se hubiese internado donde el calor era sofocante, donde el aire era asfixiante, en esa parte, que era más insegura que otra cosa, mi Julio no estaría aquí, con nosotros. Yo... Estoy embarazada, ¿sabes?

—¿De veras? ¡Enhorabuena!

—No me felicites aún —me pide—. Tampoco le he contado nada... Quiero que se recupere, que esté bien, que se sienta feliz por esta segunda oportunidad que nos ha dado la vida. Porque nos la ha dado, Abril.

A lo lejos veo a Chlóa y a Aitor llegar, juntos.

Vuelvo a asentir mirando a Sole.

—Te felicitaré el día que te den el alta y también felicitaré a Julio.

—Y yo abrazaré a Asier por todo lo que me ha dado. Porque él ha sido valiente, generoso y temerario. Y lo ha salvado y a mí con él.

—Hizo lo que debía y sé que si tuviese que repetirlo, aun pasando por todo de nuevo, lo haría. —Porque ese es Asier y ahora lo entiendo.

Sé que, si estuviese despierto, le encantaría que le endulzasen la oreja, en sentido figurado, obvio, solo por hacerse el chulito, porque lo que está claro es que no busca reconocimiento, se lanzó al vacío sin dudar por salvar una vida. Para él, eso fue lo único, fue suficiente, porque sí, es valiente y estoy muy orgullosa de él.

Sole me da la mano y la aprieta justo antes de despedirse de Chlóa y de Aitor con un leve asentimiento cuando llegan a nuestra altura.

—¿Qué tal todo hoy?

Niego.

—Sigue dormido. He estado dentro un rato hasta que ha vendido Sole. ¿Queréis pasar a verlo?

—Claro. —Aitor hace un amago de adelantarse, sin embargo, Chlóa lo sujeta por la mano y frena sus pasos.

—Abril... —Chlóa, mi amiga, esa que es tan intensa como la vida misma, entrelaza los dedos con Aitor y me enseñan su mano unida.

—¿Esto es lo que creo que es? —pregunto estupefacta.

Hasta ayer mismo, mi amiga afirmaba que ni con un palo tocaría a ese hombre. Ya, ya, claro.

—Estamos juntos —clama Aitor, está eufórico. No es para menos, lo ha conseguido—. ¡El cartel! El cartel ha sido la hostia.

Se gana un golpe de Chlóa y debe de dolerle, sin embargo, sonrío mirando a mi amiga con cariño, como si le diese igual, como si le gustase y todo.

La susodicha da un paso al frente, soltándose del agarre de Aitor, y me abraza. Sin espachurrarme, solo sintiendo el calor de nuestro cuerpo, solo dándonos cariño, el cariño que

sentimos la una por la otra desde siempre.

—Tenías razón —musita—. Tenías razón en todo. Y Carmen también.

—Todas nos hemos equivocado, todas hemos rectificado y todas hemos evolucionado. Eso es lo único que necesitamos. Como siempre ha sido, lo hemos hecho juntas.

Nos quedamos un par de segundos más y rompemos el abrazo para que entren a ver a Asier.

—Esto le encantaría —murmura Aitor.

—Calla, imbécil redomado. —Sí, esa es mi amiga.

Aitor, lejos de ofenderse, se carcajea y me lo contagia.

Todos los momentos buenos, todas las ocasiones que me han alejado del humo negro que lo cubría todo al principio, han estado marcados por la presencia de ellos, de mi familia y de mis amigos. De la familia de Asier, que han sido cercanos conmigo, que han aprovechado para pasar tiempo con Iris y que hasta han cenado con mis padres, como si fuésemos una familia. De los momentos más trágicos también se pueden sacar cosas buenas si sabes verlas y valorarlas.

Aprovecho que ellos están dentro para llamar a Carmen y contarle las novedades. No nos olvidemos de que esto es un pueblo, y yo también formo parte de él. Me contesta al quinto tono de llamada.

—Carmen, vas a flipar en colores con lo que tengo que contarte.

—Oye, Abril, me pillas en un mal momento.

—Es Chlóa. —Hago caso omiso a lo que me dice—. Está con Aitor.

—¿¿Qué?! —grita al otro lado—. ¿Juntos juntos? —me pregunta.

—Tan juntos como que acaban de entrar a ver a Asier cogidos de la mano y bueno... Pero ¡yo no te he contado nada! ¿Vale? Cuando te lo expliquen, tienes que hacerte la loca y todas esas cosas.

—Hecho. Menos mal que ha cedido, pensé en atarla. Luego se me ha pasado por eso de que nos prometimos no hacer más cosas de ese estilo. —Me carcajeo. Cierto, lo hemos prometido—. ¿Y Asier? ¿Ha despertado?

—Nada —niego.

—Sigue aquí, es lo único que importa.

—Sí. —Asiento, a pesar de que no me vea. Con el paso de los días he intentado serenarme y pensar en positivo. Porque tal vez sí salga bien—. ¿Y qué es eso que estabas haciendo tan importante como para no poder atenderme?

Carmen carraspea con suavidad.

— *Emmjefhdkf*.

—Perdona, no hablo élfico. Ni *carmico* —bromeo.

—Emilio. —Y tose con fuerza.

—¿Estás con Emilio e intentas nombrarlo en medio de un ataque de tos?

—Exacto.

—Vale. Estás peor de lo que creía. ¿Puedes contarme algo o tendré que esperar a que lo hagáis oficial?

Escucho un sonido feo en el auricular y aguardo unos segundos. Cuando me dispongo a colgar, Carmen habla:

—Me estaba alejando un poco. No quiero que escuche lo que tengo que decirte.

Vaya.

—Soy toda oídos.

—Me dejó una nota en la taquilla. Una nota escrita de su puño y letra. Me temblaban las manos cuando la leí. Me... —Suspira—. Me pedía perdón por haberse comportado como lo hizo,

por haber huido. Cuando cerré la puerta, estaba allí, cerca, aguardando mi reacción.

Contengo la respiración.

—¿Qué hiciste?

—Me marqué un Chlóa.

Ay, señor.

—Espero que eso signifique algo bueno.

—Estamos juntos, debe de serlo —bromea—. Solo..., solo lo besé.

—Carmen la impulsiva.

—Ya era hora, ¿no crees?

—Lo creo —admito.

—Tengo que dejarte, nos vemos pronto. Te quiero.

—Y yo a ti. —Cuelgo sin esperar respuesta alguna.

No quiero interrumpir lo que quiera que estén haciendo y tiene pinta de que habrá más besos, seguro. Quizá lo de ellos también ha sido cuestión de tiempo. Tal vez lo necesitaban, aclarar las ideas, conversar, sincerarse sin malos entendidos.

Sonrío con el teléfono sujeto en la mano.

Me dirijo hacia la habitación para contarle a Chlóa lo que ha pasado, esto es un lleva y trae en toda regla, sí. Casi nos chocamos y nos comemos la boca.

Mi amiga me zarandea con fuerza.

—¡Abril! —grita—. ¡Abril! —Me asusto por momentos y empiezo a temerme lo peor. Fijaos qué sencillo ha sido que toda esa positividad se vaya al garete—. Asier acaba de despertarse.

CAPÍTULO 47

¿Y tú quién eres?

—¡E stá despierto! ¡Ha abierto los ojos! —mi amiga grita. Ya de por sí, lo hace, solo que en este momento con más intensidad.

Sole me observa, se ha enterado de todo y me guiña un ojo con complicidad.

—A por él —me anima desde la distancia.

Hago a Chlóa a un lado y entro en la habitación. Aitor está allí, plantado frente a él, pero su semblante no es para nada halagüeño.

—¿Qué pasa?

Me acerco atemorizada porque no sé qué me voy a encontrar. El hecho de saber que está despierto me alegra, me hace tremendamente feliz porque..., porque está aquí, conmigo, con nosotras y esta vez de verdad. Sin embargo, esperaba, no sé... Tal vez encontrarme una sonrisa en su semblante y la felicidad en el rostro de Aitor.

—Yo os dejo a solas —pronuncia el susodicho.

Mi amiga venía tras de mí y se da media vuelta y abandona la habitación.

Asier sigue tumbado boca arriba con la mirada fija en el techo. Me asusto de inmediato.

Doy un par de pasos, esperando despertar una reacción en él. Nada de nada. Cuando por fin estoy al alcance de su vista, sus ojos se posan sobre los míos y sonrío emocionada.

Hacía una semana que no veía esos ojos grises, que no me miraban como siempre lo han hecho. Ahora entiendo el poder de una mirada.

—Hola —susurro.

Sus ojos siguen fijos en los míos, imperturbables, amenazantes.

—Hola —finaliza.

Me armo de valor y arranco a hablar:

—Me has dado un susto de muerte. Te... Te mereces que te mate con mis propias manos y te deje tirado en una cuneta de cualquier carretera.

Vaya, no pillla la broma porque no se ríe. Echo de menos su risa. Echo de menos sus abrazos, que me tienda la mano como siempre lo hace y que me bese con pasión y anhelo como solo él sabe. Lo echo de menos. Mucho.

—¿Y tú quién eres? —cuestiona.

Se me cae el alma al suelo cuando me pregunta eso. Por mi cabeza pasan todo tipo de películas en las que el protagonista se da un golpe en la cabeza y pierde la memoria, documentales de esos que no tienen final feliz, series y libros. Jamás me reiré de ese tipo de cosas, mucho menos después de esto.

—Abril, soy Abril. Abril —insisto como si no hubiese mencionado ya mi nombre varias veces—. Soy tu novia —musito—. Yo... te quiero —le confieso abiertamente.

No sé, tal vez espere que esas sean las palabras mágicas, las que rompen el hechizo, como en *Blancanieves* con el beso del príncipe o en *Cenicienta* con la prueba del zapato.

La comisura de sus labios se alza y esboza una sonrisa petulante.

—¿Ves, Conejita? ¿A que no era tan difícil?

Me cago en todo.

—Te odio. Te odio mucho. ¿Te lo has inventado?

—Ajá.

—¿Para que te diga que te quiero?

—Para que me expliques tus sentimientos y lo que somos. Me siento tremendamente halagado, y yo también te quiero, novia mía.

—Estoy valorando la opción de cortar contigo, que lo sepas.

—Ni lo sueñes, Conejita. Ahora que te tengo, no pienso dejarte escapar y lo sabes.

Sonríó muy fuerte porque sí, ha sido una mierda de broma. De entre todas las bromas, ha sido la peor, sin embargo, está aquí, me mira, me sonríe, me derrito y lo quiero pese a todo. Y me gusta su buen humor, aunque no me haya hecho maldita gracia.

—¡Me has asustado! Me has asustado mucho. No solo te hablo de la broma, hablo del incendio.

—Shhh —me chista—. Ya me ha explicado Aitor que llevo una semana inconsciente.

—Una puta semana —grito.

—Esa boca —me reprende sonriendo.

—Una puñetera semana —insisto con algo más de educación—. Sin saber bien lo que iba a pasar, sin saber si ibas a volver, si te iba a perder. Estaba... —Me derrumbo de nuevo, frente a él, dejo que mis lágrimas dancen solas por mis mejillas, y Asier alarga su brazo lleno de cables y me toca—. He pasado mucho miedo, mucho miedo —reitero.

—Ya estoy aquí. Y te prometí que todo saldría bien, y yo no rompo una promesa. Nunca lo he hecho —asevera.

—Eso no me tranquiliza porque... hay cosas que no se pueden controlar. Esta es una de ellas. Por este tipo de motivos no quería salir con un bombero.

—Y llegué yo para romperte todos los planes.

—Sí —confirmo.

—Siento todo esto, Abril, de verdad que lo siento, pero forma parte de mi trabajo. Ten claro que no era mi intención salir mal parado. Y tampoco que volvieses a vivir todo aquello, que hayas revivido todo eso de nuevo es lo que más me duele. El miedo que has debido de pasar.

—Ha sido horrible. Pensé... —Sujeto su mano con más fuerza y beso el dorso de la misma—. Pensé que te perdía. Pensé que no iba a poder despedirme de ti tampoco, pensé que no volvería a besarte, a abrazarte, a jugar contigo a los dardos y a aplastarte. No sé...

—Abril, vivir con miedo no es vivir. Vivir es de valientes, de entregados, de audaces, de intrépidos y osados. La vida solo está hecha para esas personas que están dispuestas a correr el riesgo de romperse por el camino. Salir ilesos nunca fue una opción. Y jamás la fue para nosotros porque cuando nos vimos, cuando nos miramos, supimos que estábamos destinados a hacer explotar todo a nuestro alrededor. Somos fuego. Lo somos y eso no va a cambiarlo nadie nunca. Ni siquiera tú. Mucho menos yo.

Me quedo en silencio porque no sé qué responder, solo sé que tiene razón, que no podemos vivir pensando en lo que sucederá mañana, en qué inconveniente será el próximo que se nos ponga por delante, cuál será el siguiente bache o qué desavenencia se nos presentará mañana, porque, al fin y al cabo, no disfrutas del presente, no lo vives con ganas, solo te dejas mecer por la marea sin enfrentarte a la ola.

Asier toma de nuevo la palabra al darse cuenta de que yo, de pronto, me he quedado sin ellas.

—No pasa nada, Conejita. Tú eres la profesora, pero yo seré tu maestro y te ayudaré con ese tema. —Me guiña un ojo y me derrito—. Y con otros —indica alzando las cejas.

—Vaya, te has despertado caritativo —ironizo.

—Siempre dispuesto a complacerte —murmura.

Sí, este es el Asier que conozco, el Asier que tanto me gusta, el Asier que me ha enamorado. El Asier al que quiero comerme a besos y al que también quiero matar.

—Veremos de lo que eres capaz, Boomblero.

Él se carcajea.

—Hacía mucho que no me llamabas así.

—Lo reservo para ocasiones especiales, como cuando te despiertas de un accidente o cuando te apalizo frente a la diana. —O cuando lo veo y lo quiero encerrar en el baño para hacer cosas de lo más indecentes. Todo puede ser.

—Te daría un beso, es más, me muero de ganas y sé que tú también, solo que... me apesta el aliento, cariño.

«Cariño». Qué mono es.

—Me lo cobraré con creces.

Me sonrío con calidez.

—He vuelto a casa. Contigo. Y siempre volveré. No te olvides de eso.

Dejo caer la cabeza sobre su mano, olvidándome de todo lo que ha pasado, de esa nube negra, del miedo, de las dudas, del pasado.

La puerta de la habitación suena y entra un médico. Me pide que salga y hago caso.

—Te veo en un momento, Conejita. No te vayas lejos.

—Nunca.

Cuando abandono la habitación están todos por fuera. Mi familia, Iris, Alicia, Carmen, Chlói, Aitor, la familia de Asier, Mariola, incluso Emilio.

Me acerco a Alicia, que sostiene de la mano a Iris.

—Me alegro mucho por ti —le cuento mirando a Mariola. Ni siquiera he pensado en ese tema con todo lo que ha pasado—. Por vosotras.

—Gracias. Me hace... feliz. Y tu abuelo dice que en esta vida solo hay que ser eso, feliz.

—Mi abuelo es un tipo sabio.

El susodicho se acerca y me da la mano.

—El calvo me ha devuelto a Poppy. Solo quería que lo supieras.

Miro a mi padre, que me guiña un ojo con complicidad. «Todo ha salido bien», susurra desde la distancia con mi madre abrazada a él. Asiento. Solo asiento. De nuevo asiento.

Hay cosas que no se olvidan, que te marcan y que no quiero que se vayan porque todo eso forma parte de lo que somos, nos enseñan a crecer, a madurar y a avanzar. Duelen, sí, sin embargo, el dolor también forma parte de la vida. Y eso es lo único que quiero. Vivir.

Aprovechad capa puto segundo como si fuese el último.

Hoy estamos, mañana..., ¿quién sabe?

EPÍLOGO

—Enhorabuena. Eres la novia más guapa que he visto nunca.

—Que no se entere Mariola porque te dará una paliza.

Sí, estamos en la boda de Alicia y Mariola. Nada especial ni extravagante. Con apenas treinta invitados, los familiares y los amigos más cercanos y..., por supuesto, estamos en la playa.

No, no en esa playa, esa la tengo reservada para después, dentro de un ratito.

Empecé esta historia contándoos que enamorarse es una de las cosas más fascinantes que existen en la vida y creo que, llegados a este punto, me daréis la razón.

Fijaos cómo es el destino, podemos tildarlo de caprichoso o quizá de alucinante, podemos tacharlo de ser un gran jugador y de controlador, porque mucho me temo que, una vez caes en sus redes, es imposible escapar de ellas. Y, si no, que se lo digan a Chlôe, sí, a esa chica que se negaba a tener algo serio con mi colega y ahora... solo hay que ver cómo bailan, cómo dan vueltas, cómo sonríen y cómo se comen con los ojos.

Puaggg. Y que tenga que presenciar yo eso. El baño del parque de bomberos ya no será lo mismo, desde luego que no.

A lo que iba, que enamorarse es algo increíble y eso que os conté que no soy nada filosófico y bien sabéis que ha sido así a lo largo de la historia que os hemos narrado. Que sí, que me he comportado como un gilipollas y también os he enamorado un poquito o eso espero, joder, aunque, siendo honesto, a quien quería enamorar era a esa chica que me crucé una noche en un bar, con la que compartí una partida de dardos y gané. ¿Que no os acordáis? ¿Que empaté? Mentira cochina.

Gané. Lo hice de verdad.

Conocí a la mujer de mi vida esa noche, me enamoré de ella pronto, le vi las bragas sin haber tenido siquiera una cita y nos besamos en una playa a poca distancia de esta. Fui suyo y ella mía en ese mismo momento y me sentí el puto hombre más afortunado de la tierra por ello. El. Puto. Hombre. Más. Afortunado. De. La. Tierra.

Y esa chica que baila con su abuelo se va a casar conmigo. Aunque esto ella no lo sepa aún.

En fin, a lo que íbamos, que me estoy yendo por los derroteros.

Quedamos en que enamorarse es una de las cosas más fascinantes que existen, que el amor llega, a pesar de que no te lo propongas, que gané aquella partida de dardos, aunque el resultado no sea ese, y que esa chica va a casarse conmigo como Asier Sorní que me llamo.

¿Algo más?

Ah, sí, se me olvidaba. Un detalle de lo más importante, claro.

—¿Puedo robarle a su nieta un momento?

Lázaro me observa de arriba abajo y asiente suspicaz.

—Yo tengo una cosa importante que hacer con Carmencita. Iré a ver si se despegas de Emilio,

porque dan asco absoluto.

Sí, eso también parece que ha salido bien.

El día que me desperté, Carmen estaba por fuera con Emilio, me explicó que quería contármelo antes que a nadie porque, aquella noche en la que todo el pueblo pensó que nos estábamos enrollando como dos adolescentes en su casa, sentamos las bases de una amistad sólida.

Emilio no estaba seguro de lo que sentía ni de las consecuencias que tendría para ellos el estar juntos. Director de un colegio, maestra, un pueblo pequeño, el qué dirán. Parece que ese día había vuelto a la vida para dar discurso tras discurso, pues ya había soltado uno sobre asumir los sentimientos y ser felices a Chlœe y a Aitor. Luego el que compartí con Abril sobre el miedo y... No sé, puede que tenga que replantearme mi profesión seriamente y ser psicólogo o consejero matrimonial. Mientras no tenga que meterme en la vida sexual de nadie, me va bien.

—¿Bailamos? —le pregunto a mi chica. Ella asiente, sujeta mi mano, y nos movemos al son de la música.

—No me has dejado verlas —suelto sin más.

Abril alza los ojos, nuestras miradas conectan y sé que le divierte esto mucho.

—No se puede tener todo en la vida, Boomblero.

—Sabes que siempre me salgo con la mía.

—Y ya sabes que yo siempre gano.

Me carcajeo. Eso está por ver.

Tiro de su mano con la intención de llevármela lejos o no tan lejos y, por supuesto, llevar a cabo mi cometido, ese que os dije que era importante y que me faltaba y tengo que frenar en seco porque mi hija viene corriendo hacia nosotros con...

—¡No me lo puedo creer! —grito.

Alucino.

Abril se descojona de la risa. A mí no me hace ni puta gracia.

—¡Papi! ¡Papi! ¡Papi! El abuelo Lázaro me ha regalado un pato. ¡Un pato! —grita.

Abril se agacha y lo acaricia con los deditos. Es una cosa minúscula.

—Ah —suelto poco convencido.

—En el cole me van a odiar. Pero a odiar de forma guay porque todos quieren un pato, ¿y quién lo tiene? ¡Yo! —grita.

Lo hace tan alto que todos nos observan. Mierda. Tengo que sonreír como si me hiciese ilusión también.

Solo espero que no lo haya comprado en Amazon.

—Es muy bonito —susurro.

—Lo voy a llamar Cococó.

Abril se carcajea. Yo no lo pillo.

—Cococó —repito. Iris solo asiente.

—El abuelo de Abril es cococó. Porque las cosas viejas son cococó —insiste.

—Rococó. —Me carcajeo. Esto sí me ha hecho gracia.

—Cococó suena mejor. —Baja la vista y acaricia al pato con cariño—. Te quiero mucho —le susurra—. Y no voy a dejar que Carlos te coma.

Miro a Abril porque no entiendo nada.

—Cosas nuestras —matiza ella sonriendo.

Mi hija se marcha a enseñarle el pato a todos los invitados, y yo vuelvo a tirar de la mano de Abril. Ella se sorprende, pero me sigue sin dudar. Nos subimos en el coche y la llevo hasta

nuestra cala, esa cala en la que nos besamos por primera vez y en la que yo supe que estaba perdido. Que lo estaba hacía mucho. Con ella he estado perdido siempre, cuanto antes lo acepte, mejor.

Cuando pone los pies en la arena, alza una ceja.

—¿Me has traído aquí con la intención de matarme y dejarme tirada en una cuneta? — bromea.

Niego.

—Te he traído aquí con la intención de verte las bragas. Llevo todo el día sin saber cuáles te has puesto y... no puedo aguantar mucho más.

Bueno, a ver, esta es una verdad a medias. Las bragas, una pedida de matrimonio. Todo vale como excusa.

Los pies se nos entierran en la arena mientras descendemos, como la otra vez, no obstante, nos gusta, nos dejamos ir y llegamos a la orilla.

—Conejita, sabes que te quiero, ¿verdad?

—Y yo a ti.

—Y sabes que no puedo vivir sin ti, ¿verdad?

—Un discurso demasiado romántico por unas bragas, ¿no crees? —Suspiro, con esta chica no se puede. Me arrodillo en la arena, y Abril abre sus ojos como platos—. Me cago en la puta — sentencia. Alentador, sí. Y ahora es cuando viene lo bueno...

—Conejita, ¿quieres ser la mujer de un bombero?

—¿En serio?

—No me rompas las ilusiones.

—Reformula, Boomblero.

—Abril. —Pongo los ojos en blanco—. ¿Me harías el tremendo honor de casarte conmigo?

Ella sonríe, se arrodilla frente a mí y me observa como si supiese algo que yo no sé.

—Te has dado cuenta de que me he salido con la mía, ¿verdad? Es decir, he ganado.

En este momento el que sonríe soy yo.

Lo que ella no sabe es que he sido yo el que ha ganado. Siempre lo he hecho, desde que la conocí.

—¿Eso es un sí o un no?

—Eso es un... puede. Nos lo jugaremos a los dardos. Si ganas tú, me caso contigo y si gano yo...

—Te casas conmigo. —Abril asiente y se lanza a mis brazos. Caemos en la arena, que nos envuelve de inmediato—. Ahora déjame verte esas braguitas. —Meto la cabeza por debajo de la falda y...

»¡No hay nada! —grito ofuscado—. Ni erizos ni gatitos ni unicornios ni conejitos... Nada de nada.

—¡Sorpresa! —Se carcajea y le tiembla el cuerpo al hacerlo.

—Voy a tener que darte una lección, la más importante de todas.

—Ilumíname.

Sin sacar la cabeza de entre sus piernas, llevo mi boca a su centro. Lamo con fruición. La escucho gemir.

—Hagas lo que hagas, ponte bragas.

Y la devoro en esa playa. Y sé que se entrega a mí y yo me entrego a ella.

Estoy en casa. Con ella siempre he estado en casa.

—He caído rendido, amigo. Con todas las de la ley.

—Te lo advertí —responde con chulería el corazón—. Nunca tuve dudas de que así fuese.

—Y yo no te hice caso porque ya sabemos que, de los dos, eres el que se lanza al vacío sin medir las consecuencias.

—Puede que sí, pero lo sentiste, sentiste las chispas la primera vez que la tocaste.

—Te dije que era hambre, aunque... la verdad es que, teniendo en cuenta eso que hacemos en este momento en la arena, la comida me importa un pimiento.

—Deja de comportarte como un cerdo.

—Tengo espacio para toda clase de sentimientos y de los más variopintos. En fin, a lo que íbamos, es hora de que te dé la razón. Me he enamorado de ella.

—Nos hemos enamorado con corazón y alma.

—Y razón, ya sabes, yo y tal. ¿Y ahora? ¿Qué haremos? ¿Por qué nos peharemos?

—Hay miles de cosas por las que llevarnos la contraria —apunta el corazón.

—Vale. Pensemos.

—Apuesto a que la familia crecerá y no hablo del pato.

—Al pato nos lo vamos a comer.

—No me seas... —inquieta el corazón—. Entonces, ¿qué te apuestas? ¿Crecerá la familia?

—Tal y como se están desarrollando los acontecimientos en esa playa, no me cabe duda.

—Espero que tengan muchos hijos. Quiero volverme loco con todos.

—Eres un tremendo coñazo —sentencia el cerebro.

—Y tú, un desalmado —bromea el corazón.

—Lo era, sin embargo..., nos hemos enamorado.

—Tal y como predije que sucedería.

—Y será para toda la vida porque, cuando tú y yo conectamos a ese nivel, sabemos que nada de eso se puede cambiar.

—¿Y sabes qué?

—¿Qué? —pregunta el corazón.

—Tampoco lo cambiaría. No cambiaría nada. Ni una sola coma desde que la conocí.

—Estoy orgulloso de ti, don cerebro, a pesar de que hayas sonado de lo más cursi.

—Gracias, don corazón, por lo de cursi no, obvio. Y debo decir que ha sido un viaje interesante.

—Prepárate, porque estoy seguro de que habrá otros y seguiremos juntos. Hasta el fin de los días, como ellos.

—Pues que así sea.

AGRADECIMIENTOS

Para todas las personas que me habéis apoyado desde el principio.

Para las que habéis llegado hace poco.

Para quienes leéis, compartís y recomendáis mis historias.

Para los que os tomáis la molestia de dejar un comentario en Amazon, Goodreads, una reseña en redes sociales, blogs, etc.

Para los que formáis parte de mi vida y confías en mí más que yo misma.

Os quiero mil, conejitas.



BIOGRAFÍA

Aquí estoy una vez más para contaros quién soy. Mi padre era muy dado a apuntarnos en el registro con un nombre totalmente diferente al que acordaba con mi madre y si le hubiese hecho caso, mi nombre habría sido Yaniré, así que, no sé mis hermanos, pero yo le agradezco que no le haya hecho caso (perdona, mamá).

Nací y viví durante muchos años en un pequeño pueblo de poco más de siete mil habitantes al norte de la isla de Tenerife llamado La Matanza de Acentejo, sin embargo, con veintipocos años, dejé el pueblo por amor y me fui a la capital. Actualmente vivo en las afueras de Santa Cruz de Tenerife con mi hijo y mi pareja.

He sido desde siempre una apasionada de la lectura, recuerdo sacar libros de la biblioteca y devorarlos cada noche antes de dormir. En el año 2016 escribí mi primera novela y después de ella, han llegado once más. Las cabronas también se enamoran es mi duodécima novela autopublicada y espero que vengan muchas muchas más.

Mis libros se caracterizan por personajes muy divertidos, socarrones, canallas, irónicos y sarcásticos, aunque entre sus páginas, además de risas, podéis encontrar algunas reflexiones sobre la vida, escenas hot, amistad, amor y familia.

Supongo que, si ya me conocéis, sabréis que lo de resumir, definitivamente, no es lo mío y he dado por perdido intentarlo ;)

Me encanta la playa, la piscina, el sol, comer (todo lo que no se debe), hablar, hablar y hablar y escribir, of course. No concibo mi vida sin historias que contaros, así que... ¡Nos leemos!

ENCUENTRA MIS OTRAS NOVELAS

